
3 1761 09492453 7

lagrimas de um
...ração [illegible]

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FELIX

De Vega Carpio.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

Madrid: Imprenta de D. M. Ortega, 1826.

LOS MILAGROS

DEL DESPRECIO.

PERSONAS.

Don Pedro Giron. }
Don Alonso. . . } Amantes de
Don Juan. . . . }
Doña Juana.
Doña Beatriz, prima de doña Juana.
Leonor, criada.
El Tio de doña Juana.
Hernando, criado de don Pedro.
Criados.

La escena es en Madrid, y el trage á la española antigua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Pedro Giron.

Don Pedro y criados.

Don Pedro.

Dejadme, ¿qué me quereis?
Bien sé que podeis decir,
que es el dejarme morir
desesperacion: direis
muy bien, que si esto quitára
á la piedad de los dos,
parte de la ley de Dios
os confieso que negára.
¡Valgame Dios! ¿Dónde tiene
la condicion inhumana
de su inclinacion villana
la contra yerba?

Criado 1.°

Conviene,
aunque se enoje, Beltran,
divertirle en su cuidado;
que es una tema en que he dado,
y enloquecerle podrán
sus continuos pensamientos.

Criado 2.°

¿Señor?

Don Pedro.

Si mirar siquiera
me dejára aquesta fiera,
hallara divertimientos
mi afligido corazon.

en tan estraña inclemencia.

Criado 1.º

Duelete de tu prudencia,

Criado 2.º

Haz uso de tu razon.

Entra un criado y dice.

Hernando, el que te sirvió
y fue á Flandes, ha venido,
y leal y agradecido,
al pan que en casa comió,
dice que te quiere ver.

Don Pedro.

Aunque son muy desiguales
tus recados y mis males,
dile que entre. ¿Que he de hacer,
si es ingratitud negarme
á su buen conocimiento?
¡Que no pueda el pensamiento
de esta locura apartarme!
¿Esta muger no es mortal,
y se pudiera morir?
Claro está, ¿Pues el sentir
porque ha de ser desigual?
Y siendo fuerza tener
fin su rigor y mi pena,
¿porque de mi me enagena
lo que ha de dejar de ser?

ESCENA II.

DICHOS Y HERNANDO.

Hernando.

Dame tu mano á besar.

Don Pedro.

Muy hombre estàs ya.

Hernando.

Señor,
cada dia soy mayor.

Don Pedro.

Dices muy bien, claro está;
pero vienes muy crecido.

Hernando.

En nuestro mortal estambre,
lo que adelgaza es el hambre,
y dá de sí lo tejido.
En tres años de soldado,
mal pagado y sin comer,
pudiera un hombre crecer
por encima de un tejado.
No hay tristis anima mea,
como el estar un cristiano
entre uno y otro pantano,
rociado de gragea
de vil bronce, porque allí
muestra un galan su buen pecho.
Bien mirado, ¿qué me han hecho
los luteranos à mí?
Jesucristo los crió,
y puede por varios modos,
si quiere, acabar con todos
mucho mas fácil que yo.
Ponénle sitio á un lugar,
y tras de andar á balazos,
quitando piernas y brazos,
sin comer ni descansar,
cuando ya el campo se inclina
con el mas sangriento estrago,
al último Santiago,

ponénle fuego á una mina,
que viene á dar á los pies
del que embiste confiado,
y buela un pobre soldado
hecho Icaro al reves.

Don Pedro.

¿Pues que te obligó à dejar
mi casa, Hernando?

Hernando.

El tener
inclinacion á saber,
solo por no preguntar.
Tanta esperiencia ganada
traigo, con que me han pagado,
que en el consejo de estado
pudiera..... no decir nada.
Sócrates y Ciceron,
segun vengo ya de agudo,
son vinagre y pollo crudo
conmígo.

Don Pedro.

Ya en mi pasion
no hay gracia qne celebrar,
Hernando.

Hernando.

¿Qué hay, mi señor?
¿Corta todavia amor
tareas de suspirar?
Yo me acuerdo, que algun dia
me dijiste suspirando:
¡Ay como me muero, Hernando!
y pudiera la porfia
de una condicion ingrata
escarmentarte.

Don Pedro.

¿Qué haré,
si es la misma que adoré
entonces, la que me mata?

Hernando.

¿Luego tres años y mas
te debe solo un desvelo?

Don Pedro.

Si amigo.

Hernando.

¡Válgame el cielo!
de nulla redemptio estás
en el infierno de amor:
¡Tres años siempre á pie quedo!
No dura mas en Toledo
el mejor corregidor.
Tres años, treinta y seis meses,
mil y cuatrocientos dias,
todo un Escorial podias
haber hecho si tuvieses
dinero, piedras, pinturas...
¡Jesus! ¿Y qué, no te ha dado
siquiera un favor prestado?

Don Pedro.

? Pudieran mis desventuras
parecerlo, si eso fuera?
Solamente con tener
esperanza de no ser
aborrecido, viviera.
Amantes he consultado
sin dicha, y favorecidos,
y á consejos prevenidos:
pero ya desesperado
me veo morir, y así
ha hecho pena el sentimiento

en la pena, y su tormento
me está vengando de mí.

Hernando.

Si yo, señor, te curara
de tu amor, ¿qué me dijeras?

Don Pedro.

Ya son esas muchas veras,
Hernando; y es cosa clara,
que escede de tu saber
el remedio de mi mal.

Hernando.

La esperiencia universal
del hombre, tiene poder
sobre toda comezon;
y Dios no me quita á mí
que pueda curarte á tí,
aunque en poca estimacion.
¿No has visto al blanco tirar
muchos cazadores diestros,
que pudieran ser maestros
de otros, y no acertar?
¿y llegar un cojimanco,
y poner sin gallardía
á tiento la punteria,
y dar en medio del blanco?
Pues así pienso yo ser;
que aunque otros hayan tirado,
quizá daré afortunado
en el blanco sin saber.

Don Pedro.

Ahora, Hernando, yo no quiero
despreciar tu ingenio aquí,
sino que hagas en ti
esta esperiencia primero.
Doña Juana de la Cerda

se sirve de una criada,
poco menos recatada
que ella, sino tan cuerda,
y como sepas hacer,
que te trate sin rigor,
en todo despues mi amor
seguirá tu parecer.
¿Quieres darle este diamante?

Hernando.

Pues dando, ¿qué le debieras
á mi ingenio, cuando fueras
con ella dichoso amante?
Con la esperiencia verás,
que está, aunque estimas y adoras,
mas el daño en lo que ignoras,
que el remedio en lo que das.
Un punto no has de esceder
los réscipes que te diere;
que el enfermo que no quiere
al médico obedecer,
no le queda que argüir.

Don Pedro.

Los venenos se probaban
un tiempo, en los que ya estaban
condenados á morir.
Asi yo que á manos muero
de un repentino rigor,
ya resuelto y sin temor
ponerme en tus manos quiero.

Hernando.

El pulso voy á tomar
á doña Juana, por ver,
ya que no sabe querer,
si está cerca de enfermar.

ESCENA III.

Sala en casa de doña Juana.

Doña Juana y Leonor.

Doña Juana.

Mueran los hombres, Leonor.

Leonor.

Mueran mil veces, señora,
esta canalla traidora,
tiranos de nuestro honor.

Doña Juana.

Eso si: ¡ buena muger!
¡vive el cielo! que si fuera
mio el mundo, que te diera
la mitad solo por ver
medida tu inclinacion
á mi gusto. Esos tiranos,
tiernos, suaves y humanos
antes de la posesion,
y despues de ella crueles,
desabridos y ofensores,
á manos de mil rigores
han de morir como infieles.
La venganza universal
á sus palabras quebradas,
y esperanzas malogradas,
seré con rigor mortal:
muger, Atila he de ser
contra estos fieros tiranos,
contra quien son nuestras manos
el llorar y padecer;
y ojalá que á mi opinion
cualquiera muger se viera
reducida, porque fuera

cada muger un Neron
abrasador.

Leonor.

¡Qué dulzura
que tiene para engañar
el que llega á enamorar!
¡Con que amor, con que frescura
que pone en el alameda
de la esperanza los pies
y el alma; pero despues
que abochornado se queda!

Doña Juana.

De las que he visto llorar,
estoy tan escarmentada,
que quisiera verme atada
á un duro escollo del mar,
antes, Leonor, que rendida
á una pasion amorosa.

Leonor.

Añade, estando zelosa,
agraviada y ofendida,
y perderás en pensarlo
el entendimiento.

Doña Juana.

Guerra,
Santiago, arma, cierra, cierra
contra los hombres.

ESCENA IV.

Dichas y Hernando.

Hernando.

Andallo
ellas embisten conmigo
en viendo que soy soldado.

¡Vive Cristo, que he llegado
al campo del enemigo!
Guerra, Santiago, ¡y yo
en el asalto! ¡ay de mí!
Sin barbas salgo de aquí;
el demonio me engañó.

Doña Juana.

¿Qué hombre es aqueste?

Leonor.

¡Ay señora!
Hernandillo, el que servia
á don Pedro, y se fue un dia
á la guerra.

Hernando.

Y vuelvo ahora.

Leonor.

Sin barbas se fue y las tiene.

Hernando.

Tambien hay entre las gentes
barbas para los ausentes.

Leonor.

¡Jesus, y que grande vienes!
No acabo de santiguarme.

Hernando.

Yo sé por lo que he crecido.

Leonor.

¿Por qué?

Hernando.

Porque no he tenido
otra cosa en que ocuparme.

Leonor.

¡Lo que traeras que contar
de Flandes!

Hernando.

Por estas manos

he muerto mas luteranos,
que arenas: ¡Grande es el mar!
y es mentír con desatino:
que hay estrellas... ¡Tambien son
muchas! No hay comparacion,
y me quedo en el camino
del hipérbole atascado.

Doña Juana.

Que eres el primero entiendo,
que se acobarda mintiendo,
despues de haber empezado.
¿Viste á la Infanta?

Hernando.

¿Pues no?
Cada dia.

Doña Juana.

¿Y como está?

Hernando.

Todavía se está allá
con la cara que llevò.

Leonor.

¿Quién habrá que no lo crea?

Doña Juana.

Basta, que tienes donaire.

Hernando.

Quitado el don, es el aire
el que mas me bambolea.

Doña Juana.

¿Hate vuelto á recibir
don Pedro?

Hernando.

Señora, no.

Doña Juana.

¿Por qué?

Hernando.

Porque me enseñó
la guerra á no le sufrir.
Solia muy satisfecho
descansar conmigo antes
con ciertos pasabolantes
y ya como vengo hecho
á embestir y pelear,
en levantando la mano,
pensaré que es luterano,
y tocaré á degollar.

Doña Juana.

¿Cómo está?

Hernando.

Con los ardores
pasados, y apenas yo
le ví, cuando desdobló
la hoja de sus amores.

Doña Juana.

Fuego en él y en sus quimeras.
Hernando, no me le nombres.

Leonor.

Y fuego en todos los hombres.

Hernando.

Las dos encienden hogueras: *ap.*
pues pajaritos á fé
que habeis de dar en la liga.

Doña Juana.

¿Qué dices?

Hernando.

Que nadie diga
de esta agua no beberé.

Doña Juana.

¿Qué es bebèr? ¡Viven los cielos,
que si ardiente me abrasára,

que de mi sangre formára
palpitantes arroyuelos ;
para no dar á mis labios
agua de tantos enojos,
para hacer fuentes mis ojos,
y llorar despues agravios.
En mi casa te podrás
alojar, como no intentes
buscar medios convenientes
á su amor.

Hernando.

Tu lo verás.

Doña Juana.

¿Cuantos pretendientes tengo?

Leonor.

Perdida tengo la cuenta.

Doña Juana.

¿Serán veinte?

Leonor.

Mas de treinta.

Doña Juana.

Pues mira que te prevengo
que de ninguno recibas
papel, presente, ó recado,
so pena de haber faltado
á lo propuesto.

Leonor.

Asi vivas,
que pienso que una ballesta
despide con más blandura ;
porque soy á su ternura
una furia contrapuesta.

Doña Juana.

Así, Leonor, lo has de hacer,
que para no recibir,

enojarte y despedir
te doy bastante poder.

ESCENA V.

LEONOR Y HERNANDO.

Leonor.
¿Tienes tú amor?

Hernando.
¿Qué es amor?
No daré por cien mugeres
un ochavo de alfileres.
¿Mugeres? ¡Jesus, qué hedor!

Leonor.
Parece que no has sabido
que naciste de una, Hernando.

Hernando.
Por eso nací llorando,
y sentí el haber nacido.

Leonor.
¿Segun eso, cosa es llana
que me aborreces á mí?

Hernando.
Como si estuviera en ti
el demonio en carne humana.
En mi vida hablé muger,
como no me dé ó me preste:
el primer emplasto es este *ap.*
de la cura que he hacer.

Leonor.
Bueno es esto, para quien
está mirando estos dias
amantes idolatrías;
¿Qué, nunca has querido bien?

Hernando.

Una vez que en mis intentos
sentí ciertos intervalos,
les dí mas de treinta palos
á mis propios pensamientos.
A un diestro muy confiado *ap.*
en dándole de antubion
sobre su propia leccion,
de afligido y de turbado
no sabe volver en sí.

Leonor.

Dame tú, que yo quisiera
quererte, que yo te hiciera
que te murieras por mi.

Hernando.

Por dos caminos seria;
de risa de ver tu engaño,
ó temerosa del daño
de tan gran majaderia.
No quisiera en mis cuidados
mas bien que la comision,
de azotar sin remision
mugeres y enamorados.

Leonor.

¡Hay tal hombre!

Hernando.

Industria mia, *ap.*
por aquí se ha de guiar
la cura; que en despreciar
está la primer sangría.

Leonor.

Presto me he de ver vengada
de ti, que criados vienen
de pretendientes, que tienen
hasta el alma enamorada.

*

Escóndete, no te vean,
y verás como me harto.

Hernando.

¿Qué importa, si yo descarto
cuando hay otros que desean? (1)

ESCENA VI.

DICHOS Y DOS CRIADOS CON PRESENTES.

Criado 1.º

Este pequeño presente
es de don Juan, mi señor,
cuyo cuidado y amor
lo serán eternamente.

Criado 2.º

Don Alonso de Ribera,
mi amo, á la enferma envia
esta pequeña sangría,
con fe firme y verdadera.

Leonor.

Huélgome que hayais venido
los dos; porque sin cuidado
responda con un recado
á los dos que habeis traido.
Decid á esos caballeros,
que mi ama no es muger,
que se deja convencer
de búcaros lisonjeros,
ni de salvillas doradas;
que cuando quisiera el mar
sobornos acreditar
con las perlas encerradas
en sus conchas, y la tierra

(1) *Se esconde.*

con sus preciosos diamantes;
nunca hicieran inconstantes
los propósitos que encierra:
que el crédito y los sentidos
en este amor perderán;
porque en esta casa están
los hombres aborrecidos.
Y asi á tanto porfiar
solo manda responder,
que se cansen de ofender,
ó se ofendan de cansar.

ESCENA VII.

DICHOS MENOS LEONOR.

Hernando.

¡Oigan, y cual se han quedado
el uno y otro aturdido!
Pajes de tapiz han sido
con el intento pintado.

Criado 1.º

Muy bien pudiera escusar
vuestro amo el competir
con el mio.

Criado 2.º

Eso es decir,
que no le puede igualar.
Mi amo tiene guardado,
para cuando el rey le haga
título, un dosel; y paga
lo señor adelantado,
pues viene al amanecer
á dormir, que llueva ó truene.

Criado 1.º

¡Que importa, si el mio tiene

despensero y botiller;
y comemos á porfia,
que se lo dé el rey ó no!

Hernando.

A ese me atengo yo;
que es el conde de Buendia,
y el otro marques de Espera,
título Camaleon
fundado en su pretension.

Criado 1.°

De buena gana riñera...

Criado 2.°

Yotambien: riñamos, sí.

Hernando.

En empezando á rifar *ap.*
les tengo de percollar
los dos presentes aquí.

Criado 1.°

Esto le importa á mi fama.

Criado 2.°

Crédito á mi nombre doy.

Hernando.

Criado del turco soy,
que te cojo la garrama;
y habrás de tener paciencia,
que si en los dos reina Marte,
hoy se mudan á otra parte
los trastos de la pendencia. (1)

Criado 2.°

Aquí nos han de meter
en paz; al campo salgamos
á reñir.

---

(1) *Coge Hernando las dos salvillas y vase.*

Criado 1.º
Al campo vamos,
que será justo temer
el téngase de la villa,
si es campesino el valor.
Criado 2.º
Aun esto será peor;
aquí dejé mi salvilla.
Criado 1.º
Y aquí la mia quedó.
Criado 2.º
Vuestra desdicha, ó la mia
trajo algun ladron sangria.
Criado 1.º
La sangre nos igualó.
Criado 2.º
¿Quién hará ahora creer
á nuestros amos, que ha sido
verdad lo que ha sucedido?
Criado 1.º
No sé como puede ser.
Criado 2.º
Yo pienso, por escusar
su repentíno furor,
decir que tomó Leonor
el presente, y alargar
la mentira; que despues
será mas fácil remedio.
Criado 1.º
Si puede haber algun medio
ese pienso que lo es;
y lo mismo he de decir. *vase.*
Criado 2.º
Aquí viene el dueño mio;
redúzcase el desafio

á lo diestro del mentir.

ESCENA VIII.

Don Alonso y criado segundo.

Don Alonso.

¿Qué es esto?

Criado 2.º

Darle á mi mano
el repentino valor,
que está pidiendo tu amor:
de donJuan Altamirano
trajeron aqui un presente
al tiempo que recibiò
el tuyo, y el suyo no;
y celoso é imprudente
conmigo quiso reñir.
Pienso que admitido estás.

Don Alonso.

Basta, no me digas mas;
desde hoy empiezo á vivir
con ese nuevo favor.
¿Como albricías no has pedido,
si soy el favorecido?
Todo lo que no es mi honor
te daré; mi ser, mi hacienda,
mi vida y mi voluntad;
que en tanta felicidad,
no es razon que el mundo entienda
que no hago estimacion
de una muger, que há dos años,
que en resueltos desengaños,
le dá á don Pedro Giron
indicios de su disgusto.
Diréle, que esta conquista

está por mi, y que desista
de su intento; que no es justo
impédir con su nobleza
las dichas que voy gozando;
pues pretender estorbando
toca en actos de bajeza.
Hasta aquí, que no he sabido
mi dicha, dudosamente
detenido pretendiente,
he callado y padecido.
Pero ahora, que ya sé
que tengo el lugar primero
en su favor verdadero;
en su casa estorbaré
que entre sin licencia mia
la luz; cuya inmensidad
en rayos de claridad
es precursora del dia.
Sigueme.

Criado 2.º

Contigo voy.
Facilmente lo ha creido, *ap.*
y de haberle persuadido
gozoso y contento voy.

ESCENA IX.

Decoracion de calle.

DON JUAN Y EL CRIADO PRIMERO.

Criado 1.º

Esto, señor, fue mostrar,
que en servirte y agradarte
me cabe á mi tanta parte
como á tí en saber amar.
Otro presente ha enviado
don Alonso de Rivera,

tu competidor, que espera
lograr tambien su cuidado.
El tuyo se recibió,
cuando el suyo han despedido;
y casi habemos reñido
el desconsolado y yo.

Don Juan.

La vida, amigo, me has dado;
y desde hoy, que no eres digo,
mi criado, eres mi amigo,
y en quien fundo mi cuidado.
¿Es posible, que yo he sido
entre tantos pretendientes,
ricos, nobles y valientes,
el solamente admitido?
El juicio he de perder
y no por el rendimiento
con que se obliga mi intento
á servir y á pretender;
sino por la soberana
calidad y estimacion
con que don Pedro Giron
pretendía á doña Juana.
Tres años ha justamente,
que el pobre la galantea,
sin ver el fin que desea
en un favor solamente.
Y tan rendido está ya
de su amoroso cuidado,
que dicen que retirado
perdiendo el juicio está.
Visitarle será bien
solo para examinar
las causas de su pesar;
y para darles tambien

esta gloria á mis sentidos ;
que no hay gustos estimados,
como el oir los amados
llorar los aborrecidos. *vase.*

Criado 1.º

Amantes, ninguno crea
que es en el arte de amar
dificil el engañar,
á quien pretende y desea.

ESCENA X.

Sala en casa de don Pedro.

Don Pedro y Hernando.

Hernando.

Es todo lo que he contado
tan verdad, como lo es,
que los dos no somos tres,
y que el uno no es soldado.

Don Pedro.

La soldadesca en efecto
en todo entra.

Hernando.

Es, señor,
constitucion del valor,
aunque no traiga coleto;
que no hay, á mi parecer,
quien hable mas en su estado,
que un coletillo picado
acabado de comer.
Todo lo rinde y lo mata,
contra los pobres infieles,
si acaso dió á sus papeles
sepulcros de hoja de lata.

¡Pues qué, si el que está á su lado
replica y le dá cordel!
En la torre de Babel
no se habló tan revesado;
y tanto sobre comida.
Dios se lo perdone á Flandes.
¡Qué de mentiras tan grandes
tiene á cargo en esta vida!

Don Pedro.

¿Qué los presentes allí
les cogistes? ¡Gran valor!

Hernando

Entre sus armas, señor,
águila rapante fuí:
mientras los dos muy valientes
defendian la nobleza
de sus amos, con presteza
agarré los dos presentes.
Y así, que andaban recelo,
ya despues de haber reñido,
como aquel que divertido
busca hongos por el suelo.

Don Pedro,

¿Y qué tanto me aborrece
esa muger?

Hernando.

¡Ah señor!
En el no tener amor
todavía está en sus trece.
Pero la has de ver seguir
tus pasos de puro amante,
y yo he de ser ignorante,
ó en la demanda morir.

Don Pedro

¿Y yo ahora, qué he de hacer?

Hernando.

Dejarte jaropear
con principios de esperar,
de callar y obedecer;
que en este primer intento,
es el remedio mejor,
en calenturas de amor
jarabes de sufrimiento. (1)

Criado.

Don Alonso de Rivera
dice que te quiere hablar. *vase.*

Don Pedro.

Entre.

Hernando.

Aquí he de recetar
una cosa muy ligera.
Si en doña Juana te incita
este tu competidor,
solo te ordeno, señor,
que bebas en la visita.

Don Pedro.

¿Pues he de beber sin gana?

Hernando.

Pide de beber, que yo
sé el enfasis y tú no.
Si del mal que en doña Juana
te aflige, quieres curarte,
no hay sino creerme á mí;
porque has de beber aquí,
ó no he de poder sanarte.

Don Pedro.

¿No he de saber para qué
efecto?

(1) *Sale un criado de don Pedro.*

Hernando.

Puesto en mi mano,
eres enfermo cristiano,
que se cura con la fé.
En empezando á poner
argumentos, no te curo.

Don Pedro.

Ahora bien, poco aventuro,
si está el remedio en beber.

ESCENA XI.

Dichos y don Alonso.

Don Alonso.

Sabe Dios, que no he sabido
hasta ahora vuestro mal;
que como amigo leal,
cuidadoso hubiera sido
el primero en visitaros.

Don Pedro.

De vuestra buena intencion
no me deis satisfaccion:
ni teneis que disculparos
con el darme esa disculpa;
que en tan noble proceder,
que ignorancia puede haber
es cierto, pero no culpa.

Don Alonso.

¿Y cómo os vá de salud?

Don Pedro.

Ya, gracias à Dios, mejor.

Don Alonso.

Así lo dice el color.
¡Ay de tí, y de tu quietud *ap.*
en sabiendo tu cuidado,

que soy el favorecido!

Hernando.

Este por lana ha venido *ap.*
y ha de volver trasquilado:
pague su intencion traidora.

Don Alonso.

Lo que importa es no comer
demasiado, ni hacer
desórdenes por ahora.

Don Pedro.

Antes un médico mio,
que he de beber me porfia
todas las horas del dia.

Don Alonso.

Graduado en algun rio
debe de estar.

Hernando.

Lo que fragua *ap.*
el médico sabreis luego.
cuando vos pagueis en fuego
el congetivo del agua.

Don Alonso.

Pediros á solas quiero
una merced.

Don Pedro.

Salte afuera.

ESCENA XII.

DICHOS MENOS HERNANDO.

Don Alonso.

De la pasion verdadera
de vuestro amor, cierto espero,
que disculpareis el mio.
Ya sabeis que doña Juana.

ha sido hasta aquí tirana;
tan dueño de mi alvedrío
como del vuestro: mas ya
un presente ha recibido
de mi mano, en que ha querido
decirme claro, que está
mi voluntad admitida.
Y pues vos no habeis llegado
á veros en tal estado,
mi amor me manda que os pida,
por merced y por favor,
que de ésta empresa salgais,
si acaso el premio esperais
debido á tanto valor.

Don Pedro.

A tan resuelto poder
de su amor la resistencia,
es solo tener paciencia.
Ola, dadme de beber.

ESCENA XIII.

DICHOS Y HERNANDO CON LA SALVILLA DEL PRESENTE Y UN BERNEGAL.

Don Alonso.

¡Válgame Dios, qué curioso
bernegal! ¿Quien os le ha dado?

Don Pedro.

Una dama le ha enviado
con un recado amoroso.

Hernando.

Y mas, que envió á decir
la dama que le envió,
que á ella un galan se le dió;

y así es dar y recibir.
Los favores de las damas
son los emplastos de amor,
y curan mucho mejor
que los récipes y dracmas.

Don Pedro.

¡Vive Dios, que ha conocido *ap.*
su presente, y se ha turbado!
¿Qué has hecho?

Hernando.

Haberte vengado
de la intencion que ha tenido.
Ya mira con atencion,
ya atribulado en su enojo,
echa por un lado el ojo,
y está mirando el harpon.

Don Alonso.

¿Regalado habreis estado
de sangrías?

Don Pedro.

Esta sola
fué la receta española
que diò fin á mi cuidado.

Don Alonso.

Ella pudo imaginar....
pero yo.... Si.... Como.... Cuando....

Hernando.

El hombre se vá turbando; *ap.*
la purga ha empezado á obrar.

Don Pedro.

No parece que teneis
tampoco entera salud.

Don Alonso.

Con esta nueva inquietud....
¿Desdichas, qué me quereis? *ap.*

Don Pedro.

Mortal estais.

Don Alonso.

Tuve ahora
un disgusto, y no estoy bueno.

Don Pedro.

Amor le ha dado veneno *ap.*
por los ojos.

Don Alonso.

¡Ah traidora, *ap.*
quien recibe para dar,
amor tiene! ¡Vive Dios,
que se quiéren bien los dos!
Mas yo me sabré vengar.

Don Pedro.

El color habeis perdido;
volved en vos, ya sabeis
cuán seguro me teneis,
si en algo estais ofendido.

Don Alonso.

El tiempo solo os dirá
mi intencion y mi cuidado.

ESCENA XIV.

Don Pedro y Hernando.

Hernando.

Ya este lleva su recado;
confuso y sin seso vá.

Don Pedro.

¿De qué sirve haber querido
darle este disgusto aquí?

Hernando.

Si en el que te daba á ti
mala intencion ha tenido,
¿qué ley ni razon ordena,

en lo justo ni en lo injusto,
que te venga á dar disgusto,
y le escusemos la pena?

ESCENA XV.

DICHOS Y DON JUAN.

Don Juan.
Entrandoos á visitar,
bajaba por la escalera
don Alonso de Rivera....
Hernando.
Para todos hay pesar. *ap.* *vase.*
Don Juan.
De suerte que me asegura
algun enojo con vos.
¡Desdichados de los dos *ap.*
en sabiendo mi ventura. (1)
Hernando.
Apenas vió este presente,
que á mi señor le ha enviado
una dama, con cuidado
de verle enfermo y doliente,
cuando sin pulsos quedó
y tan mortal, que me admiro.
Don Juan.
¡Cielos, que es esto que miro! *ap.*
De aquellos pulsos soy yo
el muerto: á tales venenos
¿quién habrá que se resista?
Hernando.
Si no me engaña la vista *ap.*
otro aturdido tenemos.

(1) *Sale Hernando con otra salvilla.*

Don Pedro.

De don Alonso quisiera
que supieran el disgusto,
ó la intencion, que no es justo
el irse de esa manera,
sin declarar sus estremos.

Don Juan.

¡Que siendo yo el ofendido *ap.*
los inquiete el que se ha ido!
Corazon, disimulemos;
porque en llegando á saber
que doña Juana le dió
lo mismo que le dí yo,
con intencion de ofender
mi rendida voluntad,
en las vidas de los dos
he de vengar, vive Dios,
esta insufrible maldad.
A saber su enojo voy.
¡Ah celos! Mejor dijera *ap.*
á vengarme de una fiera.
¡Sin alma y sin vida estóy!

ESCENA XVI.

Don Pedro y Hernando.

Hernando.

Tambien sale con cosquillas
en el alma: del cuidado
de sus culpas, han tomado
cerveza en las dos salvillas.

Don Pedro.

¿Y ahora?

Hernando.

Me has de pagar
la venganza y medicina,

Don Pedro.

La invencion es peregrina;
¿pero esto en que ha de parar?

Hernando.

En salir de todo bien,
si te confias de mí;
pues quien te ha vengado aquí,
te sabrá curar tambien.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de doña Juana.

DOÑA JUANA Y LEONOR.

Doña Juana.

Ó te conozco muy mal,
ó no estás como solias;
que en las intenciones mias
nunca te he visto neutral.
Yo imagino que te han dado
alguna yerva los hombres.

Leonor.

Señora, no me los nombres.

Doña Juana.

No, Leonor, presto has mudado
de accíon y de condicion:
alguna dádiva ha hecho
pasadízo de tu pecho,
y ha entrado en tu corazon.
Que en empezando á tener
mudable la condicion,
y que estés á devocion
de los hombres, te he de hacer
pedazos la voluntad
á desabrimientos míos,
á pesares y desvios.
Tu me ocultas la verdad:
pero eres fragil, y así
el alma se te mudó.

Leonor.

Desde que me despreció *áp.*
Hernando, no estoy en mí.
¿En qué me hallas culpada?

Doña Juana.

En que ya no dices mal
de ningun hombre, y neutral,
arrepentida y mudada,
quieres que lea curiosa
esos pérfidos billetes,
con que ya indicios prometes
de inclinacion amorosa.

Leonor.

¿Pues en qué pueden dañar
esos billetes leidos?

Doña Juana.

Pelígros no prevenidos
á culpas suelen llegar.
Mira, Leonor, la muger
que debe á su inclinacion
recato y estimacion,
supuesto que es el caer
tan fácil, no ha de esperar
la sombra de algun disgusto;
antes debe las del gusto
huir, por no tropezar.
Ruido abajo he sentido;
mira si es algun recado
de algun amante cansado
en vísperas de marído.
Y si viene á darme enojos,
y á enfadarme, y á cansar,
dále á entender mi pesar,
y con la puerta en los ojos.

ESCENA II.

DICHAS, EL TIO, Y DOÑA BEATRIZ.

Leonor.

Tu tio y tu prima son.

Tio.

Ya no pueden ser disculpa
tus lágrimas en la culpa
de tu aparente traicion.
¿Aprendiste á ser liviana
de tu madre? ¿No te dió
el tiempo que te asistió,
cuerda, prudente y cristiana,
buenos consejos? ¿No has sido
de mis regalos querida,
estimada y preferida
á tus hermanos? ¿Olvido
cupo en tu imaginacion
de que soy tu padre, dí?

Doña Juana.

¿Qué es esto, prima?

Doña Beatriz.

¡Ay de mi!

Tio.

¡Buena andará mi opinion,
y la tuya en el lugar!
Ya de estos locos mozuelos,
cuyos amantes desvelos
se fundan en engañar,
se ha dejado persuadir:
sea este papel testigo,
sino hace fe lo que digo,
de lo que debo sentir.
Que le dé en su casa entrada

le pide, reconocido
de verse favorecido,
el que le escribió. ¡Qué honrada
persuasíon! ¡Qué rendimiento
tan hijo de su flaqueza!
Mas tambien de mi nobleza
lo será mi sentimiento.
Y pluguiese á Dios, que fuera
cada golpe de esta espada,
de mi mano fulminada,
exalacion de otra esfera;
que habias de ver, traidora,
en las venas que me dán
honroso aliento, un volcan,
cuya furia abrasadora
te dejára con rigor
en cadaver convertida;
y la seña desmentida
en la mancha de mi honor.
Para que contigo esté
la traigo: viva contigo
la que no pudo conmigo
asegurarme en mi fé;
que de tí me satisfago,
y confio que á los hombres...

Doña Juana.

Detente, no me los nombres.

Tio.

¿Los aborreces?

Doña Juana.

Si hago;
y tanto, que si estuviera
fundada en ellos mi vida,
gustosamente homicida
de mi propia vida fuera.

Quita, Leonor, ese manto

Tio.

Solo en tí pudiera hallar
consuelo para un pesar,
que pudo afligirme tanto;
dete Dios en tu virtud
lo que mereces por ella.

Doña Juana.

Yo confio en Dios, que en ella
ha de fundar tu quíetud
Beatriz.

Tio.

De tu compañía
y tus consejos lo espero.

ESCENA III.

DICHOS MENOS EL TIO.

Doña Juana.

Solo de una cosa quiero
advertirte, prima mia;
la casa donde has quedado,
no es casa, que es fortaleza,
donde vive la pureza
del honor, muy sin cuidado.
A la falsa idolatría
de amantes engañadores,
hay por esos corredores
asestada artillerìa.
Rabias, enojos, desdenes,
desprecios y desafueros,
son petardos y pedreros
del castillo á donde vienes.
Pero para estar aquí,
pleito homenage has de hacer
primero, de no creer

á ningun hombre.

Doña Beatriz.

¿Perdí
la reputacion, de hoy mas;
porque llegué á recibir
un papel?

Doña Juana.

¿Eso has decir?
Y aun el honor perderás;
que como la voluntad
de ti dispone y dispensa,
los principios de la ofensa
solo es la dificultad.

Doña Beatriz.

Pues en esto, si es delito,
¿qué hicieras tú?

Doña Juana.

¿Yo? No mas
de lo que ahora verás
en los que á mi me han escrito.
Trae una luz.

Leonor.

Voy por ella.

Doña Juana.

Tambien yo soy pretendida,
pero tan mal persuadida,
que antes se verá una estrella,
de mortal mano tocada,
faltar, ó retroceder
el sol ardiente, y crecer
esferas de nieve helada.

Leonor.

Aqui está lo que has pedido.

Doña Juana.

Para que sepas mejor

vencer sirenas de amor,
que engañan por el oido,
un acto de inquisicion
te lo ha de enseñar ahora.

Leonor.

Dí que reciba, señora,
el de don Pedro Giron.

Doña Beatriz.

¿Don Pedro Giron te ha escrito?

Doña Juana.

Este es suyo.

Doña Beatriz

¿Y tu crueldad
inmensa, su voluntad
castiga como delito?
Muévate la inclinacion,
que hace de tal empleo.

Doña Juana.

Hásme visto en el deseo,
pero no en la posesion.
¿No has visto el mar proceloso
prometer serenidades,
y luego con tempestades
desmentirse cauteloso?
Pues así los hombres son;
dáme tú que ellos se vean
al fin de lo que desean;
que luego la condicion
despolvorea huracanes,
y entre ofensas y temores,
todos niegan poseedores,
lo que ofrecieron galanes.
Y asi los voy castígando
en fé, que segun entiendo
solo obligan pretendiendo,

Beatriz; pero no alcanzando,
El de don Pedro Giron
se ha de quemar el primero.

ESCENA IV.

DICHAS, DON PEDRO Y HERNANDO.

Don Pedro.
Déjame, que solo quiero...
Hernando.
Aquí no hay satisfaccion
que tomar, ni que pedir;
sino dejarme curar,
tener paciencia y callar,
si no te quieres morir.
Doña Beatriz.
Esos por su desventura,
inquisidora de amor,
aclaman en tu rigor
la piedad de tu hermosura;
y claramente se vé
tu ignorante demasia;
pues tratas como heregia
los méritos de su fé.
Doña Juana.
La pasion mas verdadera
es digna de este castigo:
y asi no hay piedad conmigo.
Don Pedro.
Yo lo creo, pero espera;
pues quemas mis sentimientos
en estatua de papel,
vayan al fuego con él
mis blasfemos pensamientos.
Y habremos puesto en tu mengua

con distintas intenciones,
tú en el fuego mis renglones,
y yo en tu crueldad mi lengua.
Tan hecha está mi paciencia
á los rayos de tus ojos,
que ese fuego en mis enojos,
me informa de tu inclemencia.
Pues con rigor tan estrecho,
siempre observante en tu fama,
cada desden, una llama
del infierno de tu pecho,
me abrase, si te ofendieron
mis intentos malogrados;
que esos conceptos quemados
de mayor fuego salieron.
Y aunque no se permitió
en los nobles la venganza,
cuando el daño ó la esperanza
en mugeres se fundó,
mi voluntad ya rendida
parte á enojarse indignada;
que la que no hace obligada
solo estimará ofendida. *vase*

Don Juan.

Espera.

Leonor.

Detente, Hernando.

Hernando.

No podré, que ya en su amor
no ha de haber saludador,
y pienso que vá rabiando. *vase*

Leonor.

Como yo de enamorada, *ap.*
despues que me has despreciado.

Beatriz.
¡Y qué no te dá cuidado
ver un alma así abrasada,
tan justamente quejosa!
Doña Juana.
¿Esto te puede ofender?
Viendo á un hombre padecer
me considero gloriosa;
con tanto imperio me veo
en mi libre condicion,
que ni siento inclinacion,
ni se me altera el deseo.
Leonor.
¡Ay señora! Don Juan viene.
Doña Juana.
!Ay tan estraña porfia
de amantes! Otra heregía
en lo pertinaz.

ESCENA V.

DICHOS Y DON JUAN.

Don Juan.
Conviene, *ap.*
corazon, que os declareis
en la intencion y el cuidado;
que una vez desengañado,
ya no hay gloria que espereis.
No vengo como solia
á pedir y suplicarte,
que hagas del adorarte
méritos en mi porfia
Hasta hoy mis ojos rendidos
en tu suprema beldad,
juzgaron una deidad

llena de almas y sentidos.
Como libre te admiraba
mi siempre espíritu inquieto,
con el temor y respeto
tus desdenes adoraba.
Pero ahora que he sabido
que nace en tu voluntad
con dueño tu honestidad,
y que querer has podido,
sabré tambien castigar
mi imaginacion rendida,
con mas fuerzas en mi vída,
con mas daño en mi pesar.
A tus ojos volveré,
por volver por mi opinion,
lo que á don Pedro Giron
le diste, y yo te envié.
Y pues he perdido en ti
la parte de venturoso,
quiero en la de valeroso
satisfacerte por mi.

Doña Juana.

Espera.

Don Juan.

¿Qué hay que esperar
de una muger engañosa,
que inconstante y cautelosa
sabe fingir y engañar? *vase.*

Doña Juana

¡Cielos, qué es esto! ¡Que á mi
se me atreva un hombre, ya!
¿No hay quien le mate?

ESCENA VI.

DICHAS Y DON ALONSO.

Don Alonso.

¿Quién dá
causa de tratarte así?
¿De qué te espantas tirana
de la quietud de los hombres,
que así es justo que te nombres
por facil y por liviana?
Lo mismo que te envié
por vasallage y sangría
de tu enfermedad, ó mia,
que mia pienso que fué,
diste á don Pedro Giron,
de que veo claramente
que de amoroso accidente
enfermó tu corazon.

Doña Juana.

Mira bien....

Don Alonso.

Sí, por mis ojos
he visto en plata y cristal,
lisongeado su mal
y ofendidos mis despojos;
solo puedes argüir
tu gusto y tu voluntad;
pero no en esta verdad
dudar y contradecir.

Doña Juana.

¡Hombre!

Don Alonso.

Dices bien, tirana;
hombre soy, y lo he de ser

contra quien supo vencer
condicion tan inhumana.
Contra don Pedro Giron,
por darte disgusto á tí,
he de oponer desde aquí
mi valiente corazon.

Doña Juana.

Si tengo de responder,
en injurias declaradas,
no.

Don Alonso.

En culpas comprobadas
no te queda mas que hacer.

ESCENA VII.

DICHOS MENOS DON ALONSO.

Doña Juana.

¿Qué es esto, Leonor?

Leonor.

Señora,
plegue á Dios, si recibí
sus dos presentes, que aquí
un rayo me parta ahora:
que antes habia pensado,
que tu debes de haber sido
la que los has recibido,
y que los has enviado
á don Pedro.

Doña Juana.

¡Vive Dios,
villana, infame!

Beatriz.

Detente.

Doña Juana.

Aguarda, que juntamente
os castigaré á los dos.

Beatriz.

Míra, prima, si lo haces
por disimular conmigo,
solo en mi abono te digo,
aunque no te satisfaces
de mi amor, que nunca ví
ningun amante cuidado,
que no le haya disculpado
por lo que me toca á mí.
¿No somos tambien mugeres,
y en las mugeres tambien
natural el querer bíen?
Si disimulas y quieres,
¿quién te guardará mejor
tus secretos, que quien tiene
tu sangre?

Doña Juana.

¡Cielos! Si viene
envuelto en este rigor
castigo que vos me dais;
mirád que en él maltratais
la honestidad de mi honor.
Solo el tener sangre mia,
Beatriz, te pudo escusar
la venganza del pesar
que me has dado. ¿En mi podia
caber tan vil pensamiento?
Beatriz, ¿yo facilidad
de amor y de voluntad,
rendido el entendímiento?
De mi sangre me hartára,
si en esta culpa incurriera;

mi propio ser deshiciera,
y con mi vida acabára.
Y aun ahora, que lo digo,
que me estoy glorificando
parece, hiriendo y cebando
en la pena y el castigo.

Leonor.

Mas puede, si se enfurece,
el del arco.

Doña Juana.

No, Leonor.
¡Cómo ha de tener amor
la que tanto le aborrece!

Leonor.

Otra sé yo que decia
lo mesmo, y por despreciada
el no estar enamorada
le parece ya heregía.

Beatriz.

Dios le dé lo que desea.

Leonor.

Amen: plegue á Jesu-Cristo.
Despues que á Hernando no he visto *ap.*
el alma se me marca.

Doña Juana.

Aunque mas, Leonor, me digas,
tú en las quejas de esta gente
tienes culpa.

Leonor.

De repente
mala procesion de hormigas
vea sobre mí, señora,
sin que de tullida pueda
apartarlas, si me queda
en el corazon ahora

mas de lo que digo aquí:
dos presentes me trajeron
dos criados que vinieron,
y entrambos los despedí.
Gracias á Dios, que ha llegado
Hernando, que podrá ser
testigo; pues llegó à ver
todo cuanto habia pasado.

ESCENA VIII.

DICHAS Y HERNANDO.

Hernando.

Déme amor su cataplasma; *ap.*
porque si el desdén no gasto
con este segundo emplasto,
tengo de dejar con asma
el pecho de esta cruel;
y sin el oro de Tibar
le he de volver, siendo acibar,
en aguachirle de miel.

Leonor.

¿Hernando, recibí yo
dos presentes que traian
dos criados que venian
de dos pretendientes?

Hernando.

No:
testigo soy de oculorum;
y quedando en competencia
les ví por una pendencia
muy cerca de mortuorum.

Doña Juana.

No estaré en mi hasta sacar
del pecho de algun villano

él corazon con la mano.

Hernando.

Serviréte en amolar
el cuchillo, y le tendré,
guardándote las espaldas,
en tanto que tu te enfadas,
que ya tus intentos sé.
Y aunque á don Pedro he servido,
de tu parte me he de hacer;
que en efecto eres muger,
y yo airoso y bíen nacido.
El un ojo apostaria,
que algun enredo ha inventado;
porque como le ha faltado
el amor que te tenia,
mil faltas anda diciendo
de ti, tan públicamente,
que se anda toda la gente
unos con otros riendo.

Doña Juana.

¿Qué dice?

Hernando.

Dice que tienes
un ojo mayor que el otro.
Este he visto, venga el otro.

Doña Juana.

Loco imagino que vienes.

Leonor.

O tengo el ingenio yo
desencuadernado ya,
ó este es bellaco, y le dá
con lo mismo que me dió.

Doña Juana.

Príma, ¿tengo yo los ojos
desiguales?

Beatriz.

¡ Desiguales!
Dos luceros celestiales
parecen en sus despojos.

Hernando.

Si otras cosas te dijera
que dice, no te quedára
en dos dias tanta cara;
pues lo de cabellera
postíza, y dientes atados,
de manera lo he sentido,
que te miro de corrido
con los dos ojos cerrados.
¡ Pues ver con el alegria
que se lo dice à la dama,
con que se huelga y te infama!

Doña Beatriz.

¡ Hay tan gran bellaquería!

Leonor.

¡ Hay tal maldad! No creyera
de un hombre que te adoró,
tan grandes infamias yo,
si el mundo me lo dijera.

Doña Juana.

¿ Y es hermosa esa muger?

Hernando.

Es airosa y bien prendida.
Carne viva hay en la herida, *ap.*
que le ha empezado á escocer.

Doña Juana.

¿Y quiérela mas que á mi
me quiso?

Hernando.

Absorto la mira,
y dice que fue mentira

cuanto ha querido hasta aquí.
Porque le cogí un billete,
con un suspiro que dió
seis bugías apagó
que estaban en un bufete.

Doña Juana.

¿Qué dices?

Hernando.

Dios me destruya,
sino es tanta su aficion,
que trae sobre el corazon
una zapatilla suya.
Y si el origen le toca,
y á ser en la calle acierta,
se mete tras una puerta
y se le zampa en la boca.

Doña Juana.

¡Jesus!

Hernando.

Tan grande es su ardor,
que me llegué por un lado
diciendo disimulado;
¿y doña Juana, señor?
Y sin responderme nada,
enojado me miró,
y al sesgo me sacudió
la mas cruel bofetada,
que se ha visto dibujar
sobre carrillos cristianos.

Doña Juana.

¿Qué dices, prima?

Doña Beatriz.

Tiranos
son los hombres, no hay dudar.

Doña Juana.

¿Qué te parece que haga?

Doña Beatriz.

Que le escribas un papel,
y que le digas en él
tus enojos, y que te haga
merced de no te ofender
en público, ni en secreto;
siquiera por el respeto,
que se le debe á tu ser.

Doña Juana.

Bien dices, espera aquí.
¡Válgame Dios! ¡Dónde voy!
El camino erré: ó estoy
sin alma, ó fuera de mi.

ESCENA IX.

DICHOS MENOS DOÑA JUANA.

Leonor.

Señora, ya que las dos
nacimos con voluntad,
hagamos por calidad
diferente.

Hernando.

¡Vive Dios,
que vá á escribir! y que en suma, *ap.*
cruel, tibia ó desabrida,
ya está la carne manida
cuando se gasta la pluma.

Doña Beatriz.

Leonor mia, tuya soy;
dime á quien quieres, seré
tu tercera.

Leonor.

Si diré;
que tan cerca de él estoy,
que no estoy dos pasos de él.
Porque claramente un dia
dijo, que me aborrecia,
me estoy muriendo por él.

Doña Beatriz.

¿Es Hernando?

Leonor.

Si señora.

Doña Beatriz.

¿Pues él no será dichoso
en llegar à ser tu esposo?
Yo he de decírselo ahora,
Ah, galan.

Hernando.

Esto es á mi. *ap.*

Doña Beatriz.

Ce. ¿A quién digo? ¡Ah caballero!

Hernando.

Que me dé la vena espero. *ap.*

Doña Beatriz.

¡Ah soldado!

Hernando.

Ahora si.

Leonor.

Mucho estima el ser soldado.

Hernando.

Soy (perdonen mis sentidos)
sordo en otros apellidos.

Doña Beatriz.

¡Qué gran bellaco!

Leonor.

! Taimado!

Doña Beatriz.

Sabe, que Leonor te estima.

Hernando.

¿Pues qué importará en rigor,
si yo no estimo á Leonor?
Poco aprovecha la prima,
templada en el instrumento
de la conyugal union,
sino la afina el bordon.

Doña Beatriz.

Dios obra en el casamiento.

Hernando.

Ese ya es el bordoncillo
con que todas las mugeres
aseguran sus placeres;
y héle cobrado al cuquillo
un temor desatinado;
y atolondrarme no es jnsto,
pudiendo tener el gusto,
y que otro tenga el cuidado.

Leonor.

Mal conoces mi valor;
con el Rey no te ofendiera.

Hernando.

Como el de los naipes fuera,
yo lo creo, mi Leonor.

Leonor.

Yo soy muger tan honrada
como cuantas Dios crió.

Hernando.

¿Qué importa, si tengo yo
una falta endemoniada?
Preciabame de alentado,
y sobre apuesta, hice en Flandes
dos ó tres fuerzas muy grandes,

y volví á España quebrado.

Leonor.

Quebrado te quiero yo,

Hernando.

Por ahora podrá ser,
pero echarásle de ver
despues, y dirás que no.
Y fuera poco saber
de quien su quietud desea,
cortar para tí tarea
cuando no puedes coser.
Y muger que tuvo amores,
no es buena para casada;
que de la vida pasada
le quedan los borradores.

ESCENA X.

DICHOS Y DOÑA JUANA.

Doña Juana.

Este es el papel, Hernando;
di, que quisiera enviar
en sus letras rejalgar,
porque muriese rabiando.
Que es un tirano, un traidor,
un ingrato fementido,
cruel, descortes, fingido,
sin Dios, sin fe, sin honor.
Y que se guarde de mi;
que soy muger agraviada,
resuelta, y determinada;
un rayo.

Hernando.

Diréle asi.

Doña Juana.

Y que si acaso se fia
en su sangre, en su grandeza,
que advierta que á su nobleza
nada le debe la mia.
Y que si desvanecido
porque en otra parte quiere,
defectos en mi pusiere,
engañoso y presumido
en su loca estimacion,
que podrá ser que se pierda;
que fácil podrá una Cerda
atravesar un Giron.

Hernando.

En sabiendo que te he visto,
y que el billete le llevo
me ha de poner como nuevo;
que para mi, vive Cristo,
que es una tigre cruel,
despues que tiene otro amor.

Doña Juana.

Toma tu manto, Leonor,
y llévale tu con él. *vase.*

Leonor.

Ahora encajaba aquí
lindamente una coleta;
que voy con él.

Doña Beatriz.

¡Que discreta
ès la voluntad! ¿Por mi,
no habrá un poquito de fé
con Leonor?

Hernando.

A pensar vengo,
que si por mi no la tengo,

que por nadie la tendré?
y basta decir aqui,
que ya de ninguna suerte
me puedo mudar.

Leonor.

Advierte
que te quiero mas que á mí;
aunque todo el año entero
nos andemos, á mandar
tú en casa, y yo á remendar
tu vestído y tu braguero.

Hernando.

No, Leonor; que en esta vida
menos me tendrá afligido
un braguero descosido
que una muger muy rompida.

ESCENA XI.

Sala en casa de don Pedro.

Don Pedro.

¡En buen laberinto estoy
metido! Los pretendientes
de doña Juana, impacientes
piensan que el dichoso soy;
y escriben, que si no doy
los presentes que me han dado,
me dé por desafiado.
¡Cuando un hombre habrá reñido,
porque piensen que es querido
cuando muere despreciado!
Nunca de Flandes viniera
Hernando para matarme;
nunca para aconsejarme

el cielo aliento le diera;
nunca á mi casa viniera
aunque yo solo culpante
en las locuras de amante,
¿de quién me puedo quejar,
si me dejé aconsejar
de un hombre tan ignorante?

ESCENA XII.

Don Pedro y Hernando.

Hernando.
¿Qué hay? ¿Hay revolucion?
¿No están los cielos serenos?
¿Hay relámpagos y truenos?

Don Pedro.
No hay sino mi perdicion;
una esperanza burlada,
una intencion no entendida,
una muger ofendida,
y una alma en penas criada.
¡Que me creyese de tí!

Hernando.
¡Soy ignorántico yo!
Mal hizo quien me crió.
Si me ha de tratar asì,
¡para el puto que tuviera
el negocio en mal estado!
El morir descuartizado
pienso que lo menos fuera
en tu deseo.

Don Pedro.
¡Ay Hernando!
¿Cómo has de poder hacer
que me quiera una muger

que maltraté, desechando
los despojos de su honor?

Hernando.

El enfasis está ahì:
solo en el tratarla así
está el remedio, señor.
Concierto fué de los dos,
que si yo á Leonor rindiese
tu voluntad mereciesé.

Don Pedro.

Es verdad.

Hernando.

Pues, vive Dios
que has de verla ahora aquí,
para tí cosa bien nueva,
mas madura que una breva
y enamorada de mí.
Saca la daga fingiendo
que estás conmigo enojado.

Don Pedro.

¿Para qué?

Hernando.

Ya estás cansado.
Sácala, que yo me entiendo;
y despues, señor, sabrás
la tela que tengo urdida.
¡Ay, que me quitan la vida!
Saca presto.

Don Pedro.

Loco estás.

Hernando.

Saca, digo. ¡Ay, que me matan!
¿No hay quien me ampare?

ESCENA XIII.

Dichos y Leonor con un papel.

Leonor.

Detén,
señor, que le quiero bien.

Hernando.

Logróse la patarata. *ap.*

Don Pedro.

¿Bien le quieres?

Leonor.

Si señor;
y con saber que por él
mé estoy muriendo, cruel
me trata con gran rigor.

Hernando.

¿Cómo te puede tratar,
si porque aquí nombré yo
á tu ama, se enojó,
y me ha querido matar?

Leonor.

¿Posible es que de ese modo
la has aborrecido, dí?

Hernando.

En no diciendo que sí,
dás en la calle con todo;
finje que estás enojado.

Don Pedro.

Muriéndome estoy, Leonor;
ha sido grande el rigor
y mucho lo que he pasado.

Leonor.

Este billete te envia;
enojada lo escribió;

pero discúlpola yo
y su hermosura podia
ser disculpa en sus cuidados;
que bien sabes, que es quimera
eso de la cabellera
y de los dientes atados.

Hernando.

Concede con lo que han dicho,
que hay dientes y cabellera
en la maraña.

Don Pedro.

Quisiera
saber cómo.

Hernando.

En el capricho
entran esos adherentes.

Leonor.

Ella, señor, es sentida,
y ha de acabar con su vida
lo del cabello y los dientes.

Hernando.

Recibe el papel y dí,
que porque ella le ha traido
le recibes ofendido.

Don Pedro.

Dios me saque en paz de aquí. *ap.*
Si otra el papel me trajera
quizá no halláre en mis manos
propósitos tan humanos,
y sabe Dios lo que hiciera.

Leonor.

Pues si algun dia, señor,
te cansares de tu dama,
y se volviere á mi ama
arrepentido tu amor,

me ofrezco á ser tu tercera;
y por si acaso volvieres,
haz en tanto que á otra quieres,
que Hernando, señor, me quiera.

Don Pedro.

Yo sé que Hernando por tí
mudará de condicion.

Leonor.

¡Miren cuál está el Neron! *ap.*
Rayos echa contra mí.

ESCENA XIV.

DON PEDRO Y HERNANDO.

Don Pedro.

¿Qué es lo que has hecho?

Hernando.

Hacer
lo que el Galeno de amor,
en el récipe mejor,
me pudo dar á entender.

Don Pedro.

Ya por la esperiencia veo
parte de tu medicina,
tan rara y tan peregrina,
que parece que te creo.

Hernando.

Despacio te contaré
el camino que he tomado;
que ahora voy con cuidado
á lo que despues diré.

Don Pedro.

El papel quiero leer.

Hernando.

Cerrado se ha de quedar;

*

todo es en él descansar
con deshonrar y ofender,
y le he menester cerrado;
que hay gran máquina apretada,
y aun guerra; y este billete
servirá de pistolete
en la postrer rociada.

Don Pedro.

¿Podré yo satisfacella
en algo?

Hernando.

¡Jesus mil veces!
Forzosamente pereces;
para siempre has de perdella.

Don Pedro.

Ya como el negocio está,
ignorantísimo fuera,
si de tu orden saliera.

Hernando.

No menos, señor, te vá,
que ver logrado tu amor;
que la has de ver, fia en mi
con mas zarpas tras de tí
que gualdrapa de doctor.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de doña Juana.

DOÑA JUANA.

¡Qué es esto imaginacion!
¿Por que causa te desvelas,
y en mi propio ser anhelas
ahora jurisdiccion?
Dueño soy de mi intencion,
y soy la misma que fuí,
y quiero poner aqui
límites á mi deseo.
Contra mí misma peleo:
¡Defiéndame Dios de mí!
¿Que quiera yo no pensar,
y que me falte el poder?
¿Qué quietud puedo tener,
sin dejar de imaginar,
que me pudiera olvidar
tan presto un hombre? ¡Ah traidor!
Engañoso fué tu amor.
¡Qué es esto! ¿Estoy reprobando
el pensar, y estoy pensando?
¡Incurable es mi dolor!
No quiero admirarme yo
de que á su dama dijera,
que tengo yo cabellera
y dientes atados, no:
sí de que tan presto halló

muger tan á su medida,
que tan del todo se olvida
quien tanto supo querer.
Aquí es donde he de perder
la paciencia con la vida.

ESCENA II.

DOÑA JUANA Y LEONOR.

Leonor.

Señora, tu prima está...

Doña Juana.

¿No soy la misma que fuì?

Leonor.

¿Señora?

Doña Juana.

¿Qué ha visto en mí,
que tan presto pudo ya
trasladar tanta firmeza
en sugeto diferente?

Leonor.

¡Ay, señores, que lo siente! *ap.*

Doña Juana.

¿Aquella naturaleza
se mudó con tal rigor?

Leonor.

En estásis está ya. *ap.*
Carruage hay por acá;
tambien embarga el amor.

Doña Juana.

Leonor pienso que me ha visto *ap.*
divertida; importará
desvelarla, claro está.
¡Qué mal mi dolor resisto!
¿Yo con recato y deseo?

¿Que hace mi prima?

Leonor.

Ahora
me pidió un libro, señora,
de comedias.

Doña Juana.

Yo lo creo;
en libros mas virtuosos
fuera mas justo leer,
la que ha llegado á saber
tantos lances amorosos.
¿Pensais que no os escuché
hablar anoche á la una
por la ventana? Ninguna
imagine que no sé
sus pasos y sus secretos:
pero yo soy de opinion
que sobre seguro son
los castigos mas discretos.
Llama à mi prima. (1) ¡Ay de mí!
¡que no parece que ya
tan entera el alma está
como se mostró hasta aquí!
¡Mas qué es esto! ¿Ha de faltar
en mi pecho mi valor?
Mueran los gustos de amor
á manos de mi pesar.

ESCENA III.

Doña Juana, Beatriz y Leonor.

Doña Beatriz.

¿Qué me quieres?

---

(1) *Vâse Leonor.*

Doña Juana.

Que no qnieras;
que ya he visto claramente,
prima, que el nuevo accidente
dura en tus vanas quimeras.
A mi tio escribí ya
que alguna noche, que ocioso
esté, ronde cuidadoso
la calle; que lo que está
á mi cargo, es solo el
mirar por mi casa yo.

Doña Beatriz.

¡Qué poco que te debió
mi sangre, si tan cruel,
tan mi enemiga eres ya,
que á mi padre le escribias
claramente culpas mias!

Doña Juana.

¿Y quién, dime, me dirá,
que porque te quiero buena
te trato como enemiga?

Doña Beatriz.

La que en secreto castiga,
deseando está la pena.

Doña Juana.

Muy bien sabes argüir.

Doña Beatriz.

De tu escuela habré sacado,
por lo que á mí me has culpado,
lo que yo debo sentir.
Amor, venganza te pido: *ap.*
no pueda esta escrupulosa
bizarrear tan ayrosa
habiéndote á tí ofendido.

ESCENA IV.

DOÑA JUANA Y HERNANDO.

Hernando.

Por Dios, hoy señora mia,
aunque llegue á perecer
á sus manos, que has de ver
lo que á su dama le envia.
Esta joya de diamantes
le llevo y otra le dió,
que para afrenta nació
de las estrellas brillantes.
Enviándola á apreciar,
declararon los plateros,
que no tiene el Rey dineros
para poderla comprar.

Doña Juana.

¿Pues cuánto, dime, valdria?

Hernando.

Los plateros que le vieron,
cinco ciudades, dijeron,
de las que hay en Berbería.

Doña Juana.

¿Cómo está mi nombre aquì?

Hernando.

Suelta el papel por tu vida.

Doña Juana.

Muestra, ó perderás la vida.

Hernando.

¡Hay tal desdicha! ¡Ay de mi!

Doña Juana

Seis nombres hay á una parte,
y seis á otra, ¿qué es esto?
Dime lo que es, y sea presto.

Hernando.

Temo, señora, enojarte:
á mi amo le rogó
su dama que le escribiera
doce damas; y esto fuera
segun ella lo ordenó:
seis de las que deben ser
muy justamente queridas,
y otras seis aborrecidas.

Doña Juana.

¿Y de cuales vengo á ser?

Hernando.

Las aborrecidas son
esas donde estás escrita.

Doña Juana.

Es un traidor.

Hernando.

Sodomita,
y sodomita sayon.
No tienes sangre en el ojo,
sino rompes el papel
y te le comes; que en él
se podrá vengar tu enojo
en las tripas mas despacio;
y la joya envolveré
en otro papel que esté
mas bruñido y menos lácio.

Doña Juana.

¡Válgame Dios! Muestra á ver:
¿El papel que le escribí,
no es ese?

Hernando.

Señora si,
que no le quiso leer,
y así me lo dió cerrado.

¡Qué fuese tal mi torpeza!
¡Desdichado del que empieza
á estar una vez turbado!
¡Válgate el diablo el papel!
Que tengo en la faltriquera
pienso que una resma entera,
y que hube de dar con él.
Cuando ello de Dios está...
¡Oigan, y cual se ha quedado *ap.*
de difunto embalsamado!

Doña Juana.

¡Cielos, que rebiento ya!
Salgan pedazos de vida
del corazon á buscar
nuevos modos de vengar
un alma tan ofendida.
¿No soy la misma que fui,
cuando aquel hombre adoraba
las piedras que yo pisaba?
¿Qué defectos halla en mi,
que me aborrece y desprecia?

Hernando.

Ya dá voces y se abrasa: *ap.*
la calentura está en casa,
y debe de ser muy recia.

Doña Juana.

Muriéndome estoy, Hernando.

Hernando.

Muy poquito menos creo;
porque segun lo que veo,
parece que estás penando.

Doña Juana.

¿Podréme fiar de tí?

Hernando.

¡Asi plega á Dios hallára,

señora, quien me fiara
en una mohatra á mi!

Doña Juana.

Toma, pues, y escusarás
el saçarla, y el pedir
que te fien.

Hernando.

El vivir
de un cuervo, y cien años mas,
plega á Jesucristo amen,
que vivas; porque te llamen
te apelliden y te aclamen
la dama Matusalen.
Ya es cosecha desde aquí, *ap.*
lo que hasta aqui fue sembrar:
que muger que empieza á dar,
tambien va dando de si.

Doña Juana.

Yo he de ver á esa muger.

Hernando.

Sino es cuando vá mi amo
á verla, que es el reclamo
á que suele responder,
es imposible.

Doña Juana.

Yo iré,
si es que alguna noche vá,
tras él.

Hernando.

Dificil será;
mas yo te acompañaré.

Doña Juana.

Yo, Hernando, solo te encargo
el secreto por mi honor:
que esto es rabia, no es amor.

Hernando.

Asi un poquito á lo largo;
cuando en tercianas procura
ser el calor verdadero,
esperezos hay primero,
que venga la calentura.

Doña Juana.

En un pozo me echaré.

Hernando.

Yo lo creo, de barriga. *ap.*

Doña Juana.

¿Qué dices?

Hernando.

Que nadie diga
de esta agua no beberé.

Doña Juana.

Hernando, mira que soy
muger, y estoy afligida,
no por no verme querida,
sino despreciada.

Hernando.

Estoy
por, si no fuera barbado,
llorar en esta cautela
como un muchacho de escuela
que está ya desatacado.

Doña Juana.

¿Qué noche te he de esperar?

Hernando.

Yo avisaré la que fuere
á propósito... y lloviere *ap.*
porque se pueda enlodar.

Doña Juana.

Tu esperanza vive en mi;
no nos vean á los dos

juntos tanto tiempo, á Dios,

Hernando.

A Dios.... Gracias que vencí. *ap.*

ESCENA V.

HERNANDO, LEONOR Y DOÑA BEATRIZ.

Leonor.

Lindamente lo has parlado.

Doña Beatriz.

Para estar aborrecido
por ser hombre, mucho ha sido.

Hernando.

Soy altar privilegiado.

Leonor.

"Para mi teneis vos manos,"
os pudiera yo decir;
pues supisteis reducir
mis pensamientos tiranos.
¿Porque no pruebas tus fuerzas,
para hacer que tenga amor
la del eterno rigor?
No haya miedo que la tuerzas.

Doña Beatriz.

¡Torcer! Si resucitara
su padre, no le tuviera
amor, antes le pidiera
que al sepulcro se tornara.

Hernando.

¡Válgame Dios! ¿Es posible?

Doña Beatriz.

¿Pues tu solamente eres,
peregrino en las mugeres?
No ha nacido tan terrible
monstruo de crueldád.

Hernando.

Ya sé
que no se enamorará.

Doña Beatriz.

¿Por qué?

Hernando.

Porque ya lo está.

Doña Beatriz.

¿Qué dices, hombre?

Hernando.

No fué
la que en Teruel se murió
tan pegajosa y suave,
con solamente un jarave,
que en la vanidad tomó.

Leonor.

Que me dés los pies te pido;
si verdad fuese, le diera,
aunque en camisa me viera,
cuanto tengo aquí... un vestido.

Hernando.

Bien te puedes desnudar,
que yo sé que algun miron
deseára la ocasion.
Tras mi amo se ha de andar
la noche que quiera yo.

Doña Beatriz.

Sea esta.

Hernando.

Ha de llover;
que á su casa ha de volver
como jamas no se viò
carro de riche en febrero.

Leonor.

Señora, estoy por saltar

de contento y rebentar
de risa. ¡ Qué tal espero!

Doña Beatriz.

Todo hoy está lloviznando.

Hernando.

Pues que ha de ser hoy entiendo.

Doña Beatriz.

Lo del lodo te encomiendo.

Leonor.

¡Por amor de Dios, Hernando!

Hernando.

Idos, que há de sospechar,
si os ve aquì, que lo sabeis:
esta noche os vengareis.

Doña Beatriz.

Bien dices.

ESCENA VI.

Decoracion de calle.

HERNANDO Y DON PEDRO.

Don Pedro.

¿Hete de hallar?
Todo el dia ando tras ti.

Hernando.

No me espanto de eso, no;
que ando en los negocios yo
de la esencia del sofí:
ya la fuerza se ha rendido;
esta noche ha de seguirte.

Don Pedro.

Déjame solo decirte,
que es mucho para creido.
Hernando, si yo la veo
solo por mi causa dar

un paso, me hán de acabar
mis gustos y mi deseo.
Algun ángel te sacó
de Flandes, pues has vencido
lo que en pecho endurecido
jamas pude vencer yo.
En la obligacion postrera
de mi esperanza perdida
te debo toda la vida,
y hé de ofrecértela entera.
Mi vida, mi honor, mi ser,
y cuanto tengo en el mundo,
ya como dueño segundo
te deben obedecer.

Hernando.

Esta es tu joya, aquí está.

Don Pedro.

Tómala tú, que no quiero,
sí fue el remedio postrero,
que vuelva á mis manos yá.
¿Pobré yo, Hernando, siquiera,
no mas de un momento hablarla,
aunque sea despreciarla?

Hernando.

Señor, desatino fuera.

Don Pedro.

No puedo mas.

Hernando.

Eso es bueno
para un hombre condenado,
á quíen los suyos le han dado
secretamente veneno;
y para el que está metido
por la sala en la capilla,
de la vulgar campanilla

clamoreado y pedido:
pero no para un cristiano
libre y con entendimiento.
¿Quieres que por un momento
se haya trabajado en vano?
Por Díos, que vienen aquí
sus pretendientes, señor.

Don Pedro.

Hallarán en mi valor
lo que halló mi dicha en tí.
Aquí no tienes que hacer,
bien te puedes retirar;
consigue tú el alcanzar
y déjame el defender.

Hernando.

¿Qué es retirar? ¡Vive Cristo,
que es, señor, cada estocada,
de mi contrario tirada,
para mi cólera un pisto!
En Flandes no lo hice yo,
aunque el archiduque Alberto
daba voces en desierto,
tanto que se enronqueció.

ESCENA VII.

DON PEDRO, DON JUAN Y DON ALONSO.

Don Alonso.

Señor don Pedro Giron,
los que son tan caballeros...

Don Pedro.

¿En las leyes y en los fueros,
que debo á mi obligacion?
¿Por qué tenemos que hablar?
Si es porque no he respondido

á dos papeles, no ha sido
culpa, sino castigar
el haber imaginado,
que si favores tuviera
de doña Juana, los diera
ni aun al Cid resucitado.
A los hombres que han nacido
con mi corazon, no es bien
pedirles nadie que dén
las prendas que han recibido.
Yo sé dar, mas no volver;
y ¡ojalá que Dios pluguiera,
que en recibir estuviera
el saberlo defender!
Pero si ya en el valor
parece que andan sobradas
las razones, las espadas... ¡

ESCENA VIII.

Dichos y el Tio.

Tio.
¿Qué es esto?
Don Pedro.
Nada, Señor.
Don Alonso.
Yo os buscaré.
Don Juan.
Yo tambien.
Don Pedro.
Entonces acabaremos
lo que comenzado habemos
los tres.

ESCENA IX.

El Tio.

Por cierto muy bien.
¡Pendencia aquí! ¡Yo avisado
que ronde la calle! ¡Cielos,
en una hija, qué desvelos
para mí edad habeis dado!
¿Qué no te pudo templar
la conocída virtud
de tu prima en su quietud?
Ya es de noche, voyme á armar;
porque así podré saber,
si quien me puede ofender,
me puede tambien matar.

ESCENA X.

Sala en casa de doña Juana.

Doña Beatriz y Leonor.

Leonor.

Quedito, señora, saca
pie de matachin y pierna.

Doña Beatriz.

¿Cómo?

Leonor.

Hernando con linterna,
y con zapato de vaca.
En secreto están hablando
mas há de un hora cabal;
y ella, sino miré mal,
pienso que se está enfaldando.

Doña Beatriz.

¿Cómo podremos saber,

si trata de salir fuera?

Leonor.

Yo lo sabré; aquì me espera:
pero no te has de mover.
Si me hícieran reina ahora
solo porque no acechára,
pienso que no lo tomára.

Doña Beatriz.

Valiente amor, nadie ignora,
que se fundan tus razones:
segun tu poder contemplo,
en entapizar tu templo
de rendidos corazones.
Contra quien mas tu poder
resiste, mas te previenes;
porque de dios al fin tienes
lo absoluto del poder.

Sale Leonor.

Leonor.

Chinelita baja.

Doña Beatriz.

Espera
á ver si sale.

Leonor.

Eso hago;
porque no me satisfago
hasta verla en la escalera. *vase.*

Doña Beatriz.

Ruego á Dios, que despreciada
vuelva del que vá á buscar;
porque no llegue á probar
los gustos de enamorada.

Sale Leonor.

Leonor.

Flujo hizo para conmigo

doña Juana mi señora;
como un rayo sale ahora
por la puerta del postigo.
Ya no tiene que reñir,
privilegio nos ha dado,
con haberse enamorado,
para podernos reir.
¿Que se ha hecho tu galan,
señora, que no le veo?

Doña Beatriz.

Fuese al Brasil; el deseo,
y el alma penando están.

Leonor.

Ya en su castillo no hay fueros

Doña Beatriz.

Si, que amorosas pasiones
han clavado los fogones
á petardos y á pedreros.

Leonor.

¿Qué habemos de hacer?

Doña Beatriz.

Bajar
al postigo, y aguardarla
para solo avergonzarla
con mirarla y con callar.

Leonor.

¡Victoria por el amor!

Doña Beatriz.

Como es ciego dióle palo.

Leonor.

Desde hoy puede ser Gonzalo (1)
enamorador mayor.

---

(1) *Aquí se le olvidó á Lope que el criado de don Pedro se llamaba Hernando.*

ESCENA XI.

EL TIO ARMADO.

Tio.

¡Que aun asi tratan flaquezas
mis años tan sin respeto!
¡Todavia estoy sugeto
á femeniles ternezas!
Pensarà, viendome asi,
la muerte, que ya la he visto,
y que armado la resisto.

ESCENA XI.

EL TIO, DOÑA JUANA DISFRAZADA, Y HERNANDO REBOZADO Y CON LINTERNA.

Hernando.

Quedo, que un hombre está aquí.

Doña Juana.

Si algo pregunta, que soy
doña Beatriz de la Cerda
le dirás, para que pierda
los indicios que le doy.
Y si es justicia, dirás
que vá en casa de su padre.

Hernando.

No hay disculpa que no cuadre
bien dicha; salir podrás.

Tio.

¿Quién va?

Hernando.

Cuanto puede ser.

Tio.

¿Quién es?

¿Qué pregunta en vano?
Partido el genero humano,
un hombre y una muger.

Tio.

¿Quién es la muger?

Hernando.

Señor,
doña Beatriz de la... ¿qué?

Doña Juana.

De la Cerda.

Hernando.

Ya lo sé:
de la Cerda.

Tio.

¡Ay de mi honor!

Hernando.

¿Podremonos escurrir?

Tio,

¿Donde la llevas?

Hernando.

A ver
á su padre.

Tio.

Hasta saber
la verdad, la he de seguir. *ap.*
¡Y qué, sin pedir licencia
á su prima, vá á buscar
su amante! La he de matar.
Sufrid y tened paciencia,
corazon.

Hernando.

¿Tenemos ya
pasaporte?

Tio.

Si.

Hernando.

Pues vamos,
que despachados estamos.

Tio.

Tu muerte en tus pasos vá. *ap.*

ESCENA XII.

DON JUAN Y DON ALONSO, DE NOCHE.

Don Alonso.

Por aquí suele venir,
y podremos acabar
lo ya empezado á tratar,
de esta suerte.

Don Juan.

En recibir
presentes, es muy dichoso.
Séalo en reñir tambien;
porque dos veces le dén
titulo de venturoso.

Don Alonso.

A mi me habeis de dejar,
si viene solo.

Don Juan.

Eso no;
con él he de reñir yo.

Don Alonso.

¿Y yo os habré de mírar?
Al que de nosotros tiene
mas antigua competencia
le toca aquesta pendencia.

Don Juan.

Qnedo, que pienso que viene.

ESCENA XIII.

DICHOS, DON PEDRO Y HERNANDO.

Don Pedro.

Mira que vendrá cansada.

Hernando.

Venga, y déjala cansar,
por lo que te hizo andar
con el alma aperreada.

Don Pedro.

Basta ya, Hernando, no mas;
mira que es escuro y llueve.

Hernando.

Muger que ha sido de nieve
así la derretirás.

Don Pedro.

¿Quieres apostar, Hernando,
que se ha de volver á ir?

Hernando.

Muger que empieza á seguir,
derrengada y cogeando,
se irá tras un hombre á Flandes.

Don Pedro.

Mucha será tu impiedad;
que es mucha la oscuridad.

Hernando.

Y tus ignorancias grandes;
en llegando á conocer
por las centellas el fuego,
te ha de descubrir el juego,
y has de venirla á perder.

Don Pedro.

Pues alúmbrala siquiera;
que estamos lejos los dos.

Hernando.

Zarpa ha de haber, vive Dios. (1)

Don Pedro.

No tienes amor.

Hernando.

Quisiera
ponerle ceniza en lodo;
porque conozca que es barro
el presumir mas bizarro
de las mugeres, en todo.
Ahóguese, aunque es mancilla
ver una muger así.
¡Ah quien me trajera aqui
la hacienda de Sevilla!

Don Alonso.

Señor don Pedro.

Don Pedro.

¿Quién vá?

Don Alonso.

Los que hoy quisieron saber
de vos, si el no responder
fué desprecio.

Don Pedro.

Claro está.

Don Alonso.

Pues siendo así, no tenemos
que detenernos en nada;
sirva de lengua la espada
que con ellas hablaremos. (2)

Tio, dentro.

Así castigar podré

---

(1) *Mata la linterna.*

(2) *Meten mano y riñen.*

tu mal pensada traicion.

ESCENA XIV.

Dichos y doña Juana.

Doña Juana.
Señor don Pedro Giron,
amparádme.

Don Pedro.
Si haré;
caballeros, acudir
á las mugeres en justo,
que para nuestro disgusto
tiempo queda en que reñir.

Don Alonso.
Sois en efecto Giron,
cuya calidad sabemos,
y no es bien que os estorvemos
tan precisa obligacion.

ESCENA XV.

Dichos y el Tio.

Don Pedro.
¿Quién es? ¿Quién vá allá?

Tio.
Yo soy.

Don Pedro.
¿Quién?

Tio.
El padre desdichado
de esta hija, que le ha dado
el ser que perdiendo estoy.

Don Pedro.
Señor don Luis,

Tio.

Yo tomára,
que porque nadie me viera
en mi deshonra, se abriera
la tierra y que me tragára.

Hernando.

No te dés por entendido,
que no es su hija.

Don Pedro.

Si haré:
¿ qué ha hecho?

Tio.

Yo os lo diré.
De su inquíetud ofendido
con doña Juana, señor,
de la Cerda, mi sobrina,
la puse, cuya divina
virtud y heróico valor
pensé que la convirtiera;
y al contrario, divertida
en las calles y perdida
la hallo de esta manera.
Dádole hubiera la muerte:
¡ pero quién, señor, pensára,
que de una santa tomára
los consejos de esta suerte!
No le falta sino hacer
milagros.

Hernando.

De piedra y lodo,
para dar en él con todo,
despues que empezó á querer.

Don Pedro.

Con justa causa os confieso
que ahora os podeis quejar;

pero no es este lugar
para hablar, señor, en eso.
Mi señora doña Juana
la reñirá, y vos allí
tambien con ella.

Doña Juana.

¡Ay de mi! *ap.*

Tío.

¿Qué no pudieron, tirana,
los consejos de tu prima
moverte á no me afrentar?

Don Pedro.

Yo la tengo de llevar.

Tío.

El que como ya os estima,
que os obedezca es razon.

Hernando.

¡Linda vá la cazolada!
En la santa acreditada
se metió la tentacion.

Don Pedro.

Disimulad, y llevemos
á su casa, esta muger,
que se ha querido valer
de mí; y luego podremos
reñir.

Don Alonso.

A tanto valor
no replico.

Don Juan.

Sea así,

Hernando.

La buena es la mala aquí, *ap.*
y la mala es la mejor.
Amantes, nadie sea necio

en pretender, y avison
en lo visto; que estos son
los milagros del desprecio.

ESCENA XVI.

Sala en casa de doña Juana.

BEATRIZ Y LEONOR.

Doña Beatriz.
Lindamente se cerrára
la plana de venturosa,
si fuera yo tan dichosa
que mi padre la encontrara.

Leonor.
Con atrancarle el postigo
ahora al volver, perdiera
la paciencia; pero fuera
todo el enojo conmigo.

Doña Beatriz.
Si vá haciendo con querer
nuestro negocio, nó es justo
que le pongamos al gusto
estorbos que lo han de ser.

Leonor.
En la puerta principal
llaman. *vase.*

Doña Beatriz.
Baja, y quién es mira.
¡Dios me libre de su ira,
si le ha sucedido mal!
Casi de su parte yo
estoy por sentirlo ya!
¡Válgame Dios! ¿Si vendrá
con la cara que llevó?

Leonor.

¡Jesus! Todo vá perdido.

Doña Beatriz.

¿Quién era?

Leonor.

Un muy gran tropel;
y tu padre y ella en él.

Doña Beatriz.

¿Pues cómo no me has pedido
albricias?

Leonor.

Y de enlodada
viene tal, que es menester
para limpiarla, meter
todo el vestido en colada.
¿Qué habemos de hacer?

Doña Beatriz.

Callar;
que á nosotras no nos toca,
Leonor, sino punto en boca,
y vengarnos con mirar.

ESCENA ULTIMA.

TODOS.

Tio.

Lo que pretendo es saber
si mi sobrina le dió
licencia; porque si no,
no ha de quedar á deber,
en agravio tan dispuesto,
nada mi honor al sentir.
¡Vive Dios que ha de morir!

Doña Beatriz.

¿Quién ha de morir?

Tio.

¡Qué es esto!
¿Quién eres, muger?

Don Pedro.

Aquí
solamente os ha tocado
el quedar desengañado;
pero lo demas á mi.

Doña Juana.

Tampoco quiero que vos,
si es que quereis defenderme,
lo hagais despues de ofenderme.

Don Alonso.

¡Qué es esto!

Don Juan.

¡Válgame Dios!

Doña Juana.

Yo soy: ¿De qué os admirais?
Si pensaís que me ha sacado
de mí casa algun cuidado
amoroso, os engañais.
La mugeres que nacimos,
señor don Pedro Giron,
con sangre y estimacion,
mas que las otras sentimos.
¡Vive Dios, que he de saber
quien es esta vuestra dama,
por quien mi opinion y fama
se ha echado tanto á perder!
que esto solo me ha sacado
de mi casa.

Doña Beatriz.

Y con razon.

Leonor.

Item mas; el espigon

con su poco de cuidado.

Doña Beatriz.

Mírala, y calla.

Leonor.

Sí haré.

Don Pedro.

Pues si eso no mas ha sido,
señora, á lo que habeis ido,
mi dama os enseñaré;
pero habeisos de obligar
de hacer con ella por mí
una cosa. ¿Hareisla?

Doña Juana.

Sí.

Don Pedro.

Primero me habeis de dar
la mano, de que en lo justo
por mi habeis de interceder;
que yo sé que ella ha de hacer
lo que fuere vuestro gusto.

Doña Juana.

Esta es mi mano. ¡Hay rigor *ap.*
tan grande! ¡Que esto me pida!

Don Pedro.

Pues esta que tengo asida,
sola es mi dama.

Doña Juana.

¡Ah traidor!
¿Nuevos engaños?

Don Pedro.

Señora,
aqueste de Hernando fué;
que yo siempre os adoré
con la misma fé que ahora.

Doña Juana.

¿Luego nnnca habeis tenído
otra dama?

Don Pedro.

Si criara
Dios nuevo múndo, no hallára
en mi corazon rendido
lugar otro pensamiento;
la muerte pudiera hallar
propósitos que mudar:
pero no arrepentimiento.

Doña Juana.

¿A donde está Hernando?

Hernando.

Aquí.

Leonor.

Mira si nos engañó.
Con una misma nos dió.

Doña Juana.

¿Tú, no me dijiste á mí,
que tu amo me afrentaba,
y que otra dama tenia?

Hernando.

Mentí en lo que no sabia,
por ver lo que deseaba.
Y como le ví tan necio
y tan firme en su pasíon,
lo dije; porque estos son
los milagros del desprecio.

Don Pedro.

Los favores que pediàis
tengo yo; mas engañados
los llamais favores dados,
y que los diese queriais.
Porque no creais en nada,

que muger tan virtuosa
recibia codiciosa
para dar enamorada:
aquí os desengaño yo;
unos criados riñeron,
en el suelo los pusieron
y Hernando se los cogió.
¿Darélos?

Don Alonso.

De Hernando son
de mi parte.

Doña Juana.

Y de la mia.

Hernando.

Vuestra ha sido la hidalguía;
si fué mia la invencion.

Don Alonso.

Justamente mereceis,
que se os muestre mas humana,
mi señora doña Juana.

Doña Juana.

Es verdad, razon teneis;
y ya tan humana estoy,
que por lo mucho que gano,
si ahora estima mi mano
con el alma se la doy.

Don Pedro.

Yo con el alma tambien
la recibo como es justo.

Don Juan.

Y los dos con mucho gusto
os damos el parabien..

Doña Beatriz

¿Prima?

Doña Juana.

No me digas nada;
que harto has hecho con no hablar,
con mirarme y con callar.
Si te reñí enamorada,
desde hoy te disculparé;
que ya conozco mejor
las fuerzas que tiene amor,
despues que me enamoré.

Leonor.

¿Pretendiste resistir?

Hernando.

No Leonor; pero tomara,
que ninguno se casara,
por solo oirle decir
al obispo de Antióquia,
que una comedia se ha hecho
en que no tuvo provecho
el cura de la parroquia.

Leonor.

Tuya soy, Hernando mio.

Hernando.

Advierte que no hay braguero.

Leonor.

Quebrado ó sano te quiero;
que ya con el amor mio
no tienen las Indias precio
de amor y de estimacion.

Hernando.

Yo lo creo; y estos son
los Milagros del desprecio.

Los Milagros del Desprecio.

Hemos asegurado que esta comedia fué el original de la del Desdén con el desdén; y creemos que despues de leida una y otra, el público será de nuestra opinion. Ya por este motivo, aunque no tuviera otro mérito la obra de Lope, seria muy apreciable; porque no se trata de un pensamiento comun que puede ocurrir á cualquiera, y cuya fecundidad no se ha sabido aprovechar, sino de un argumento feliz, bien concebido y manejado por el inventor, y que no deja á sus imitadores otra gloria que la de perfeccionarle. Esto es verdaderamente lo que hizo Moreto. Comparando su obra con la de Lope, se vé que en la primera hay mas pompa y artificio; que los incidentes de que se vale para desempeñar su plan, dicen mas á la imaginacion: que los caractéres principales, singularmente el del Galan, están mas bien desenvueltos; y en las dos ingeniosas escenas de la máscara y el jardin, reuniendo á los amantes, y haciéndolos espresarse como conviene á su situacion, produce admirables efectos, y satisface completamente los deseos del auditorio.

Mas si por estas consideraciones, la comedia del Desdén con el desdén es preferible á la de los Milagros del desprecio, por otras igualmente importantes, no debe temer ésta la competencia con aquella. Prescindiendo de la originalidad, que segun hemos visto, pertenece esclusivamente á Lope, su fábula es tan sencilla y bien combinada como la de Moreto: tiene tanta regularidad, mas travesura, situaciones mas cómicas, y se acerca mas al rigor de las reglas clásicas, por la naturaleza de su argumento. Nada hay en este, ni en los personages, que no sea necesario para el fin que se propone el autor. Doña Juana, aunque de ca-

rácter menos ideal que la hija del Conde de Barcelona, es siempre interesante, natural y perfecta. Hernando es superior á Polilla en cuanto á inventar el medio de rendir á la heroina; y en lo demas tampoco le cede. Es buena idea la de hacerle ensayar primeramente su método en la criada, y darle una parte mas activa en la accion. Esto recompensa el carácter pasivo de su amo, que manifiesta sin embargo con obras la elevacion de sus sentimientos. La idea de la quebradura, y la de enlodar á doña Juana, podrian parecer bajas á algunos lectores; pero si lo meditan bien, verán que no lo son. En nada ofenden el pudor; no están recargadas, y ademas de escitar la risa, pintan con vehemencia el poder de los desprecios en el corazon de las mugeres.

El estilo y la versificacion, son tambien mejores que en el Desdén con el desdén; aunque no sea sino porque no se resienten de la ominosa metafísica enemiga irreconciliable de toda clase de poesía, y particularmente de la dramática. Acaso habrá mas fuerza cómica en la comedia de Moreto que en la de Lope de Vega; pero en esta resplandece por todas partes aquella gracia delicada y amable que nunca abandona á su autor, y en la cual no conoce émulo. Lo mismo decimos de la naturalidad y fluidéz de los versos, que si alguna vez degeneran en prosaicos, generalmente conservan un tono tan agradable, que los mas artificiosos no pueden alcanzar.-Quisiéramos citar algunos pasages, para confirmar una parte de lo que hemos dicho; pero mas vale que nuestros lectores recorran los diálogos entre Hernando y doña Juana, las quejas de esta, y la escena final.

Nótese que la intriga empieza por un enredo en el género de los de Calderon, muy original y feliz, y perfectamente enlazado con el argumento.

LA ESCLAVA
DE SU GALAN.

PERSONAS.

Don Juan, amante de
Doña Elena.
Leonardo, hermano de
Serafina.
Ricardo.
Don Fernando, padre de don Juan.
Finea, esclava de Serafina.
Inés, criada de doña Elena.
Pedro, criado de don Juan.
Alberto.
Florencio.
Un notario.
Antonio, criado.
Fabio, criado de don Fernando.
Criados.
Acompañamiento.

La escena es en Sevilla, y el trage la española antigua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON JUAN, DE ESTUDIANTE GALAN, Y DOÑA ELENA.

Doña Elena.

Esto se acabó, don Juan.

Don Juan.

Ne es ese lenguage tuyo;
y de ese término arguyo
que mal consejo te dan.

Doña Elena.

Eso de argüir es bueno
para escuelas.

Don Juan.

!Novedad!
Elena, tu voluntad,
sin argumentos, condeno.

Doña Elena.

Supongo que la he tenído.

Don Juan.

¡Qué mala suposicion!

Doña Elena.

¿Pues yo, don Juan, qué leccion
ó facultad he leido?

Don Juan.

Aguardo la consecuencia.

Doña Elena.

Habla como para mi.

Don Juan.

¿Qué puedo hablar para ti
con tan cansada lícencia?

Doña Elena.

¿Quieres que la tome yo,
y te diga lo que siento?

Don Juan.

Prosígue, que estoy atento.

Doña Elena.

¿Pues has de enojarte?

Don Juan.

No.

Doña Elena.

Yo soy híja, don Juan, de un hombre indiano,
hidalgo montañes, muy bien nacido:
dióme su luz el cielo mejicano,
que fue para nacer mi patrio nido;
mas la fortuna, resistida en vano,
por sucesos, que ya los cubre olvido,
le trajo á España con alguna hacienda,
ó persuadido de su amada prenda.
Divídese Sevilla, como sabes,
por este ilustre y caudaloso rio;
senda de plata, por quien tantas naves
le reconocen feudo y señorío.
Tiene una puente de maderos graves,
sin pies que toquen á su centro frio.
mano, que las dos partes divididas
por una y otra parte tiene asidas.
Hizo eleccion mi padre de Triana,
patria de algun emperador romano,
para vivir; la causa fue una hermana,
ó por no se meter á ciudadano.
Finalmente, pagó la deuda humana,
con su muger, el venerable anciano,
dejándome, ni rica, ni tan pobre,
que el sustento me falte, ni me sobre.
Aquí he vivido con tan gran recato,

que se puede escribir por maravilla;
puesto que de Triana, verdad trato,
pasé dos veces solas á Sevilla.
Pienso que asi mi condicion retrato;
pues habiendo de aquesta á aquella orilla
paso tan breve á dividir sus olas,
á Sevilla pasé dos veces solas.
Una, con gran razon, á ver la cara
del sol de España, que nos guarde el cielo;
porque estando en Sevilla, se agraviára,
si no le viera, la lealtad y el zelo:
otra, por ver la máquina tan rara
del moñumento, la mayor del suelo;
de suerte, que á ver fui cuanto se encierra
de grandeza en el cielo y en la tierra.
Mas como siempre en los mayores dias
las desventuras suelen ser mayores,
tú, que tan libre como yo, vivias,
viste en mi la ocasion de tus errores.
Seguisteme á Triana, y las porfias
de tus paseos, escribiendo amores,
aunque rasgué con justo enojo algunos,
mostraron lo que vencen importunos.
Yo te escribí, para decirlo en breve,
y yo tambien te amé, porque entendia,
que al casamiento, que al honor se debe,
tu amor el pensamiento dirigia.
Con esto el necio mio, ya se atreve
á darte entrada como á prenda mia:
entras con libertad, y en este medio
hallo, que es imposible mi remedio.
Dicen que vale cinco mil ducados
la prebenda eclesiástica que tienes,
y que ya de tu padre los cuidados
no se atienden á mas de que te ordenes.

Si tú pensaste, que sin ser casados;
porque á Triana de Sevilla vienes,
tengo yo de perder el honor mio,
mal consejo te dió tu desvarío.
Ayer lo supe, y ese mismo dia
vino mi tio de Jeréz, que estimo
por padre, el cual dispensacion traia
para casarme luego con mi primo.
Y como yo tu ingratitud sabia,
á darle el sì con lágrimas me animo;
y hoy parte por su hijo muy gozoso,
porque dentro de un mes será mi esposo.
¿Cuál hombre noble hubiera entretenido
á una muger de prendas con engaños,
habiendo de ordenarse; aunque hoy han sido
claros de tu maldad los desengaños?
¿Pensáste tú burlar mi amor vencido?
Pues si gastaras infinitos años
en locuras de amor, no me vencieras,
si Ulises fueras, si Narciso fueras.
Yo estoy don Juan resuelta, y es mas justo,
como estado tan alto, que te ordenes;
porque es razon y de tu padre gusto:
de renta cinco mil ducados tienes.
Yo perdono el engaño, aunque fué injusto:
ya no esperes de mí sino desdenes;
que un pecho de traiciones ofendido
volando pasa desde amor á olvido.

Don Juan.

Elena, á tantas verdades,
¿qué respuesta darte puedo,
porque todas las concedo
sin poner dificultades?
¿Mas por qué te persuades
que mi verdad te engañó?

Pues cuando te quise yo
ni la prebenda tenia,
ni mas que amarte sabia
que es lo que amor me enseñó,
Mi padre alcanzó despues
la renta, de que yo estaba
libre cuando no buscaba
mas bien ni mas interés,
que merecer esos pies.
Dios sabe si lo senti,
y si parte no te di,
fué porque no quise, Elena,
que partiéramos la pena,
que era sola para mí.
Pasó adelante mi amor
encubriendo mi desdicha,
no empeñándote á mas dicha
qne algun honesto favor:
pero si por ser traidor
tomas venganza en casarte,
bien puedes desengañarte
de que amor me ha permitido,
que me hubiese sucedido
con que poder obligarte.
¿Vés la renta, y vés tambien
de mi padre el justo enojo?
Pues de todo me despojo,
aunque mil muertes me dén.
¿Será entonces querer bien,
ó mentira, si me obligo
para cumplir lo que digo?
Mira si es prueba de fé,
pues todo lo dejaré
y me casaré contigo.
¿Puede hacer mayor fineza

un hombre por lo que adora?
¿Creerás entonces, señora,
lo que estimo tu belleza?
Dirás tu que es mas riqueza
ser, Elena, mi muger;
y sabré yo responder,
que aun el propio ser perdiera,
sino siendo, ser pudiera,
que fuera tuyo sin ser.
Pues quien dejára por tí
el propio ser en que vive,
no hará mucho en que se prive
de lo que es fuera de sí.
Yo voy á hablar desde aquí
á quien licencia nos dé.

Doña Elena.

Detente.

Don Juan.

Ya no podré.

Doña Elena.

¿Qué intentas?

Don Juan.

Tú lo verás.

Doña Flena.

Loco estás.

Don Juan.

No puedo mas.

Doña Elena.

Mira tu honor.

Don Juan.

¿Para qué?

Doña Elena.

¿Tanta renta, no es error?

Don Juan.

¿No has visto un niño, que viene

á dar un doblon que tiene,
porque le dén una flor?
Pues haz cuenta que mí amor,
que amor en nada repara,
como el egemplo declara
si lo que vé le contenta,
es niño y deja la renta,
por el clavel de tu cara. *Vase.*

Doña Elena.

Aunque es verdad que tanto bien deseo,
quiero tanto á don Juan, que me ha pesado
de que quiera él entrar precipitado,
de esta locura, por mi humilde empleo.
Pero el grande peligro en que me veo,
amando amada, sin tomar estado,
animando el temor, templa el cuidado,
y me parece que mi bien poseo.
¡Gran fineza de amor! Pero cumplida,
tantas desdichas puedan ofrecerse,
que en dejar á don Juan me vá la vida:
mejor es apartarse que ofenderse,
que una muger que quiere y es querida,
¿en qué puede parar sino en perderse?

ESCENA II.

Calle diferente: á la derecha fachada de casa con balcon.

Don Fernando y Antonio.

Antonio.

Como si fuera mia me ha pesado.

Don Fernando.

Pues á mí no me dá mucho cuidado:
hacienda tengo, gracias á los cielos.

Antonio.

¡Que no puedan armadas ni desvelos
contra aquestos rebeldes holandeses!

Don Fernando.

Ayudan los ingleses;
mas no siempre suceden sus fortunas
con tal prosperidad, que si hay algunas
en su favor, nuestro descuido ha sido.

Antonio.

El Draque muerto ya, quien es vencido
basta que á esto la memoria aplique.

Don Fernando.

Mas cerca en Puerto-Rico el Conde Enrique....

Antonio

¿En Cadiz y el Brasil, qué os han tomado?

Don Fernando.

Diez mil pesos serian, y han quedado,
gracias á Dios, cien mil, y solamente
para don Juan mi hijo.

Antonio.

Nadie siente
bien de vuestra eleccion, siendo tan rico.

Don Fernando.

A la iglesia le aplico,
y trato de ordenarle brevemente,
por causa que me obliga,
que no á todos es bien que se la diga.
Tiene de renta cinco mil ducados,
que vale la prebenda; y mis cuidados
le llegarán á diez, á lo que creo.

Antonio.

El estado es tan alto, que su empleo
no puede ser mayor; pero quisiera
que vuestra casa sucesion tuviera
dilatada á los nietos.

Don Fernando.

Este intento
nace de aborrecer el casamiento.

Antonio.

¿Por qué razon? ¿No es cosa justa?

Don Fernando.

Y tanto,
que es Sacramento santo;
pero pues sois mi amigo, estad atento,
que quiero, y es razon satisfaceros.

Antonio.

Y yo escucharos, mas que repreenderos.

Don Fernando.

Pasé á las Indias, mozo, y con hacienda;
casé con una dama, y aunque hermosa
cansóme, Antonio, como propia prenda,
que en conquistar mi amor no fué dichosa:
llevando pues la edad suelta la rienda,
me enamoré de una criolla airosa
y no muy linda; así en el mundo pasa
por lo feo, dejar lo hermoso en casa.
Esto de los conjuros que sabia,
aunque es necia disculpa de casados,
de suerte enloqueció mi fantasía,
que el depósito fué de mis cuidados:
tuve en ella á don Juan, que no tenia
hijos de mi muger, con que elevados
quedaron mis sentidos: que es locura
que quien todo lo acaba no la cura.

Antonio.

Admiracion me ha causado
que bastardo sea don Juan.

Don Fernando.

¿Qué pierde, rico y galan,
si el Rey le ha legitimado?

Antonio.

¿Y qué hace ahora?

Don Fernando.

Pasando

está en mi huerta.

Antonio.

¡Mancebo estudioso!

Don Fernando.

Es tan virtuoso,
que siempre le estoy rogando
deje el estudio, y porfia,
y ahora debe de ser,
porque presto ha de tener
un acto de teología.
¡Caso estraño! ¡Maravilla
rara, que este mozo sea
tan honesto, que no vea
una muger en Sevilla,
habiendo tanta hermosura!
En esto no me parece.

ESCENA III.

DICHOS Y LEONARDO.

Leonardo.

Justo parabien merece,
y ha sido mucha cordura.
Estoy, señor don Fernando
enojado con razon.
¿Cómo en tan grande ocasion
nos olvidais, despreciando
la amistad y vecindad?

Don Fernando.

De la plata que he perdido,
daros cuenta hubiera sido

pesadumbre y no amistad.

Leonardo.

De la plata no sé nada;
pésame si os alcanzó
parte: lo que digo yo
es cosa en razon fundada;
pues que casando á don Juan,
lo haceis con tanto secreto.

Don Fernando.

¿Si es burla, para qué efeto?

Leonardo.

¿Burla, si él y Pédro están
pidiendo, que por temor
vuestro, licencia le dén
sin que se amoneste?

Don Fernando.

Bien:
¡gracioso engaño!

Leonardo.

Y mayor
el no lo creer así;
pues al juez han ínformado,
que le matareis airádo
si lo sabeis.

Don Fernando.

¿Don Juan?

Leonardo.

Sí.

Don Fernando.

¿Vístelo?

Leonardo.

¿Si no lo viera
os lo viniera á decir?

ESCENA IV.

DICHOS DON JUAN Y PEDRO, DE GORRON.

Don Juan.

¿En fin, mandó recibir
nuestra informacion?

Pedro.

Espera,
que está mi señor aquí,
no entienda lo que tratamos,
que en grande peligro estamos;
y si lo sabe, ay de tí.

Don Fernando.

¿Don Juan?

Don Juan.

¿Señor?

Don Fernando.

Yo pensé,
hijo, que pasando estabas
en la huerta.

Don Juan.

De ella vengo;
tanto deseo que salga
este acto de teología,
para tu honor y mi fama.

Don Fernando.

Bien dices: bien se confirma
con el cuidado que andas
de casarte, pues que ya
secreta licencia sacas.

Pedro.

¡Zape! *ap.*

Don Juan.

¡Yo, señor! ¿Qué dices?

Pedro.

Vivit Dominus, que estaba
quando intravimus per portam
soplaverunt en la sala.

Don Fernando.

Hijo, no recibas pena,
ni los colores te salgan
al rostro, que en dar estado,
mucho los padres se engañan
contra el gusto de los hijos.
Dime, por Dios, si te casas;
que cien mil ducados tengo;
tu padre soy. ¿Por qué causa,
fias tu secreto á un mozo,
y de tu padre te guardas?
¿Hay otra luz en mis ojos,
ni otros ojos en mi cara?

Don Juan.

Señor....

Don Fernando.

No te turbes, dí.

Pedro.

Confiesa, señor. ¿Qué aguardas?
Advierte que dice, que eres
oculorum de su cara.

Don Juan.

Señor, si verdad te digo,
por tu gusto me ordenaba;
yo no soy para la iglesia,
cásome con una dama
virtuosa y bien nacida,
aunque pobre.

Don Fernando.

¿Esas palabras
han salido de tu boca,

sin que yo te saque el alma?
Fuera. (1)

Leonardo.

¿Estais en vuestro seso?
¿Para vuestro hijo espada?

Don Juan.

Señor don Fernando.

Don Fernando....

Fuera.

Pedro.

Cogeoitur en la trampa.

Leonardo.

Teneos.

Don Fernando.

¿Qué he de tenerme?
¿Vil bastardo, así se hallan
cinco mil ducados? Fuera.

Pedro.

¿Bastardos los padres llaman
los que ellos hacen? Que estotro
como él le hiciera en su casa,
¿qué le costaba salir
mas por muger que por dama?

Don Juan.

Señor, pues quisiste bien,
cuando sin disculpa andabas
con la madre que me diste,
¿por qué mís años infamas?
¿Tengo yo culpa de ser
bastardo?

Pedro.

Veritas clara.

---

(1) *Saca la espada.*

Don Fernando.

Ahora bien, por los presentes
con la infame vida escapas:
vete de Sevilla luego,
que la hacienda que pensaba
dejarte, al primer convento
la dejaré por mi alma.
Ola, echadle esos vestidos
y libros por la ventana.
Idos, pícaro.

Pedro.

Señor,
yo no me caso.

Don Fernando.

Si á casa
volveis, yo os haré colgar
de una reja.

Pedro.

¿*Quare* causa?
¿Soy yo pierna de carnero?

Don Fernando.

Ea, los bastardos vayan
al rollo de Ecija.

Pedro.

¿Yo?
¿Mas que tambien me levanta
que nos hizo á los dos juntos?

Leonardo.

Mirad, señor, que se para
gente á escuchar vuestras voces.

Antonio.

Entraos, señor, que ya basta.

ESCENA V.

DON JUAN Y PEDRO.

Pedro.
¡Buenos quedamos!
Don Juan.
¡Qué quieres!
Como eso los hombres pasan
por amor.
Pedro.
Si fuera amor
persona, como es fantasma,
¡qué de veces me le hubiera
dado dos mil cuchilladas!
¿Al rollo de Ecija á un hombre
que mañana se ordenaba
de vísperas? Vivit domínus,
que ha de ir á Roma. ¿Esto pasa?
¿Qué habemos de hacer?
Don Juan.
Morir.
Pedro.
Las puertas cierran.
Don Juan.
Cerradas
debe de tener tambien
quien las cierra, las entrañas.
Pedro.
¡Qué cerca estás de llorar!
Don Juan.
¿Pues de eso, Pedro, te espantas?
¡Ayer un coche y criados,
casa, hacienda, padre y galas,
y hoy cerradas estas puertas!

Pedro.

Presto se abrirán si llamas,
con decir que te arrepientes,
y que te ordenen mañana.

Don Juan.

Aunque mil muertes me den,
de proseguir no dejára
el casamiento de Elena.

Pedro.

Desde la Elena troyana
ha quedado por herencia
quemar Troyas, perder casas:
mas quiero darte un consejo.

Don Juan.

¿Cómo?

Pedro.

Deja la sotana,
y viste galas y plumas,
finge que te vas á Italia,
y entra á pedirle la mano;
que es padre, y le hará en el alma
cosquillas la ausencia.

Don Juan.

He visto
gran crueldad en sus palabras.

Pedro.

No creas en esas furias;
pídele la mano, y saca
por fuerza una lagrimilla,
que se la moje al tomalla,
que tú le verás mas tierno
que una cocida patata.

Don Juan.

¿Y si no puedo llorar?

Pedro.

Lleva la balona untada
de la mano, con cebolla,
y haz que te limpias, que basta
para que llores seis dias.

Don Juan.

¡O Elena! ¡O bien empleada
pena! Ayude tu hermosura
el ánimo que desmaya,
ver lo que pierdo por tí.

Pedro.

Ya arrojan por las ventanas
tus vestidos. (1)

Don Juan.

¡Bravo enojo!

Pedro.

Anda la mar alterada,
y aligeran el navío:
voy á buscar mi sotana.

Don Juan.

¡Ay Dios! ¡Si se han de perder
de doña Elena las cartas,
y una cinta de cabellos!

Pedro.

¡Qué joyas!

Don Juan.

Joyas del alma.

Pedro.

Cierto que hay almas buhoneras;
pues andan siempre cargadas
de cintas y de papeles,

Don Juan.

¡Ay mi Elena!

---

(1) *Arrojan los vestidos, libros y otras cosas.*

Pedro.

¡ Ay mi sotana!

Don Juan.

¡ Ay papeles!

Pedro.

¡ Ay gregüescos!

Don Juan.

¡ Ay mis cintas!

Pedro.

¡ Ay mí cama!

Don Juan.

¡ Quien supiere que es amor
apruebe mis esperanzas,
y no diga que estoy loco,
pues quedo con sola el alma.

ESCENA VI.

Decoracion de calle diferente.

SERAFINA Y FINEA CON MANTOS, Y RICARDO.

Serafina.

No me habeis de acompañar.

Ricardo.

La vida, señora mia,
podeis, no la cortesía,
aborreciendo, quitar.

Serafina.

No son las calles lugar
para tratar casamientos.

Ricardo.

Si se han de dar á los vientos
por vuestro injusto rigor,
¿desde donde irán mejor
á sus propios elementos?

Serafina.

Déjame pasar.

Ricardo.

Teneos,
y no recibais enojos,
que por vida de esos ojos,
de no hablar en mis deseos.

Serafina.

¿Pues en qué?

Ricardo.

Vuestros empleos
serán materìa sin mi.

Serafina.

¿Y qué me direis así?

Ricardo.

Que estais muy mal empleada.

Serafina.

¿Y estuviera mejorada
con vos?

Ricardo.

Presumo que si:
no porque no haya en don Juan
muy grandes merecimientos:
pero vuestros pensamientos
mírad vos que fin tendrán
con quien mañana se ordena.
¿Pues qué loco amor condena
á una muger principal,
á que se quede tan mal,
que se quede con su pena?
Toda la accion se comprende
del fin falso ó verdadero;
todo discreto, primero
mira el fin de lo que emprende:
quien lo que espera no entiende,

disculpa tiene del daño;
porque espera con engaño
donde el fin oculto está;
¿mas qué disculpa tendrá
quien ama con desengaño?

Serafina.

Yo, Ricardo, ya que os veo
conmigo tan declarado,
que en vez de vuestro cuidado,
me decis mi propio empleo,
satisfaceros deseo.
Don Juan se crió conmigo,
fue su padre gran amigo
del mio, y lo es de Leonardo
mi hermano.

Ricardo.

Mas causa aguardo.

Serafina.

¿Qué mayor de la qué digo?
Creció el amor con la edad.
¡Ay Dios! ¿Quién imaginara,
que tan presto comenzara
su oficio la voluntad?
Al principio fue amistad
simple de honesta ignorancia;
pero la perseverancia
juntó las cosas distantes,
y desde amigos á amantes
no hay un paso de distancia.
Queriame bien don Juan,
pagábale yo tambien;
pero en medio de este bien,
que bienes presto se van,
ó fue, como era galan,
admitido de otra dama,

cuyas perfecciones ama,
ó yo le desagradé;
que aunque él lo niega, lo sé,
que me aborrece y desama.
Hágole seguir de dia
y de noche. ¡Caso estraño!
que no tome el desengaño
quien tanto hallarle porfia!
Ni en casa de amiga mia
largas visitas dilata,
ni con sus amigos trata,
ni le han visto hablar ni ver
en calle ó campo á muger,
y con tibiezas me mata.
Muerta entre tantos desvelos,
sin saber que puede ser,
soy la primera muger,
que tiene zelos sin zelos:
asegura mis rezelos
con regalarme, y jurar
en oyendome quejar;
pero en materías penosas,
no hay cosas mas sospechosas
que el jurar y el regalar.
Aquí viene la eleccion
de su padre, y aquí viene
pensar que el amor no tiene
amistad con la razon.
Bien sé que mí pretension
ningun fin puede tener;
¿pero quién ha de poder,
amando, dejar de amar,
si hay tantas leguas que andar
desde amar á aborrecer?
Esta, pues habeis querido

saberla, fue la ocasion;
pude amar por la razon,
Ricardo, que habeis oido;
pero no dar al olvido
tantos años de amistad,
que hay mucha dificultad
en mudar el pensamiento,
cuando está el entendimiento
sujeto á la voluntad.

Ricardo.

Habeisme favorecido;
que un discreto desengaño;
nunca hizo tanto daño
como un engaño fingido.
Yo voy muy agradecido
al bien que aqueste me ofrece;
¡mirad qué premio merece
quien le tiene por favor,
y si agradeciera amor,
quien desengaño agradece!
Con esto palabra os doy,
no de no amaros, pues veo
ejemplo en vuestro deseo,
y desengañado estoy;
mas no hablaros desde hoy
en mi fina voluntad,
ni estorbar vuestra amistad:
quered á don Juan, que es justo,
porque no es amar con gusto
donde no hay dificultad.
Que si venganza quisiera,
¿qué mayor que ver que amais,
donde el amor que empleais,
ni fin, ni rémedio espera?
Rogaré al tiempo que quiera

templar esta ardiente llama,
no obligando á quien os ama
los méritos que teneis,
aunque licencia me deis
para querer otra dama.

ESCENA VII.

SERAFINA Y FINEA.

Serafina.

¡Cortés caballero!

Finea.

Tanto,
que lástima le he tenido:
fuerte desengaño ha sido.

Serafina.

Toma, Finea, este manto;
que no es tiempo de mirar
en lo que no puede ser.

Finea.

Notable cosa es querer.

Serafina

Mas notable es olvidar.

ESCENA VIII.

DICHAS Y LEONARDO.

Leonardo.

¿Serafina?

Serafina.

Hermano mio,
¿de donde?

Leonardo.

Vengo admirado
de dos cosas, con razon,

de casa de don Fernando?
la primera, que se casa
don Juan.

Serafina.

¿Qué don Juan, hermano?

Leonardo.

Don Juan su hijo.

Serafina.

¿Es posible?

Leonardo.

Debajo de hábitos largos
suele haber muy poco juicio.
¡Qué bien su padre ha empleado
lo que le cuesta el ponerle
en un estado tan alto!
Loquillo ignorante, en fin,
un mozuelo enamorado,
que arroja hacienda y honor,
y estudio de tantos años,
por lo que mañana creo,
y aun hoy estará olvidado,
si lo tuviese esta noche,
como en el alma en los brazos.
La segunda que me admira,
no es el ver al padre airado,
porqne es grande la ocasion:
pero el ver que llegue á tanto,
que despues de haber querido
matarle desesperado,
ha echado con grande nota
por las ventanas abajo
toda su ropa y vestidos,
sus libros, y cuanto hallaron
ser del pobre caballero.
Parece que te ha pesado.

*

Serafina.

¿Pues à quién no ha de pesar,
y con mas razon á entrambos,
que nos criamos con él?

Leonardo.

Entra, que quiero que vamos
á hablarle esta tarde juntos;
si vive, porque ha quedado
de cólera casi muerto.

Serafina.

Hasta ahora fue mi daño
un imposible de amor;
ya es mayor, pues es agravio;
porque, ¿quién podrá sufrir
los zelos desengañado?
que el amar un imposible
no ha menester desengaños.

ESCENA IX.

La calle segunda.

DON JUAN Y PEDRO DE SOLDADOS CON BANDAS Y PLUMAS.

Don Juan.

Ya vengo como tú quieres.

Pedro.

Y como el tiempo lo manda;
esto de plumas y banda
es hechizo de mugeres:
mucho se ha de holgar Elena.

Don Juan.

Mi padre quisiera yo.
¡Ay mi casa, quién te vió
de tantas riquezas llena

solamente para mí;
y ahora te vé cerrada!

Pedro.

¿Qué la cólera pasada
toda ha de ser para tí?

Don Juan.

No me des á conocer,
Pedro, un hombre tan airado,
que matò, mal ínformado,
su desdichada muger.

Pedro.

¿Mal informado?

Don Juan.

¿Pues no?

Pedro.

¡Bien haya amen, pues lo eres,
quien sabe honrar las mugeres!

Don Juan.

¿Naci de las piedras yo?

Pedro.

¡O sabrosos animales,
no es hombre el que os tiene en poco!

Don Juan.

Yo á lo menos estoy loco.

Pedro.

No todas nacen iguales;
ni todas han de ser brujas
de estas que andan á chupar,
que es menester preguntar
si son de píerna ú de agujas.
Y consuélate, don Juan,
de cuanto puedes perder,
que mas perdió por muger
no habiendo mas que una, Adan.
¡Qué virtuosas! ¡Qué santas

disculpan aquella culpa!
Por Dios, que tiene disculpa
quien se pierde donde hay tantas.

Don Juan.

Ea, acaba de llamar.

Pedro.

A mi echaránme, señor;
yo tomaria que olor,
aunque no fuese de ázar;
pero temo algun cascote.

Don Juan.

¿Pues para qué me he vestido?

Pedro.

El cuento viejo ha venido
aqui á pedir de cogote.
Juntáronse los ratones
para librarse del gato;
y despues de un largo rato
de disputas y opiniones,
dijeron, que acertarian
en ponerle un cascabel;
que andando el gato con él,
guardarse mejor podian.
Salió un raton barbicano,
colilargo, hociquiromo,
y encrespando el grueso lomo,
dijo al senado romano,
despues de hablar culto un rato:
¿Quién de todos ha de ser
el que se atreva á poner
ese cascabel al gato?

Don Juan.

Ya entiendo, que haber venido
ha sido, Pedro, invencion,
y el llamar, la ejecucion.

Pedro.
¿No tienes apercibido
el llanto para la mano
cuando te la dé á besar?
Don Juan.
Por eso no ha de quedar,
si mi padre es hombre humano.
Pedro.
Dí que su esclavo serás.
Don Juan.
Póngame un clavo ó argolla.
Pedro.
Sino tiene harta cebolla
la balona, pondré mas.
Don Juan.
¡Ah de casa! ¡Qué ocasion
hoy en la calle perdimos!
Pedro.
Muy emplumados venimos
para pródigo y lechon.
Tú, ni en vestido ní cara
tu papel puedes hacer,
que yo bien puedo tener
plaza en cualquiera piara.

ESCENA X.

Dichos y don Fernando.

Don Fernando.
¿Quién es?
Don Juan.
Un hombre, señor,
que ya no merece nombre
de tu hijo, pues es hombre
que no mereció tu amor.

Voy á Flandes á morir
entre fieros enemigos ;
pues que no supe entre amigos
en tu obediencia vivir ;
y aun ojalá que en Triana
me matára una pistola.

Don Fernando.

No es tu desvergüenza sola
la que hiciste con sotana :
con plumas puedes volar,
porque ya quedas de suerte,
que solo pueden valerte
por la tierra ó por la mar.
Véte, y en tu vida creas
que me has de volver á ver.

Don Juan.

¡ O qué presto has de saber
la muerte que me deseas!
Pero siquiera, señor,
porque me has criado, mira
que no es nobleza la ira,
y el perdonar es valor :
solo te pido la mano;
merezca tu bendicion.

Don Fernando.

Donde no se dá perdon,
es la bendicion en vano.

Don Juan.

¿Pues es posible, señor,
que me dejeis ir asi?

Don Fernando.

¿Y tú, parécete á tí
que me has dejado mejor?

Don Juan.

No era yo para el estado

que tú me querias dar.

Don Fernando.

Ni yo para transformar
un sacerdote en soldado;
que si de tí no me vengo,
es porque aunque no lo fuiste,
basta que serlo quisiste.
Para el respeto que tengo
clérigo te imaginé,
y de haberlo imaginado
ya tienes algo sagrado,
con que luego te dejé.
Véte, y no pares aquí,
ni sepa tus desvaríos.

Don Juan.

Ojos, no pareceis mios,
pues no me vengais de mí.

Pedro.

Dále cebolla, que ya
parece que se enternece.

Don Fernando.

¡Qué poco el llanto merece
con quien ofendido está!

Don Juan.

¿En fin, me dejais así?

Don Fernando.

Esto es hecho.

Don Juan.

¡Qué rigor!

Pedro.

Dále cebolla, señor.

Don Fernando.

Véte, pródigo.

Pedro.

?Y á mí

no me oirás por su cochino,
hablando con reverencia?

Don Fernando.

¿Mas qué incitas mi paciencia
para hacer un desatino?

Don Juan.

Muy de otra suerte aquel padre
de familias recibió
á su hijo.

Don Fernando.

Y lo hiciera yo;
mas no es posible que cuadre
aquì la comparacion;
que aquel vino arrepentido.

Pedro.

Sí, mas no le has parecido
en la debida porcion.

Don Fernando.

Tenia parte en su hacienda,
y esa no tiene don Juan.

Pedro.

Señor....

Don Fernando.

Vaya el ganapan.

Pedro.

Dale cebolla.

Don Fernando.

No entienda
que ha de ver mas esta casa.

ESCENA XI.

DON JUAN Y PEDRO.

Don Juan.

Fuése.

Pedro.

Nada aprovechó;
mas señas le he visto yo,
y todo en efecto pasa.
Otros hijos se han casado.

Don Juan.

Sí, pero la bendicion
del padre, aunque haya perdon,
es desgracia haber faltado.
Ello ha de ser con su gusto
porque así lo manda Dios.

Pedro.

Pues volvámonos los dos,
que yo sé tambien que es justo.

Don Juan.

¿Y Elena?

Pedro.

En Triana está
labrando una verde manga
para el venturoso dia,
que casados jugueis cañas.

Don Juan.

Camina, Pedro, á la puente,
y pasemos á Trìana;
que grandes resoluciones
no quieren grandes tardanzas.

Pedro.

¿En fin te casas?

Don Juan.

¿Qué quieres?
Tengo la palabra dada.

Pedro.

Otros tienen dadas obras
y no cumplen las palabras.

Don Juan.
¡Qué villano estuvo, ay Cielos!
Pedro.
Antes no; pues que le dabas
cebolla y nunca la quiso.
Don Juan.
Camina, Pedro, á Triana.

ESCENA XII.

Sala en casa de doñaElena.

DOÑA ELENA É INÉS.

Doña Elena.

Las sombras de mi temor
ya no dejan alegrarme
con cuanto dices que viste.
Inés.
Propia condicion de amantes:
quitáste el crédito al bien,
con que dejas de gozarle
mientras le admites dudoso.
Doña Elena.
¡Qué viste, Inés, esta tarde,
para tanta dicha mia,
á don Juan mudado el trage!
Inés.
Digo que le ví con plumas;
mira si puede mudarse
en mas diferente forma
quien ayer era estudiante.
Doña Elena.
¡Ay Dios! Si ya mi fortuna
se mostrase favorable
á mis deseos; mas temo

que al mejor tiempo me falte;
porque como no son justos,
no dejan asegurarme
en esperanzas que duren,
sino en penas que me maten.
¿Quién ha de pedir al Cielo
que deje para casarse
un hombre tan alto estado,
tanta renta, honor tan grande?
¡O amor, que solo reparas
en tu gusto! ¿Por qué haces
cosas injustas? Dirás
que fué disculpa bastante
el haber nacido ciego.

ESCENA XIII.

DICHAS, DON JUAN Y PEDRO.

Inés.

¿Llamaron?

Don Juan.

Entra y no llames.

Pedro.

¿Tomas ya la posesion?

Don Juan.

Vengo, mi señora, á darte
satisfaccion de la fé
con que supiste obligarme.
Veisme aquí, si por ventura
asegurar deseaste
la esperanza de ser tuyo,
para que ya no se alaben
cuantos hicieron finezas,
que fueron con esta iguales.
¿Qué importa que desde Avido,

Leandro el estrecho pase?
¡Que mal se iguala al enojo
de un noble y airado padre!
Sacando yo la licencia,
Elena, para casarme,
probando que no tendria
efecto con publicarse,
no faltó quien se lo dijo...
Aquì no es justo cansarte
con pintar tigres, leones
y otras fieras semejantes;
sacó la espada, no pudo
por los presentes matarme,
y porque llevaba yo
dos angeles que me guarden:
cerró las puertas en fin,
y mandó que me arrojasen
por las ventanas mi ropa.
Yo pretendiendo probarle,
tomé el trage en que me vés;
y para partirme á Flandes,
le pedí la bendicion;
mas fué tan inexorable,
que no la pude alcanzar;
mas déjame que le alabe
de una cosa, que en sus iras
me ha parecido notable.
No me ha echado maldiciones,
como muchos padres hacen
neciamente, porque á muchos
quiere Dios que les alcancen.
Esto me ha dado consuelo,
y esperanza de gozarte
en paz, dulce prenda mia;
que algun dia haremos paces.

Es justo acuerdo, y es fuerza
por algun tiempo ausentarme
de Sevilla; y dar lugar
á que este enojo se pase,
porque el mayor dura un mes,
al fin del cual, á casarme
volveré á Sevilla alegre:
tú en tanto mira que pagúes
esta fé, este amor... No puedo
pasar, mi bien, adelante.

Pedro.

Andamos con la cebolla
tan tiernos, que en todas partes
lloramos sin ocasion.

Doña Elena.

Pensé don Juan, alegrarme
con verte, y estoy mas triste
habiéndote visto, que ántes:
todo el discurso fué alegre
hasta llegar á ausentarte.
Porque ¿donde habrá paciencia
que para tu ausencia baste?
Siento perderte de vista
no presumiendo que engañes
una muger que te adora;
porque para no casarte,
no era menester dejar
la riqueza de tu padre,
la dignidad de tu oficio,
dando lugar á que hable
toda la ciudad de ti;
pero si es fuerza dejarme,
¿dime donde vás, mi bien?

Don Juan.

El amor, Elena, es grande,

que mi padre me ha tenido;
y aunque este puede templarse
con el agravio, es muy cierto,
que mi ausencia ha de obligarle
á notable sentimiento,
con que piadoso me llame.
Iré á la corte, y de allí
escribiré por instantes
al mayor amigo suyo,
para que el perdon me alçance.
Vuelvo á afirmar la palabra
de ser tuyo; y porque es tarde
para pasar atrevido
con las postas por tu calle,
solo te pido ...

Doña Elena.

Detente
mi señor, que es agraviarme
pedirme fé ni memoria;
porque primero que falte
á tantas obligaciones,
se verán la altas naves
de este rio en las estrellas,
ó que las estrellas bajen
á ser de sus aguas peces,
y rompidos los cristales
del cielo, caerán sus polos
dividido el sol en partes.
¿Qué muger debió en el mundo
amar tanto, aunque llegase
á perder por ti mil vidas?

Pedro.

En fin, Inés, hoy se parten
soldados, los que ayer fueron
pacíficos estudiantes:

así va el mundo.

Inés.

¡O que mano,
picaron, pensaras darte
en aquel Madrid con plumas!

Pedro.

¿Con plumas? ¡qué disparate!
Mal conoces sopalandas;
gorron, echaba yo lances
famosos; que donde quiera,
se cuelan los de este trage.
A dos veces de ver plumas,
lo que no pasa se sabe;
echanse mucho de ver:
mas ya mi amo se parte;
¿has de tener fé en ausencia?

Inés

Antes, Pedro, que me falte,
estará el sol donde suele;
¿porque quien podrá quitarle
de donde le puso Dios?

Pedro.

Estas si que son verdades.

Don Juan.

Mi bien, yo me voy, á Dios;
que partirme aprisa, nace
de que este tiempo que pierdo,
para la vuelta se alargue. *vase.*

Doña Elena.

El cielo vaya contigo.
Pedro, mira que regales
á don Juan.

Pedro.

Sin ti, señora,
no habrá regalo que baste.

¿Qué mandas para Madrid?

Doña Elena.

Que acuerdes, si me olvidare,
á don Juan...

Pedro.

No me lo digas,
ni tanta firmeza agravies.

Doña Elena.

Abrazame, Pedro.

Pedro.

Tente,
que harás que don Juan me abrase,
para quitarme el abrazo.

Doña Elena.

Zelosa quedo y cobarde.

Pedro.

¿De qué?

Doña Elena.

De ver que se pone
el sol, que en mis ojos sale;
que un Madrid, y aquellos años,
¿qué lealtad quieres que guarden?

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

LEONARDO, PEDRO Y DON JUAN.

Leonardo.

Antes fuera maravilla
venir con menos cuidado.

Don Juan.

Enojos de un padre airado
me sacaron de Sevilla,
y vuelvenme los deseos
de la ocasion á saber,
qué fin puedo prometer
á mis dudosos empleos;
para que vos, á quien tiene
respeto por amistad,
rompais la dificultad,
que á mis desdichas previene.

Leonardo.

Yo no sé como ha de ser,
don Juan, que podais volver
eternamente á su agrado;
porque despues que á la corte
os fuisteis, se ha procurado;
pero con su pecho airado
no hay medio humano que importe;
antes hablándole, jura
que un esclavo ha de buscar,
á quien le piensa dejar

su hacienda.

Don Juan.

¡Estraña locura!
Hágame su esclavo á mí.

Pedro.

No sino á mi, que podrá
con mas propiedad.

Don Juan.

¿Qué está
tan airado?

Leonardo.

Ayer le ví
con tal determinacion:
¿mas como os fué, me decid,
en Madrid?

Don Juan.

Llegué á Madrid,
Leonardo, en buena ocasion,
para entretener los ojos,
que el alma no era posible,
mientras airado y terrible
ejecuta sus enojos.

Pedro.

Tu padre, señor.

Don Juan.

¡Ay tríste!
Leonardo, á Dios; no me vea.

ESCENA II.

LEONARDO, DON FERNANDO Y FABIO.

Don Fernando.

No te espantes que no crea
lo qué dices ¿tú le viste?

Fabio.

Digo, señor, que le ví.

Don Fernando.

Basta, Leonardo, que Fabio
dice, que para mi agravio,
está aquel villano aquí.

Leonardo.

Aquí está, que le han traido
pobreza y enfermedad;
no cerreis à la piedad,
como el áspid el oido;
que ya toca en vuestro honor
favorecer á don Juan.

Don Fernando.

Gentil favor le darán
su maldad y mi valor:
id con Dios, porque en llegando
á hablarme por él me pierdo.

Leonardo.

Vos, como prudente y cuerdo
vereis, señor don Fernando,
lo que en esto habeis de hacer:
yo entre tanto, y perdonad,
cumpliré con mi amistad
en no dejarle perder.
A mi casa le he traido,
donde le pienso curar.

Don Fernando.

Haréisme un grande pesar,
y que no lo hagais os pido;
qua estais muy cerca de mí,
ó mudaréme por Dios.

Fabio.

¿La vecindad de los dos,
qué ofensa te hace á tí?

Don Fernando.

¿No podrá ser que le vea

alguna vez?

Fabio.

Ya, señor,
es ese mucho rigor.

ESCENA II.

DICHOS Y ALBERTO DE SOLDADO.

Alberto.

No habrá en el mundo quien crea
esta determinacion:
mas es fuerza aventurarme.

Don Fernando.

Mira quien viene á buscarme.

Fabio.

Soldados pienso que son.

Alberto.

Soy, señor, un capitan
de un navío.

Don Fernando.

¿Mas qué viene
á decir que me conviene
favorecer á don Juan?

Alberto.

Habiendo sabido, que
andais buscando un esclavo
de tantas partes, que pueda
la tristeza consolaros
de un hijo que habeis perdido,
ó que ha dado en ser soldado;
os traigo una esclava, que creo,
no habiendo de ser esclavo
forzosamente, que tiene
prendas, que no las ha dado
el cielo á muger ninguna.

Don Fernando.

Amor siempre ha sido engaño:
esclavo buscaba yo;
pero tampoco reparo,
siendo ella tal, en que sea
esclava.

Alberto,

Es tal, que no hallo
á que poder compararla,
sino es al precio; que es tanto,
que dice bien su valor.

Don Fernando.

¿Es negra?

Alberto.

Por ningun caso
tratára yo en esa hacienda.

Don Fernando.

¿Mulata?

Alberto.

Tampoco.

Don Fernando.

Aguardo
que sea.

Alberto.

Es india oriental,
á quien los moros han dado
su secta en aquellas tierras,
que ahora van conquistando
valerosos portugueses.
En Malaca la trocaron
á perlas, y un capitan
la trajo á España del Cabo
de Buena-Esperanza; y yo
la compré siendo soldado
del castillo de Lisboa,

Entra, Bárbara.

ESCENA IV.

DICHOS, Y DOÑA ELENA CON CLAVO EN LA BARBA.

Don Fernando.

Es retrato
de aquella reyna de Persia...

Doña Elena.

Dadme, señor, vuestras manos.

Don Fernando.

Hija, no esteis en la tierra;
la fortuna os hizo agravio:
notable muger.

Fabio.

¡Famosa!
Adoptaban sus esclavos
los romanos como á hijos
sus apellidos dejando,
y su casa en ellos; yo
pensaba hacer otro tanto
por cierto enojo que tengo;
pero puesto que me agrado
de la Esclava, haré lo mismo.
¿Es el precio?

Alberto.

Mil ducados.

Don Fernando.

Bien dijisteis que en el precio
se veria, y se vé claro
su valor.

Alberto.

No os espanteis,
que donde son mas baratos
me los han dado por ella:

tiene entendimiento raro,
por comenzar por el alma;
el cuerpo estaisle mirando,
no tengo que encarecerle;
los ojos son desengaño.
Por virtuosa os la vendo,
que á haber sido lo contrario,
no era precio para ella
el tesoro veneciano.
Canta, baila, cuenta, escribe,
y es con notable regalo
admirable conservera:
esto podeis ver despacio
si quereis que aquí la deje.

Don Fernando.

¿Cómo te llamas?

Doña Elena.

Me llamo
Bárbara, y no por gentil;
porque este nombre cristiano,
en la nave que venia,
con el bautismo sagrado
me dió mi primero dueño,
temeroso de los rayos
de una tempestad, que tuvo
la nave en peligro tanto,
que haber librado las vidas
fué del bautismo milagro.
Sin esto, junto á los Cafres
dimos en unos peñascos,
que sirvieron de rodelas
á las flechas de sus arcos.
Como echó su hacienda al mar
aquel mercader indiano,
guardóme para la tierra,

donde le fué necesario
remediarse con venderme.

Don Fernando.

¿Cómo, Bárbara, ese clavo
os puso en la barba?

Doña Elena.

Fué
presumir amenazando,
rendir mi pecho á su gusto,
y como sé que le traigo
en defensa de mi honor,
lunar de mi honor le llamo:
que como ponen blasones
los que empresas acabaron,
puso por armas mi honor
hierro negro en campo blanco.

Don Fernando.

¡Qué bien dicho! Yo lo creo.
Ahora bien: cuando me agrado
de una cosa, pocas veces
en el dinero reparo:
decidme, señora, ¿en cuánto
os compró este capitan?

Doña Elena.

Señor, mientras es mi amo,
no puedo contradecirle;
despues que me hayais comprado
os lo diré como á dueño.

Don Fernando.

¡Qué discrecion! *ap.*

Alberto.

Si llegamos,
á confirmar el concierto,
sean quinientos ducados,
que me costó cuatrocientos.

Don Fernando.

Esos os daré yo.

Alberto.

Subamos

á contarlos, todo en plata.

Don Fernando.

En oro podeis contarlo,
porque es dar oro por oro.

Alberto.

Ya es vuestro suceso estraño.

Don Fernando.

Bárbara, no á ser mi esclava
quedais; que con vos aguardo
cobrar el amor de un hijo
inobediente á ingrato.

Doña Elena.

Pues, señor, haré yo cuenta
que por él traigo este clavo;
que sirviendo en su lugar
esclava seré de entrambos.

ESCENA V.

Doña Elena.

Esta amorosa pasion,
con que se me abrasa el pecho,
pues hierros dorados son,
por una fineza ha hecho
esclavo mi corazon.
Con darle á don Juan, no huyo
de confesarle por suyo,
mas puede decir despues
que de dos dueños lo es:
esclavo soy ¿pero cuyo?
Aunque si dudando están,
cuyo ha de ser preguntando,

mi fé y lealtad les dirán
que no soy de don Fernando,
sino esclava de don Juan.
Verdad es que él ms compró
y que el amor me vendió;
pero cuando en mi reparen,
si cuya soy preguntaren,
eso nó lo diré yo:
porque de concierto están
la fé y el amor en mí,
que si tormento me dán
solo he de decir que fuí
la Esclava de su galan.
Que mi corazon quebró
lo que don Juan le obligó,
le digo al alma y prometo
de guardar siempre secreto,
pues cuyo soy lo mandó.
Soy tan leal corazon,
que sabiendo que ha perdido
por mí hacienda y opinion,
secretamente he querido
pagarle tanta aficion;
porque cómo restituyo
la deuda, el amor arguyo
¿Mas cómo se encubrirá?
porque nadie me verá
que no diga que soy suyo.

ESCENA VI.

Doña Elena y Fabio.

Fabio.

Haciendo está la escritura:
entra, Bárbara, que quiere
verte el escribano.

Doña Elena.

Hoy muere
mi libertad, y asegura
la eterna fama que adquiere.
Informarme he menester
de algo, si en casa me quedo,
de la familia, y saber,
porque errar términos puedo,
con quién los debo tener.
¿Hay señora?

Fabio.

No hay señora.

Doña Elena.

¿Hijos?

Fabio.

Uno.

Doña Elena.

¿Edad?

Fabio.

Mancebo.

Doña Elena.

¿Qué estado?

Fabio.

El estado nuevo,
porque cierta pecadòra
le ha puesto en los ojos cebo;
cerca de clérigo estaba,
y quiere casarse.

Doña Elena.

¿El nombre?

Fabio.

Don Juan.

Doña Elena.

Yo lo imaginaba:
¿es galan?

Fabio.

Es gentil-hombre.

Doña Elena.

Peligro corre la esclava.

Fabio.

No corre, que no está en casa.

Doña Elena.

¿Cómo?

Fabio.

Su padre le echó
no mas de porque se casa.

Doña Elena.

¿Por eso?

Fabio.

¿Es poco?

Doña Elena.

¿Pues no?
Como eso en el mundo pasa.
¿Quién hay mas?

Fabio.

La cocinera,
y un ama que le crió.

Doña Elena.

¿Es muy vieja?

Fabio.

Es hechicera.

Doña Elena.

¿Vos, quién sois?

Fabio.

Aquí entro yo:
soy señor de la cochera.

Doña Elena.

Sois hombre muy importante.

Fabio.

Y otras veces voy mejor.

Doña Elena.

¿Cómo?

Fabio.

Con plaza de infante:
soy víspera de señor;
porque voy siempre delante.
Desde que os ví, con deseo
estoy, por vida de entrambos,
de ministrar himeneo.

Doña Elena.

Mírasme con ojos zambos.

Fabio.

Son señas de regodeo.

Doña Elena.

Entrad, y tened la mano; *dale*
porque os daré

Fabio.

Ya es despues.

Doña Elena.

Yo no aviso mas temprano.

Fabio.

Así me trataba Inés.

Doña Elena

Pues tened respeto, hermano;
porque yo respondo así.

Fabio.

Yo me despido de tí.

Doña Elena.

Buenas mis locuras ván; *ap.*
yo me vendo por don Juan:
¡Amor, que quieres de mí!

ESCENA VII.

Sala en casa de Leonardo.

PEDRO, SERAFINA Y DON JUAN.

Serafina.

¿Pensarás que te agradezco
que á mi casa hayas venido:
si necesidad ha sido?

Don Juan.

Eso y mucho mas merezco.

Serafina.

¿Tu casarte, y no conmigo?

Don Juan.

Cuando venir presumí,
bien imaginé, que en tí
tuviera un grande enemigo;
mas para desengañarte
no hallé camino mejor.

Serafina.

Responde mi necio amor,
que ninguna cosa es parte.
Pues, tu me engañas á mi,
y quieres á otra muger
tanto, que te obliga á ser
lo que estoy mirando en ti.
Pedro, aunque tú me has vendido
tambien como tu señor,
¿qué me dices de un traidor,
que hasta el honor ha perdido?
¿Pero qué podrá decirme?

Pedro.

Amaina, señora, amaina;
vuelve la espada á la vaina,

no mates hombre tan firme,
que siendo tú la muger
con quien se quiere casar,
¿como te puedes quejar?

Serafina.

¿Yo soy?

Pedro.

¿Pues quién ha de ser?
¿Hate dicho á ti tu hermano
quien es la muger ú hombre,
qué sepa siquiera el nombre?

Serafina.

¿Luego yo me quejo en vano?

Pedro.

Pues no está claro, que ha sido
la jornada y la invencíon
solo para esta ocasion?

Serafina.

Amor la culpa ha tenido
del enojo que ha causado;
mi desconfianza fue
la causa, que no pensé
en verle tan descuidado,
que era por mí la fineza.
Don Juan, mi desconfianza
no dió por tanta mudanza
créditos á la firmeza;
perdonad el recibiros
con tan injusto desden.

Don Juan.

Cuéstame el quereros bien,
no deseos y suspiros,
como suele suceder,
sino hacienda, honor y vida.

Serafina.
Vos vereis que agradecida
soy, si soy vuestra muger.

Don Juan.
¿Pues por quien pudiera yo
hacer fineza tan rara?

Serafina.
De mis dichas lo dudara,
de mis pensamientos no.
Mi hermano pienso que viene,
no puedo ahora decir
lo que habré de remitir
al alma, que dentro os tiene
en ella, y el corazon,
como en secreto lugar.
Los dos podremos hablar
de esta peregrinacion,
con que me habeis obligado:
vuestra eternamente soy.

ESCENA VIII.

DICHOS MENOS SERAFINA.

Don Juan.
¿Necio, que has hecho? Ya estoy
metido en mayor cuidado,
con decir á Serafina
que es ella con quien me caso.

Pedro.
Si esta muger es el paso
por donde tu amor camina
al fin de su pretension,
no fue engañarla locura:
que pudiera, por ventura,
hacer en esta ocasion,

que su hermano, por quien ya
corren estas amistades,
pusiera dificultades
en lo que tratando está,
ni se pudiera vivir
aquí con esta enemiga.

Don Juan.

Y si hablándola me obliga
á lo que no he de cumplir,
¿parécete que son cosas
que poco despues fatigan?

Pedro.

¿Pues á qué escrítura obligan
dos palabras amorosas?

Don Juan.

Bíen dices, que desde aquí
habemos de negociar;
¿mas cuando piensa llegar
esta noche para mi?
Muero por ir á Triana,
muero por ver á mi Elena.

Pedro.

Basta un mes de ínjusta pena;
dejemos para mañana
ir á Triana, señor;
porque si esta noche vas,
á Serafina darás
sospecha de ageno amor.

Don Juan.

¿Eso dices? Si pensára
no verla, estando en Sevilla,
tuviera por maravilla,
que la vida me durára
hasta que el alba saliera.
¡Ay noche! ven, porque el sol,

dejando el polo español,
cubra la antártica esfera.
Deja, sol, que el negro manto
pueda tu rostro eclipsar,
que aunque temieras el mar,
no te detuvieras tanto.
Embarca tu resplandor,
que ver la noche me niega:
con mis lágrimas navega,
que soy todo un mar de amor.
Vete, que no he menester
celages de tu mañana,
que está mi aurora en Triana,
y ella me ha de amanecer.
Vamos, Pedro.

Pedro.

Tente un poco.

Don Juan.

¿No es de noche?

Pedro.

En tu sentido;
tanta es la luz que ha perdido
quien está de amores loco

Don Juan.

¿Pues dí, no tengo razon?
¿no es hermosa y virtuosa?

Pedro.

Virtud, sobre ser hermosa,
es la mayor perfeccion;
y así, será justo empleo,
pero con mucho juicio.

Don Juan.

Pues es para su servicio,
ayude Dios mi deseo.

ESCENA VI.

Salon en casa de don Fernando.

DON FERNANDO y DOÑA ELENA.

Don Fernando.

Tan contento estoy de ti,
Bárbara, que desde hoy
eres lo mismo que soy.

Doña Elena.

Cuanto ha sido contra mi
hasta ahora la fortuna
la perdono justamente,
sino es que de nuevo intente
de este bien mudanza alguna;
pues piadosa me ha traido
á servir á un caballero,
de quién mi remedio espero.

Don Fernando.

Bárbara, mí dicha ha sído;
y pues que lo siento así,
se vé en lo que te he fiado;
todas las llaves te he dado,
ríge y gobierna por mi
criados, casa y hacienda:
tanto de tu entendimiento,
y virtud estoy contento:
y porque tu pecho entienda
que es lo menos que te fio,
oyeme atenta, y sabrás,
lo que á mi me importa mas,
todo el pensamiento mìo.
Yo tengo un hijo...

Doña Elena.

Ya sé

todo el suceso, señor;
que me lo dijo Leonor
el dia que en casa entré.

Don Fernando.

Este pues inobediente,
estando para ordenarse,
dió en que habia de casarse,
y ausentóse cuerdamente;
que pienso que le matára.
Despues á Sevilla vino,
y está en casa de un vecino,
que á mi disgusto le ampara.
Entre todos los enojos
que me ha dado este rapaz,
anda amor metiendo paz,
porque es la luz de mis ojos.
Yo finjo que le aborrezco,
y nadie sabe de mi
lo que he fiado de ti.

Doña Elena.

Dios sabe que lo merezco.

Don Fernando.

Quiero, porque me han contado
que viene enfermo y perdido,
que tú, como que has querido,
viéndome con él airado,
cuidar de su enfermedad,
que como á propio señor
le veas, y de mi amor
sustituyas la piedad.
Las llaves tienes, y tienes
discrecion; en regalarle
te ocupa, sin declararle
que por mi, Bárbara, vienes,
sino por tu obligacion;

que sé que en viendo á don Juan,
tan entendido y galan,
dirás que tengo razon.
No hay mozo en toda Sevilla,
no lo digo como padre,
mas gallardo: fue su madre
en Méjíco maravilla,
y muy principal muger;
que á ser legítimo amor,
mas tiene de su valor,
que de mi puede tener.
Lo primero, has de llevar
(esto sin nombrarme á mí)
unas camisas, que aquí
quedaron por acabar.
Y toma en esta bolsilla
cincuenta escudos, que está
pobre, y no los hallará
sobre prendas en Sevilla.
Pienso que me has entendido.

Doña Elena.

¿Y cómo, Señor? muy bien,
y de camino tambien
con el alma agradecido,
la confianza que haceis
de esta humilde esclava vuestra;
en lo demas, bien se muestra
que piadoso procedeis
como padre, imitacion
del verdadero desvelo.

Don Fernando.

Si tú con discreto zelo,
pues se ofrecerá ocasion,
le pudieses persuadir
que dejase de casarse,

y que volviese á ordenarse,
no le dejes de advertir
lo que ganará conmigo.

Doña Elena.

¿Señor, cómo podré yo,
sabiendo que no bastó
tu enojo ni tu castigo?
Pero en fin yo te prometo
de hablarle en esto, y muy bien.

Don Fernando.

Haz, Bárbara, que te dén
las camisas en secreto,
que ya acabadas están;
y si en este amor reparas,
yo sé que me disculpáras
si hubieras visto á don Juan;
y quiero que se te acuerde,
mirándonos á los dos,
que siente Dios con ser Dios
un hijo que se le pierde.

Doña Elena.

¿Ha de ir alguno conmigo?

Don Fernando.

Fabio, que te enseñará
la casa, que cerca está.

ESCENA X.

DOÑA ELENA.

Alabo, ensalzo y bendigo
la piedad que usais conmigo
Cielo, en aquesta ocasion.
Parece que el corazon
me miraba don Fernando,
y que de él fué trasladando

mi propia imaginacion.
!Qué podré ver á don Juan
despues de tan larga ausencia!
¡Qué dineros y licencia
de regalarle me dán!
Parece que ya se ván
declarando en mi favor
los cielos, pues el rigor
piadoso de un padre airado,
dá cuidado á mi cuidado,
y añade amor á mi amor.
Ahora os satisfareis
ojos, que sin luz estais,
que á ver vuestra gloria vais
de lo que llorado habeis.
Hoy vuestro dueño vereis,
y siempre licencia os dán:
tercero para don Juan
es hoy quien mas me aborrece,
pues me dice y encarece
que es gentil-hombre y galan.
¡Con la gracia que me hablaba,
de las que don Juan tenia,
como que yo no sabia,
que me cuestan ser su esclava!
Lo mismo que deseaba
me ofrecia liberal;
porque con suceso igual
sea mi egemplo testigo
de que suele un enemigo
hacer bien por hacer mal.

ESCENA XI.

Decoracion de calle.

FLORENCIO Y RICARDO.

Florencio.

No siempre puede amor lo que imagina.

Ricardo.

Juré, no ver Florencio, á Serafina
despues de ver tan claro desengaño;
y aunque pensé que fuera por mi daño
un milagro de amor ha sucedido,
que fué con otro amor quedar vencido.

Florencio.

Si tiene alguna cura
la locura de amor es la hermosura
de otra muger; y así dijo un poeta,
aunque es pasion que tanto nos sujeta,
para vencer amor, querer vencerle.

Ricardo.

No pienso yo ponerle
remedio tan violento;
pero andando con este pensamiento
ví una muger á donde puso el cielo
dos estrellas de fuego en puro hielo;
un talle tan gallardo, honesto y grave,
un mirar tan suave,
un andar tan gracioso,
y en cada parte un todo tan hermoso,
que vivo sin sentido:
mas todo lo que veis, ya fué el olvido
de aquel pasado amor, pues ya me abrasa
y me enciende una esclava de esta casa.

Florencio.

¿ Esclava ?

Ricardo.

Sí.

Florencio.

¡Qué bajo pensamiento!

Ricardo.

Sin verla, no culpeis mi entendimiento.

Florencio.

¿Es africana?

Ricardo.

Es india, y justamente,
que siendo sol viniese del Oriente

Florencio.

Mal gusto, y en que el vuestro desatina
dejar el serafin de Serafina
por una esclava bárbara.

Ricardo.

Su nombre,
Florencio es ese; y porque no os asombre
mi pensamiento justo,
mirad su talle, alabareis mi gusto.

ESCENA XII.

Dichos, y doña Elena y Fabio con un azafate.

Fabio.

Esta es la casa.

Doña Elena.

¿Qué tan cerca era?

Fabio.

Quisieras tú que á la alameda fuera
La devocion de san Troton te obliga.

Doña Elena.

Nunca salgo de casa.

Fabio.

Pues amiga,

sí señor te hace dama, tén paciencia,
demás, que las ventanas en ausencia
de la calle, no son poco remedio.

Doña Elena.

Nunca por ese medio
remedio yo la soledad que paso.

Fabio.

¿Ventana no?

Doña Elena.

¿Soy yo boton acaso,
que tengo de estar siempre á la ventana?

Fabio.

¿Qué os parece la indiana?

Florencio.

Que trajo todo el oro y pedrería
que la tierra y la mar de Arabia cria.

Doña Elena.

Entra, Fabio, y dirás á lo que vengo.

ESCENA XIII.

Dichos menos Fabio.

Ricardo.

¿Luego disculpa de quererla tengo?

Florencio.

El lacayo se ha entrado
en cas de Serafina.

Ricardo.

Traerá de don Fernando algun recado.
Pues Bárbara divina....

Doña Elena.

Vuesa merced suplíco se detenga,
antes que el hombre con quien vengo, venga.

Ricardo.

¿Por qué pagas tan mal lo que te quiero?

Doña Elena.

¿Qué obligacion me corre, caballero?

Ricardo

¿Amor no obliga?

Doña Elena.

Obliga con servicios
y amorosos oficios,
no con palabras y animos donceles,
que aun en tiempo de Adan le daban pieles.

Ricardo.

¿Quieres tú galas? ¿Quieres tú dinero?

Doña Elena.

No puedo yo deciros lo que quiero.

Ricardo.

¿Quieres que te rescate?

Doña Elena.

Ni por el pensamiento de eso trate:
todo mi gusto en esta casa tengo;
esclava de mí misma á verme vengo.

Ricardo.

Ya te he entendido, ¿quieres á Leonardo?

Doña Elena.

¿No es don Juan mas gallardo?

Ricardo.

¿Pues quieres á don Juan?

Doña Elena.

Como á mí dueño,
que en lo demas ya sé que fuera sueño;
pues quiere una muger con quien se casa.

Ricardo.

Pues Bárbara, si sabes lo que pasa,
quiéreme á mí, que en indio me transformas,
pues Idolo te formas
de marfil y de oro,

y siendo tú mi sol, indio te adoro.
Ea, dame una mano, porque en ella
te ponga este diamante,
que aunque es muy bella, quedará mas bella.

Doña Elena.

Quedito y salvo el guante,
que soy un poco arisca,
y con las nueve efes de Francisca,
fé, fineza, firmeza y fortaleza,
soy toda junta un monte de aspereza,
y le quiero añadir el ser famosa.

Ricardo.

Pues déjame tocar con solo un dedo
el clavo de tu rostro.

Doña Elena.

¡Lindo enredo!
¿Soy cuenta de perdones?
Por sus ojos que mude de estaciones.

Ricardo.

Yo he de comprarte á don Fernando.

Doña Elena.

Creo
que aunque busqueis para tan necio empleo
mas piedras, oro y perlas que un poeta
pueda pintar un dia,
no os venderán una chinela mia:
el hombre sale; à Dios.

Florencio.

Muger discreta,
pero taimada.

Ricardo.

Vamos, que yo espero
mi remedio en engaño ó en dinero.

ESCENA XIV.

DOÑA ELENA Y FABIO.

Fabio.

Don Juan sale á recibirte,
y las camisas dí á Pedro.

Doña Elena.

Pues véte, así Dios te guarde;
que tengo cierto secreto
que me dijo mi señor
que dijese á don Juan.

Fabio.

Vuelvo
dentro de un hora por tí.

Doña Elena.

Vuelve, poco mas ó menos.

Fabio.

¿Quién son aquellos lindones
que te hablaban ?

Doña Eleda.

Caballeros,
que cansados de faisanes,
ya entiendes, Fabio.

Fabío.

Ya entiendo.

Doña Elena.

¿Zelitos? Soy yo muy propia
para oir lacayunos zelos.

Fabio

Por el agua de la mar,
que he de darles, si los veo
otra vez, una mojada,
que llaman acá los diestros
la de Domingo Gayona.

Doña Elena

¿Son estos los aposentos
de don Juan?

Fabio.

Si.

Doña Elena.

Vete.

Fabio.

A Dios.

ESCENA X.

Sala en casa de Leonardo.

DOÑA ELENA, DON JUAN, Y PEDRO.

Don Juan.

Mal podré tener contento,
Pedro, con tanta desdícha;
hoy á mis hábitos vuelvo.

Pedro.

No debió de poder mas,
que por ventura la hicieron
fuerza su tío y su primo.

Don Juan.

¿Qué fuerza, si fue el concierto
que á casarme volveria?

Pedro.

Como no lo hiciste luego
entró la desconfianza,
que no hay cosa que mas presto
rinda y mude una muger.

Don Juan.

En lo que su engaño veo,
es en negar sus criados,

y decir, que no supieron
quien la llevó ó donde fue.

Pedro.

Hablemos, señor, primero
de esta esclava de tu padre,
que dicen que es su gobierno;
y no mudemos de ropa,
que será, sin grande acuerdo,
vender risa á la ciudad.

Don Juan.

¡Buen talle!

Pedro.

¡Y gentil aseo!

Don Juan.

No he visto esclava en mi vida
de mejor traza.

Pedro.

El invierno
tenga yo tales frazadas,
y los veranitos frescos
estas colchas de la China.

Doña Elena.

Temblando me está en el pecho
el corazon: señor mio,
hoy á vuestros pies presento
una esclava.

Don Juan.

No prosigas.
¡Jesus! ¡Jesus! ¿Qué es aquesto?
Alza el rostro, no le bajes.
¿Qué es esto, Pedro?

Doña Elena.

Bien puedo;
si las lágrimas me dejan.

Pedro.

Señor, vive Dios, que creo,
que habemos los dos bebido.

Don Juan.

¡Ay Pedro! Lágrimas bebo
de un angel; pero bien dices,
que aquesto es locura ó sueño:.
háblame, señora mia,
háblame, y dime si tengo
mi fantasía en tu sombra,
fuera de mi entendimiento.

Pedro.

Señora, ¿dime quién eres?
¿Han hecho algun embeleco
estas moras de Sevilla?
¿Eres tú? ¿Quién eres? Presto,
que estoy por huir de ti.

Doña Elena.

Yo soy, don Juan; yo soy, Pedro;
¿pues quién, sino yo, pudiera
arrojar al mar soberbio
de tu padre, honor y vida?
Que de una amiga sabiendo,
que dar queria á un esclavo
su hacienda, este pensamiento
se me puso en la memoria,
y ejecutólo el deseo.
Tuve tal felicidad,
que ya de tu padre tengo
hacienda y casa en mi mano.
Hoy me descubrió su pecho,
y me dijo, que sabia
que habias venido enfermo,
y que venias á curarte;
siendo yo cierva, que vengo

llena de flechas de amor
al agua de mi deseo.
Este dinero me ha dado,
tan declarado y tan tierno,
que á los ojos se asomaban
las lágrimas por momentos,
como ventanas doncellas,
que andan cerrando y abriendo.
Dijóme, que yo te diese,
en razon del casamiento,
consejos, que no te doy,
que son contra mí consejos.
Fingí hierros en mi cara;
porque están los verdaderos
en el alma, señor mio,
donde no los borre el tiempo.
Hierro es este de mi cara,
porque el del alma es acierto,
que solamente por mi
se dijo: acertar por yerro.
Hierro parece, y es flecha,
que del arco de sus zelos
amor me tira á la boca,
porque le sirva de sello.
Haz que me pongan tu nombre;
porque sepan muchos necios
que fundan en intereses
todos loa amores nuestros,
que hubo una muger que fue
por solo agradecimiento,
esclava de su galan
por el nombre y por los hechos.

Don Juan.

Dulce esclava de mi vida,
de mi libertad señora,

hierro que mi alma adora,
señal por mi bien fingida:
hoy ha de quedar corrida
la griega y romana historia;
pues en vuestro honor y gloria,
que para siempre ensalzais,
con esta hazaña dejais
en olvido su memoria.
Templado habeis mis enojos;
porque ese clavo rezelo,
que es como sígno del cielo
para el sol de vuestros ojos.
Templad tambien mis antojos,
porque está el alma tan loca,
que á imaginar me provoca,
que es la señal que en vos veo,
porque no yerre el deseo
el camino de la boca.
Que hérades ida pensé,
luego que os busqué en Triana:
allí me hallé de mañana,
¡qué triste noche pasé!
¡Es posiblé que os hallé!
Yo solo el herrado fuí;
pero siendo el hierro aquí
de vuestra cara fingido,
en siendo vuestro marido
me lo pasareis á mi.
Que como suele en la imprenta
pasar la letra al papel,
vendré yo á quedar con él,
y vos de ese hierro esenta;
mírando está el alma atenta
como le podrá pasar,
donde en inmortal lugar

le pueda traer por vos;
pero presto querrá Dios,
que le podamos trocar.

ESCENA XVI.

DICHOS Y SERAFINA.

Pedro.

Señor, Serafina.

Doña Elena.

¿Quién?

Serafina.

A ver vengo vuestra esclava.

Don Juan.

Esclava, aquesta señora
es Serafina, la hermana
de Leonardo, grande amigo
de mi padre.

Doña Elena.

¡Qué gallarda!
¡Qué gentil! ¡Qué bien dispuesta
señora!

Serafina.

¡Qué bella esclava!

Doña Elena.

No codicieis en el mundo
otra cosa ni otra esclava,
si aquesta dama teneis.

Serafina.

¿Pues amiga, como os llaman?

Doña Elena.

Bárbara, señora mia.

Serafina.

Pues Bárbara, no soy dama,
sino muger de don Juan.

Doña Elena.

¿Qué sois vos con quien se casa?

Serafina.

A lo Menos lo he de ser.

Doña Elena.

Eso solo me faltaba *ap.*
para dàr el parabien
á cierta loca esperanza.

Serafina.

¿Quién hizo aquellas camisas?

Doña Elena.

Esas mugeres las labran,
que sirven á mi señor.

Serafina

Mejor estarán guardadas,
para cuando quiera Díos.

Don Juan.

Vete con Dios, que te tardas,
Bárbara.

Doña Elena.

Sí, mejor es;
pues aqui ya no hago falta,
y en mi casa podrá ser.

Sale Finea.

Aquí, señora, te aguarda
una visita.

Serafina.

¿Quién es?

Finea.

Tu grande amiga Lisarda.

Serafina.

Perdonad, señor don Juan;
luego volveré.

ESCENA XVII.

DON JUAN Y PEDRO.

Don Juan.

No salgas,
Bárbara, sin que te lleve
Pedro desde aquí á tu casa.

Doña Elena.

¿Tú me detienes en tiempo,
que está rebentando el alma
por dar voces? Sì deseas
que declare cuanto pasa,
bien harás en detenerme.

Don Juan.

Deténla, Pedro.

Pedro.

No vayas
enojada, hermosa Elena;
hasta que sepan la causa
por qué dijo Serafina
aquellas necias palabras.

Doña Elena.

Enojada yo, ¿por qué?
¡Ah perro, quién te sacára
el alma!

Pedro.

Tente, señora;
tente por Dios que me matas.

Don Juan.

Si engañar esta muger
ha sido ofensa, que agravia
la verdad de nuestro amor,
deja á Pedro, y tu venganza
egecuta en mi, que soy
desdichado en tu desgracia.

Doña Elena.

En vuesa merced, ¿por qué?
Si dejasteis la sotana
por esta dama, que puede
serlo de un Grande en España.
¿Quién hizo aquellas camisas?
Mejor estarán guardadas
para cuando quiera Dios.
¡Qué bien! ¡Qué buena cristiana!
Dios la cumpla sus deseos.
¡Ay de aquella desdichada
vendida por un traidor!

Don Juan.

Si no escuchas, nadie basta
á poder satisfacerte.

Doña Elena.

¡Que pusiese yo en mi cara
esta cédula, este hierro,
que publicase mi infamia,
para que todos le lean!

Pedro.

Señora: ¿por qué te acabas,
y quitas la vida á un hombre,
que solo de verte airada
no sabe tomar consejo?

Doña Elena.

Hasta ahora no fui esclava,
doña Elena fuí hasta ahora,
ya soy la Elena troyana:
incendio soy de mí misma,
mi propio fuego me abrasa;
quien me ha robado el honor
es quíen me vende á mi patria.
Traidor, Páris de Sevilla,
firme Elena de Triana;

pero un don Juan hoy me vende,
y el esclavo que maltratan
huye del dueño; perdone
don Fernando, que á Triana
me vuelvo, y de allí á Jeréz;
porque esclava por esclava,
quiero serlo de mi primo. *Vase.*

Don Juan.

Oye.

Pedro.

Espera.

Don Juan.

Tente.

Pedro.

Aguarda.

Don Juan.

Vé presto tras ella.

Pedro.

Voy.

Don Juan.

Hoy acabó mi esperanza.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

FLORENCIO Y RICARDO.

Florencio.

¿Esos eran los enojos,
recibirle y regalarle?

Ricardo.

Es padre, no hay que culparle;
que los hijos y los ojos
tienen poca diferencia:
antes bien la inspiracion
de aquella pronunciacion,
suspiros son de su ausencia.
En efecto, està don Juan,
despues de tanta porfia
con la paz que antes tenia
con hábito de galan.

Florencio.

Imagino pensareis
que ama á Bárbara, y tendreis
de esta sospecha testigos;
pues aunque sois tan amigos,
no le veis salir de casa
sin ver que vergüenza es
que los vecinos, despues
que supieron que se casa,
le vén andar al revés.

Ricardo.

Si amor y celos tuviera,

cualquier injusto rigor
fuera como mal de amor,
y como amor le sufriera.
¿Celos con una bajeza,
que el valor de amor infama?

Florencio.

Donde hay tan hermosa dama,
con tanta gracia y belleza
¿una esclava os trae perdido?

Ricardo.

Amor no tiene eleccion.

ESCENA II.

DON FERNANDO Y FABIO.

Don Fernando.

Alguna causa y razon
esta mudanza ha tenido.
Bárbara no tiene ya
la alegria que solia,
muy contenta me servia,
triste por estremo está.

Fabio.

Como don Juan mi señor
ha venido y has mostrado
en regalarle cuidado,
y á Bárbara poco amor,
estará con sentimiento.

Don Fernando.

¿Una esclava ha de querer
ser como un hijo, y tener
el mismo merecimiento?

Fabio.

Culpa al principio tuviste;
como á hija la trataste,

y como el amor mudaste,
no te espantes que ande triste;
sino es que aquel gentil-hombre,
que nunca deja esta puerta
algo con ella concierta.

Don Fernando.

Con bien diferente nombre
me la vendió el capitan.

Fabio.

Pues si no es esto, señor,
serán celos del amor
que le muestras á don Juan.

Don Fernando.

¿Es aquel el caballero
què dices?

Fabio.

El mismo es.

Leonardo.

Con lo que vereis despues
remediar mi pena espero,
que sin alguna invencion,
es imposible mover
el pecho de esta muger.

Florencio.

Siempre mas faciles son
con sus iguales, y fuera
mejor comprarla.

Ricardo.

Ese intento
fuera loco pensamiento;
por un millon no la diera.
Pienso que repara en mí.

Florencio.

Vamos, que os está mirando.

ESCENA III.

DON FERNANDO Y FABIO.

Don Fernando.

Pues si la esclava inquietando
anda, Fabio, por aquí,
sabré yo darle á entender
qué respeto ha de guardar
á mi casa.

Fabio.

Codiciar
la gracia de esta muger,
no te espante: que es hermosa,
y su limpieza y aseo
solicitan el deseo
de la juventud ociosa.
Todos se prometerán
facilidad en bajeza,
y yo sé que hay aspereza.

Don Fernando.

Mucho se tarda don Juan.

Fabio.

La caza, señor, divierte.

Don Fernando.

Desde que hoy amaneció
está en el campo, aunque yo
lo tengo por buena suerte;
pues con eso entretenido,
pienso que se le ha olvidado
el casamiento tratado.

Fabio.

Todo lo ha puesto en olvido.

ESCENA IV.

DICHOS Y DON JUAN VESTIDO DE CAMPO.

Don Juan.

Mira, Fabio, ese caballo,
que Pedro se queda atrás:
¡Oh mi señor! ¿Aquí estás?
Gracias á Dios que te hallo
con la salud que deseo.

Don Fernando.

Seas, don Juan, bien venido.
¿Cómo en el campo te ha ido,
que ha un siglo que no te veo?

Don Juan.

Vuelvo á besarte la mano
por tal favor; pero quiero
contarte....

Don Fernando.

Eso no; primero
descansa.

Don Juan.

Escucha.

Don Fernando.

Es en vano;
tiempo queda en que podrás:

ESCENA V.

Sala en casa de don Fernando.

DON FERNANDO, DON JUAN Y DOÑA ELENA.

Don Fernando.

Ola.

Doña Elena.

Señor.

Don Fernando.
Llega allí,
descalza á don Juan.
Don Juan.
¿A mí?
Don Fernando.
¿Pues es mas que los demás?
Siéntate.
Don Juan.
Pedro, señor,
vendrá ya.
Don Fernando.
¿Qué novedad
es aquesta?
Don Juan.
Pues, llegad.
Don Fernando.
Vén luego á comer. *Vase.*
Don Juan.
¡Qué error
de mi buena dicha ha sido
el no haberte conocido!
Angel, la mano tened.
Doña Elena.
Déme el pié, vuesa merced.
Don Juan.
Miro si mi padre es ido,
para darte mil abrazos.
Doña Elena.
Déme el pié vuelvo á decir.
Don Juan.
Ya no es tiempo de reñir,
sino de darme los brazos.
Doña Elena.
Antes los hare pedazos.

Don Juan.

Pues volveréme á enojar,
que no te pensaba hablar
por los celos que me has dado,
que bien sabes que has hablado
con quien me los puede dar.
De verte me enternecí,
y te he perdonado ya.

Doña Elena.

Tarde pienso que hallará
vuesa merced, para mi
satisfaccion; aunque aquí,
como cera se regale
al sol, puesto que se vale
de la invencion que propone;
porque no hay qué me perdone,
y del propósito sale.
Que Ricardo me hable á mi,
cuando por la puerta pasa,
¿qué importa, si él en su casa
habla á Serafina así?

Don Juan.

Es fuerza.

Doña Elena.

Es amor.

Don Juan.

¿Yo?

Doña Elena.

El, si;
que hablarme un hombre, saliendo
á algun recado, ó volviendo
á casa, no está en mi mano:
mas vuesa merced en vano
se disculpa, conociendo
el pesar que me hace á mi.

Don Juan.

Con tantas vuesas mercedes
mira que matarme puedes,
dueño de mi alma; así
que desde que te la dí
aborrecí cuanto amaba.

Doña Elena.

¿Dueño yo, siendo su esclava
de vuesa merced?

Don Juan.

Ya es eso
traicion, malicia y esceso;
amor no, condicion brava.
Ya estoy rendido, ¿qué quieres?
Por Dios, que de tú me nombres.
¡Qué tiernos somos los hombres!
¡Qué fuertes sois las mugeres!

Doña Elena.

¿Tú dices qué tierno eres?
¿Siempre habemos de buscar?

Don Juan.

¿Siempre habemos de rogar?
¡Quién no se deja morir,
para no llegar á oir
tu término de matar!
¡Ay, si en el campo me vieras
de pechos sobre una fuente,
aumentando su corriente
con lágrimas verdaderas!

Doña Elena.

¿Por Serafina?

Don Juan.

¡Hay locura
tan grande! Que si procura

su olvido matarme así,
yo quiero imitar de ti
la misma descompostura.
Señor, esta es doña Elena,
con quien pretendi casarme;
ven á matarme.

Doña Elena.

A matarme
vendrá primero tu pena.

Don Juan.

Déjame.

Doña Elena.

La lengua enfrena,
loco de mis ojos.

Don Juan.

¿Qué?

Doña Elena.

¿De mis ojos dije? Herré.

Don Juan.

Ya lo dijiste, ya eres
mi dueño.

Doña Elena.

Sí, pues quieres
que yo te quiera sin fe.

ESCENA VI.

DICHOS Y PEDRO DE CAZA.

Pedro.

¡Gracias al cielo, que os veo
en paz.!

Don Juan.

¿Como te has tardado?

Pedro.

El pájaro lo ha causado,

que es algun demonio creo.
¡Qué haya quien cace en el mundo!
¡Qué vaya siguiendo, en fin,
un hombre con un rocin,
que le despeñe al profundo,
aves que andan por el viento!
Solo hallo disculpados
los naipes, porque sentados
es dulce entretenimiento.
¿Quién puede en trucos sufrir
dos torneadores crueles,
y una mesa sin manteles,
con dos varas de medir,
que parecen las casitas
de corral de vecindad,
con mucha curiosidad
tirándose las bolitas?
¡Cuerpo de tal con la flema!
Pues otros que juegan solos
toda una tarde á los bolos,
quebrántandose por tema,
de que salen derrengados
por enderezar la bola;
y otros, que con ella sola
tiran por sendas y prados
con los mallos ó los mazos.
Si es ejercicio y no vicio;
la esgrima es lindo ejercicio,
para hacer fuertes los brazos;
que no ejercitar la espada
es causa que en la ocasion
falte el aliento; estas son
para juventud honrada.
Las cazas y pajarotes,
allá son para los reyes,
*

que tienen libros y leyes;
porque con dos matalotes,
y un neblí tuerto de un ojo,
¿quién diablos sale á cazar?

Don Juan.

Vete, Pedro á descansar,
que vienes con mucho enojo:
y vos, mi bien, ya quedais
en paz conmigo.

Doña Elena.

Primero
quiero que jures...

Don Juan.

Yo quiero;
juro que vos me matais.

Doña Elena.

De no ver al serafin,
que piensa que has de ser suyo.

Don Juan.

Eso juro, y de ser tuyo.

Doña Elena.

¿Y el serafin?

Don Juan.

Serafin
en mi vida le veré,
sino á ti, que lo eres mia.
¡Qué glosa hacerse podia!

Doña Elena.

¿Como?

Pedro.

Escucha.

Doña Elena.

Dí.

Pedro.

Diré.

Es el ti diminutivo
del tú, y es hijo del mi;
porque se regala así
con el acento mas vivo;
que el tú es bajo, el tiple es mi;
tú manda, tú desafia,
tú es trompeta, tú es cochero,
ti es clarín, ti es chirimía;
y por eso al tú no quiero,
sino al tí, que lo eres mia,

Don Juan.

Tal te dé Dios la salud.

Doña Elena.

Tu padre llama, y no entienda
que hablamos.

Don Juan.

A Dios, mi prenda.

Doña Elena.

A Dios.

Don Juan.

¡Qué dulce inquietud!

ESCENA VII.

DOÑA ELENA.

¡Qué poco sabe sufrir
una locura de amor!
¿Pero quién tendrá valor
para dejarse morir?
O no se había de oir,
ó no amar, que no hay porfia
de celosa fantasía,
que estándose defendiendo,
dure sin rendirse, oyendo:
sino à tí, que lo eres mia.

Zelos, ¿si estais satisfechos,
qué quereis? dejadme aquí;
y pues que ya me rendí,
ya debeis de estar desechos.
Si mas daños que provechos,
resultan de mi porfia,
crueldad matarme seria;
no tireis flechas al aire,
que dijo con gran donaire:
sino á ti, que lo eres mia.

ESCENA VIII.

Doña Elena y Finea.

Finea.

¿Bárbara, es tiempo de verte?

Doña Elena.

¿Qué quieres, Finea amiga?
Despues que el señor don Juan
vive en casa, no hay quien viva;
porque con la ocupacion
de balonas y camisas,
ní yo sé cuando es de noche,
ni menos cuando es de dia.

Finea.

¡Qué trabajos!

Doña Elena.

¿Como está
tu señora Serafina?

Finea.

Dala al diablo, que se ha hecho
un tigre, una sierpe líbia:
mejor fuera ya llamarla
demonia, que Serafina;
que como está enamorada;

no hay quien la sufra ni sirva;
todo es mirarse al espejo,
todo es joyas y sortijas,
endemoniarse, enmoñarse;
ya se toca, ya se enriza:
todo es mirar si la ve,
y todo ver si la mira,
todo acechar por las rejas;
que están ya las celosias
cansadas de darla calle.

Doña Elena.

¿Hacéle muchas visitas
mi amo?

Finea.

Siempre está allá,

Doña Elena.

¿Siempre?

Finea.

Es lindo rompe sillas;
al cinco de oros parecen
los dos, que siempre se miran;
él ensillado, y mi ama,
como potro de Sevilla,
ensillada y enfrenada.

Doña Elena.

¿Quierense mucho?

Finea.

Suspiran
como borricos en prado.

Doña Elena.

¿Casaránse?

Finea.

Eso porfian.

Doña Elena.

¿A qué venias?

Finea.

A darle
este papel de mentiras:
y á fé que tiene un secreto.

Doña Elena.

¿Que secreto, por tu vida?

Finea.

Bárbara, no lo preguntes
no es posible que lo diga.

Doña Elena

¿Esa es la amistad?

Finea.

Perdona.

Doña Elena.

¿Y si jurase?

Finea.

Aun podria
ser lo que dijese.

Doña Elena.

Yo
soy tu verdadera amiga;
dame el papel que don Juan
vino de caza; que el dia
le halló en el campo, y descansa;
que el secreto, pues porfias,
ya no lo quiero saber.

Finea.

Si no juraste.

Doña Elena.

Si obliga
el juramento, yo juro,
que nunca vuelva á las Indias
que es lo que yo mas deseo
desde que vine de Lima,
si revelare el secreto.

Finea.

Pues sabe que una vecina...
¿ Oyenos alguien ?

Doña Elena.

No hay nadie.

Finea.

Que es una sabia Felicia,
ha perfumado el papel
con veinte borracherías,
para que don Juan se case;
dásele y no se lo digas,
así Dios nos libre á entrambas.

Doña Elena.

Del secreto que me fias
haré escritorio en el alma.

Finea.

Pues á Dios, que voy de prisa
á ver á aquel pagecillo
que me viste el otro dia
hablar junto á cal de Francos. *vase.*

ESCENA IX.

Doña Elena.

¡ Qué poco duran las dichas !
Tornasol parece el bien,
que á cualquier parte la vista,
conforme la luz que toma,
halla la color distinta.
¡ Ay Dios! ¿ Por qué persevero
en tal vida, en tal porfia?
¿ Por qué aguardo desengaños,
dónde tantos me la quitan?
Cuando en mejor ocasion
á Triana me volvia,

¿por qué me tuviste, amor,
con lágrimas y mentiras?
¡Qué muger fui tan mudable!
Pues no ha un hora que decia
don Juan, con alma traidora
que era yo su alma y su vida.
¡Ojalá fuera yo, que el mismo dia
yo me matára si lo fuera mia!

ESCENA X.

DOÑA ELENA, DON JUAN Y PEDRO.

Don Juan.
No es posible sosegar.
Pedro.
No es mucho, teniendo amor;
mas el desdén y el favor
suélense siempre hermanar:
y todo en fin es perder
el seso por disparates.
Don Juan.
¿Elena mia?
Elena.
No trates
de hablarme, que no ha de ser
esta vez como hasta aquí.
Yo no digo que me iré,
sino que aquí me estaré
a ver lo que haces de mí.
Yo quiero aguardar á ver
tu casamiento, y te ruego,
porque importa á mi sosiego,
que hoy sea si puede ser,
ó por lo menos mañana;
que con dejarte casado,

iré don Juan sin cuidado
y muy contenta á Triana.
Allí mi primo y mi tio,
si no han venido vendrán:
poco me debes, don Juan,
pues solo pasar el rio
por esa puente me debes
con este hierro fingido,
por quien vendida he sufrido
penas y trabajos breves;
que á Lima no fuí por tí
ni por bastos Orizontes,
pasé mares, subí montes,
ni hacienda ni honor perdí.
Vuelvo con manos y pies:
¿qué hay perdido?

Don Juan.

¿Qué es aquesto,
Pedro amigo?

Pedro.

Es agua en cesto,
humo, espuma y viento es;
es un puñado de arena,
es cuando el austro se mueve,
cielo que hace sol y llueve,
y es luna menguante y llena.
Desde lo de la costilla,
no tienen segura espalda;
¡cuál eres para Giralda
de la torre de Sevilla!

Don Juan.

¡Hay tan estraña mudanza!
¿Aun no aguardarás un hora
para mudarte, señora?

Doña Elena.

¡Ay de mí, loca esperanza!

Don Juan.

Mi bien, yo salí de aquí
y de tus brazos tambien;
¿quién te ha mudado, mi bien,
en cuanto de aquí salí?

Doña Elena.

Menos mi bien; que no estoy
para ser su bien, y advierta,
que es esta verdad tan cierta,
que el testigo no le doy
en este papel tan tierno, *dáselo.*
como de aquel su cuidado;
porque viene perfumado
con pastillas del infierno.
Aquí le trajo la esclava
del serafin que visita;
pues está la retroescrita,
¿para qué me lo negaba?
Porque se ha de enamorar
con él, no le ha de leer,
ni yo, para no lo ser
de quien quisiera matar
con las manos y los dientes.

Don Juan.

Elena, si ahora vengo
del campo, ¿qué culpa tengo
de esos locos accidentes?
Tener celos con razon
no es mucho; pero sin ella,
quien lo quisiere atropella
con tal determinacion.

Doña Elena.

Dice este señor muy bien,

y Pedro dirá que es justo
que no se le dé disgusto;
y yo lo diré tambien.
¿No es verdad, Pedro?

Pedro.

Señora,
no apruebo esa mansedumbre;
que callar con pesadumbre,
arguye intencion traidora.
¿Qué importa que Serafina
haya escrito ese papel?

Doña Elena.

Ser moreno y moscatel,
es un flamenco en la china;
¿pero por qué es necesario
que la historia se declare?
Lo que de aquí resultare
sabrá para otro ordinario.
Y solo por culpa mia
le digo á mas no poder,
que mal haya la muger
que de palabras se fia.

Pedro.

Espera un poco.

Doña Elena.

No hay poco,
sino mucha rabia y pena. *vase.*

Don Juan.

Yo pienso, Pedro, que Elena
pretende volverme loco.

Pedro.

No te espantes, si á sus manos
llegó este negro papel,
ya no blanco, pues lo es él
de celos tan inhumanos:

declárate, que es morir
andar templando el humor
de este jumento de amor.

ESCENA XI.

Don Juan, Pedro, Ricardo y Florencio.

Ricardo.

Esto le vengo á decir.

Florencio.

Quedo; que está aquí don Juan.

Ricardo.

A vuestro padre buscaba.

Don Juan.

¿Qué es señor lo que mandais?
que presumo que descansa.

Ricardo.

Señor don Juan, he pensado
que notan en esta casa,
que hable á esta esclava vuestra;
porque la malicia humana
siempre piensa lo peor,
y que con esto se cansa
de mí el señor don Fernando:
y es que si con ella hablaba,
era para reducirla
por bien ó por amenazas,
que ante la justicia diga
los dias que ha que me falta;
porque un dia me la hurtó
un soldado, que engañada
con casamiento y amores,
la embarcó y la trajo á España.
Ella, porque acaso os mira,
niega, mas no importa nada.

que la verdad siempre vence.

Don Juan.

Y muchas veces se engañan
los ojos, y puede ser
que se parezca esta esclava
á la que os llevó el soldado.

Ricardo.

¿El nombre, el rostro y la habla
la ha de tener sin ser ella?
Yo bien pudiera sacarla,
como lo haré, sin dinero,
probando qne es prenda hurtada;
pero por estar aquí
y respetar vuestra casa,
daré el precio que costó.

Don Juan.

Vuesa merced su probanza
haga por allá, y no crea
que toda la plata indiana
será de Bárbara precio;
y en esto pocas palabras,
porque siento que me burlen.

Ricardo.

Todo lo que aquí se trata
es tan de veras, que presto
os lo dirá la probanza,
remitiendo á la justicia
lo que no es justo á la espada.

ESCENA XII.

DON JUAN Y PEDRO.

Pedro.

¡Hay semejante maldad!

Don Juan.

Mi paciencia ha sido tanta,
porque he pensado, y es justo;
que como los años pasan,
pensará este caballero,
que esta es Bárbara su esclava,
por el nombre, y por si acaso
tendrá alguna semejanza
con la que en Indias tenia.

Pedro.

Esa habrá sido la causa
de hablarla y de darte celos.

Don Juan.

Confieso que me los daba,
como Serafina á Elena:
mas dime, ¿qué haré?

Pedro.

Quitarla
este necio pensamiento
de que con ella te casas.

Don Juan.

¿Cómo?

Pedro.

Hablando, regalando,
y jurando, que si hablas,
juras y regalas, no es
mar, monte, ni tigre hircana;
sino muger tierna y sola,
que oye, mira, entiende y ama.

Don Juan.

¡Qué desdichados amores!
Cuando esto en Grecia pasára
no era mucho; pero es mucho
entre Sevilla y Triana:
temo su honor y su vida.

ESCENA XIII.

DICHOS Y FABIO.

Fabio.
Si albricias, señor, me mandas,
sabrás las mejores nuevas,
que puede esperar tu casa.

Don Juan.
Yo te las mando

Fabio.
Han de ser
las que de tu mano aguardan
mí servicio y mi deseo.

Don Juan.
Dí presto.

Fabio.
Vino la plata:
¿pudo ser mas presto?

Don Juan.
No:
¿hay cartas?

Fabio.
Trujo la carta
Leonardo, y por las albricias
á Serafina su hermana
tu padre un diamante envia,
y allá no sé qué se tratan
los dos.

Don Juan.
¿Quién llevó el diamante?

Fabio.
Bárbara.

Pedro.
De toda España
será esta plata el remedio;

suplirá, señor, las faltas
de las pasadas fortunas.

Fabio.

Las albricias que me mandas
no te han de costar dinero.

Don Juan.

¿Qué quieres?

Fabio.

Solo que vayas
y le pidas á señor....

Don Juan.

Dí lo demas, ¿qué te paras?

Fabio.

Que con Bárbara me case,
porque es india, aunque es esclava,
de gente muy principal.

Don Juan.

Pedro, solo esto faltaba.

Pedro.

Si quiere lo que tú quieres,
milagros son de su cara.

Don Juan.

¿Hasla hablado?

Fabio.

Ayer la hablé
y se puso como un nacar.

Don Juan.

Ahora bien, á hablarla voy.

Fabio.

Vivas mas, por merced tanta,
que un bando en ciudad pequeña.

Don Juan.

Hoy se juntan mis desgracias:
¡qué habrá que no me persiga!

Pedro.

Brava muger, Fabio.

Fabio.

Brava.

Pedro.

Tuya pienso que será,
aunque el casamiento amansa.

ESCENA XIV.

Salon en casa de don Fernando, con mesa y recado de escribir.

DOÑA ELENA, SERAFINA Y FINEA.

Serafina.

Aquella ropa, Finea,
á Bárbara la darás,
y á tu señor le dirás,
que el rico diamante emplea
en sola mi voluntad.

Doña Elena.

Y en vuestro merecimiento;
que aun le juzgo atrevimiento,
si váliera una ciudad.

Serafina.

Ya, Bárbara, no me vés:
soliamos ser amigas.

Doña Elena.

¡Ay señora! no lo digas
por tu vida, que despues
que vino á casa don Juan,
mi señor, no tengo un punto
de descanso, porque junto
todo el trabajo me dán.
¿Piensas que la hacienda es poca?
Todo es labar, jabonar
y almidonar: no hay lugar
para ponerme una toca.

Serafina.

Pues no te se echa de ver:

envidia tengo á tu aseo.

Doña Elena.

Antes si os veis, como os véo,
de vos la podeis tener;
que si ya por él no fuera,
veros fuera mi placer;
pero ¿cómo os puedo ver
si nunca veros quisiera?

Serafina.

Eso que te cansa á tí,
tuviera yo por regalo.

Doña Elena.

Pues es para mí tan malo,
que vivo fuera de mí.

Serafina.

Yo como quiero á don Juan,
solo servirle deseo.

Doña Elena.

Yo tambien; mas siempre veo
que pesadumbres me dán.

Serafina.

Pocas tendrás, que ya está
mi casamiento tratado;
porque se ha desengañado
don Fernando de que ya
es imposible volver
al hábito que solia.

Doña Elena.

Deseando estoy el dia
que don Juan tenga muger,
para pedir libertad.

Serafina.

Tú la tendrás si yo puedo.

Doña Elena.

Si vos os casais, ya quedo
libre: ¡ay si fuese verdad¡

Serafina.

Ruégalo, Bárbara, á Dios;
y aunque yo no lo merezca,
siempre que ocasion se ofrezca
de que esteis juntos los dos,
dile alabanzas de mí.

Doña Elena.

Y como que las diré.

Serafina.

Un vestido te daré.

Doña Elena

Como eso espero de tí.

Serafina.

Enamórale, que puede
mucho una buena tercera.

Doña Elena.

Puesto que no lo estnviera,
tengo de hacer que lo quede.

Serafina.

Pues abrázame, y á Díos.

Doña Elena.

El os guarde, reyna mia. *abrázala.*

Serafina.

¡Ay! llegue Bárbara el dia
que estemos asi los dos.

ESCENA XV.

Doña Elena.

Cansóse la fortuna en perseguirme.
que ya no tiene mal mayor que hacerme:
¡qué necia he sido yo, por muger firme!
¿qué puedo ya perder, sino perderme?
Vamos adonde salga á recibirme
aquel traidor, que acaba de venderme,
que fundado en el gusto de engañarme,

por matarme, no acaba de matarme.
Entrando voy por esta casa ahora,
como quien sube pasos á la muerte,
y apénas tiene yà de vida un hora,
y en esa voy, dulce enemigo, á verte.
Este hierro de amor, que el amor dora.
esta crueldad de mi fineza advierte;
este será blason para mi nombre,
que ha de informar la ingratitud de un hombre.

ESCENA XVI.

DON JUAN, CON GABAN COMO QUE SE LEVANTA Y PEDRO.

Don Juan.

Muestra ese espejo.

Don Pedro.

¿A qué efecto,
si está aquí Elena, señor?

Don Juan.

Con la tapa del rigor
no será el cristal perfecto.

Pedro.

Criados hay por aquí,
mirad los dos como hablais,
que celosos no mirais
en que os miren.

Don Juan.

Es asì;
llega y ponme la balona.

Doña Elena.

No quiero.

Don Juan.

¡Qué buena esclava!

Doña Elena.

Cuando lo fuera, no estaba
obligada mi persona

á llegaros á la cara;
eso es de propia muger:
llamad la que lo ha de ser,
que á mí me cuesta muy cara.

Don Juan.

Huélgome de que lo niegues;
pues quedo como es razon
libre de la obligacion.

Doña Elena.

Que la escritura me entregues
aguardo.

Don Juan.

¿Cuál escritura?

Doña Elena.

Esa de tu casamiento;
porque es el apartamiento
que mi libertad procura.

Don Juan.

No sino la que Ricardo
dice que tiene de tí.

Doña Elena.

¿Qué Ricardo?

Don Juan.

Vino aquí
ese tu amante gallardo,
y dice que eres su esclava,
y que un soldado te hurtó;
esto bien lo entiendo yo.

Doña Elena.

¿Pues no, si tan claro estaba?

Don Juan.

¿Y cómo, si es invencion,
que entre los dos se ha tratado,
para irte sin cuidado
de mi padre y tu opinion?

Doña Elena.

Cuando yo me quiera ir,
¿á donde me han de buscar?

Don Juan.

Pues yo me quiero vengar,
que sé amar y no fingir:
llega, llega.

Doña Elena.

Si llegara,
si en cada mano tuviera
cinco puñales.

Pedro.

Hiciera
rallo tu cara.

Don Juan.

Repara
en la crueldad con que vienes.

Doña Elena.

¿Qué importa que te quitára
la cara, pues te dejàra
una de las dos que tienes?

Pedro.

Esta amistad quiero bacer.

Doña Elena.

Con este principio. *Dále.*

Pedro.

Dióme.

Doña Elena.

Eso el alcahuete tome,
mientras que le vuelvo á ver.

ESCENA XVII.

DICHOS Y DON FERNANDO.

Don Fernando.

¿Qué es esto, Bárbara?

Doña Elena.

Ha dado
Pedro en requebrarme.

Don Fernando.

Ha hecho
muy bien.

Pedro.

Estoyme burlando.

Doña Elena.

¿Conmigo se burla el necio?

Don Fernando.

Don Juan, pues ya éstás vestido,
esta mañana vinieron
Leonardo y el escribano:
entra por tu vida, adentro,
firmarémos la escritura;
que los suyos y mis deudos
han ido por Serafina
tu muger; porque sabiendo,
que fue por quien has dejado
aquel intento primero,
como ella misma me ha dicho,
y siendo este tu deseo,
no tuve que preguntarte:
hicimos nuestro concierto,
con el secreto que es justo;
en fin, te casas sin suegro,
y con veinte mil ducados.

Don Juan.

¿Ahora, señor, tan presto?
Mirémoslo mas despacio.

Don Fernando.

Por Dios, don Juan, que no entiendo
tu condicion. ¿Ni casado,
ni clérigo?

Don Juan.

Yo no puedo
dejar de ser obediente;
pero digo, que pensemos,
si acertamos, mas despacio.

Don Fernando.

¿Si acertamos, majadero?
¿Mereceis vos descalzar
á Serafina? ¿Qué es esto?
¿Dejais cinco mil ducados
por ella, y ahora, necio,
quereis quitarme el juicío?
Entrad dentro.

Don Juan.

Voy. ¡Ay Pedro!
quedate aquí con Elena.

ESCENA XVIII.

Dichos menos don Juan.

Pedro.

Hablando de Elena quedo.

Don Fernando.

Ea, Bárbara, esta casa
me poned como un espejo:
aderezad ese estrado.
¿Tristeza? ¿pues qué tenemos?
¿Qué cara es esa? ¿No hablais?
Dias ha, perra, que os veo
muy triste y muy entonada.
¿Vos pensais que no os entiendo?
Erades ya la señora,
y con este casamiento
os pesa que Serafina
á esta casa venga á serlo;
que desde que se trató,

andais que es vergüenza veros.
Estábades enseñada
á hombre solo; pues ponєos
de lado, que tengo nuera,
que ha de tener el gobierno
y las llaves de mi casa.
¿ Qué te parece á ti, Pedro,
de aquesta esclava?

Pedro.

Señor,
tiene poco entendimiento:
la mejor cuando se emperra,
tiene estos reveses.

Don Fernando.

Creo
que la habremos de vender.

ESCENA XIX.

DICHOS MENOS DON FERNANDO.

Doña Elena.

¿ A donde habrá sufrimiento *ap.*
para tan grandes fortunas?
¡ Ya no me bastaba, cielos,
perder honra y opinion,
sino pasar por desprecios
de esclava, como si fuera
verdad que lo soy! Mas pienso
que siempre lo fui, y el hombre
que me ha perdído, es mi dueño.
¿ Pedro, sabes tú quien soy?

Pedro.

¿ Qué dices?

Doña Elena.

En algun sueño,
pensé que era de Triana

una muger que trajeron
de Méjico allí sus padres:
su nombre, si bien me acuerdo,
era doña Elena.

Pedro.

Mira
que este triste pensamiento
te vuelve loca; no eres
esclava, que amor te ha hecho
herrar el rostro

Doña Elena.

Es verdad:
si, bien dices, amor tengo;
¿pero sin duda soy yo?
¿sabeslo, Pedro de cíerto?

Pedro.

¿Pues no? Y como si lo sé;
y que el hierro que te has puesto,
te agradece mi señor;
porque han mentido los zelos,
si te dicen que pretende
ese injusto casamiento
de Serafina.

Doña Elena.

Ha traidor,
fementido, infame, perro;
yo te quitaré la vida,
que como fuiste el tercero
de sus amores, me engañas.

Pedro.

Señora, envaina los dedos,
que me has desecho la cara:
que se le antoje el pescuezo
á una preñada, está bien,
muerda; pero no con celos.

ESCENA XX.

DICHOS, LEONARDO, SERAFINA Y FINEA.

Leonardo.

¿Si habrá venido el notario?

Finea.

Aqui están Bárbara y Pedro.

Serafina.

¿Pero donde está don Juan?

Pedro.

Pienso que están allá dentro,
él, su padre y el notario.

Serafina.

¿Bárbara, no me hablas?

Doña Elena.

Vengo
á aderezar los estrados,
y componer los asientos
para los jueces, que hoy
han de sentenciar mi pleito.

ESCENA XXI.

DICHOS, DON JUAN: DON FERNANDO Y EL NOTARIO.

Notario.

Solo resta que firmeis;
pues ya vino esta señora.

Don Fernando.

Mi Serafina, en buen hora
esta vuestra casa honreis.

Doña Elena.

¡Que pueda yo estar aquí!
¿Qué perdon del Rey espero,
si llega el cordel primero?

Serafina.

Señor, hoy teneis en mi
una esclava en vuestra casa.

Doña Elena.

¿Pues si ya esclava teneis,
para que á mi me quereis?

Pedro.

Calla, hasta ver lo que pasa;

Doña Elena.

¿Cómo puedo yo callar?

Pedro.

Tu lo has de echar á perder.

Doña Elena.

¿Pues qué me falta que hacer,
sino dejarlos casar?

Don Fernando.

¿Pedro, qué dice esa esclava?

Pedro.

No sé que pasion la dió
de unos berros que cenó,
si acaso en ellos estaba,
cual suele, algun anapelo.

Don Fernando.

Pues calle, ó llévala allá.

Notario.

Sabed, señores, que está
la ejecucion (quiera el cielo)
hecho por esta escritura
concierto de voluntad
de entrambos.

Doña Elena.

¡Hay tal maldad!

Pedro.

Calla, sufre, ten cordura;
¿no ves que la estan leyendo,
y que la quieren firmar?

Doña Elena.
¿ Qué me queda que esperar,
Pedro, si me estoy muriendo ?
Pedro.
Desde una reja miraba
un canónigo en Toledo
una mula, que sin miedo
de una peña en otra daba
para despeñarse al rio;
dábanse prisa á salir,
y él, sin cesar de reir,
daba en aquel desvarío
hasta verla despeñar:
pero viendo como un rayo
ir tras ella su lacayo,
volvió el placer en pesar,
sabiendo que era la suya:
y puesto, Elena, que sea
comparacion baja y fea
para la desgracia tuya,
parece que está don Juan,
(viéndote andar por las peñas,
y que eres tú por las señas,
que ya mís ojos le dan,
aunque el dolor disimula)
para dar voces dispuesto;
señores, acudan presto,
que se despeña mi mula.

Doña Elena.
Pues ya me ha desconocido,
él me dejará caer.

Pedro.
Ya acabaron de leer.
Doña Elena.
Yo he de perder el sentido.

Notario.

Con este podeis firmar.

Doña Elena.

Mas yo firmaré por él, (1)
que con rasgar el papel,
me acabo de despeñar.

Don Fernando.

Suelta la escritura, loca.

Doña Elena.

Pues sueltame aquél á mí,
por quien el seso perdí.

Don Fernando.

¡A qué dolor me provoca!

Don Juan.

¡Temblando estoy! ¿Sì diré
quién es? *ap.*

Notario.

Toda la rompió.

Don Fernando.

Llevadla de aquí.

Doña Elena.

Si yo
soy loca, la culpa fué
ese traidor, que me ha dado
la causa porque lo estoy.

Sale Fabio.

Esperad, que á decir voy,
señores, que habeis entrado.

Don Fernando.

¿Qué es eso, Fabio?

Fabio.

Aquí están,
señor, con un mandamiento,
para que se deposite

---

(1) *Quitale la escritura y la rompe.*

esta esclava.

Don Fernando.

Entre su dueño,
sin los que vienen con él,
que este no es dia de pleitos,
y es mucha descortesía.

ESCENA XXII.

Dichos, Ricardo y Florencio.

Ricardo.

Yo vine aquí, no sabiendo
esta ocupacion, señores;
que me perdoneis os ruego,
que yo volveré otro dia.

Doña Elena.

¿Para qué, si desde luego
digo, que mi dueño soís,
y que como á tal os quiero?
Ea, vamonos de aquí,
que cuanto decís confieso;
que si negaba ser vuestra,
fué la causa el amor ciego
que en esta casa tenia;
pero ya conozco el vuestro.
Ea, ¿qué hacemos aquí?

Ricardo.

Pues para que no entren dentro
los que han venido conmigo,
guardando el justo respeto,
dadme, señores, licencia,
para que como su dueño,
lleve esta esclava á mi casa.

Don Juan.

No pienso yo, caballero,
que basta para llevarla,

que ella con el mucho esceso
de la locura en que ha dado,
diga que es vuestra.

Don Fernando.

Sin esto,
son cuatrocientos escudos
los que hán de venir primero
que la saquen de mi casa.

Ricardo.

Si me la hurtaron, no tengo
obligacion de pagarla:
pésame de haberos puesto
demanda en esta ocasion;
pero esto tiene remedio,
depositándola en tanto
que averiguamos el pleito.

Don Juan.

¿Qué depósito mejor
se la puede dar que el nuestro?

Ricardo.

Eso no; mas por los dos
la tendrá el señor Florencio.

Doña Elena.

¿Para qué, si yo soy vuestra,
y lo digo y lo confieso?
Si en el dinero consiste,
vengan á contarlo luego:
porque de la misma suerte
allí en escudos lo tengo
como lo dió don Fernando.

Don Juan.

Dejadmela hablar primero.
Oye aparte.

Doña Elena.

¿Qué me quieres?

Don Juan.

Elena, aunque estás sin seso,
no igualas á mi locura;
porque entre tantos estremos
de confusion divertido,
solamente me detengo,
como, guardando tu honor,
podemos hallar un medio,
para que lleguen al fin
tu esperanza y mi deseo.

Doña Elena.

¡O qué gracioso letrado!
Preguntadle el cuento á Pedro,
del canónigo y su mula,
que estais muy despacio, viendo
que voy al profundo abismo
de la ingratitud que veo,
en vuestra crueldad, don Juan,
de peña en peña cayendo.
Ea, vamonos de aquí;
Ricardo ha de ser mi dueño.
Yo le daré posesion
de mi alma y de mi pecho.
Y tú, perro fementido,
quedarás trocando el hierro,
por infamia de los hombres:
cobarde, vil caballero,
no parecido á tu padre,
sino á quien...

Don Juan.

Tente.

Doña Elena.

No quiero...

Don Juan.

Tente, luz de aquestos ojos;
mi bien, tente.

Don Fernando.

¿ Qué es aquello?
¿ ojos y bien á una esclava?

Ricardo.

Vamos, Bárbara.

Don Juan.

Teneos,
que os engaña el parecerse
á quien pensais.

Florencio.

Lo que pienso
es que aquella esclava es mia.

Don Juan.

Mirad si el engaño es cierto,
pues es mi muger.

Don Fernando.

¿ Quién?

Doña Elena.

Yo.

Don Fernando.

¿ Muger una esclava, perro?
Nunca viniera á mi casa.
Llevadla, señor, os ruego;
llevadla, que yo os perdono
los escudos.

Doña Elena.

Paso, quedo,
que soy mejor que don Juan,
que por agradecimiento
de que dejase por mí
dignidad, padres y deudos,
sabiendo que vos airado
por venganza ó por desprecio
queriades adoptar
por hijo ó por heredero
de vuestra hacienda á un esclavo,

(¡desesperado consejo!)
hice que un críado mio
me vendiese, que este hierro
es fingido, como veis; *quitasele.*
pues me lo quito tan presto.
Es doña Elena mi nombre;
vivo en Triana; no es tiempo
de cansar con relaciones;
disculpo á este caballero
que me tuvo por su esclava;
y á esta señora la dejo.
á don Juan, porque es muy justo:
con que á Triana me vuelvo
contenta de que ya he sido,
para ser valiente hecho,
la esclava de su galan.

Serafina.

La accion que á casarme tengo,
señora, os doy, por hazaña
de tanto valor.

Don Fernando.

Suspenso
de lo que mirando estoy,
digo, que á don Juan le ruego
la dé la mano y los brazos;
porque tan bizarros hechos
merecen premios mayores.

Pedro.

Señores, oigan á Pedro.

Don Juan.

¿Qué quieres decir?

Pedro.

Que aquí
senado ilustre y discreto,
la Esclava de su galan
dá fin; perdonad sus yerros.

La Esclava de su galan.

Si Lope se hubiera detenido á meditar la combinacion dramática de esta comedia, sería como la anterior una de las seis que no *pecaron contra el arte gravemente.* Pero este hombre, verdaderamente estraordinario por la fecundidad y lozania de su imaginacion, por su facilidad asombrosa para componer versos llenos y armoniosos, por su destreza en manejar la lengua castellana; parece que quiso fundar su gloria literaria, no en la perfeccion y correccion de sus obras, sino en el mayor número de ellas.

La Esclava de su Galan no es una comedia perfecta, y lo hubiera sido sin duda, si Lope hubiera querido sacar de su asunto todo el partido de que era susceptible. El caracter de la heroina es tan amable, está tan bien desenvuelto, y presenta situaciones tan interesantes, que es un modelo en su clase, y un hermoso original digno de Lope. El hombre apacible y bueno, que sabia amar; que conocía toda la ternura, toda la energía, y los sacrificios de que es capaz una muger enamorada, pudo solo imaginar el personage de Elena. Apasionada con vehemencia de don Juan, y agradecida por el sacrificio que hace renunciando la rica prebenda que le alcanzó su padre; cuando le vé arrojado de su casa, espatriado y pobre, por no separarse de su amada, le ocurre el pensamiento estraordinario de fingirse esclava, y venderse á don Fernando con el designio de apaciguar su cólera y reconciliarle con su hijo. Esta resolucion, que nace de la pasion, produce un interes verdadero, y escita en los espectadores sentimientos nobles y generosos. A veces sensible y apasionada, á veces airada y celosa, y al fin arrevatada de despecho, cuando rasga la escritura y se declara; manifiesta siempre una pasion profunda y al mismo tiempo un pundonor sin limites. Sería age-

no de nuestro propósito copiar todos los pasages en que brillan sus sentimientos y la fuerza de su carácter. Léanse con atencion todas las escenas en que habla, y se hallarán pruebas de esta verdad. La última escena del acto segundo es muy interesante.

Don Juan.

Si engañar esta muger
ha sido ofensa, que agravia
la verdad de nuestro amor,
deja á Pedro, y tu venganza
egecuta en mi, que soy
desdichado en tu desgracia.

Doña Elena.

¡ En vuestra merced ! ¿ Por qué,
si dejasteis la sotana
por esta dama, que puede
serlo de un grande de España?...
¿ Quien hizo aquellas camisas?
Mejor estarán guardadas
para cuando quiera Dios.
¡Qué bien! ¡que buena cristiana!
Dios la cumpla sus deseos.
¡ Ay, de aquella desdichada
vendida por un traidor!

Como este pudieran citarse muchos trozos escelentes, llenos de sentimiento y de verdad.

El carácter de don Juan, el de don Fernando, y el de Serafina, son tambien interesantes, son variados y están bien sostenidos; pero el de Pedro es necio y empalagoso. Parece que el poeta le puso de intento para desgraciar las mejores escenas; porque lo hace de tal modo, que en vez de risa, escita la indignacion de los oyentes. Era en aquel tiempo una regla dramática el introducir en toda clase de comedias un personage humilde, chocarrero, entremetido y habla-

dor que divirtiese al pueblo bajo; y Lope obedeció esta ley exactamente.

El tiempo que pasa entre el primero y el segundo acto nos parece un defecto muy notable. Los amores de doña Serafina y de don Juan, que empiezan á entrar en la accion al fin del acto segundo, producen interesantes escenas por los celos de Elena; pero forman un nuevo enlace, y debieron manifestarse desde el principio, combinándolos en la fábula con mas acierto.

Los personages de Ricardo y Florencio son inútiles, y el enredo qne fingen con el objeto de llevarse á Elena, le inventó el poeta sin necesidad para el desenlace.

El estilo de Lope es noble y urbano, y la versificacion facil, fluida y armoniosa. Sin duda por este mérito particular, que nosotros le envídiamos, le han dado algunos el nombre de buen versificador, negándole el de poeta, que tan justamente ha merecido.

Aunque no tenemos el desgraciado placer de rebuscar defectos en las obras agenas, hemos indícado los que advertimos en esta comedia; y apesar de ellos, creemos que si una mano hábil se dedicare á refundirla, seria una de las mas interesantes de nuestro teatro.

EL PREMIO

DEL BIEN HABLAR.

PERSONAS.

Leonarda, dama.
Don Juan de Castro.
Don Antonio, viejo.
Martin, lacayo.
Don Pedro.
Angela, dama.
Feliciano.
Ramiro, huesped.
Rufina, esclava.
Camilo, criado.

La Escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Leonarda y Rufiña.

Leonarda.
¿Doblaste el manto?
Rufina.
Ya vengo
de quitarte ese cuidado.
Leonarda.
¿Dijiste, Rufina, á Hurtado,
que á la tarde salir tengo?
Rufina.
Ya, señora, lo prevengo
de que has de ver á doña Ana.
Leonarda.
¡Qué de juventud villana,
que nos esperaba enfrente!
Rufina.
Servir pudiera de puente
desde Sevilla á Triana.
Mas si en toda la ciudad
no hay tu talle, ¿qué te admira?
Leonarda.
Mas presumo yo que mira
del oro la cantidad:
dineros son calidad,
dijo el cordovés Lucano;
porque esto de padre indiano

mueve mas la juventud,
que á la nobleza y virtud
pocos estienden la mano.
¿No estaba don Pedro allí
aquel mi gran pretendiente?

Rufina.

Aquel necio maldiciente
de su hermano entre ellos vi.

Leonarda.

¡Lo que hablaria de mi
toda aquella mocedad
con su necia libertad!

Rufina.

Allí estaba un caballero,
al parecer forastero,
con mas seso y gravedad.

Leonarda.

En ninguno reparé,
por si estaba alli mi hermano.

Rufina.

No estaba allí Feliciano,
que uno à uno los miré;
pero el forastero fue
quien me pareció mejor. *Ruido dentro.*

Leonarda.

Parece que oigo rumor,
y cerca de nuestra casa.

Rufina.

Como esto en Sevilla pasa:
abre ese balcon, Leonor.

ESCENA II.

Dichas, don Juan y Martin con las espadas desnudas y las capas revueltas.

Don Juan.

Entra, y donde quiera sea.

Leonarda.

¡Jesus!

Don Juan.

No os alboroteis.

Rufina.

¿Cómo no? ¿Qué pretendeis?

Leonarda.

¿Quién habrá que aquesto crea?
¿Hasta mi estrado os entrais?
¿Ola?

Don Juan.

Si en venir huyendo
de la justicia os ofendo,
vuestro respeto agraviais;
casa tan noble me ha dado
licencia, y no me engañé,
pues donde un angel hallé,
¿quién duda que fue sagrado?
Mandad que cierren la puerta.

Leonarda.

Rufina, corre.

Rufina.

Ya voy. *Vase.*

Leonarda.

Menos alterada estoy,
que estuve de veros muerta.
No cierren la de la calle;
porque será dar sospecha.

Don Juan.

Que no fue cosa mal hecha
os dice mi trage y talle.

Martin.

Señora, si solo fuera
quien de esta manera entrára,
no es mucho que os espantara,
y mala sospecha os diera;
pero don Juan, mi señor,
abona el haber pisado
las barandas del estrado
de vuestro heróico valor;
amparadle, pues oisteis
que su imágen os llamó.

Sale Rufina.

Ya la gente que os siguió
no sabe por donde fuisteis:
toda en efeto se fue,
y la calle está segura.

Don Juan.

¡A tal templo de hermosura,
buscando amparo llegué!
Yo soy, gallarda señora,
(como ya os lo dice el trage)
forastero de Sevilla,
corona de las ciudades,
que en España, en toda Europa
gobierna el Rey, que Dios guarde;
que, como naturaleza
es de todos patria y madre:
nací en Madrid, aunque son
en Galicia los solares
de mi nacimiento noble,
de mis abuelos y padres.
Para noble nacimiento

hay en España tres partes,
Galicia, Vizcaya, Asturias,
ó ya montañas se llamen.
¡Qué turbado estoy, pues digo
en ocasion semejante
cosas que os importan poco!
No os espanteis, perdonadme,
que por Dios que no me turban
pendencias ni enemistades;
el templo si, y en su altar
la belleza de su imágen.
¿Qué os importa á vos saber
que descienda de la sangre
del conde de Andrada y Lemos,
y que la causa dilate
de la presente desdicha,
que os ha obligado á escucharme
en vuestro mismo aposento,
donde el sol fuera arrogante?
Sabed, que vine á Sevilla
huyendo (mirad que alarde
de fortuna) porque á un hombre
castigué la lengua infame.
Hablaba mal de mugeres,
y yo que he dado en preciarme
de defenderlas, no pude
sufrir que tan mal hablase.
Pasarme quise á las Indias,
que dos heridas mortales
ya le tendrán bien seguro,
que mal de mugeres hable.
Llegué á Sevilla, y la flota
(como veis) aun no se parte;
entretanto me entretienen
caballeros y amistades:

hoy vine á la Magdalena,
y como algunos hallasé
á la puerta, me detuve,
que ellos gustaron de honrarme.
No salió muger de misa,
á quien un don Diego, un aspid,
helado para gracioso,
para hablador ignorante,
no infamase en las costumbres,
no desluciese en el talle,
no afease en la hermosura,
no descubriese el amante.
Palabra no les decia
que el alma no me pasase,
que cuando se habla en corrillos
no es afrenta que se hace
al ausente que no la oye,
sino á los que estan delante;
porque es tenerlos por hombres
que gustan de infamias tales,
y hablar mal de los ausentes,
afrenta los hombres graves.
Salió una señora Indiana
con dueña, escudero y page,
y en viéndolo se tapó,
dejando caer la márgen
del manto al pecho, en lo negro
luciendo cinco cristales.
Como cuando el sol hermoso
por nuves opuestas sale,
así de sus ojos bellos,
luz por las puertas de Flandes.
pero no templó su lengua,
que luego dijo: "¿qué trate
»mi hermano por interes

»con esta Indiana casarse?
»que vive Dios, que me han dicho
»qué vendió en Indias su padre
»carbon ó yerro, que agora
»se ha convertido en diamantes.
»Que puesto que es vizcaino
»para el toldo que esta trae
»son muy bajos sus principios:
¡Mal hayan Indias y mares!"
Yo, no pudiendo sufrir
palabras tan desiguales
al valor de un caballero,
dije; "Vuesa merced hable
»como quien es, que desdice
»de las palabras el trage,
»que es honrar á las mugeres
»deuda á que obligados nacen
»todos los hombres de bien
»por el primer hospedage,
»que de nueve meses deben,
»y es razon que se les pague.
»Que puesto que son las lenguas
»espadas, para templarse
»quiso Dios que las pusiesen
»en los pechos de sus madres."
¿Quien le mete en eso á él?
no conociendo las partes,
respondió descolorido:
yo dige; "el ver que la infamen
»sin dar ocasion, y el ser
»hombre, que basta á obligarme
»cuando no naciera noble."
Replicó; "pues oiga y calle,
»sino sabe quien soy yo,
»y que no es bien que se case

»mi hermano desigualmente."
respondí yo: "los que saben
»que en Vizcaya á los mas nobles
»se les permite que traten
»con hábitos en los pechos,
»no dicen razones tales:
»y sin conocerla digo,
»que el ser muger es bastante
»nobleza, y que no es honrado
»quien no las honra." "Dejadme
»(dijo entónces), mataré
»este necio si es su amante.
Repliqué: "no la conozco:
»pero lo que digo baste
»para hablar en su defensa;
»saca la espada, cobarde,
»que donde palabras sobran,
»temo que las obras falten:
»saca la espada; ¿qué esperas,
»pues no te detiene nadie?"
pero vive Dios, que apénas
las dos se vieron iguales,
cuando pienso que la Indiana
vino en forma de algun Angel,
y le derribó en el suelo,
sin que á tenerle bastasen
cuantas espadas y amigos
pretendieron ayudarle.
No espere mejor suceso
la lengua que las infame,
ni menos que vida y honra
quien las defienda y alabe.
Con esto quise tomar
la Iglesia para librarme,
y por la confusa gente

tomé diferente calle.
Al revolver de la esquina
ví estas casas principales,
juzgué por ellas el dueño;
es imposible engañarme.
Traigo una hermana conmigo,
á quien doy tantos pesares,
que este postrero, señora,
temo que la vida acabe.
Esto solamente siento:
hasta que la noche baje
os suplico permitais
que en vuestra casa me ampare
para partirme á san Lucar,
donde á las Indias me embarque,
si podrán llevar el peso
de mis desdichas sus naves.
Que tan justa obligacion
hará que el alma os consagre
la tabla de este milagro,
que con letra de oro en jaspe,
diga que pudo en Sevilla
Don Juan de Castro librarse
con doña Angela su hermana
de dos peligros tan grandes.
Y porque vea el pintor,
cuando la tabla señale,
como ha de poner la historia,
y pues sois la hermosa imagen;
ya me pongo de rodillas
para que así me retrate,
que quien defiende á mugeres,
bien es que piedad alcance.

Leonarda.

La ocasion en que os hallais

no dá lugar á respuesta;
vuestro valor manifiesta
lo que haceis y lo que hablais.
Esa muger que obligais,
yo soy, y palabra os doy
que mintió, porque yo soy
nieta de tan buen abuelo,
que por bien nacida al cielo
siempre agradecida estoy.
Es de mi padre el solar
el mas noble de Vizcaya:
¿qué a las indias venga ó vaya
qué honor le puede quitar?
Si le ha enriquecido el mar
no implica el ser caballero,
quiso honrar ese escudero
mi padre; mas no podrá,
que esa espada es lengua ya
con que digo que no quiero.
Eso de hierro y carbon
es lenguage maldiciente:
pero yo quiero aunque miente
tener en esta ocasion
ese trato y opínion;
para que cuando le halle
en aquella misma calle,
me sirva el hierro en su mengua,
para cortarle la lengua,
y el carbon para quemalle.
Pienso que viene mi hermano;
Rufina, escóndele presto.

Don Juan.

¡Bien haya el Cielo, que ha puesto
mi remedio en vuestra mano!

Martin.

Rufina, color indiano,
¿no hay bodega, ó palomar?

Rufina.

El pajar te quiero dar,
y á tu amo mi aposento.

Martin.

¿Si comen, no habrá sustento?

Rufina.

¿Ya no te llevo al pajar? *llevalos..*

ESCENA III.

Leonarda, Feliciano, don Pedro y Carrillo.

Feliciano.

Esto se ha de hacer así,
no hay sino armarnos de presto.

Leonarda.

¿Dónde vas tan descompuesto?

Don Pedro.

¿Sabes mi desdicha?

Leonarda.

Si.

Don Pedro.

¡Ay Leonarda, que espirando
queda mi hermano don Diego!

Leonarda.

Quien tan locamente ciego
vivió siempre murmurando,
¿qué mucho que muera así?

Feliciano.

¡Qué buen modo de consuelo!
Vamos de aquí.

Don Pedro.

Sabe el Cielo

que reprehensiones le dí;
mas era hermano mayor,
no me tocaba el castigo.

Feliciano.

Yo soy de don Pedro amigo
y tuve á don Diego amor.
Si hablaba mal, solo fue
de ruin gente, que la honrada
siempre fué de él respetada.

Leonarda.

¿Eso dices?

Feliciano.

Esto sé,
y vive Dios que si esconde
la tierra este forastero,
que le he de matar.

Don Pedro.

No espero
que habemos de saber donde,
que es Sevilla confusion,
y si en monasterio está,
¿quién Feliciano podrá
matarle en esta ocasion?
Lo mejor será enviar
á san Lúcar dos soldados
para matarle pagados;
porque éste se ha de embarcar,
y no podrá conocellos.

Feliciano.

Vámosle á buscar agora,
que es lo que importa.

Don Pedro.

Señora,
pensé que esos ojos bellos
enterneciera la muerte

de don Diego, y tan ayrados
los hallo, que mis cuidados
crecen con rigor mas fuerte.
Que por doblar mis enojos,
como á mi hermano un traidor,
me mata con mas rigor
la espada de vuestros ojos.
Que si no estais ofendida......

Feliciano.

¿De qué os aflige mi hermana?
No ha de amanecer mañana
este villano con vida.

ESCENA IV.

Don Antonio y Leonarda.

Don Antonio

¿Dónde va tu hermano así?

Leonarda.

Allá con sus amistades
á egecutar necedades,
què te dén cuidado á tí.

Don Antonio.

Dicen que ha herido á don Diego
un forastero don Juan.

Leonarda.

Los dos á buscarle van;
uno necio, y otro ciego.

Don Antonio.

Pues qué, ¿quiere Feliciano
acabar mi vida así?

Leonarda.

Este don Pedro que aquí
trujo á mi pesar mi hermano,
queriendo que su muger,

como se lo ha dicho, sea;
en estas cosas se emplea.

Don Antonio.

Algo le ha de suceder.
Siempre los malos sucesos
vienen por malos amigos;
no tiene un padre enemigos
como los hijos traviesos.
Matarán este don Juan,
¿ quién lo duda ? es forastero.

Leonarda.

Es valiente caballero,
tendrá amigos, no podrán.
La causa de la cuestion,
fué decir mal de mugeres
don Diego ; ¿ pues cómo quieres
que le ayude la razon
una sutíl vanagloria ?

Don Antonio.

¿ Luego el don Juan defendia
las mugeres ?

Leonarda.

Si señor.

Don Antonio.

Ese hombre tiene valor;
no hay cosa, Leonarda mia,
mas digna de un hombre honrado:
ser quien le mató quisiera,
así en las venas me altera
el humor del tiempo helado.
Si supiera donde estaba,
favor le diera y dinero,
propia accion de caballero:
¿ quién lo bien hecho no alaba ?
Voy á buscar á tu hermano,

que es loco y rico.

ESCENA V.

Leonarda y Rufina.

Rufina.

Ya quedan
adonde hallarlos no puedan.

Leonarda.

Solo temo á Feliciano.
¿Dónde pusiste el criado?

Rufina.

Martin (que aqueste es su nombre)
queda por mas tordo que hombre
en el pajar enjaulado.
Pienso que ha de cantar bien;
porque aun apenas entró,
cuando de comer pidió.

Leonarda.

Haz que de comer le dén,
que yo haré con gran secreto
la comida de don Juan.

Rufina.

Lástima los dos me dán.

Leonarda.

El caballero es discreto,
y que me ha puesto, Rufina,
en notable obligacion.

Rufina.

Por ella obliga á aficion,
y por la persona inclina.
Pidióme un libro.

Leonarda.

Hásme dado,
Rufina, grande contento,

hoy sabrá mi nacimiento:
que tú sin mostrar cuidado
le darás mi egecutoria,
diciendo, que aquí la hallaste
en un cofre mio.

Rufina.

¿Pensaste
volver así por tu gloria?

Leonarda.

Quiero que sepa que tengo
sangre de un señor de España.

Rufina.

Si la vista no me engaña,
á pensar que quieres vengo
ser con él mas que piadosa.

Leonarda.

¿No te parece que fuera,
quien á don Juan mereciera......

Rufina.

Dí lo demás.

Leonarda.

Venturosa,
sin temer tormenta ó calma?
porque el bien hablar, Rufina,
es una señal divina
de la nobleza del alma.

ESCENA VI.

SALA EN LA POSADA.

Angela y Ramiro.

Angela.

No sé como he de tener
paciencia en tan mal suceso,
que sino es perder el eso,

no me queda que perder.

Ramiro.

¿No pudiera suceder
el matar á vuestro hermano?
que fuiste dichosa, es llano,
que en dos males es error
no agradecer el menor,
y quejarse al cielo en vano.

Angela.

Conozco, que mayor mal,
huesped, suceder pudiera;
que esto no me sucediera,
fuera mi inocencia igual:
¿una muger principal
en tierra estraña os admira,
que sin amparo se mira?

Ramiro.

No me admira que os engaña
llamar esta tierra estraña.

Angela.

¿A qué mi remedio aspira?

Ramiro.

En Sevilla estais, no estais
en algun monte desierto,
¡ay del que cerca del puerto,
si ya no es muerto mirais!
En mi casa no temais
necesidad, ni violencia.

Dentro Feliciano.

¿Quién ha de hacer resistencia
adonde hay tanta razon?

Ramiro.

Estos los parientes son.

Angela.

Defienda Dios mi inocencia.

ESCENA VII.

Dichos, Feliciano, don Pedro y Carrillo.

Feliciano.

¿Posaba don Juan de Castro,
huesped, en aquesta casa?

Ramiro.

Aquí posaba, señor,
que á mí me pesa en el alma.

Feliciano.

¿Tiene aquí ropa, ó criados?

Ramiro.

No tiene mas de esta dama.

Feliciano.

¿Es acaso criada suya?

Don Pedro.

¿Es su amiga, ó es su hermana?

Angela.

Hermana por sangre soy,
de buena sangre heredada,
que os suplico respeteis;
y amiga por que se llama
la amistad, que es verdadera,
parentesco de las almas.
No fué por mí la cuestion;
ni he sido parte, ni causa
de vuestro disgusto y pena,
aunque la mayor me alcanza.
Los hombres al fin son hombres,
por mayores males pasan:
¡ay de las pobres mugeres
que los hombres desamparan!
aquí si que es el dolor,
y mas cuanto mas honradas,

porque es el mayor peligro,
el honor á quien le guarda.
Yo soy la muerta, yo sola
á quien destruyen y matan,
yo triste, que aun el valor
en tal desdicha me falta,
entre vuestras armas sola,
muger entre mil espadas;
dadme, señores, la muerte,
yo me confieso culpada,
que son sangre las desdichas,
y de deudo á deudo pasan.
Mi fortuna dió los filos,
y le sacó de la vaina
el acero de esta herida......
¿Qué aguardais? tomad venganza.

Don Pedro.

¿Qué os parece de este llanto?
¡Vive Dios...... sino mirara!.....

Feliciano.

Callad, don Pedro, por Dios,
que es bageza esa palabra.
¿De lo que don Juan ha hecho,
qué culpa tiene su hermana?
Este mozo está en las tierras,
donde con violentas armas,
por una ofensa un linage,
mugeres y amigos matan:
aunque esta señora fuera
culpada en esta desgracia,
¿no pudieran detener
la mas violenta arrogancia
dos perlas de aquellos ojos?

Don Pedro.

¡Buen amigo! ¡Linda traza

de vengar un muerto hermano;
Ven, Carrillo, que si aguarda
mi agravio vanos requiebros,
locas son mis esperanzas.

Carrillo.

Vamos por toda Sevilla;
déjale, que es una mandria:
yo apostaré que á estas horas
le está ofreciendo su casa.
Vamos por los monasterios,
que por la tribuna santa,
que aunque esté en el refitorio,
le he de dar cuatro mojadas.

ESCENA VIII.

Dichos menos don Pedro y Carrillo.

Feliciano.

Señora, no tengais pena,
que aunque es bastante la causa,
por amigo de don Pedro
acompañé su venganza:
que entré soberbio os confieso,
y en viendo ese talle y cara,
amainé todas las velas:
tengo sangre de Vizcaya,
lo que dijere una vez
será firme y sin mudanza;
dadme licencia que os vea,
y en esta ocasion os valga,
que vive Dios, de poner
un millon que hay en mi casa,
por vuestro servicio, y luego
honor, sangre, vida y alma.

Angela.

El cielo os pague el consuelo.

Feliciano.

¿Vuestro nombre?

Angela.

Angela.

Feliciano.

Basta

no se engañó quien le puso.

¿Huesped?

Ramiro.

¿Señor?

Feliciano.

Dos palabras;

con estos cincuenta escudos

regalareis esta dama

mientras que vuelvo á Sevilla.

Ramiro.

¿Cuando volvereis?

Feliciano.

Mañana.

ESCENA IX.

Dichos menos Feliciano.

Ramiro.

Cincuenta escudos me dió.

Angela.

Termino de gente hidalga.

Ramiro.

¡Pesia tal! es rico y noble,

puede comprar á Triana.

Una hermana tiene hermosa,

para quien su padre guarda

cien mil ducados de dote.

Angela.
La fortuna, mi madrasta,
ha guardado para mi
cien mil penas y desgracias.

ESCENA X.

CASA DE DON ANTONIO.

Don Juan y Martin.

Don Juan.
¿Cómo pasaste á verme?
Martin.
Con licencia
de la mulata, que es la quinta esencia
de toda la discreta picardía,
que lo moreno de esta tierra cria.
Don Juan.
¿Has comido?
Martin.
¿Qué dices? treinta platos
me trujo esta princesa de mulatos,
y sirviendo la paja de manteles,
comí mejor que en sillas, ni doseles:
y para postre mano, y paz de Francia,
que puesto que temiendo la fragancia,
la limpieza, pastilla, y no ser fea,
disimular pudiera la gragea.
¿Comiste tú?
Don Juan.
Pedíle á la morena
un libro por pasar mejor la pena
de tanta sociedad, y ella que ignora
qué historias salen en la corte agora,
en vez de tanta prosa, verso y fama

me trujo la nobleza de su alma
de mil colores y oro, y la he leido;
con que tambien estuve entretenido;
como con los donaires del Parnaso,
del Orfeo, del nuevo Garcilaso.
Es tanta, finalmente, su belleza;
que puede competir con su nobleza.
Vino, Martin, tras esto la comida
guisada de la dama defendida;
con tal regalo, olor, gusto y aseo,
que solo le ha faltado á mi deseo
el postre que te dió la mulatilla.

Martin.

¡Qué bizarra es la gente de Sevilla!
¡qué liberal! ¡qué limpia y generosa!

Don Juan.

¿No es Leonarda discreta, no es hermosa?

Martin.

¿Cómo discreta? Ciceron, Cervantes,
ni Juan de Mena, ni otro despues, ni antes
no fueron tan discretos y entendidos;
es un harpa templada en los oidos,
es sentencia en favor por el Consejo;
consonancia en cristal de vino añejo,
son de doblon en mesa ó plata doble,
cortés respuesta de persona noble,
ruido de arroyuelo ardiendo Febo,
soneto de don Luis, Seneca nuevo;
con hambre los torreznos que se frien,
con tercianas las fuentes que se rien,
ó mas sonoro que en la espada suele,
de los que azotan á quien no le duele,
ó en un falso testigo ó alcahueta
el eco de la solfa de baqueta;
pues en llegando á hablar de la hermosura,

Diana es fea, Filomena oscura,
la doncella de Francia, y la doncella
de Dinamarca, nones son con ella,
porque el sol es muy lindo, y nos enfada
por los caniculares; y esta agrada.
Quedemonos aquí, pues has topado
las Indias sin la mar, que tú embarcado
irás á tu aposento con Leonarda,
y yo con la mulata que me aguarda
en mi pajar sin larga las escotas;
porque si aquí se encierran treinta flotas,
¿qué es menester buscar mayor tesoro?
que aun esta esclava, si la vendo, es oro.

Don Juan.

Como piensas, Martin, lo que has soñado,
bien parece que en paja te has echado.

Martin.

Si, mas no la he comido, que me dieron
naranjas que la cólera rompieron,
un pernil con las hebras como grana,
que abriera á un hipocóndrico la gana;
y á estar hecha en figura mas perfeta,
de un cardenal pudiera ser muceta:
una ave enamorada...

Don Juan.

¿Enamorada?

Martin.

De tierna, derretida, y bien asada.
Hubo su rabanito, oliva y queso,
que pudieran venderme por el peso;
con esto y diez tragadas de Cazalla,
dije poniendo aparte la tohalla,
los ojos ya del buen licor testigos,
mulata, ¿dónde están los enemigos?

Don Juan.

¡Ay, Martin, como todo me alegrára
si en Madrid á doña Angela dejára!
pero ver que es mi hermana, y que afligida
ha de estar del peligro de mi vida,
no me permite gusto ni contento.

Martin.

Quedo, que está Leonarda en tu aposento.

ESCENA XI.

Dichos; Leonarda y Rufina.

Leonarda.

¿Habreis pasado muy mal
de aposento y de comida?

Don Juan.

No la he tenido en mi vida,
hermosa señora, igual.

Leonarda.

Dar un palacio real
á vuestro valor quisiera.

Don Juan.

Ménos á mi intento fuera:
por ser de esclava le alabo,
que siendo yo vuestro esclavo
me disteis mi propia esfera.
Vine á mi centro en venir
donde vuestra esclava vive;
parece que me apercibe
de que os tengo de servir:
si aquí os puedo ver y oir
toda mi ventura encierra,
todos mis males destierra;
porque despues de no estar

en el cielo, no hay buscar
mayor descanso en la tierra:
¿ pero qué ha de ser de mi,
ya que en tal lugar estoy,
si en siendo noche me voy
de aqueste dia en que os vi?
si tan presto el bien perdí
fímera fue mi ventura,
no es bien el que poco dura:
¿mas quién, señora, pensára
que mis contrarios vengára
vuestra divina hermosura?
Cual es el muerto no acierto,
bella Leonarda, á juzgar;
si el no veros me ha de dar
la muerte, yo soy el muerto:
pensé que llegaba al puerto
de mis desdichas, y llego
donde á la muerte navego
con tal tormenta y rigor,
que quiere anegar amor
el alma en un mar de fuego.
¿ Qué hice yo á vuestros ojos
que vengan mis enemigos,
cuando los hice testigos
de mis lágrimas y enojos?
juzgareis que son antojos,
decirme que me desalma
amor que me tiene en calma;
pero vuestra discrecion
sabe que la obligacion
abre las puertas al alma.
Primero os amé que os ví;
¿quién vió tan nuevo obligar?
y no lo podeis negar,

pues sabeis que os defendí:
mirad como merecí
favores antes de veros,
pero fue para perderos,
pues en viéndonos los dos,
no me defendí de vos,
aunque supe defenderos.

Leonarda.

Señor don Juan, si teneis
determinado partiros,
mal podré yo persuadiros
contra lo que vos quereis;
y basta que me dejeis
con tantas obligaciones,
sin decirme estas razones
para mas pena y dolor,
que no le detiene amor
á quien deja las prisiones.
Defenderme antes de verme
no fue amor, nobleza fué,
ó condicion vuestra en fé
de obligarme y conocerme;
pero si fue defenderme
nobleza, nobleza fue
el haberos defendido;
con que direis con razon
que cumple su obligacion
beneficio agradecido:
vos os vais porque quereis,
y algun deseo llevais,
pues porque quereis os vais,
cuando quedaros podeis;
al peligro anteponeis
el angel que en la posada
debe de estar lastimada;

mirad que estraños desvelos,
que os estoy pidiendo celos
sin amor ni ser amada.
Dicen que la enfermedad
tiene la espada desnuda,
cuando está la vida en duda,
y en mí el ejemplo mirad;
á matar la libertad
la espada desnuda entrastes,
aunque piadosa me hallastes;
pero el efecto que hicistes
no os lo dije, pues os fuistes,
con mas prisa que llegastes.
Id en buen hora á buscar
esa dama venturosa,
que estará tan cuidadosa
como me habeis de dejar;
mirad si quereis llevar
alguna cosa de aquí;
que os aseguro que fuí
dichosa en que luego os vais,
porque si mas os tardais,
me llevárades á mí.

Don Juan.

Leonarda, si yo me voy,
es por no daros enfado,
que del ángel lastimado
legítimo hermano soy,
y el favor que me dais hoy
en el alma le imprimí:
bien quisiera estarme aquí,
si tuviera atrevimiento;
porque este humilde apposento
fuera cielo para mí.
El cuidado de mi hermana

confieso que me le dá.

Leonarda.

¿Qué es vuestra hermana?

Don Juan.

No está

lejos, sabedlo mañana.

Martin.

¿Para qué andais con rodeos,
donde se ven los enojos,
pues por la boca y los ojos
andais trocando deseos?
Pensad la partida bien,
que él se muere por no irse,
y tú (si puede decirse)
porque se quede tambien.
Por lo menos, ya que fuese
prision esta voluntad,
hasta saber la verdad,
responde, á prueba, y estése.
¿Ea, qué os estais mirando?

Don Juan.

Por mí yo me quedo aquí.

Leonarda.

¿Y yo qué diré de mí?

Martin.

Di, que lo estás deseando.

Rufina.

¿Y él no tiene hermana allá?

Martin.

No, perra...... perla queria
decir, que tú lo eres mia.

Rufina.

Tu hermano ha venido ya.

Leonarda.

Salgamos del aposento,

y cierra tú.

Don Juan.

A Dios.

Leonarda.

A Dios.

Rufina.

¿En fin se quedan los dos?

Leonarda.

O es amor, ó atrevimiento.

ESCENA XII.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Leonarda y Feliciano.

Feliciano.

¿Leonarda, señora mia?

Leonarda.

¡Cuánto me alegro de verte!
que me has tenido con pena
de ver que tan loco fueses
á acompañar otro loco.
¿Qué ha sucedido? ¿qué tienes?
¿habeis hallado por dicha
al forastero valiente?
¿mas que le habeis muerto?

Feliciano.

Yo
soy el que vengo á la muerte.

Leonarda.

¡Ay cielos! ¿estás herido?
¿dónde? ¿cómo?

Feliciano.

Espera, tente,
que es una herida invisible,

de que sola el alma muere.

Leonarda.

¡El alma puede morir?

Feliciano.

¿De amor, hermana, no puede?

Leonarda.

¿Pues tú sabes qué es amor,
qué con gusto indiferente
á ninguna quieres bien,
y dices, que á todas quieres?

Feliciano.

Como yo pienso, Leonarda,
que mi dinero pretenden,
guardo el alma, y doy la bolsa,
que es lo que ellas apetecen.
Dijéronnos la posada
de aquel don Juan, y cual suelen
romper los ayres los rayos,
fuimos á cal de la sierpe,
entramos, pensando hallar
prendas de don Juan, y en frente
estaba un retrato suyo,
con alma entre viva nieve.
Una doña Angela, un ángel,
claro está, pues lo parece,
con unas lágrimas tristes,
que hicieran la noche alegre.
Las lágrimas te encarezco,
para que por ellas pienses
cual deben de ser los cielos,
que tales lágrimas llueven.
Pero si llorando, y tristes
nombre de cielos merecen,
¿qué serán con alegria
ojos que tal glorla tienen?

Abrió por medio un clavel,
ya quisieran los claveles
tomar las perlas que ví,
y dijo en razones breves
la desdicha en que se hallaba.
Habléla yo tiernamente,
que no supo á tanto sol
el corazon defenderse,
pesó á perlas mis palabras
enternecida de verme
de su parte en su desdicha;
que á veces, Leonarda, mueve
al llanto en las desventuras
el ver que alguno las siente.
Prometí darla favor,
don Pedro enojóse, y fuese;
y aunque yo tambien me fuí,
diré la verdad, quedéme.
Dí para regalos de hoy
cincuenta escudos al huésped,
que llevaba en un bolsillo.
Con esto he venido á verte,
porque sepas que don Pedro
puede buscar quien le vengue;
porque yo pienso, Leonarda,
(y ríñeme como sueles)
tener el ángel que digo
por mi dueño para siempre.

Leonarda.

Lo que yo pienso reñirte,
(pues sabes que las mugeres,
de ver otras en desdichas,
se lastiman facilmente)
es que á persona tan noble
esa miseria le dieses,

cuando le dabas el alma.

Feliciano.

Razon, mi Leonarda, tienes;
mas no ves que las que pesan,
por miedo de los fieles
á lo principal añaden
otra cosa diferente:
así al alma puse el oro,
no porque valor hubiese,
pero por cumplir el peso,
aunque me pesa de verme
en peso tan desigual,
si bien es un tiempo aqueste,
que á peso del oro hay almas,
y almas que por él se pierden:
ya lo dí, corrido estoy.

Leonarda.

Poco el oro me parece
para contrapeso de alma.

Feliciano.

No tuve mas, ¿qué me quieres?

Leonarda.

En tal ocasion, hermano,
y mas si amor te enloquece,
era lo cierto decir,
como hombre cuerdo y prudente,
yo tengo en casa una hermana,
que en esta ocasion os puede
tener consigo, entretanto
que este negocio remedien
ruegos, dineros, y amigos.

Feliciano.

¿Luego si yo la trugese,
la tendrias tú contigo?

Leonarda.

¿ Eso dudas ? ¿ luego entiendes
que tengo el alma de piedra ?
Iré por ella, si quieres,
y si hay lugar en tristezas
le diré lo que mereces.

Feliciano.

¡ Ay Leonarda de mis ojos!
á tus pies quiero atreverme
á pedirte que me obligues,
y que esta dama consueles.
Haz poner el coche, y parte
á la calle, que parece
que estando á los pies de un Angel,
entónces fué de la sierpe.
Toma mi hacienda, mi vida,
como sola el alma dejes;
y esto porque no la tengo.

Leonarda.

Llama, Rufina, esa gente,
hoy que el Angel de mi hermano
el coche en oro convierte.

Rufina.

Basta que estais dos á dos.

Feliciano.

! Ay, Angela, si te viesen
en esta casa mis ojos!

Leonarda.

¡ Ay, don Juan, cuanto me debes! *ap.*

Rufina.

¡ Ay Martin! si á mi color
tal san Martin le viniese.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Don Juan y Martin.

Martin.

Parece nuestra historia encantamento.

Don Juan.

No lo parece, si lo es.

Martin.

Al dia
abre las puertas con dorado aliento
la bella Aurora que las flores cria.

Don Juan.

Estaba (como digo) en mi aposento,
cuando la noche el filo igual tenia
en la balanza con que pesa estrellas,
mas triste que ella suele estar sin ellas.
Pensaba solo en mi querida hermana,
cuando oigo abrir la puerta, y que Rufina
me dice, que Leonarda mas humana
hablarme en su aposento determina;
voy tras la esclava como sombra vana,
mira tú con que luz mi error camina,
y asido de su enfaldo á escuras llego
á la esfera bellísima del fuego.
Una bujía en una cuadra ardía,
y con vislumbre trémula enseñaba
lo que en la cuadra bien compuesta habia,
que una cama de seda y oro estaba;
el ambar de aire en viento le serbia,

que por las cuatro partes respiraba:
allí yo te confieso que suspenso
llegar mi dicha por la posta pienso.
¿Qué os deteneis? (me dice la mulata)
corred, cobarde, esa cortina luego,
y descubriendo un cielo de oro y plata,
de una hermosa muger me abrasa el fuego:
yo cuando pienso que Leonarda trata
de algun yerro de amor que es siempre ciego,
conozco que es doña Angela mi hermana,
y fuese en humo mi esperanza vana.
¿Qué es esto (dije), dulce hermana mia?
y como con su rostro me juntaba,
sentí que huésped en la cama habia,
que Leonarda de celos suspiraba.
Martin, yo te confieso el alegría,
que ver mi hermana en tal lugar me daba,
pero que en parte me pesó, pues creo
que fuera mas dichoso mi deseo.
Despues de hablar con ella mas de una hora,
¿cómo, le dije, este lugar tomaste,
pues era de Leonarda mi señora?
¿tan presto el noble término olvidaste?
Mandóme (respondió) mudarle agora
para poder hablar cuando llegaste;
pasa de la otra parte, porque puedas
agradecer lo que obligado quedas.
Yo escucho desde aquí, dijo Leonarda;
y detúveme yo cobardemente:
pero ella, presumiendo de gallarda,
remitió su temor á su accidente;
fingió que el animal, el que acobarda
mas las mugeres, se atrevió á su frente:
ya ves con qué donaire fingiría
el miedo, que era entonces osadia.

Ya desvía las trenzas, ya la ropa,
ya del cuello los cándidos cambrayes,
ya se vuelve á cubrir con lo que topa
mezclando alegre risa en dulces ayes;
yo viendo mi fortuna viento en popa,
le dige al corazon, no te desmayes,
cuando la luz á ruego suyo inclina,
aunque mulata de color, Rufina.
Sueltos en crespos rizos sus cabellos,
ondas de las tormentas del espanto,
puso risueña en mí los ojos bellos,
no siendo el animal que temia tanto,
retrato el alma entre las luces de ellos,
y finjo por la colcha, que levanto,
que pasa el animal, y que le veo;
y era lo que pasaba mi deseo.
No ha visto el mismo amor desde que miente,
que desde que nació mentir sabia,
tan bien fingido espanto, y accidente,
mas bien trazado para dicha mia;
y fuélo grande estar su hermano ausente,
(porque á acostarse le conduce el dia)
que nos pudiera oir; mas la ventura,
cuando ella quiere, todo lo asegura.
El rostro bajo á la bordada orilla
de la cama, por ver si hallaba el rastro,
y hallo una desmayada zapatilla
que le faltaba el alma de alabastro:
bien haya la limpieza de Sevilla;
porque por vida de don Juan de Castro,
que el mas grave señor hacer pudiera
la limpia zapatilla vigotera.
Con esto á mi aposento vuelvo, y digo
á mi fortuna mil requiebros, tales
que desde agora á no sentir me obligo,

por tales bienes, los mayores males;
no ha sido el sueño de mi bien testigo,
que apénas en los fúlgidos umbrales
del cielo puso el pie la blanca aurora,
cuando me halló como me ves agora.

Martin.

¡Suceso estraño, y último sosiego
de tu temor! Mas breve fue mi historia;
por la mulata á la cocina llego,
que andaba en esos pasos de tu gloria;
dormia echado en el umbral del fuego
un mastin que pudiera andar la noria,
siento roncar, y paso á paso aplico
la humilde boca al temerario hocico:
pero apénas la boca en él repara
que olia á pepitoria, y nó á camuesas,
cuando ladrando me agarró la cara,
y en los carrillos me estampó las presas;
pues luego mi fortuna en eso para,
quiero correr, tropiezo en dos artesas,
y doy en la espetera con la frente,
despertando los gatos y la gente.
Cual me salta á la cara, cual me agarra
por una pantorrilla, pierdo el tino,
muero en el puerto, y sin hallar la barra,
por embocar la puerta desatino:
¿qué galgo con cencerro ó con guitarra,
sacudiendo la cola, huyendo vino
por las carnestolendas, como salgo?
Las manos dejo, y de los pies me valgo.
Pero ya que salí de la cocína,
huyendo del ladrante seguimiento,
por ir al aposento de Rufina,
de las conservas hallo el aposento.
O bien haya, don Juan, la luz divina

de cuanto vive lustre, y ornamento,
pues con ella á tus ojos he llegado,
oloroso, mordido y arañado.

Don Juan.

Gente suena, aqui te esconde,
hasta que sepas quien es.

Martin.

¿Tengo de hablarte despues?

Don Juan.

Mi soledad te responde.

Martin.

Muy bien te puedes estar,
que es Leonarda mi señora.

ESCENA II.

Martin y Leonarda.

Leonarda.

¿Martin?

Martin.

Pareces aurora
en la luz y el madrugar.
Querrás andar en tu casa;
Indiana en fin.

Leonarda.

Otro fin
me ha despertado, Martin,
que de hacienda de Indias pasa.

Martin.

Dígolo, porque teneis
fama de ser miserables,
por los trabajos notables,
que en tierra y mar padeceis.
¿Pero qué te ha levantado?

Leonarda.

Un desasosiego injusto.

Martin.

¿Es disgusto?

Leonarda.

No es disgusto,
que no hay gusto con cuidado.

Martin.

No será pena de amor,
que dan gusto sus desvelos.

Leonarda.

No le puede haber con zelos.

Martin.

De zelos es la mayor;
¿pero zelos tú? ¿de quién?

Leonarda.

Mis zelos son testimonio
de que se ha vuelto demonio
mi amor.

Martin.

No lo entiendo bien.

Leonarda.

¿Qué nombre le puedo dar,
si tengo de un Angel zelos?

Martin.

¿De esto nacen tus desvelos?

Leonarda.

Si me ha querido engañar
don Juan, por haber pensado
que le he de ayudar mejor,
engáñase, que el amor
no paga bien engañado:
doña Angela no es su hermana.

Martin.

Es por Dios, y no es razon

que juzgues de su intencion
por una apariencia vana.

Leonarda.

Yo sé que su dama es,
y que lo quiere encubrir,
y á mi no me ha de mentir
por tan pequeño interes;
que me va la vida á mi
en tener mi libertad:
él sabe mi calidad,
tan buena como él nací.
Yo regalaré su dama,
no por eso ha de pensar,
que es mejor aventurar
el crédito de mi fama.
Ella es muy linda por Dios,
y en él muy bien empleada,
ya la he visto despojada;
bien se pagaron los dos.
Hasta verla tuve en duda
la voluntad, y la vida:
desvelos me dió vestida,
zelos me ha dado desnuda.
No es cosa para sufrir,
que zelos antes de amor,
es como necio acreedor
que firma sin recibir.
Dí que no me hable mas
en lo que habemos tratado.

Martin.

Si mi señor te ha engañado,
no vuelva á Madrid jamás.
Plega á Dios, que un ignorante
me lea, ilustre Señora,
en versos, versos un hora,

y un mal músico me cante.
Y que algun falso deudor
de estos moatreros viejos,
por audiencias y consejos
haga pedazos mi honor.
Plega á Dios que sea creida
la primera informacion,
y quiteme la opinion,
que sin opinion no hay vida;
que me vendan mis parientes,
y me olviden mis amigos,
y que á mil falsos testigos
nazcan otros tantos dientes;
que sirva á señor ingrato,
y si hubiere lugar, quiero
que me tire un candelero
á quien pidiere barato;
que se aficione á capones
mi dama por voces vanas,
y si tuviere tercianas,
me curen por sabañones;
que compita con bonete,
y me atruene un bachiller,
que hable grueso mi muger,
y mi criado en falsete;
que me ensucien una aldaba
cuando por llamar la tuerza,
y que me casen por fuerza,
que con voluntad bastaba.

Leonarda.

Ya te conozco, Martin,
para tordo eres mejor;
yo entendí que tu señor
míraba otro blanco y fin.
Lo dicho, dicho, no hay mas.

Martin.
Oye, señora; detente,
escucha.
Leonarda.
Vete insolente.
Martin.
¿De esa manera te vás?

ESCENA III.

Martin y Feliciano.

Feliciano.
¿ Qué es esto ?
Martin.
Perdiose todo.
Feliciano.
¿Quién sois ? ¿Y qué haceis aquí?
Martin.
Señor, yo vine... yo fuí..
Feliciano.
Quien se turba de ese modo,
bien claro dice quien es.
Martin.
Soy cajero, y he vendido
unas randas que he traido,
como lo sabreis despues.
Si algunas voces he dado,
por mi dinero sera.
Feliciano.
¿Y la caja donde está?
Martin.
Aquí enfrente la he dejado,
de donde agora pasé.
Feliciano.
¿Y á quién las habeis vendido?

Martin.

Si á vuestra muger ha sido
ó á vuestra hermana, no sé;
y aquí estaba una esclavilla,
la cual Rufina se llama.

Feliciano.

No es mi muger esa dama.

Martin.

Yo sé poco de Sevilla.

Feliciano.

¿De qué nacion?

Martin.

Turco soy.

Feliciano.

¿Turco?

Martin.

Digo de Turin.

Feliciano.

¿Piamontés?

Martin.

Si piamentín.

En grande peligro estoy. *ap.*

Feliciano.

¿De qué pais del Piamonte?

Martin.

De Illescas.

Feliciano.

¿De Illescas, como?

Martin.

Tal miedo de veros tomo;
porque yo soy de Belmonte.

Feliciano.

No me agradais. ¡Ah Leonarda!

ESCENA IV.

Dichos y Leonarda.

Leonarda.

¿Es Feliciano?

Feliciano.

Yo soy.

Martin.

Gracias á los cielos doy;
nunca su socorro tarda.
¿A vuestra merced no he dado
unas randas, de que espero
en esta puerta el dinero?

Leonarda.

Unas randas le he comprado.

Feliciano.

Perdonad, hombre de bien.

Martin.

Las sospechas, caballero,
perdono, mas no el dinero.

Feliciano.

Pagaros quiero tambien:
venid, amigo. *Vase.*

Leonarda.

Martin,
escuchad.

Martin.

¿Qué me mandais?

Leonarda.

Que á verme siempre vengais.

Martin.

Pensé que dabamos fin
á nuestros cuentos, por Dios;
pero mas ventura fué,

pues descubierto podré
hablar, señora, con vos.

ESCENA V.

Leonarda.

A las perlas del alba descogian
Pintadas hojas las abiertas flores,
Cuando en alegre paz dos ruiseñores
Su nido sobre un álamo tegian.
Pero en el tiempo que coger querian
El fruto de sus cándidos amores,
Llegaron otros dos competidores,
Que cuanto fabricaban deshacian.
Las pajas de que ya vestido estaba
Bañaron en cristal los arroyuelos
De una fuente que el álamo bañaba.
Así fueron mis ansias y desvelos
Cuando pensé que nido fabricaba:
Tal fin promete amor, principio en zelos.

ESCENA VI.

Leonarda y Angela.

Angela.

¿Estás sola?

Leonarda.

¿No lo ves?

Angela.

Mi hermano, Leonarda mia,
á asegurarte me envia,
para que de mí lo estés:
suplícate que me des
crédito por desagravio
de tu amor, que no es tan sabio

amor, que á no ser su hermana,
fuera la riqueza humana
parte á sufrir un agravio.
Y mucho lo estoy de tí,
en no haberte parecido
aquello mismo que he sido
desde el dia en que nací.
¿Por qué presumes de mi
que si yo fuera su dama
aventurára tu fama,
infamando tu nobleza?
porque no hay mayor bajeza,
que ser tercero quien ama.
¿Mas de qué sirven rodeos?
Para mas seguridad,
pagaré con voluntad
de tu hermano los deseos:
amor, de honestos empleos
no esceda, ni te levante,
más que á ser cortés amante:
mira tú si puede haber
para zelos de muger
seguridad semejante.

Leonarda.

Doña Angela, en tiempo breve
no puede haber mucho amor,
esto ha sido, que el amor
se previene á lo que debe:
cuando una muger se atreve
á amar, mire los sujetos
causa de iguales efetos,
que examinar el valor
ántes de tener amor,
es prevencion de discretos.
Nunca aventuran la fama

tan presto nobles mugerés:
si como su hermana eres,
fueras Angela su dama;
(que nobleza no se infama
amando lo que es ageno)
ya tengo tu amor por bueno,
ya con mis celos acabo,
tu satisfaccion alabo,
y mi sospecha condeno.
Si á mi hermano favoreces,
daré favor á tu hermano,
que ya sabe Feliciano
lo que vales y mereces:
la fortuna muchas veces
ofrece las ocasiones,
si á las Indias te dispones,
aquí es mejor que te pares,
sin andar por altas mares
peregrinando naciónes.
Aficióneme de ver
que sacase un caballero
en mi defensa el acero,
solo porque soy muger.
Angela, no he menester
dineros, sino contento;
ayuda mi pensamiento,
que fuera de mi nobleza,
no hay en las Indias riqueza,
que iguale tu casamiento.

Angela.

Yo, señora, haré tu gusto,
fuera de ser de mi hermano.

Leonarda.

Daba á don Pedro la mano,
no con pena ni disgusto,

pero ya querer es justo,
á quien defiende mi honor.

Sale Rufina.

Don Antonio mi señor
viene con don Pedro á hablarte;
escóndete.

Angela.

¿Si es casarte?

Leonarda.

No hay obediencia en amor.

ESCENA VI.

Leonarda, Rufina, don Antonio y don Pedro.

Don Antonio.

¿En tal peligro queda?

Don Pedro.

No parece
que una hora puede dilatar la vida;
mengua el valor, y el accidente crece:
mi casa queda toda reducida
á sola mi persona.

Don Antonio.

Si en vos queda,
será mas aumentada que perdida.

Don Pedro.

Bastante hacienda y mayorazgo hereda,
quien solo quiere ser esclavo vuestro,
cuando esta dicha el Cielo me conceda.

Don Antonio.

Vos conoceis el justo amor que os muestro.
Aquí está mi Leonarda, que en su gusto
sabeis, don Pedro, que se mueve el nuestro.
Leonarda, sin respuesta, sin disgusto,
hoy se ha de hacer este concierto, hoy quiero.

que lo que quiero yo tengas por justo.
Es don Pedro tan noble caballero,
que quiero honrar mi casa de la suya.
Dóile sin joyas tuyas en dinero
cuarenta mil ducados, aunque es tuya
mayor parte despues; dale la mano,
para que la escritura se concluya.
Mayorazgo he fundado en Feliciano,
ya sabes que es razon, diez mil de renta
(gracias á Dios) le quedan á tu hermano;
que en la nobleza, y las virtudes cuenta,
tiene por dote de mayor decoro,
lo que la vida y la opinion aumenta.

Don Pedro.

Si llevo en mi Leonarda tal tesoro,
¿no me basta saber que es prenda mia?
¿qué valor en su pie merece el oro?

Leonarda.

Estimo vuestra noble cortesia,
señor don Pedro, yo aunque estaba agena
de que la dicha que decis tenia.
Esto solo os respondo.

Don Antonio

No condena
la vergüenza jamas estas acciones;
vamos adentro, no la demos pena.

Don Pedro

No voy contento yo de sus razones;
disgusto me parece que ha sentido.

Don Antonio.

Fingen disgusto en estas ocasiones.

Don Pedro.

Poco dichoso con Leonarda he sido.

Don Antonio.

Aquel encogimiento fue forzoso.

Don Pedro.

Aun no fuí de sus ojos admitido.

Don Antonio.

Vos, lo sereis cuando seais su esposo.

Don Pedro.

Dadme licencia que despues la vea.

Don Antonio.

Dueño sois de esta casa.

Don Pedro.

Venturoso,
padre y señor, quien tanto vien posea.

ESCENA VII.

Leonarda, Rufina, y despues don Juan y Martin.

Leonarda.

¿Quien pensára que tan presto
tuvieran fin semejante
mis pensamientos activos?

Rufina.

¿Puede mi señor forzarte?

Leonarda.

Puede quitarme la vida.

Don Juan.

Dejame, necio.

Martin.

¿Qué haces?

Don Juan.

¿Qué tengo de hacer? morir.

Martin.

¿Pues de esa manera sales?

Leonarda.

¿Qué es esto, don Juan?

Don Juan.

Perderme.

Leonarda.

¿Adonde vas?

Don Juan.

A matarme.

Leonarda.

¿Por qué, señor?

Don Juan.

Por tu gusto.

Leonarda.

¿Gusto? ¿de qué?

Don Juan.

De casarte.

Leonarda.

¿Oiste á mi padre?

Don Juan.

Le oi.

Leonarda.

¿Pues qué dijo?

Don Juan.

Que me mates.

Leonarda.

¿Yo qué respondí?

Don Juan.

Tibiezas.

Leonarda.

¿Y don Pedro?

Don Juan.

Necedades.

Leonarda.

Sosiégate.

Don Juan.

¿Cómo puedo?

Leonarda.

¿Dije el sí?

Don Juan.

Bastó callarle.

Leonarda.

Necio estás.

Don Juan.

Soy desdichado.

Leonarda.

Y yo muger.

Don Juan.

Eso baste.

Leonarda.

Habláme bien.

Don Juan.

Estoy muerto.

Leonarda.

Escucha.

Don Juan.

¿Qué he de escucharte?

Leonarda.

Eso es locura.

Don Juan.

Es por tí.

Martin.

Parecen representantes,
que saben bien el papel.

Leonarda.

Martin, así Dios te guarde,
¿siente don Juan lo que dice?

Martin.

¿Si lo siente? ¡qué donaire!
¿pues vesle salir sin seso,
y preguntas disparates?

Don Juan.

Ea, Martin, á embarcar.

Martin.

¿Cómo quieres que me embarque,
si he empleado mi dinero
en olandas y cambrayes?
Soy de esta casa cajero,
pesquéle quinientos reales
á Feliciano, y pretendo
tratar en Italia y Flandes.

Don Juan.

Digo, que te embarques luego.

Martin.

¿Donde tengo de embarcarme?

Don Juan.

Dentro del mar de mis ojos.

Martin.

Notables sois los amantes.

Don Juan.

Mas no, que corre tormenta,
y era forzoso anegarte.

Leonarda.

Ve, Rufina, al corredor,
porque puedas avisarme:
tú, Martin, lince has de ser
en la puerta de la calle,
que quiero hablar libremente.

Rufina.

Yo voy.

Martin.

Y yo á ser alcayde.

ESCENA VIII.

Leonarda y don Juan.

Leonarda.

Don Juan, las ingratitudes

ofenden las voluntades,
mucho en poco tiempo debes
al alma qte supo amarte.
¿Cuál hizo mas de los dos?
¿tú en quererme, ó yo en dejarme
engañar de los requiebros,
cosa á los hombres tan facil?
¿qué mudanza has visto en mí?
¿qué es lo que dije á mi padre?
¿qué te obliga á hacer locuras?
¿puede por fuerza casarme?
no puede; y mas que te busca
Feliciano por mil partes
obligado á defenderte
por mi inclinacion notable
al servicio de tu hermana.
Por Dios, don Juan, que repares
en la pena que me dás.

Don Juan.

No sé como puedo hablarte
con las desdichas presentes,
porque es razon que me alcancen.
¡Que quien escucha oiga mal!
Lo que escuché fué bastante
para temer la caida
de mi fortuna mudable.
Si tu padre, prenda mia,
con resolucion tan grande
quiere casarte; ¿qué importa,
que tú con tu hermano trates
resistir la voluntad?

Leonarda.

No hayas miedo que me case
con don Pedro, don Juan mio;
que si de mi hermano sabes,

que desea conocerte,
no será mi padre parte
para casarme por fuerza.

Don Juan.

¡Qué notables tempestades
corre esta pobre barquilla
en dos tan breves instantes!
¿Es posible que en dos dias
cosas por un hombre pasen,
que aun en dos años parecen
imposible de contarse?
Mil veces en mi aposento
pienso que puedo engañarme;
porque me niego á mí mismo
ser tan presto, y ser verdades,
ó por lo ménos que duermo,
y que sueño disparates,
por mas que los nacimientos
conciertan las amistades.
Entré, señora, en tu cuadra;
ví con doña Angela un angel,
y por unas celosías
de cabellos descuidarse
blanco marfil mal ceñido
de lágrimas orientales,
Vi dos manzanas de nieve,
escritas de azul esmalte,
y dige: bien haya el árbol
donde tales frutos nacen.
luego ví encubrirse todo,
quedando solo en cristales
unos rayos que tenian
breves grillos de diamantes.
Vine con esto mas loco;
olvidéme de mis males,

que no esperados placeres
olvidan grandes pesares.
Prometíme de tener
dueño, que el mundo envidiase,
rico, noble, hermoso, ilustre,
de alto valor, de alta sangre,
en pago de la defensa
y alabanzas inmortales,
que me deben las mugeres
honras, virtudes, linages,
desde que ceñí la espada;
no sufriendo que afrentasen
muger ninguna á mis ojos,
lo cual me ha costado cárcel,
heridas, perder la patria,
envidias, enemistades,
oficios, cargos, hacienda,
hasta que pude obligarte
con lo que sabes, señora,
que te ha obligado á ampararme:
y apénas quise salir
no á dejar mis soledades,
sino por ver si te veía,
cuando el sueño se deshace,
oigo decir que te casas,
y oigo decir que me maten.

Leonarda.

¿Don Juan, un hombre valiente
tan tiernos estremos hace?
mirad, que entraste muy bravo
para salir tan cobarde:
¿que seguridad quereis
para que con vos me case?

Don Juan.

Una firma suele ser

firmeza de amor constante.

Leonarda.

Voy á escribir un papel.

Don Juan.

¿Y firmarásle?

Leonarda.

Esperadme;
mal conoceis las mugeres
con amor.

ESCENA IX.

Don Juan.

El Cielo os guarde.

Fortuna, que á Sevilla me trujiste
Huyendo del rigor en que me hallaste,
¿En qué mar á las Indias me embarcaste,
Que con tal brevedad me enriqueciste?
Mas no es el fin del bien que le conquiste,
Si de la posesion te descuidaste,
Pues para mas tristeza me alegraste;
Que no hay alegre bien, si el fin es triste.
No me des dichas para no gozallas,
No me des glorias para no tenellas,
Ni el breve bien que en esperanzas hallas;
Que no pudiendo asegurarse dellas,
Parece que es mas dicha no alcanzallas,
Que vivir con el miedo de perdellas.

ESCENA X.

Don Juan y Feliciano.

Feliciano.

¿Quién es?

Don Juan.

¡ Notable desdicha ! *ap.*

Feliciano.

¿ Qué es lo que mandais aquí ?

Don Juan.

Aunque perderla temí, *ap.*
muy breve ha sido mi dicha :
aquí no hay otro remedio
como decir la verdad,
que será temeridad
perder lo que hay de por medio.
¿ Sois Feliciano ?

Feliciano.

Yo soy.

Don Juan.

A vos os busco.

Feliciano.

¿ A qué efecto
me buscais ?

Don Juan.

Yo soy don Juan
de Castro y Portocarrero.

Feliciano.

¿ Sois el que ha don Diego hirió ?

Don Juan.

Soy el que ha herido á don Diego.

Feliciano.

Saco la espada.

Don Juan.

Esperad,
y sabreis á lo que vengo.

Feliciano.

Vos á matarme vendreis.

Don Juan.

Oidme, señor, os ruego,

dos palabras.

Feliciano.

Ya os escucho,
aunque es por cierto respeto.

Don Juan.

¿Sabeis, que si lo sabreis,
que reñimos bueno á bueno
don Diego y yo?

Feliciano.

Bien lo sé.

Don Juan.

Pues segun eso, ¿qué debo
entre caballeros nobles?

Feliciano.

De todo estoy satisfecho.

Don Juan.

Esto es cuanto á la herida,
porque á vos, que no á don Pedro,
doy esta satisfaccion.

Feliciano.

El término os agradezco.

Don Juan.

Donde he estado retirado,
ha una hora que me dijeron
que la señora Leonarda,
con noble y piadoso pecho,
trujo á doña Angela aquí;
yo, como en fin, forastero,
no conociendo las partes,
con el honor que profeso,
por las tapias de la huerta
desamparé el monasterio,
y aventurando la vida
á ver quien la trujo vengo.
Entré loco por la casa;

pero en sabiendo los dueños
os pido humilde, que es justo,
perdon de mi atrevimiento.
Suplícoos que la amparreis,
hasta que me vaya al puerto,
que en casa tan principal
pienso que la puso el cielo.
Con esto y vuestra licencia
al Monasterio me vuelvo,
y si saliere justicia,
cosa que volviendo temo,
las manos me han de valer,
que á los pies poco les debo.

Feliciano.

Puesto que yo soy amigo
de don Pedro y de don Diego,
lo soy mas de la verdad,
y del valor de los pechos.
A estas horas puede ser
que esté don Diego muriendo;
ya que por tan justa causa
en peligro os habeis puesto,
no habeis de salir de aqui,
porque no es justo, ni quiero,
sino es que yo os acompañe,
que si de Leonarda el celo
fue amparo de vuestra hermana,
tambien obligado quedo
por ella, por vos, por mí,
y por Leonarda á teneros
en mi casa hasta que vais
seguro á Cádiz ó al Puerto.
¿Haos visto alguno en mi casa?

Don Juan.

Ninguno.

Feliciano.

Pues mi aposento,
sin que lo entienda mi hermana
ni mi padre, daros quiero.

Don Juan.

Echaréme á vuestros pies.

Feliciano.

Aquel es el cuarto nuevo:
esta es la llave, tomad,
id aprisa, cerrad presto;
y advertid que hay una puerta,
por donde, si no hablais quedo,
os puesde escuchar mi hermana;
por eso andad con silencio,
que á sus aposentos sale.

Don Juan.

Mil años os guarde el Cielo,
que desde hoy prometo ser
para siempre esclavo vuestro.

ESCENA XI.

Feliciano.

¿Qué pudo imaginar mi pensamiento
Que del alma viniese á la medida,
Como hallar á don Juan, en cuya vida
Estriva de mi amor el fundamento?
Cuando temí, para mayor tormento,
Mi muerte en el rigor de su partida,
De los cabellos la ocasion asida
Dispone á dulce fin mi atrevimiento.
Ya estaba el alma sin tener sosiego,
Vestida de mortal desconfianza;
pero valióme la esperanza luego.
Ella es el bien, mientras el bien se alcanza;

que como el árbol es materia al fuego,
así vive el amor con la esperanza.

ESCENA XII.

Feliciano y Leonarda.

Leonarda.

Como mi hermano ha venido,
don Juan se escondió.

Feliciano.

Leonarda,
¿que hay de nuevo?

Leonarda.

Que me aguarda
un mal tan bien prevenido.
Con don Pedro está firmando
mi padre las escrituras.

Feliciano.

¿En voluntades seguras,
quién puede temer amando?

Leonarda.

Si tú no temes, yo si,
que hacer este casamiento
estorba mucho tu intento.

Feliciano.

Leonarda, despues que ví
á doña Angela, que adoro,
sin saber quien es don Juan,
mil pensamientos me dan,
cuyos efectos ignoro.
¿Quieres á don Pedro bien?
¿quieres casarte?

Leonarda.

No hay cosa
cual una pregunta ociosa,

con que mas penas me den:

Feliciano.

No te puedo encarecer
lo que me alegra escucharte;
porque á serlo solo es parte
querer tú ser su muger.
Este ha de ser enemigo
de doña Angela, si muere
su hermano: ¿ Pues quién lo fuere,
cómo puede ser mi amigo?
¿ tengo de tener cuñado,
que á doña Angela persiga?

Leonarda.

Feliciano, amor te obliga
de un angel bien empleado.
Por tí no quiero casarme,
que tambien á mi me dan,
sin conocer á don Juan,
pensamientos de guardarme;
sin saber por qué, me guardo
de lo que los dos intentan.

Feliciano.

Por tu vida, que me cuentan
que es el hombre mas gallardo
que ha venido de Castilla;
que en un monasterio está,
donde á visitarle va
lo mas noble de Sevilla.
¿ Quieres que vaya por él,
para que á su hermana vea?

Leonarda.

Claro está que lo desea:
¿ mas como vendrás con él?

Feliciano.

En un coche con recato.

Honor, no es esto ofenderos, *ap.*
que antes es ennobleceros
lo que con Angela trato.

Leonarda.

Busca á mi padre, y dirás
esto que sabes de mí,

Feliciano.

Ya voy: advierte que aquí
esa palabra me das.

Leonarda.

De don Juan digo que soy,
si tú quieres que lo sea,
aunque nunca á don Juan vea.

Feliciano.

Loco por Angela estoy.

ESCENA XIII.

Leonarda y Rufina.

Leonarda.

Bueno es ir por él agora,
y dentro de casa está;
vivid esperanza ya.
¿Oyes, Rufina?

Rufina.

¿Señora?

Leonarda.

Abre ese aposento, y llama
á don Juan.

Rufina.

En él entré
denantes, y no le hallé:
hice despacio la cama,
y como ví que no vino,
fuime.

Leonarda.

¿Dónde puede estar?
que no habiendo otro lugar
pareciera desatino.
¡Ay de mí, si se partió
temiendo mi casamiento!

Rufina

Pues él no está en mi aposento,
lo mismo imagino yo.

Leonarda.

El se fué desconfiado:
¿qué haré? muerta soy, !ay cielos,
estraña fuerza de zelos!

Rufina.

Si se fué, ¿qué te ha llevado,
que los ojos de agua llenos,
haciendo estremos estás?

Leonarda.

Del alma lleva lo mas,
del cuerpo lleva lo menos.

ESCENA XIV.

Dichos, Angela y Martin.

Angela.

¿Leonarda?

Leonarda.

¿Angela?

Angela.

¿Qué es esto?

Leonarda.

Don Juan es ido; estoy loca.

Angela.

¿Don Juan?

Leonarda.

Con causa tan poca,
que se echa de ver cuan presto
olvida quien presto quiere.

Martin.

No era muy poco temer
ser de don Pedro muger,
para que su muerte espere.

Angela.

No me puedo persuadir
que me dejase mi hermano.

Leonarda.

Pues que te ha dejado es llano,
para dejarme morir.

Martin.

El no salió por la puerta.

Leonarda

Si salió, que siendo bien,
cuando se va no le ven.

Martin.

Tu hermano viene.

Leonarda.

Estoy muerta.

ESCENA XV.

Dichos, Feliciano y don Juan.

Feliciano.

Angela, para alegraros
os traigo lo mas que puedo:
dad los brazos á don Juan.

Angela.

¿Don Juan? ¿mi hermano?

Leonarda.

¿Qué es esto?

Feliciano.

En un coche con amigos
le saqué del monasterio.

Angela.

¿Cómo no me hablas, hermano?

Don Juan.

Porque enmudece el contento,
que viene sin esperanza:
mucho á estos señores debo,
pues en tan grave desdicha
tanta merced nos han hecho.
¿Es la señora Leonarda?

Leonarda.

Yo soy á servicio vuestro.

Don Juan.

No solo os beso los pies,
la tierra que pisan beso.

Leonarda.

En estremo he deseado,
señor don Juan, cononoceros,
que por allá habreis sabido
lo que á doña Angela quiero.

Don Juan.

Sé la merced que la haceis,
digna de tan nobles pechos:
ya mi desgracia supisteis;
con razon temo á don Pedro,
que es quien pretende matarme:
mas ya me ha muerto de zelos. *ap.*

Leonarda.

¿Mataros? no lo creais,
no matará si yo puedo;
que hay muchos en esta casa
que pretenden defenderos.

Don Juan.

Como el señor don Antonio
le quiere para su yerno,
de que os doy el parabien,
con justa razon le temo.

Leonarda.

Pues no temais, que he de ser
(aunque por padre le tengo)
de quien quisiere mi hermano,
que solamente obedezco.

Feliciano.

Yo te casaré, Leonarda,
y no será con don Pedro.

Leonarda.

Mil veces te doy los brazos,
y el pesamiento agradezco.

Feliciano.

¿ Parécete bien ?

Leonarda

Sí, hermano.

Martin

Abrace vuste al cajero
de casa.

Don Juan.

Con mucho gusto.

Martin.

Randas y Cambrayes vendo :
si hay bodas, no hay que sacar
de cal de Francos, que tengo
ciertas holandas, manteles,
mas que el propio pensamiento.
Comencé sin una blanca;
y á la primer flota pienso
enviar cuarenta fardos,
y tres doblando el dinero,

cargadas naves que valgan
siete mil y cuatrocientos.
Luego compro mi lugar,
y en un coche me paseo;
miro grave, y hablo culto,
y quito el sombrero á dedos.
Tres cosas hacen los hombres,
y los levantan del suelo,
las armas, letras, y el trato;
armas, no las apetezco
viendo mil soldados mancos,
sopones de los conventos;
letras, no las aprendí;
trato desde aquí comienzo.
Fortuna, pues eres dama,
cuatro moños te prometo,
y diez naguas de algodon,
con que estés gorda tan presto,
que encubras por lo estofado
las cantimploras del suelo.

Rufina.

Mi señor viene.

Feliciano.

Don Juan,
volveos al monasterio
que sabeis, que cada dia
ir á buscaros prometo,
y fiad de esta palabra.

Don Juan.

Honrais un esclavo vuestro:
á Dios, señora Leonarda,
á Dios, Angela.

Angela.

Los cielos
os libren, don Juan.

Leonarda.

Y os guarden
para lo que yo deseo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Don Antonio y Feliciano.

Feliciano.

Cuando don Pedro salia
(que por su causa no entré)
escuché que te decia,
padre y señor, con que fué
cierta la sospecha mia.

Don Antonio.

¿Pues qué sospechas?

Feliciano.

Sospecho
que habrás casado á Leonarda.

Don Antonio.

Tratado está, no está hecho:
como ser su esposo aguarda
de tu amistad satisfecho,
entra por padre y señor,
mas humilde que un deudor;
por que cuantos se han casado
de esta manera han entrado,
ú sea interés ó amor.
Pero apenas pasa un mes
cuando es suegro, y de él se afrentan,
y por cualquiera interés
entre las cosas le cuentan,
que se aborrecen despues:
pésales de ver que vive,

como de heredar les prive,
y dicen que un siglo dura.

Feliciano.

Don Pedro á tanta ventura
justamente se apercibe.
Pero no se la darás,
á lo menos con mi gusto,
pues desobligado estás.

Don Antonio.

¿Has tenido algun disgusto
con don Pedro?

Feliciano.

Yo, jamás.

Don Antonio.

¿Pues dóisela yo por tí,
cuya amistad con esceso
no es de gusto para mí,
y agora sales con eso?
¿no es tu amigo?

Feliciano.

Señor, si,
y á otros muchos preferido.

Don Antonio.

No, Feliciano: los dos
habeis reñido: ¿qué ha sido?

Feliciano.

Amigos somos por Dios,
no habemos los dos reñido.

Don Antonio.

¿Hay pendencia? ¿hay amenaza?
¿habló mal de tí en ausencia?
que hay amigos de esta traza,
lisongean en presencia,
y murmuran en la plaza.
Por muger debió de ser,

alguna te habrá quitado;
no niegues.

Feliciano.

¿Yo, qué muger?

Don Antonio.

¿Pues cómo hoy te causa enfado
lo que abonabas ayer?

Feliciano.

Porque mayorazgo era,
presumiendo que muriera
su hermano, y vive, y está
fuera de peligro ya,
y que le dieras quisiera
mejor marido á Leonarda.

Don Antonio.

¿La palabra no se guarda?

Feliciano.

Digo, señor, que es muy justo:
pero el no ser con su gusto
me detiene, y acobarda.

Don Antonio.

¿Pues qué gusto es menester?
¿tengo yo de obedecer
á Leonarda, ó ella á mí?
Yo le conocí por tí,
por tí será su muger.
Galas y joyas previno
de mi palabra fiado,
y cumplirla determino.

Feliciano.

Temor notable me ha dado.

Don Antonio.

¿De qué?

Feliciano.

De algun desatino.

Don Antonio.

¿Quién le ha de hacer?

Feliciano.

Mi hermana.

Don Antonio.

¿Tu hermana?

Feliciano.

Veráslo presto.

Don Antonio.

Pues fúndese en ser liviana,
y tú necio y descompuesto,
y casaréme mañana.

Feliciano.

Pues has llegado á decir
disparate semejante,
no te quiero persuadir.

Don Antonio.

Salte allá fuera, ignorante. *Vase.*

Feliciano.

No es ignorancia sufrir.
En gran confusion me siento,
don Juan está en mi aposento,
yo por su hermana perdido,
y don Pedro prevenido
al injusto casamiento;
¡qué cortos plazos le dán
al mal! ¡y el bien cómo tarda!
todos en peligro están,
¡mas, ay cielos, si Leonarda
quisiera bien á don Juan!

ESCENA II.

Habitacion de Leonarda.

Don Juan, Angela, Leonarda, y Martin.

Leonarda.

Estarás muy triste aquí.

Angela.

Agravias su voluntad.

Don Juan.

Confieso la soledad
del tiempo que estoy sin tí;
pero luego que te veo
vence la satisfaccion
cuanto á la imaginacion
está pidiendo el deseo.

Angela.

El cuarto de Feliciano
de suerte compuesto está,
que en él consolar podrá
sus soledades mi hermano.
Tiene muy ricas pinturas,
y escritorios escelentes.

Don Juan.

Son de unos ojos ausentes,
Angela, sombras oscuras.
Abrí la puerta, y pasé
al de Leonarda, que aquí
amanece para mí
el sol que anoche se fué.
¿Cual hombre de cuantos trata
favorecer la fortuna,
acostada vió la luna,
en su círculo de plata?

¿No es verdad, Martin?

Martin.

Señor,
la luna es húmeda y fria,
y comparalla seria,
con Leonarda, poco amor.
Cada mes su condicion
hace trescientas mudanzas,
que para tus esperanzas,
contrarios efectos son.
¿De qué le sirve crecer,
á quien luego ha de menguar?
¿quién cuartos pudo inventar,
pudo ser buena muger?
Demas, que fué gran bageza
trocar en cuartos su plata
por premio, ofendiendo, ingrata,
su misma naturaleza.
El cerro del Potosí
ha hecho lo que ha podido,
que hablemos en él os pido,
y no haya cuartos aquí.

Leonarda.

¿Cómo podré entretener
á don Juan mientras se esconde?

Martin.

Lo que el amor te responde,
no quiero yo responder.

Leonarda.

Pero jugando, ó hablando
habrá de ser.

Martin.

Pues contemos
cuentos, porque no podremos
entretenernos baylando;

que sino yo y la mulata
hemos puesto un gateado,
que capona y rastreado
son cuartos, y esotro plata.

Don Juan.

Si llega tan dulce dia,
que yo tenga libertad,
veremos tu habilidad.

Leonarda.

Pues comienza Angela mia. (1)

Angela.

Yo no sé cuento ninguno;
pero tambien entretienen
cosas varias; y así os quiero
hacer de un pleito jueces.
Habia un hombre de bien,
gran defensor de mugeres,
que tenia cierta hermana,
que le acompañaba siempre.
Llamábase él hombre Octavio,
la dama Olimpia, y dos veces
se viéron por defenderlas
cerca de prision ó muerte.
Defendió una dama un dia,
y ella tambien le defiende,
enamóranse los dos,
los dos casarse pretenden.
El hermano de esta dama
vió á la hermana del ausente,
enamoróse tambien,
y ella dicen que le quiere:
en fin por temor de Octavio
á decirlo no se atreve.

---

(1) *Siéntanse los tres.*

Agora os ruego, señores,
que me digais ¿cómo puede
vivir Olimpia, si amor
dificilmente se vence?

Leonarda.

¿Quereis que responda yo?

Angela.

Claro está que lo deseo.

Leonarda.

Pues haga Olimpia el empleo
á que Octavio la obligó,
pues que la enseña á querer;
y los hermanos trocados
quedarán en paz casados.

Don Juan.

¿Qué puedo yo responder?

Martin.

¡Brava cifra! ¡pesia tal!
¡qué enigma tan encubierta!
¿Si la quiere descubierta,
Leonarda, qué dicha igual?

Leonarda.

Sí quiero, y le pediré
las albricias á mi hermano;
pero oye un sueño.

Martin.

En vano
sueñas, ya no hay para qué.

Leonarda.

La madre de las tinieblas
en la silla de su imperio
las puertas al huerto daba,
y las llaves al secreto;
estaban todas las cosas
en un profundo silencio,

hasta la envidia dormia,
no hay mas encarecimiento;
cuando soñé que en un prado
estaba sola durmiendo,
á cuyas flores servia
de abanillo el manso viento,
y que vino un pardo azor
de una águila negra huyendo,
que se amparaba en mis brazos,
y que por tenerle en ellos
desperté, y vi que me habia
llevado del pecho abierto
el corazon en las uñas;
¿qué podrá ser este sueño?

Martin.

Notables andais de cifras,
que no lo entiende os prometo
uno de aquestos que saben
castellano como griego.
Declaraos un poco mas,
y lo que decis sabremos.

Don Juan.

Si te llevó el corazon
(paloma andaluz) durmiendo,
el pardo azor de Castilla,
hago testigo á los cielos,
que te dejó toda el alma.

Martin.

¡O qué fin para un soneto!
Nueva manera de amor,
seguidillas en requiebros.
¿Azor de Castilla,
paloma andaluz,
quién los viera madre
comer alcuzcuz?

Don Juan.

Este está borracho ya.

Martin.

Pluguiera á Dios.

Leonarda.

Dí tu cuento.

Angela.

A gentil entendimiento
encomendado se vé.

Martin.

¿Tan linda te ha parecido
la cifra que nos dijiste?

Angela.

Yo me entendí.

Martin.

Sí entendiste,
pues todos te han entendido.

Don Juan.

¡Ay, mi Leonarda! si viera
á doña Angela casada
con tu hermano, y que empleada
mi vida y alma estuviera
en tus méritos divinos,
¡qué vida fuera la mia!
la fuerza de esta alegría
hace pensar desatinos.
Esta ciudad generosa
fuera mi patria: saliera
al alba, pero no fuera
á buscar jazmin y rosa
al campo, sino á mi lado;
porque lo halláre en tu cara;
y yo en tus ojos halláre
luz serena y sol dorado.
Viera regalada mesa

tan alegre al medio dia,
que de tanta dicha mia,
aun á mi propio me pesa.
Cuando la noche en su abismo
cerrára el cielo español,
durmiera yo con el sol,
antípoda de mí mismo.
¿Qué príncipe, qué señor
tan descansado viviera?

Martin.

Por Dios, que no le dijera
tal requiebro un labrador.

Don Juan.

¿Pues qué le puedo decír?

Martin.

Grosero amador estas,
aquí no has hablado mas
que de comer y dormir.

Don Juan.

¿Sabes tú mas?

Martin.

Sí en verdad.

Don Juan.

¿Eres tú culto por dicha?

Martin.

Eso fuera por desdicha,
que no por habilidad.
Dejo las cosas divinas,
á que un hombre está obligado,
despues que se ha levantado;
ya, señor, las imaginas;
pero despues de comer
¿no era justo regalar
tu esposa, y ver el lugar,
que una muger quiere ver?

Don Juan.

Bien es, Martin, que me riñas:
los deseos me engañaron.

Martin.

¿Por qué piensas que llamaron
á las de los ojos niñas?
porque fue su condicion
ver cuanto pasa, y tambien
el desear cuanto ven,
que así las mugeres son.
Llevémosla á cal de Francos,
que mil mugeres há habido,
que por no verlo encogido,
no dan limosna á los mancos.
Llevémosla por el rio
en un encerrado barco,
que una ventana con marco
hará triste el humor mio.
Vea el sábalo salir
del agua á la blanca arena,
de lama y de conchas llena,
y entre las redes bullir.
Vea como se alborota
preso del cañamo y plomo
en otro elemento, y como
la ñudosa red azota.
Vaya en el coche tambien
por el campo de Tablada,
que una muger festejada
sabe que la quieren bien;
ó á la comedia, que algunas
saben dejar los chapines,
si hay rótulos buratines,
con su ramo de aceytunas.
Vaya á esas huertas vecinas,

vea frutas, corte flores,
que no todos los amores
se cubren de las cortinas.
Siempre fue mi parecer,
que el que es discreto, don Juan,
nunca ha de ser mas galan,
que de su propia muger.

ESCENA III.

Dichos y Rufina alborotada.

Rufina.

¿ Ay, señora, cómo estás
con descuido tan notable?
que tu hermano, y mi señor
riñeron sobre casarte.
Jura que esta noche misma
ha de ser; mira que haces;
que estan las joyas en casa,
ricas telas, y diamantes,
y el sastre á la puerta muerto,
por dividir en mil partes
primaveras y tabies.

Martin.

Ya no saldremos las tardes
por sábalos.

Leonarda.

Aun no puedo
mover la lengua.

Don Juan.

Ni hables,
pues has gustado, Leonarda,
de engañarme, y de matarme.

Leonarda.

¿ Yo engañarte, mi señor?

¿como puedo yo engañarle,
si me ha de costar la vida
el no sufrir que me case?

Martin.

Lo que mas siento, Rufina,
es saber que el sastre aguarde
á echar por esos tabies,
como por cerros y valles,
aquella santa tijera,
que tales milagros hace.
Cuando la perdida España
se ganó de los alarbes,
mandó Pelayo salir
á todos los oficiales:
que saldrian respondieron
de buena gana los sastres
á pelear con los moros,
cuando un pendon acabasen,
para que van allegando
pedazos chicos y grandes;
pero con haber mil años,
no hay remedio que se acabe,
y puede llegar á Roma
si los pedazos juntasen.

Don Juan.

Yo no sé mejor remedio:
dí á tu hermano y á tu padre
lo que don Diego decia;
que si tal infamia saben,
y que por eso le hirieron,
no es posible que te casen.

Leonarda.

Eso ya estuviera hecho,
don Juan, si fuera importante,
mas si llega á su noticia,

¿cómo no te persuades
que los han de hacer pedazos?

Don Juan.

¿Pues qué importa que los maten,
á trueque de verte libre?

Leonarda.

Eso es locura.

Don Juan.

Pues dame
algun remedio; que muerto,
mas que nunca viva nadie.

Rufina.

Tu padre.

Leonarda.

Escondeos los dos.

Don Juan.

¿Quién habrá que no se canse
de tanto esconder?

Angela.

Quien tiene
amor.

Don Juan.

No hay amor que baste.

ESCENA IV.

Leonarda y don Antonio.

Don Antonio.

¿Como, Leonarda, es posible
que á ver las joyas no saies
siendo propio en las mugeres
con las galas alegrarse?
Mira que están los criados
de don Pedro para darte
tal presente, que es razon

que le agradezcas, y alabes.
¿Qué es esto ? ¿ no me respondes ?

Leonarda.

Señor, por no declararme
no te respondo.

Don Antonio.

Bien dices,
que puesto que te declares
has de hacer mi voluntad ;
porque engendrarte y criarte
me ha dado este imperio en tí.

Leonarda.

¿Hacen el alma los padres ?

Don Antonio.

No, síno el cuerpo, que el alma
Dios la infunde.

Leonarda.

Si en tres partes
se divide el alma ; y una
es la voluntad, ¿ no sabes
que no es tuya, sino mia ?
que aun Dios no quiso quitarme
la libertad con ser Dios :
fuera de esto, no es bastante,
que el bien que se da una vez,
no fué de nobles quitalle :
¿ si el cuerpo me diste, es bien
que como á dueño le mandes?
ya es mio, pues me le diste ;
mira que es en hombres graves
pedir lo que dan, bajeza.

Don Antonio.

¿Hay libertad semejante?
pues ven acá (que no quiero,
como era justo, enojarme)

¿ cuál es mejor casamiento
que con estraño te cases,
ó con el que mas conoces?
¿No es mejor, hija, emplearte
en quien puedas tú decir,
por conocerle y tratarle,
que está dentro de tu casa?

Leonarda.

Suplícote que repares
en la palabra que has dicho.

Don Antonio.

¿Como?

Leonarda.

Yo quiero casarme
con quien en tu casa vive.

Don Antonio.

Agora quiero abrazarte;
y echarte mi bendicion,
y á los dos, Leonarda, alcance.

ESCENA V.

Martin, don Juan, y Angela.

Martin.

¿En efecto nos vamos?

Don Juan.

No es posible
aguardar á que venga el nuevo esposo.

Angela.

Culpo, don Juan, tu condicion terrible.

Don Juan.

¿Cuál hombre tan aprisa fué dichoso?

Angela.

¿Queriéndote Leonarda, es imposible
darle la mano?

Don Juan.

Un padre es poderoso.

Martin.

No hay padre en voluntades de mugeres.

Don Juan.

¿Qué viento no mudó sus pareceres?

Martin.

¿Y dónde quieres ir?

Don Juan.

Quiero embarcarme;
pues fuera de peligro está don Diego:
aquí puedes, doña Ángela, esperarme,
que á despedirme de Leonarda llego,
que porque no es razon quiero forzarme
que se queje de mí: tú parte luego,
y apercibe la ropa que trujiste.

Martin.

Yo voy.

ESCENA VI.

Angela.

Yo quedo enamorada, y triste.
Pasa la mar el mercader que aspira
Á enriquecer, y por la estraña tierra
De su querida patria se destierra;
Ni el frio teme, ni el calor admira:
Del bien gozoso que su gloria mira
En alta nave la riqueza encierra;
Y sin temer del elemento guerra
Las hondas rompe, por llegar suspira:
Mas cuando ya la patria se la daba,
Corre tormenta en el vecino puerto,
Y halla la muerte cuando no pensaba.
Así por este mar del mundo incierto,

Con renta mi esperanza navegaba;
Perdónola la mar, matóla el puerto.

ESCENA VII.

Angela y don Antonio.

Don Antonio.
¿Quién se queja, y habla aquí?
Angela.
Ya me ha visto: ¡qué desgracia! *ap.*
Don Antonio.
¿Muger de tan buena gracia,
en mi casa vive así?
¿quién sois?
Angela.
Señor...
Don Antonio.
No os turbeis.
Angela.
Señor, de vuestro valor
bien puedo fiar mi honor.
Don Antonio.
Seguramente podeis.
Angela.
Don Juan de Castro es mi hermano,
por la herida de don Diego
vino á su posada luego
con don Pedro; Feliciano
piadoso me trujo aquí.
Don Antonio.
Agora entiendo la historia. *ap.*
Angela.
Esperanzas de mi gloria,
paciencia, que ya os perdí. *ap.*

Don Antonio.

No de valde, Feliciano,
el casarse defendía
su hermana, y aquí os tenía.

Angela.

No me ha tocado una mano.

Don Antonio.

De tan principal muger
estoy yo muy satisfecho.
¿Vuestro hermano, que se ha hecho?

Angela.

¿Qué tengo de responder? *ap.*
A san Lucar fué, señor.

Don Antonio.

Encerrarla quiero aquí. *ap.*

Angela.

¿Qué quieres hacer de mí?

Don Antonio.

Asegurar un temor:
no temais, que en mi aposento
estareis mas recogida.

Angela.

¡Ay esperanza perdida! *ap.*
cobrad vida, y nuevo aliento.

Don Antonio.

Entrad, que os quiero cerrar.

Angela.

Como no salga de aquí,
ya no es prision para mí.

Don Antonio.

¿Qué decís?

Angela.

Que quiero entrar. *Entrase.*

Don Antonio.

Por Dios que no ha de salir

hasta que case á Leonarda.

Sale Rufina.

Don Pedro, señor, te aguarda.

Don Antonio.

Agora puedo decir,
que está seguro mi intento;
pues quitada la ocasion
se pondrà en egecucion
de Leonarda el casamiento.

ESCENA VIII.

Rufina, y Martin con la ropa.

Martin.

¿Puedo entrar?

Rufina.

Puedes entrar.

Martin.

Vengo, Rufina, ¡ay de mí!
á despedirme de tí,
hechos los ojos un mar,
un mar de llantos, y enojos.

Rufina.

Ya veo yo, Martin amigo,
la tormenta que contigo
estan corriendo tus ojos.

Martin.

Ay, ay, ay.

Rufina.

El ay, ay, ay,
ha mucho ya que pasó.

Martin.

¿No lloras Rufina?

Rufina.

¿Yo?
¿Acuerdase del Cambray,

con que pescó los quinientos?
pues dígame, ¿qué me dió?

Martin.

¿Qué habia de darte yo?

Rufina.

Por lo ménos los doscientos.

Martin.

Esos no te faltarán;
pero mira que nos vamos.

Rufina.

Mugeres, solo lloramos
cuando se van los que dan.

Martin.

Sí; pero huélgome aquí
de que nacieses mulata,
que aunque no quieras, ingrata,
te pondrás luto por mi.
¿Qué no te mueva á piedad
haber besado el mastin?
eres su parienta al fin,
usas la misma crueldad.
¿Cual hombre pasó en el mundo
la noche que yo pasé?
de la cocina rodé
al sótano mas profundo:
tú sabes donde dormí,
cercado con mil cuidados,
de animales vidriados.

ESCENA IX.

Dichos, Leonarda y don Juan.

Don Juan.

El confiarme de tí
ha de ser para mi daño.

Leonarda.

No hayas miedo que lo sea.

Don Juan.

¿En fin, quieres que te crea?

Leonarda.

Tú sabes que no te engaño.

Don Juan.

¿Dónde doña Angela está,
Martin?

Martin.

¿No está con Leonarda?

Leonarda.

¿Conmigo? No.

Martin.

Pues aquí
la dejé, mientras juntaba
la ropa.

Don Juan.

¿Y tú no la has visto
Rufina?

Rufina.

¿No puede en casa
andar doña Angela libre?

Martin.

Si con Leonarda no estaba,
no hay aposento en que esté,

Don Juan.

Habla, Leonarda, ¿qué aguardas?
¿Háme llevado tu hermano,
como sabe que te casas,
á mi hermana? Bueno quedo
sin la suya y sin mi hermana.
Vive Dios, que si esto fuese,
que pienso que tal infamia
me obligaria....

Leonarda.

Don Juan,
paso, y con dignas palabras
de quien eres y quien soy....

Don Juan

¿Qué palabras hay honradas,
donde no lo son las obras?

Leonarda.

Mira, que conmigo hablas,
y que si eres defensor
de las mugeres, y tratas
mal mi respeto, diré
que las mugeres engañas.

Don Juan.

Leonarda, si esta traicion
procede de vuestra culpa,
bien sabes que me disculpa
mi honor y buena opinion;
porque no será razon
donde es la ofensa tan llana,
que tengas defensa humana,
pues muy atrevida, quieres
que defienda las mugeres,
y no defienda mi hermana.
¿Seria buena defensa,
que por defenderte á tí,
me hiciese tu hermano á mí
en el honor esta ofensa?
¿Cuando tú te casas, piensa
que ha de merecer su mano?
pues no quiera Feliciano
que vuestra casa alborote,
que aunque pobre, tiene en dote
ser quien es, y yo su hermano.
Mi hermana ha de parecer,

porque en llegando á mi honor,
no hay hermosura, ni amor
por quien le deje ofender:
no he defendido muger
con mas razon, en mi vida;
dámela, si eres servida;
basta que de mi adorada,
quedes, Leonarda, casada,
no doña Angela perdida.
Mira tú si á tu hermosura
igual respeto he guardado,
pues la espada no he sacado
para hacer una locura:
¿mi honor puesto en aventura,
y yo tan cuerdo y discreto?
pondré la furia en efecto,
aunque le pese á mi amor,
que no es bien perder mi honor,
por no perderte el respeto.

Leonarda.

Tente, espera, que no sé
que pueda haberte ofendido,
Feliciano, y si esto ha sido
satisfacerte podré:
yo misma te vengaré,
yo seré tuya, si quieres;
no te vayas, no te alteres,
Angela me toca á mi,
porque he aprendido de tí
á defender las mugeres.
Si yo soy tuya, no es bien
que de mi hermano te quejes;
cuando la tuya le dejes.
conmigo quedas tambien:
seré tuya, aunque me den

mil muertes; cierra los labios,
mi bien, que los hombres sabios
cuando se ven agraviar,
aunque mueran por callar,
no publican los agravios.
A mi padre, al mundo, al cielo
diré que soy tu muger.

Don Juan.

¿Martin, qué tengo de hacer
entre tanto fuego y yelo?

Martin.

¿Qué puede darte rezelo
en tanta seguridad?

Don Juan.

¿No seria necedad?

Martin.

No, sino razon prudente;
que si alguna muger miente,
veinte mil tratan verdad:
aman, quieren y aventuran,
cantan, bailan y entretienen,
solicitan, van, y vienen,
limpian, regalan, y curan;
nuestro descanso procuran,
por ellas hay tanta historia
que guarda eterna memoría;
la casa en que no hay muger,
como limbo viene á ser,
ni tiene pena ni gloria.
Lisonja te hago en decir
que las quieras, y las creas,
porque yo sé que deseas
honrarlas hasta morir:
sin mugeres, no hay vivir,
que aun Dios vió que convenia

el darle su compañía,
que el mas valiente que ves,
llora, en naciendo, á sus pies,
pensando que las perdia.

Don Juan.

Ahora bien, aunque no tenga
en toda mi vida honor,
quiero que mi justo amor
espada y mano detenga:
don Pedro á casarse venga;
tu palabra quiero ver,
que si supe defender
mugeres, en esta ofensa
será la mayor defensa
fiar mi honor de muger;
que solo su defensor
aquel puede ser llamado
que su honor les ha fiado,
y su enemigo mayor
quien no les fia su honor.
Yo pongo en tí mi esperanza,
que no es hacer confianza
de mugeres principales,
que hacerlas todas iguales,
es la mas necia venganza:
cuanto les debo me acuerdo,
puesto que conozco ya
que algun maldiciente habrá
que no me tenga por cuerdo,
con justa causa me pierdo,
y me obligo á defendellas;
que mas quiero yo por ellas
quedar contento de amallas,
y engañado por honrallas,
que libre por ofendellas.

Martin.
¿ Puede haber mayor valor?
Leonarda.
El verá si le hay en mi.

ESCENA X.

Leonarda, Rufina, Martin y Feliciano.

Feliciano.
¿Estaba don Juan aquí?
Leonarda.
Yo detuve su furor,
asegurando su honor
por escusarte la muerte.
Feliciano.
¿Cómo hablas de aquesa suerte?
Leonarda.
¿ Pues cómo tengo de hablarte;
si has querido aventurarte,
á infamarme y á perderte?
Feliciano.
¿Qué es lo que dices Leonarda?
Leonarda.
Que por no verte perder
tengo de ser su muger.
Feliciano.
Lo mismo pretendo; aguarda.
Leonarda.
Ya la traicion te acobarda:
¿ no era al príncipio mejor?
¿á un hombre de tal valor
á su hermana le has quitado,
habiéndote confiado
liberalmente su honor?

Feliciano.

¿Yó quitado? ¿estás en tí?

Leonarda.

Dí donde la tienes, presto.

Feliciano.

En tu aposento la he puesto,
desde entonces no la ví;
y sospechoso de mí,
don Juan se la habrá llevado;
y pues ya te has declarado,
yo le tengo en mi aposento,
porque solamente intento
verme de su hermana honrado.

Leonarda.

¿Tú has escondido á don Juan?

Feliciano.

En mi cuarto le he tenido,
y él á su hermana ha escondido,
porque á don Pedro te dan;
que ya juntándose están
sus deudos para venir
á casarse.

Leonarda.

Tú has de ir
á darle satisfaccion.

Feliciano.

Antes de hacerle traicion,
quiero mil veces morir.

ESCENA XI.

Dichos menos Feliciano.

Leonarda.

¿Pues dí, Martin, á qué efecto
don Juan con esta mentira

culpa á mi hermano? ¿eso mira
á mi defensa, y respeto?
¿cuál hombre noble y discreto,
tal hubiera imaginado?
¿dónde, Martin, la has llevado?
Tú la tienes, esto es cierto,
y que ha de costarte muerto,
la vida que me has quitado.

Martin.

Eso solo me faltaba.

Leonarda.

¿Dónde está? dímelo presto;
que te sacaré los ojos
si no me lo dices luego.

Martin.

Mira que nos ha engañado
Feliciano, y que es enredo;
que don Juan trata verdad.

Leonarda.

No lo creo.

Martin.

¿No lo creo?
plegue á Dios si la he llevado,
que vuelva á darme otro beso
el mastin de la cocina,
y que entre gatos y perros
pase otra noche tan mala:
pero déjame entrar dentro,
que quiero hablar á don Juan.

Leonarda.

¿Qué fin tendrán mis sucesos?

ESCENA XII.

Leonarda, y don Antonio.

Don Antonio.

Paréceme que te burlas
de mi obediencia y respeto;
tres recados te he enviado,
de que ya viene don Pedro;
bien agradecida estás,
que aun sus joyas no te has puesto.
¿Qué tristezas son, Leonarda,
estas que afligen tu pecho?
¿no basta ser gusto mio?
¿no basta que yo lo quiero?
¿en qué andais los dos hermanos?
¿quereis acabarme presto?
¿No basta, que diga un padre,
dada la palabra tengo?
No ha menester una hija
saber cuál hombre, cuál dueño
su padre le quiere dar;
que hay tal diferencia en esto,
que ella escoge con los ojos,
y él con el entendimiento:
solo que te diga yo,
que solo tu bien deseo,
cásate con quien halláres
dentro de aquel aposento,
basta para obedecerme,
y para saber que acierto.

Leonarda.

Pues esa es tu voluntad,
digo, señor, que obedezco.

ESCENA XIII.

Don Antonio, don Pedro y acompañamiento.

Don Pedro.
Vengo á servirte, y honrarme,
señor, con todos mis deudos:
dáme tus pies.

Don Antonio.
Con los brazos
sale á recibirte el pecho.

Don Pedro.
¿A dónde está Feliciano?
¡Qué poca ventura tengo!
¡No honrarme en esta ocasion!

Don Antonio.
Yo y Feliciano tenemos
cierto disgusto.

Don Pedro.
¿Soy yo
la causa? ¿no está contento
de ser mi cuñado? ¿ya
este nombre y parentesco
le ha quitado el de mi amigo?

Don Antonio.
Vais de la ocasion muy lejos:
héle escondido una dama,
y con este pensamiento
lo que siente por amor,
no lo diré por respeto.

Don Pedro.
¿Cómo no viene Leonarda?

Don Antonio.
Entremos en su aposento,
que ya debe de aguardar.

ESCENA XIV.

Don Antonio, don Pedro; y don Juan y Leonarda de las manos.

Don Antonio.

¡Válgame el cielo! ¿qué es esto?

Don Juan.

Es que estoy con mi muger
y de la mano la tengo.

Don Pedro.

Pues si la tienes casada,
¿cómo, don Antonio, has hecho
á un caballero esta burla?

Don Antonio.

¿Yo burla? viven los cielos
que ha de morir el traidor.

Leonarda.

Paso, señor, que no pienso
que se dejará matar,
y yo disculpada quedo,
pues me mandaste casar
con quien en este aposento
hallase; yo hallé á don Juan,
lo que mandaste obedezco.

Don Antonio.

¡Hay tal maldad! ¿Feliciano?
¿Feliciano?

Don Pedro.

Si don Pedro
es el agraviado, él basta.

Don Antonio.

¿Mi aposento me han abierto?

ESCENA XV.

Dichos, Feliciano y doña Angela de las manos.

Feliciano.

Abrile yo con razon,
las tiernas voces oyendo
que mi muger daba en él.

Don Antonio.

¿Qué muger? traidor, ¿qué has hecho?

Don Juan.

Siendo la muger mi hermana,
yo Castro y Portocarrero,
no hay que preguntar quien es.
Si la herida de don Diego
fué riñendo en ocasion,
como honrado caballero,
y él me pudo herir á mí,
bien sabeis que no le ofendo;
pero si estais ofendido.......

Don Pedro.

Señor don Juan, yo no siento
mas herida que perder
la esperanza y el deseo;
pero no se pierda todo:
dadme los brazos, que quiero
ser vuestro amigo y de todos.

Don Juan.

Honrad, señor, vuestro yerno,
que aunque pobre, tiene sangre
del conde de Andrada y Lemos.

Don Antonio.

Cien mil ducados de dote
os quiero dar, porque al Premio
del bien hablar demos fin.

Don Juan.

No le des, sin que primero
salgan Martin y Rufina.

ESCENA XVI.

Dichos, Martin y Rufina de las manos, vestidos de novios de graciosidad.

Martin.

Aquí, senado discreto,
están Rufina y Martin;
que nunca salgo de perros.

Rufina.

Yo he menester un padrino.

Martin.

A mis bodas, caballeros,
convido para mañana,
si no es que antes me arrepiento.

El Premio del Bien Hablar.

Aunque hay muchas comedias de Lope de mas artificio y efecto teatral que la presente, nos apresuramos á incluirla en nuestra Coleccion, por que está retratada en ella el alma de su autor, y respira por todas partes la bondad y nobleza de sentimientos que le eran naturales.

Pertenecia sin duda esponer el premio del bien hablar al hombre que no se cansó nunca de ensalzar el mérito ageno; y no debe estrañarse que aprovechase la ocasion de defender á las mugeres, aquel que no podia sufrir á los que las denigraban habiendo nacido de ellas. Este pensamiento que no se le caía de la boca á Lope, se halla espresado en la comedia desde el principio.

Que es honrar á las mugeres
deuda á que obligados nacen &c.

Así como en el segundo acto deja traslucir el poeta su aversion á los que regatean los saludos en aquellos graciosísimos versos que dice Martin

Randas y cambrayes vendo &c.,

No son menos apreciables los de la primera relacion de don Juan:

No salió muger de misa
aquien un don Diego, un aspid &c.

Y en general toda la comedia está escrita con

aquella elegante sencillez, que tan fácil parece de imitar, y sin embargo solo se encuentra en Lope.

Sobre todo los versos que manifiestan con mas evidencia el carácter noble y generoso de este poeta, son aquellos de....

¿No es Leonarda discreta, no es hermosa?
¿Cómo discreta? Ciceron, Cervantes,
ni Juan de Mena, ni otro despues ni antes,
no fueron tan discretos ni entendidos.

y mas abajo.

Soneto de don Luis, Séneca nuevo &c.

Este don Luis es Góngora, que se encarnizó con Lope, envidioso de su fama; y aquien la Providencia en castigo de su malignidad privó enteramente de su genio, siempre que trató de ofender á aquel; porque no se pueden imaginar unos versos mas pobres y faltos de gracia que los que su ruin pasion le sugeria.

En cuanto al inmortal autor del Quijote, pagó tambien el tributo á la humanidad insultando á Lope en un soneto, que en vano quieren algunos atribuir á otro. Y Lope se vengaba eternizando la discrecion y mérito de sus adversarios.

El de la comedia es particular, porque aunque su fábula es tan sencilla que desde las primeras escenas se vé el desenlace, está bien conducida y abunda de gracias tan amables y sentimientos tan bellos en boca de los interlocutores, que no es posible dejar de seguir los progresos de su accion con el más vivo interes.

Rufina.

¿Y él no tiene hermana alla?

Martin.

No, perra;... perla, queria
decir &c.

Fingió que el animal, el que acobarda
mas las mugeres se atrevió á su frente.
Ya ves conque donaire fingiria
un miedo, que era entonces osadía &c.

No ha visto el mismo amor desde que miente
que desde que nació mentir sabia &c.

Dormía echado en el umbral del fuego
un mastin, que pudiera andar la noria;
siento roncar, y paso á paso aplico
la humilde boca al temerario hocico.

¡Qué *temerario*!

Y el diálogo entre don Juan y Martin.

Don Juan.

¿No sería necedad?

Martin.

No, sino razon prudente;
que si alguna mnger miente
veinte mil tratan verdad &c.

Hasta que entra Feliciano.

Hay una escena de cuentos y acertijos, de la cual tomaría la suya Rojas en Garcia del Castañar; y otros. La de Lope se hizo probablemente para llenar el acto.

Aunque la fábula, como hemos dicho, es sencilla hay en ella bastante enredo, tanto mas admirable cuanto que es muy natural y verosímil, y no nace

de equivocaciones. Leonarda y Feliciano ocultan sucesivamente á don Juan por recelos uno de otro; don Antonio oculta á Angela por una razon semejante; y de aquí nacen inquietudes y situaciones críticas para los enamorados, y mayor interes para los espectadores.

EL MAYOR

IMPOSIBLE.

PERSONAS.

La Reina Antonia.

Diana, dama.

Celia, criada.

Albano, caballero.

Feniso.

Roberto.

Lisardo.

El Rey de Aragon.

El Almirante de Aragon.

Ramon lacayo.

Fulgencio viejo.

Músicos.

La Escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE JARDIN.

Albano de camino y Feniso.

Feniso.

Pasa, orillas de la mar,
en estos jardines bellos,
que el arte se acaba en ellos,
y que los puede envidiar
el hermoso campo Hibleo,
y el muro de Babilonia;
la divina Reina Antonia,
de amor único trofeo,
los dias que una cuartana,
meláncolica, enojosa,
su belleza milagrosa,
libra de opresion tirana.

Albano.

¿Qué aun dura la enfermedad,
Feniso, con que la vi,
cuando á Alejandría partí?

Feniso.

Y con mas seguridad;
pues ni por medios declina,
ni se templa por cautelas.

Albano.

En Bolonia en las escuelas
donde se lee medicina;
sujetas le están pintadas

todas las enfermedades
de las presentes edades,
y las edades pasadas.
Y entre todas solamente
libres la gota, y cuartana,
que no vençe ciencia humana,
por mas remedios que intente,
que el mejor es alegrarse,
procurando entretenerse;
porque intentar defenderse,
es ocasion de aumentarse.

Feniso.

Eso su alteza procura
los dias que libres son;
en cuya honesta ocasion,
el mas grave se aventura
á descomponerse mas,
donde la música prueba
con los ecos de esta cueva,
que lleva al mar el compas.
Aquí verás la poesía,
que muchos necios pretenden
y muchos sábios no entienden,
en su mayor monarquía;
lós bailes y las comedias
con notable perfeccion;
y porque al fin tristes son,
desterradas las tragedias.
Una académia dirás
que es este campo, un liceo.

Albano.

Que viene su Alteza creo.

Feniso.

No supo Minerva mas.

ESCENA II.

Dichos, la Reina Antonia en una silla de manos, músicos cantando y gente que acompaña: Roberto y Lisardo.

Música.

No son de cristal las fuentes,
ni se rien, que es mentira,
ni las flores esmeralda,
ni testigos de su risa;
pero es verdad que se hallan en Jacinta,
soles en los ojos,
y perlas en la risa.

Reyna

¿Eres tú el dueño, Lisardo,
de este romance?

Lisardo.

Yo soy,
que sol á unos ojos doy,
adonde me abraso y ardo;
por eso si hay objecion
propóngala vuestra Alteza.

Reyna.

De encarecer su belleza,
hallaste nueva invencion.

Roberto.

Pretende contradecir
el nuevo estilo de agora.

Reina.

Proseguid.

Lisardo.

Querrás, señora,
mis ignorancias reir.

Música.

No son como dicen muchos
las rosas alejandrinas,
al tiempo que se abren nacar,
coral cuando se marchitan;
pero es verdad, &c.

Reyna.

Está con lindo artificio
encarecida esa dama.

Roberto.

Tiene Lisardo gran fama.

Lisardo.

Mas es de mi amor indicio,
que inclinacion natural,
que me deba la poesía.

Reyna.

¿Qué hay Feniso?

Feniso.

Que este dia
irá fugitivo el mal
con tal entretenimiento.

Reyna.

¿Quién está contigo?

Feniso.

Albano.

Reyna.

Bien seas venido.

Roberto.

Y no en vano
con tan raro entendimiento.

Albano.

Dadme, señora, los pies.

Reyna.

¿Vienes bueno?

Albano.

A tu servício
contento de este ejercicio;
mas no de que enferma estés.

Reyna.

No me dejan estos frios.

Albano.

Querrán vengarse del fuego.
donde amor se abrasa, y luego
sus ojos convierte en rios.

Reyna.

Di, Roberto, alguna cosa.

Roberto.

Diga Feniso primero.

Feniso.

Decír un soneto quiero.

Reyna.

¿Que sugeto?

Feniso.

Laura hermosa.

Reyna.

¿Es la española que ayer
iba en el coche á la mar?

Feniso.

Licencía me dió de amar;
pero no de merecer.

Laura gentil, que coronar pudieras
al mismo sol, en cuyos rayos bellos,
mas luz dieran tus ojos, que sin ellos,
tienen los ojos de las ocho esferas.

Si el fuego vivo en que abrasar pudieras,
mi rudo ingenio ardiera en mis cabellos
ceñidos de tu Láura, porque en ellos
Premio inmortal á mi conceptos fueras;

Aunque como el Gigante sobre el risco,

Pagára atado la atrevida hazaña,
Tú fueras de mis ojos Basilisco.
Y en fé de esta verdad, al mundo estraña,
Callara Italia, su inmortal Francisco,
Y de otra Laura se alabara España.

Reina.

Aprobechaste muy bien
al Petrarca, y Laura bella.

Feniso.

Esta es sol, si aquella estrella,
lauro de Laura desden,
y si como es mas hermosa,
fuera yo mejor poeta,
que el Petrarca, mas perfecta
fuera Laura y mas dichosa.

Reina.

¿Sabes algo que decir,
Albano?

Albano.

Un enigma tengo,
que de á donde agora vengo
no me han dejado escribir.

Reina.

Bien dices, por que las musas
calzan coturnos, no espuelas.

Albano.

Que ha de ser malo recelas;
pues tú, señora, me escusas:
es pintura de este enigma,
un corazon con su flecha,
en unos grillos.

Reina.

Bien hecha.

Albano.

Lo glosa señora estima,

á donde viene encerrada;
que es algo dificultosa;
para que estimes la glosa;
si el enigma no te agrada.
Quien en mi pecho sospecha,
que tengo tantas marañas;
llegue, y mire mis entrañas,
tan abiertas de esta flecha.
Preso estoy; que no me huyo;
firmeza tengo, y lealtad;
señores, adivinad;
esclavo soy; pero cuyo.
Todo de mí se confia,
armas, piedras, plata y oro,
alcaide soy del tesoro;
y del honor, algun dia
diré mi nombre si osó:..
¿mas qué temor me acobarda?
yo me llamo al fin..... Mas guarda;
eso no lo diré yo.
Si tengo el costado abierto,
por donde, de mis abiertas
entrañas, se ven las puertas,
¿para qué estoy encubierto?
Nadie en el blanco me dió,
nadie me acierta en efeto;
pues yo guardaré el secreto.
que cuyo soy me mandó.
Nadie los grillos me quite,
que le podrán castigar;
guardas, no le deis lugar,
pues hurtar no se permite.
Mucho en hablar me destruyo,
porque no habrá quien me mire
como esta flecha me tire,

que no diga que soy suyo.

Reyna.

Notable. ¿Quién te parece
Lisardo?

Lisardo.

Pienso que amor.

Albano.

No es amor.

Roberto.

Mucho mejor
para los celos se ofrece.

Albano.

No son celos.

Roberto.

No; ¿pues quién?

Albano.

¿Dánse todos por rendidos?

Lisardo.

Y de tu enigma vencidos.

Reyna.

Tente, diré yo tambien.

Albano.

Temo á vuestra Magestad;
diga, á ver.

Reyna.

El corazon,
con flechas puesto en prision,
es el candado.

Alberto.

Es verdad.

Reyna.

Los grillos son las armellas,
y la flecha significa
la llave.

Roberto.

Harto bien se aplica
el candado preso en ellas.

Reyna.

Lo demas queda entendido,
pues guarda cualquier tesoro,
y del honor el decoro.

Alberto.

Vuestra Magestad ha sido
otro Edipo de esta Esfinge.

Reyna.

Di, Lisardo.

Lisardo.

Un desengaño
me dió una glosa, y un daño
que ser mi provecho finge;
la letra vino de España,
porque hasta los versos son
tus vasallos de Aragon.

Roberto.

No es daño el que desengaña.

Lisardo.

Dulces engaños de amor,
sabed que es vano cuidado
volverme al pasado error,
porque amor desengañado
es el engaño mayor.
Tratadme ya como á estraño,
que pasada la ocasion,
darme esperanza es engaño,
si ha tomado posesion
en mi alma el desengaño.
Pues de los escarmentados
se hacen los prevenidos,
no mas gustos engañados,

que yo no os quiero venidos,
si os he de llorar pasados.
Ya me buscais sin provecho,
porque no habeis de volver
eternamente á mi pecho,
que el pesar de aquel placer
tan grande escarmiento ha hecho.
Antes de desengañarme,
pudo amor entretenerme,
pero en llegando á avisarme,
es imposible ofenderme
pues me ha enseñado á guardarme.
Hoy se ha de ver en mi pecho
si desengaños obligan,
á quien engaños han hecho
tanto mal; porque no digan,
que huyo de mi provecho.
Bien quisiera yo pasar
con mi engaño descuidado,
pero es llegar á engañar,
su engaño al mas bajo estado
á que pudo amor llegar.
Hoy se ha de ver en mi pecho
si desengaños obligan,
á quien engaños han hecho
tanto mal; porque no digan,
que huyo de mi provecho.

Reyna.

Tú lo glosaste muy bien:
pero esos versos no son
tan vasallos de Aragon
como muestra tu desden;
porque á bien y maltratar
son los de Aragon.

Lisardo.

Señora,
quien desengaños adora,
mas sabe amar que engañar.

Reyna.

Di, Roberto.

Roberto.

Yo diré
tres décimas á una dama,
que vos conoceis por fama,
y que siempre ingrata fue.
Quererme bien, si quereis
que no os canse con quereros,
que no pienso aborreceros,
mientras vos me aborreceis.
Si de que os quiera teneis
tanto disgusto, señora,
probad á quererme un hora,
y vereis como os olvido,
si puede olvidar querido,
quien aborrecido adora.
Ver que mi amor os ofende,
tanto esfuerza mi porfia,
que lo que à vos os enfria,
es lo mismo que me enciende.
Si vuestro desden pretende
que deje mi pretension,
inútiles medios son,
señora, los desengaños;
que quien estima sus daños,
no ha de estimar la razon.
Dejaros yo de querer
mientras tan hermosa estais,
señora, no lo creais,
ó daos prisa á no querer.

Mas ni vos quereis perder
esa hermosura apacible,
ni este mi amor invencible
dejar pasion tan dichosa,
como vos de ser hermosa
que es el mayor imposible.

Reyna.

Buenas por mi vida son;
¿ mas cómo dices, Roberto,
que dejar de ser hermosa
es imposible; pues vemos
que la edad tan presto acaba
la hermosura con el tiempo,
ya consumiendo la luz
de los ojos, ya cubriendo
la púrpura de los labios,
ya dando plata al cabello?

Roberto

Que ella quiera, digo yo,
señora, dejar de sello,
y aun dejar de habello sido,
no era yerro.

Reyna

Niego.

Roberto.

Pruebo.

Reyna.

¿Cómo si te has engañado;
pues donde dicen tus versos,
dejareis de ser hermosa,
decir debieras, Roberto,
dejareis de habello sido,
y hablar del pasado tiempo?

Roberto.

Si agora es hermosa ; ¿cómo

hablar del pasado puedo?

Reyna.

¿No ves que fuera agraviarla,
y que es mas facil un yerro
en los versos, que en su cara?

Lisardo.

Dejando el yerro en los versos,
no es el mayor imposible,
que dejen de ser tan bellos
los ojos de esa señora,
sino es encarecimiento.

Roberto.

¿Pues hay mayor imposible
que dejar de ser aquello
que fué?

Lisardo.

Y muchos pienso yo.

Reyna.

Lisardo escucha, que quiero,
que cuantos estais aquí,
digais sobre este concepto,
cual os parece el mayor
imposible.

Feniso.

Yo comienzo;
el servir con mala estrella
aunque á generoso dueño,
pensando medrar un hombre,
por mas imposible tengo.

Albano.

Yo tengo por el mayor,
que con bajo nacimiento,
puesto un hombre en gran lugar,
deje de estar muy soberbio,
y de aborrecer á cuantos
en sus principios le vieron;

y de querer si pudiera,
verlos ausentes ó muertos.

Roberto.

Yo tengo por imposible,
el mayor de cuantos veo,
que lo que no puede amor,
no puede hacer el dinero,
porque es el mas ingenioso,
y artificioso instrumento
que han inventado los hombres;
pues ha derribado al suelo
ciudades, honras, y vidas,
y levantado al gobierno
del mundo los mas humildes.

Lisardo.

Yo, hacer de un necio un discreto
juzgo el mayor imposible;
porque es como el negro el necio,
que aunque le lleven al baño
es fuerza volverse negro.

Reyna.

¿ Diré yo ?

Albano.

Si Vuestra Alteza,
dice, todos quedaremos
vencidos.

Reyna.

Yo, para mí,
por mas imposible tengo,
el guardar una muger.

Roberto.

A no ser atrevimiento
digera que es el amor.

Lisardo.

Que me dès licencia ruego
de responder en favor

tuyo, aunque es mayor tu ingenio.

Reyna.

Responde.

Lisardo.

¿Porqué razon,
hallas tan facil, Roberto,
el guardar á una muger?

Roberto.

Porque es tan docil sugeto,
por una parte, y por otra,
tan débil, que cuando vemos
alguna con libertad,
mas es culpa de su dueño,
que suya.

Lisardo.

¿Del hombre puede
ser culpa?

Roberto.

Hay tantos tan ciegos
del interés, que el honor
vienen á tener en menos;
ni reparan que en la calle
los señalen con el dedo,
ni que los afrente el mundo.

Lisardo.

De manera que en los buenos
esta desdicha no cupo.

Roberto.

Será influencia del cielo;
yo no tengo muger propia,
una hermana sola tengo,
nació con obligaciones;
nunca, Lisardo, agradezco,
que aquien le toca las guarde;
y así cuando algunas veo

decir; soy muger honrada,
pidiendo agradecimiento,
me causa notable risa;
pues de su honor, y provecho
y tan justa obligacion,
á padres, marido, y deudos,
quiere que acá lá tengamos
como si fuera decreto
del nacer muger, sér ruin.
Y al propósito volviendo,
digo, que cuando mi hermana,
por humilde nacimiento
desobligada naciera,
del hombre de mas ingenio,
de mas valor la guardára,
aunque conquistás, y ruegos
batieran su fortaleza
con los tiros del dinero,
y las espias que ponen
en los terceros discretos,
papeles, galas, suspiros,
ocasiones y paseos.

Reyna.

Roberto, si una muger
quiere, yo tengo por cierto,
que es imposible guardarla.

Lisardo.

Bien claro dijo el egemplo
la antigüedad, pues los ojos
de Argos, al fin se durmieron
con la vara de Mercurio.

Roberto.

Son estas fábulas cuentos
de viejas para la lumbre
las noches de los inviernos.

Vive Dios, que si tuviera
mas Argos, que ojos el Cielo,
Júpiter, y mas Mercurios
que pluma el pabon soberbio,
que no me engañára á mí
una muger, si su ingenio
el de Semíramis fuera.

Lisardo.

Pues vive Dios, que sospecho,
que si fueras lince en vista,
ó Leon de Albania fiero,
de quien dicen que en su cucha
duerme los ojos abiertos,
y en tus rejas, y ventanas,
con mil lágrimas de fuego,
no dieses lugar al Sol
para entrar en tu aposento,
que te habia de engañar,
la muger que sabe menos.

Roberto.

¿A mi, Lisardo?

Lisardo.

A tí, pues.

Roberto.

Calla que ofendes en eso
todo el valor de los hombres.

Lisardo.

Yo sé que no los ofendo,
por que todos ellos saben,
que de la mano del Cielo
viene la buena muger,
y asi mismo todos ellos
saben que la que es divína,
no es ruin.

Roberto.

Yo me resuelvo,
en que se puede guardar.

Lisardo.

Yo lo contrario sustento.

Reyna.

¿Lisardo?

Lisardo.

¿Señora?

Reyna.

Escucha;
cansada estoy de este necio,
tú has de conquistar su hermana,
si me cuesta los dos Reinos,
de Nápoles, y Aragon.

Lisardo.

Sin saber el pensamiento
de Vuestra Alteza tenia
ese decreto resuelto.

Reyna.

Pues comienza y véme dando
parte de cualquier suceso;
que en aquesta enfermedad,
mejor entretenimiento,
es imposible aplicarme.

Lisardo.

Déjame el cargo,

Reyna.

Esto quiero,
que hagas por darme gusto.
Ola, esa silla, que siento
enfado de tanto mar.

Roberto.

Su calma, ó su movimiento,
dá mas tristeza á los tristes.

Reyna.

Cantad.

Músicos.

¿Qué cancion?

Reyna.

De celos.

ESCENA III.

Lisardo.

Conquiste el ancho mundo el Macedonio,
Álave Cipion su resistencia,
Mario en fortuna vil halle paciencia,
De su valór insigne testimonio;
Preste el confuso Nino Babilonio,
Á femeníles armas obediencia,
Y viva largos años sin pendencia
En pacífica páz el matrimonio;
Y no supuesto que el varon adquiere
Imperio en la muger, honor te asombre,
De que á sus manos tu defensa muere;
Rinde á su industria tus valientes nombres,
Por que es guardar una muger, si quiere,
El mayor imposible de los hombres.

ESCENA IV.

Lisardo, y Ramon con un papel.

Ramon.

Hasta que á solas te vi
no quise llegar á hablarte.

Lisardo.

¿Qué hay, Ramon?

Ramon.

Que vengo á darte
un papel.

Lisardo.

¿ De Estela?

Ramon.

Si;
mas dame albricias primero
de él, y de quererte hablar.

Lisardo.

Ni albricias te quiero dar,
ni tomar el papel quiero.

Ramon.

¿Cómo así?

Lisardo.

Por que he mudado
de amor y de pensamiento.

Ramon.

¿Qué beleta al fácil viento
causa mas risa al tejado,
de verla en tantas mudanzas,
como me causas á mí?
¿Ayer no la amábas?

Lisardo.

Si,
y con justas esperanzas.

Ramon.

¿Pues qué Vendabal te dió?
¿Son celos, ó son enojos?

Lisardo.

Son unos nuevos antojos
á que desde hoy me obligó
la que me puede mandar,
que mude de pensamiento;
si puede ser fundamento
de amor el mandarme amar.

Ramon.

Todos los amantes son

cifras ó engaños.

Lisardo.

No ha sido
accidente en mi sentido,
sino en mi dueño eleccion.

Ramon.

Cierto Poeta decia,
que eran todos los amantes
unos vestidos danzantes
á quien son el tiempo hacía;
que como no es la razon,
la que ha de guiar la danza,
no hay mas duda en la mudanza
que en hacer el tiempo el son.
¿Qué haré de aqueste papel?

Lisardo.

Lo que á ti te diere gusto.

Ramon.

¿El billete dá disgusto?

Lisardo.

Ya sé lo que viene en él.

Ramon.

Los que juegan, si lo apruebas,
que consejos me acobardan,
las varajas viejas guardan,
para remendar las nuevas;
tengamosla para un dia
que de esta nueva cruel
te dé acaso algun papel
enfado ó melancolía;
es pensamiento que suve,
y de las tejas abajo.

Lisardo.

Tanto el sujeto aventajo,
como hay del Sol á la nube.

¿No conoces tú la hermana
de Roberto?

Ramon.

Si señor ;
en quien estaba mejor,
que en la Reyna, la cuartana ;
por que tiene de Leon
la soberbia y fortaleza,
si bien con rara belleza
peregrina discrecion.

Lisardo.

Temo á su hermano.

Ramon.

Bien puedes,
que es temerario su hermano,
pero no hay muro Tebano,
puestas torres, ni paredes,
para amor; que es para entrar
Sol, y para el alma fuego,
y como ha tanto que es ciego,
sabe como ha de cegar;
mas si tú la quieres bien
por muger te la dará,
pues á tí tan bien te está,
y á Roberto está tan bien.

Lisardo.

No me quiero yo casar;
sin que conquiste su amor,

Ramon.

Pues dícenme que es mejor
despues de casado amar;
que muchos que se han casado
forzados de un amor loco,
suelen despues hallar poco
de lo mucho que han pensado.

Quien se quisiere casar
ha de mirar en la dama,
buena cara, honesta fama,
y á Dios, que me echo á nadar.
Casarse es azar ó encuentro
como quien bebe con jarro
donde bebe el mas bizarro
aquello que viene dentro.
Cuentan que dos se casaron,
y la noche de la boda,
en quietud la casa toda,
ya entiendes, se desnudaron.
El dijo; *ya no hay que hacer*
secretos impertinentes,
postizos traigo los dientes,
paciencia, sois mi muger.
Ella, quitando el tocado,
el cabello se quitó,
y en calavera quedó,
como un guijarro pelado,
díciendo: *perdon os pido,*
postizo traigo el cabello,
no hay que reparar en ello,
paciencia, sois mi marido.

Lisardo.

Dejando tus disparates,
y los de tu vano humor,
quiero, Ramon, que mi amor
por algunos medios trates.
Nunca la he dicho á Diana
que la quiero, solo han sido
mis ojos los que han tenido,
entre su luz soberana,
algun corto acogimiento;
de suerte que aquestá historia,

reserva para tu gloria,
su primero fundamento.
Mira pues como ha de ser,
siendo tan lince su hermano.

Ramon.

Todo pensamiento es vano
contra ingenio de muger;
dáme tú que se te incline,
que aunque mas hermanos tenga
que hay en la capacha, y venga
por donde amor la encamine,
no ha de impedir que te quiera,
con todos los requisitos
de amor, si egemplos escritos,
tu presuncion considera.
Naturaleza á la rosa
cinco hermanos puso en torno,
que á sus hojas y á su adorno
sirven de basa lustrosa.
Y con estar cinco hermanos
de la rosa al rededor,
llega la abeja menor,
y come sus rubios granos.
Vuela tú, que no podrá
todo el mundo defendella.

Lisardo.

Esta noche he de ir á vella;
tú, Ramon, alerta está,
que mi Mercurio has de ser.

Ramon.

Camína y nada te asombre;
que no hay valor en el hombre
contra industrias de muger.

ESCENA V.

SALA EN CASA DE ROBERTO.

Roberto y Fulgencio.

Roberto.

Esto ha pasado, y yo, Fulgencio, digo,
para que mas se guarde el confiado,
que el que tiene muger tiene enemigo.

Fulgencio.

No quisiera que hubieras porfiado;
que fuera de ser necia la porfia,
no te tocaba, por no ser casado.

Roberto.

¿Pues en qué te parece culpa mia
decir que una muger puede guardarse?
¿Es esta de Faetonte la osadía?
¿Qué carroza del sol ha de llevarse
por los mismos dorados paralelos,
á peligro forzoso de abrasarse?
Pedí flores á Citia, á Etiopia yelos,
y dije que imposible no sería
guardar una muger honrados zelos.

Fulgencio

La antigüedad tres cosas proponia
por imposibles, siendo la primera
el rayo con que Júpiter solía
estremecer los rayos de la esfera:
la clava del Tebano la segunda,
y los versos de Homero la tercera.
No tengo yo por cosa tan profunda
guardar una muger; pero en efecto
¿qué daño de lo dicho te redunda?

Roberto.

Lisardo muy preciado de discreto,
que se puede ser necio y secretario,
por no callar, no lo tendrá secreto,
en mi proposicion me fue contrario,
de tal manera, que quedé corrido,
y me fue sustentarlo necesario.
¿Mas dí, Fulgencio, por quien ha corrido
tan larga edad, es imposible cosa
que un amante, que un padre, que un marido,
pueda guardar una muger hermosa?

Fulgencio.

Para guardar su virginal decoro,
supuesto que es historia fabulosa,
en una torre, como al fin tesoro,
Acrisio puso aquella hermosa dama,
que Júpiter venció con lluvia de oro;
para dar á entender que honor y fama
corrompe el oro, y entra donde quiere;
que por eso del sol hijo se llama.
Guardandose del oro, que prefiere
todo imposible, no hay contrario humano,
que al marido, al galan, al padre altere.

Roberto.

El oro es poderoso.

Fulgencio.

Es un tirano.

Roberto.

¿Mas como veré yo venir el oro?

Fulgencio.

Si el quiere entrar, será defensa en vano;
mas agora no toca á tu decoro
este imposible, que en tu casta hermana
reverencio el valor, la sangre adoro;
es de la honestidad napolitana

el egemplo mayor.

Roberto.

Si; mas no quiero
que entretenga á la Reyna su cuartana
con hacer que algun vano caballero
para desengañarme la enamore;
porque mil vidas perderé primero.
Mi casa, aunque está bien, de hoy mas mejore
tu cuidado, Fulgencio, que contigo
no temo que su lustre se desdore.
Aquí no ha de entrar hombre, ni aun conmigo,
á hablar una palabra, ni criado
pasar de aqueste humbral sin gran castigo.
¿Hásme entendido ya?

Fulgencio.

De tu cuidado
quedo advertido.

Roberto.

Sea, sin que entienda
mi hermana, que estas cosas me lo han dado

Fulgencio.

¿Casalla, no es mejor?

Roberto.

Que lo pretenda
aguardo solamente quien la iguale:
entre tanto no quiero que me ofenda
el mismo sol que por los cielos sale.

ESCENA VI.

Fulgencio.

Empresa grande fué romper con Argos,
las vírgenes espumas del mar fiero,
aquel piloto del Jason primero,

porque tomaba por tan pesados cargos:
Y no menor de trances tan amargos,
salir el griego que celebra Homero,
ó encadenar el infernal Cerbero,
Hercules, fin de sus discursos largos.
Pero guardar del oro, y del rendido
pecho de un hombre, amando loco, y ciego,
y á todos los peligros atrevido,
una muger, entre ocasion y ruego,
mayor empresa fué que haber vencido,
del mar el agua, y del infierno el fuego.

ESCENA VII.

Diana y Fulgencio.

Diana.

¿Fuese mi hermano, Fulgencio?

Fulgencio.

Fuese.

Diana.

¿Qué tiene estos dias
que añade á sospechas mias,
mas duda con su silencio?
Si yo no le diferencio,
en sangre y amor, no es justo
que me encubra su disgusto;
pues donde hay amor igual,
ni se ha de encubrir el mal,
ni á solas pasar el gusto.
Déme parte del dolor,
como estamos obligados,
que dividir los cuidados
es obligacion de amor:
si nace de su rigor

comuníquelo conmigo,
que mejor, que de un amigo,
puede fiarse de mi.

Fulgencio.

Nunca yo, señora, fui
de sus tristezas testigo;
si son de amor, á mi edad
parecerále indecente
decir lo que amando siente
la rendida mocedad;
pues si son de enemistad,
¿qué puede ayudarle un viejo?

Diana.

Mucho mas con el consejo,
que el mas valiente escuadron;
que para los mozos son,
las canas divino espejo.

Fulgencio.

Disgustos deben de ser
del servir, y del privar,
si á Lisardo ve medrar,
por la pluma, desde ayer.
La Reyna ha dado en querer
á aqueste medio español;
es el servir un crisol,
que descubre los defectos
y se prueban los discretos
como el Aguila en el sol.
Las casas de los señores
son un cuerpo bien compuesto;
mas no le faltan por esto
algunos varios humores.
Los instrumentos mejores,
con alguna falsa cuerda,
hacen que el acento pierda

aquella dulce armonía.

Diana.

Mal con la sospecha mia
tu pensamiento concuerda;
que si está triste Roberto,
de no ser mas estimado
y es Lisardo el envidiado,
que tiene valor es cierto.

Fulgencio.

Fuera injusto desconcierto
decirte mal de Lisardo,
él es discreto y gallardo;
pero no á tu hermano igual.

Diana.

Por parte mas principal
de alabarle me acobardo;
mas no, Fulgencio, no son
tus palabras verdaderas;
bien se vé que con quimeras
me engaña tu sinrazon;
no merece mi aficion,
ni el haberme tu criado,
encubrirme su cuidado;......
Poco te fias de mí.

Fulgencio.

Bien puedo fiar de tí,
como él de mí se ha fiado;
y aun es el medio mejor
para sosegar sus celos,
decirte que sus desvelos,
nacen de su mismo honor.

Diana.

¿Pues quién me ha tenido amor,
que ese cuidado le dé?
Si es Lisardo, yo no sé

que talle tiene Lisardo;
sino es que por ser gallardo,
celoso mi hermano esté;
¿pues qué culpa tendré yo
de que sea tan discreto?

Fulgencio.

Bien te digera el secreto
en que aquesto se fundó
¿mas qué muger le guardó?

Diana.

¿Y á cual hombre ves fingir,
lo que no quiere decir,
si á decirlo comenzó?

Fulgencio.

A tu raro entendimiento,
Diana, mi amor agravia
si este secreto te encubre;
no ha ser muger, que la causa
de no guardarle es del hombre
que hace de ella confianza,
queriendo que muger calle
lo que él siendo hombre no guarda.
No es esto decirte yo
secretos, aunque sobraba
tu virtud para fiarte
cosas mas graves, y raras;
sino darte cierto aviso
para que pongas en guarda
tu honor, porque andan ladrones
al rededor de tu fama.
Estos entretenimientos
conque pasa sus cuartanas
la Reyna Antonia han traido,
entre tantas cosas varias,
una cuestion, en que afirma

Lisardo, y la Reyna alaba,
que el imposible mayor,
para las cosas humanas,
es guardar una mugsr,
si ella misma no se guarda.
Con esto me mandó á mí,
que desde la noche, al alba,
y desde el alba, á la noche,
vele sú honor, y su casa.
De esto nacen sus tristezas;
tú, bellísima Diana,
podrás guardarte mejor,
prevenida y avisada.
Huye de Lisardo siempre,
no piensen su talle, y galas,
vencer su honor de Roberto,
de quien eres noble hermana.
Por mejor medio he tenido,
aunque el secreto me encarga,
avisarte claramente
de lo que en palacio pasa.
Disimula, y sepa Antonia,
con esperiencia tan clara,
que el imposible mayor
es vencer tu honor y fama.

ESCENA VIII.

Diana.

Entre ignorancias del mundo
ninguna he visto mayor;
despues del primero error
hizo este necio el segundo.
¿Con qué ingenio, con qué llave,
guardar quiere una muger?

Roberto quiere saber
ciencia que ninguno sabe.
Que es el mayor imposible,
verá muy presto por sí,
porque ya me toca á mí,
que no parezca posible.
Este otro necio, tambien
me alaba el valor de un hombre
de tanta opinion y nombre,
y que todos quieren bien,
y avísame que me guarde
de lo mismo que me alaba,
cuando yo de amor estaba
mas segura y mas cobarde.
De estos viejos los consejos
son de grande estimacion,
¿ mas si mozos necios son,
han de ser discretos viejos ?
No, que no muda la edad
el ingenio; al fin mi hermano,
á mi costa, quiere en vano
seguir su temeridad.
De suerte que por guardarme
para salir con su intento,
querrá de mi casamiento
la ventura dilatarme.
Yo he mirado atentamente
á Lisardo, y me pesaba
de ver que no me pagaba
este amoroso accidente:
pero ya que mi fortuna,
me ha traido la ocasion,
aunque fué por ilusion
no pienso perder ninguna.

ESCENA IX.

Diana y Celia.

Celia.

Cierto mercader flamenco
con muchas curiosidades
de vidrio, y de oro tambien,
pasaba por nuestra calle,
y por la reja me dijo
que hiciese que le comprases
algunas cosas, señora,
de las que en la caja traje;
y que me daria á mí
por el dicho corretaje
dos papeles de alfileres,
y un poco de lo que sabes,
que nos aliña los rostros.
¿Qué dices? ¿podré llamarle?

Diana.

¿Mi hermano está en casa?

Celia.

No.

Diana.

Llámale.

Celia.

Merced me haces.
Entrad, Monsieur, ó quien sois.

ESCENA X.

Dichas, y Ramon de Buhonero.

Ramon.

El Cielo, señora, os guarde
los años de esa hermosura,

por infinitas edades.
La fama de que teneis
buen gusto, pudo obligarme
á enseñaros varias cosas,
recien venidas de Flandes:
abro con vuestra licencia,
y escoged lo que os agrade,
aunque no tengais dineros,
que no aprieto que me paguen
las Damas que no los tienen;
por que bien puedo fiarles
un año, dos, aunque veis,
que traigo este humilde trage.

Diana.

¿De donde sois?

Ramon.

Del Pais
de Enao.

Diana.

Famosos lugares,
dicen que tiene.

Ramon.

Es demas
la fortaleza notable;
pero Valencina tiene
para ciudad bellas partes;
y el celebrado Relox,
que muestra el curso admirable
de la Luna, y los planetas.

Diana.

Algunas cosas mostradme.

Ramon.

Si quereis joyas de precio,
tiene cuarenta diamantes
este Cupido.

Diana.

A Cupido
mas tierno suelen pintarle.

Ramon.

Antes de diamantes es
por lo que dan los amantes.

Diana.

Ellas son piedras famosas,
mas de calidades tales,
que vendidas en la joya
del platero que las hace
tienen el valor que él quiere;
y si despues de comprarse
se quieren vender al mismo,
la mitad apenas valen.

Ramon.

A las mugeres parecen,
que si llegais á rogalles,
se venden por grande precio,
y si ellas ruegan, de valde:
pero yo no he de querer
precio tan esorvitante
por los diamantes que veis

Diana.

¿Mas qué quereis engañarme
con algunas piedras falsas?

Ramon.

No puede ser que os engañe,
pues no he de llevar dineros.

Diana.

¿Qué, sin ellos quereis darme
las joyas?

Ramon.

Si, por que sé
que puede de vos fiarse

hasta el alma de un secreto,
que es mas que diez mil diamantes.
Este es un bello delfin
con diez zafiros, que hacen
las escamas.

Celia.

!Linda joya!

Ramon.

Este es un famoso Marte,
armado como le pintan
los Poetas celestiales.

Diana.

¿Celestiales?

Ramon.

Si, que son
de los cielos, los que saben,
á diferiencia de aquellos
que el monte Parnaso pacen.
Tomad, no os acobardeis.

Diana.

Animo teneis.

Ramon.

Tan grande,
que un diamante os puedo dar,
tan grande, como un diamante. (1)

Diana.

Aguardad no le encubrais,
¿qué es esto, es por dicha imagen?

Ramon.

No señora.

Diana.

¿Pues quien es?

---

(1) *Hace Ramon como que se esconde un retrato.*

Ramon.

Cierto retrato de un naipe,
que tengo que guarnecer,
porque quieren presentarle
á cierta dama

Diana.

Mostrad........
¡Buena cara!

Ramon.

El mejor tallo
tiene aqueste caballero,
(fuera de otras muchas partes;
entendimiento, valor,
gracia, bizarría, donaire,
gentileza, condicion,
nobleza é ilustre sangre)
que en Nápoles se conoce.

Diana.

Bien es que á un rostro tan grave
las virtudes que decís
honestamente acompañen.

Ramon.

Eslo tanto, que en su vida
miró á muger aunque hablase
con ella, que para una
quiere el amor que se guarde;
en esta dias, y noches
piensa, y no quiere que hablen
de cuantas Nápoles tiene,
sus amigos, y sus pages,
con ser querido en estremo
de muchas, que aun ayer tarde,
una lloraba conmigo
que aun apenas la mirase,
despues de un año de amor.

Diana.

¿Sabes quién es?

Ramon.

Si guardarme
quereis secreto, os diré
lo que perdido le trae.

Diana.

Callar prometo.

Ramon.

No es poco.

Diana.

Ni mucho, aunque tú te espantes
que haya mugeres tan cuerdas
que cosas que importen callen.

Ramon.

¿Conoceis cierta Diana,
bellísima, (y perdonadme,
que la alabo en vuestros ojos,
sin que su belleza agravie,)
de cierto Roberto hermana,
parienta del Condestable
de Aragon, que es gentilhombre
de la Reina?

Diana.

Sé las partes
de esta dama que decís;
porque en Nápoles á nadie
hace la merced que á mí:
siempre andamos juntas.

Ramon.

Dádme
el retrato; y estas joyas
en casa pueden quedarse,
que despacio las vereis.

Diana.

De las joyas no se trate,
que no he de tomar ninguna,
solo el retrato dejadme;
que bien lo podeis fiar;
porque quiero yo enseñarle
á la dama á quien decís:
que no habrá quien mejor trate
de obligarla á que le quiera.

Ramon.

Bien sé que puedo fialle,
pero no puedo atreverme
á que un momento me falte,
porque pedírmele puede;
sin alguna prenda grande.

Diana.

Esta cadena.

Ramon.

No es cosa
que precio apreciado vale;
que en fin es un naipe solo,
aunque tal vez vale un naipe;
si llega con buena suerte,
que el dueño un tesoro gane.

Diana.

¿Y si yo otro naipe os doy?

Ramon.

Como ese rostro retrate,
será prenda igual del mio.

Diana.

Pues tomad este; y guardadle.

Ramon

¿Cuando me mandais volver?

Diana.

Volved en diverso trage

mañana.

Ramon.

Quedaos con Dios;
que bien puedo asegurarme;
que por el rostro de un hombre
llevo el retrato de un angel.

ESCENA XI.

Diana y Celia.

Celia.

¿Qué has hecho?

Diana.

Dar un principio
á un pensamiento notable.
Este flamenco es fingido.

Celia.

Bien puede ser que te engañes;
pero estas preciosas joyas,
no es posible, que no salen
de alguna aljava de amor,
¿porqué de tomar dejaste,
dos, ó tres, de las mejores?
que yo, como muchas hacen,
le pesqué famosamente
dos bellas randas de Flandes,
y un abanillo de plata.

Diana.

La joya mas importante
para mi, es aqueste rostro,
no diamantes, no balajes,
no rubies, si amatistas,
que adornan oro, y esmaltes.

Celia.

¿Conoces al dueño?

Diana.

Si.

Celia.

¿ Quién ?

Diana.

Lisardo.

Celia.

No te espantes
que me admire.

Diana.

Ven conmigo
donde despacio te hable;
que el imposible mayor
de cuantos el mundo sabe,
es guardar una muger,
si ella no quiere guardarse.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

La Reyna y Lisardo.

Reyna.

Ya de tu parte no ofenden,
Lisardo, tu voluntad,
si el principio es la amistad
de los hechos que se emprenden.
Lo mas tienes hecho en fin,
bien te puedes prometer
del principio, que ha de ser
alegre, y dichoso el fin;
muéstrame el retrato.

Lisardo.

Aquí
viene, señora, el retrato.

Reyna.

No ha sido el pincel ingrato.

Lisardo.

Ni yo al dueño.

Reyna.

¿Cómo así?

Lisardo.

De burlas pensé querer;
deberas la quiero ya.

Reyna.

¿Búrlaste?

Lisardo.

Presente está

quien lo debe de saber.
Pregunta á aqueste retrato
¿si merece esta belleza
amor?

Reyna.

La mayor tibieza
enciende, Lisardo, el trato.

Lisardo.

No hay cosa mas de temer.

Reyna.

Si solo de ser tratada
una hermosura pintada,
tal efecto puede hacer,
tema, Lisardo, la viva
el que comienza burlando;
que el amor mas dulce y blando
tiene el alma vengativa.
Pero á tí te está muy bien,
pues agradecen tu amor;
y á mí, Lisardo, mejor
para entretener tambien
tan cansada enfermedad.
Rindamos aqueste necio,
que ha puesto en tanto desprecio
nuestro ingenio y libertad:
conozca que la muger
es un vaso de cristal
para el bien, y para el mal.

Lisardo.

Si; porque puede tener
licor precioso y veneno.

Reyna.

Mire que mal la guardó;
no Lisardo, porque yo
darte el retrato condeno,

mas porque sepa Roberto
que es guardar, si tiene amor
una muger, el mayor
imposible.

Lisardo.

Este concierto
que habemos hecho adivina;
y que su hermano tambien
aunque he comenzado bien
y á pagar mi amor se inclina,
temo que adelante sea
mas cuidadoso que agora;
que en el aviso, señora,
mal el engaño se emplea:
si bien de aqueste criado
gran confianza he tenido,
pues sobre ser atrevido
tiene un ingenio estremado.
Con este norte navego.

Reyna.

¿Tanto sabe?

Lisardo.

Es de manera,
que en Troya otra vez pudiera
meter el caballo Griego.

Reyna.

¿Podréle ver?

Lisardo.

No es persona
digna de tus ojos.

Reyna.

Quiero
verle y hablarle.

Lisardo.

¿Rugero?

Sale un Page.

¿Señor?

Lisardo.

Advierte, y perdona,
que es hombre vil.

Reyna.

Ya lo entiendo.

Lisardo.

Llama á Ramon.

Page.

Voy por él.

Reyna.

Tratemos los dos con él
el engaño que pretendo,
que no puede resultar
daño de mi informacion..
Y mientras viene Ramon,
Lisardo, te quiero dar
esta carta de mi esposo;
si es que mi esposo ha de ser
Alfonso.

Lisardo.

No hay que temer
en concierto tan dichoso,
mas de aquella dilacion
que causa tu enfermedad....
Mas mira la brevedad
con que ha venido Ramon.

Reyna.

Pues allá podrás despacio
leer esta carta mejor.

ESCENA II.

Dichos, Ramon y el Page.

Ramon.

¿A mí la Reyna?

Page.

Tu humor
corre hasta el mar de palacio;
mas ya con su alteza estas.

Lisardo.

Aguarda, Rugero, afuera. *Vase el Page.*

Reyna

¿Sois vos Ramon?

Ramon.

¿Quien pudiera
ser sino yo?

Reyna.

Llegaos mas:
mucho me huelgo de veros

Ramon.

¿Qué jardin ó que edificio
soy yo?

Reyna.

El mayor artificio,
desde los siglos primeros
de la gran naturaleza,
fué el ingenio, y el mas digno
de estimacion.

Ramon.

Soy indigno
del favor de vuestra Alteza;
mas tal vez Esopo fué
al Filosofo su dueño,
de provecho; y un pequeño

ramo levantar se vé
sobre un muro si él le ayuda.

Reyna.

Grande artificio tuviste,
notable principio diste
á empresa de tanta duda.
Lisardo me lo ha contado;
el retrato tengo aquí.

Ramon.

Principio á esta empresa di
con pecho determinado;
lo demas haga, señora,
la fortuna.

Reyna.

Tú has de ser
la fortuna.

Ramon.

Si he de hacer
algo en tu servicio agora,
advierteme, que aquí estoy.

Reyna.

Rendir aquella muger,
hasta que lo venga á ser
de Lisardo.

Ramon.

Yo te doy
palabra, que si estuviera
en su casa...

Reyna.

¿Y no podrias
entrar por algunos dias
en ella?

Ramon.

Yo bien pudiera,
con una cierta invencion,

donde no solo la bablára,
mas para Lisardo hallára
puerta, lugar, y ocasion:
mas es muy dificultoso.

Reyna.

Díla á ver.

Ramon.

Este Roberto
está muy desvanecido
de que tiene parentesco
con el famoso almirante
de Aragon, y el casamiento
que tratas con don Alfonso,
ya de Castilla heredero,
ha hecho comunicarse
con mas amor estos Reinos.
Si me diesen seis caballos
de España á fingir me atrevo,
con otros tantos criados,
que los llevasen del diestro,
que de España los envia
el Almirante á Roberto.
Haré que digan las cartas,
que por que noticia tengo
del modo de su crianza,
me manda quedar con ellos.
Si quedo en casa, señora,
como lo tengo por cierto,
yo daré puerta á Lisardo.

Reyna.

¡Qué notable fingimiento!
Haz prevenir seis caballos.

Ramon.

Manda que vengan cubiertos
de ricas mantas.

Lisardo.

La firma
del Almirante, que tengo
en cartas suyas, será
fácil, á lo que yo creo,
de contrahacer.

Ramon.

¿Eso dudas?
con lo poco que yo entiendo
te la pintaré de molde.

Reyna.

Si sales con este enredo
seis mil escudos te mando.

Ramon.

Seis mil años el gobierno
de Nápoles, y Aragon,
tengas, y de Alfonso el bueno
tantos hijos, de los hijos
tantos nietos, de los nietos
tantos viznietos, que lleguen
tus choznos al sacro imperio
de Roma y Constantinopla.

Reyna.

De médico darte quiero
salario; que mis cuartanas
no tienen remedio en ellos
y de tí esperan salud,
pues contigo me entretengo.

Ramon.

Si yo soy médico tuyo,
dos higas para Galeno,
seis para Avicena, y diez
para Hipócrates.

ESCENA III.

Lisardo y Ramon.

Lisardo.

Yo pienso,
Ramon, que tambien mi amor
tendrá remedio en tu ingenio.

Ramon.

Dame el pulso.

Lisardo.

Estoy perdido,

Ramon.

Sangrarte mañana quiero
de aquestas desconfianzas;
que en purgándote de zelos
quedarás como un alcon.

Lisardo.

Muero de amor.

Ramon.

Y yo muero
de amor de seis mil ducados.

Lisardo.

¡Ay que burlando, y riendo,
suele amor salir llorando!

Ramon.

Yo quemaré mis enredos,
si se escaparé muger
de los tiros del dinero.

ESCENA IV.

SALA EN CASA DE ROBERTO.

Diana y Celia.

Celia.

¿Qué te halló el retrato?

Diana.

Si,

de que estoy perdiendo el seso.

Celia.

Que ha destruido, confieso,
tus intentos.

Diana.

¡Ay de mí!

pero no piense mi hermano
tan facilmente vencer
un ingenio de muger,
porque es pensamiento vano:
que antes el número incierto
dirá de su arena el mar,
y al cielo podrá contar
todas sus luces Roberto;
á los árboles las ramas,
y á las ramas verdes ojas,
á quien ama las congojas
y al fuego sus vivas llamas,
que impida el aventurarme,
á ser muger de Lisardo;
porque si yo no me guardo,
¿quién puede, Celia, guardarme?

Celia.

¿Pues qué remedio ha de haber,
si su retrato te halló?

Diana.

¿Y para qué quiero yo
el ingenio de muger?

Celia.

¿Si le halló en la almohada
de tu cama, le podrás
negar, señora que estás
de Lisardo enamorada?

Diana.

Si; que al instante escribí
á un criado de Lisardo
el remedio que ya aguardo,

Celia.

¿Remedio?

Diana.

Digo que si;
y que ha de quedar mi hermano
desengañado y contento.

Celia.

Sin duda tu entendimiento
escede al límite humano
Él viene.

Diana.

Y con él Fulgencio.

ESCENA V.

Roberto y Fulgencio.

Roberto.

Mi daño se declaró.

Fulgencio.

Nunca el honor se perdió
á la sombra del silencio.

Roberto.

¡En la cama de mi hermana

un retrato de Lisardo!
¿Cómo en matar me acobardo;
muger ton loca y liviana?

Fulgencio.

¿Qué mas pudieras decir,
si al mismo Lisardo halláras?

Roberto.

¿Pues, Fulgencio, en qué reparas,
siendo tan justo inferir
el desonor que recibo?
pues si en su cama he hallado
hoy á Lisardo pintado,
mañana le hallaré vivo.

Fulgencio.

No fué la dificultad,
donde el honor se asegura,
guardarle de una pintura.

Roberto.

¿Pues de quién?

Fulgencio.

De la verdad.

Roberto.

Todo es justo que me asombre;
y advierte en su falso trato,
que por donde entró un retrato,
podrá entrar despues un hombre.
¿Qué bien mi casa guardaste?
¿Qué bien la fie de tí?

Fulgencio.

¿Echasme la culpa á mi
de lo que no me mandaste?
Tu casa, es cosa muy llana
que cuidadoso guardé;
pero no te aseguré
la voluntad de tu hermana,

¿Cómo puedo yo guardar
una tan libre potencia,
ni á un alma hacer resistencia,
para que no pueda amar?
¿Qué hombre has hallado aquí?

Roberto.

Si mi casa se guardára,
ni aun este retrato entrára,
y mas adonde hoy le ví.
¿Por donde entró?

Fulgencio.

¿Yo qué sé?
En las ciudades cercadas
de almenas, lanzas y espadas
entrar un pliego se vé,
tirado con una flecha:
con flecha le tirarian
ese retrato.

Roberto.

Si harian,
pues fue á la cama derecha;
pues vive Dios, que á tener
sangre.....

Fulgencio.

Di alguna quimera.

Roberto.

El retrato, la vertiera.

Fulgencio.

¿Es tu hermana tu muger?

Roberto.

Vilísimos hombres son
hermano, padres, parientes
que sufren.

Fulgencio.

No los afrentes

con tu mala condicion.

Roberto.

Que sufren tales agravios;
porque en llegando á maridos,
me taparé los oidos,
y me taparé los lábios.

ESCENA VI.

Dichos, Diana y Celia.

Diana.

¿Has dicho ya cuanto sabes?

Roberto.

¿Tú estabas aquí?

Diana.

Yo estoy
aquí.

Roberto.

Desdichado soy.

Diana.

No suelen los hombres graves
hablar de su honor asi.

Roberto.

¿Pues cómo?

Diana.

Con mas cordura;
porque es vidrio y se aventura:
ya entiendes.

Roberto.

Si es vidrio en tí
yo le doy por ya quebrado.

Diana.

Yo no: que Celia me dió
este retrato que halló,
y que en mi cama has hallado;

que si sospechoso fuera,
claro está que le guardára
despues que me levantára.

Roberto.

¿Pues como, ó de que manera
Celia se le pudo hallar?

Celia.

Viniendo de misa ayer,
mirando al suelo, por ser
mas recatada en mirar.

Fulgencio.

Espera, que por la calle
suena un pregòn.

Diana.

El retrato
pregonan.

Celia.

Y no es ingrato
su dueño, que á quien le halle
promete cincuenta escudos.

Fulgencio.

Roberto, cosas de honor,
por señas es lo mejor
tratallas, como los mudos;
dáme el retrato, que quiero
certificarme de todo.

Roberto.

Vé, Fulgencio, y haz de modo,
que te asegures primero. (1)

(1) *Vase Fulgencio y lleva el retrato.*

*

ESCENA VII.

Dichos menos Fulgencio.

Celia.

Manda que me den á mi
los cuarenta escudos.

Roberto.

Fuera
bajeza.

Celia.

Yo la tuviera
por grandeza para mi.

Roberto.

En hallazgo de mi honor
quiero darte esta cadena.

Celia.

Ya me has quitado la pena
con darme hallazgo mejor.

Roberto.

Hoy á mi hermana traeré
una joya de diamantes,
y de zelos semejantes
el perdon la pediré;
que si supieses, Diana,
lo que me importa guardarte,
disculparias en parte
mis zelos.

(1) *Diana.*

Yo soy tu hermana:
¿para qué guardas me pones?
porque si has de ser casado,
quedarás mal enseñado
en mayores ocasiones.
Nunca enseñés á querer

con despertar los dormidos;
que es en zelos mal pedidos,
la mejor muger, muger.
Que si el paso les allana
el aviso, y la tercera,
la mas diamante, es de cera,
y la mas cuerda, de lana.
Los femeniles antojos
los destruyen advertidos,
que vemos por los oidos
mas veces que por los ojos.
Que algun necio que profana
la virtud de nuestro pecho
á puro zelos ha hecho
la mas honesta liviana;
que pueden zelos hacer,
no siendo ocasion forzosa,
loca la mas virtuosa,
y la de mas ser, sin ser.

Roberto.

Diana, perdon te pido,
y de tu honor satisfecho,
del agravio que te he hecho
mil veces perdon te pido;
tomaré enmienda bastante
en la vergüenza que tengo.

ESCENA VIII,

Dichos y Fulgencio.

Fulgencio.

Satisfecho, señor, vengo,
cuanto me ha sido importante:
las señas todas me dió
de la pintura un hidalgo,

sin que discrépase en algo,
y el hallazgo me ofreció;
mas dije que en esta casa
no se toma por hallar
retratos.

Roberto.

Puedole dar,
Fulgencio, de lo que pasa.

Fulgencio.

Y tú á mí mucho mejor.

Roberto.

¿Cómo?

Fulgencio.

A la puerta te aguarda
del gallardo aragonés
un presente, y uua carta.

Roberto.

¿Del Almirante?

Fulgencio.

Del mismo

Roberto.

¿Presente?

Fulgencio.

El mejor de España.

Roberto.

¿De qué suerte?

Fulgencio.

Seis caballos,
que cualquiera de ellos basta,
á dar á Córdoba honor;
bien puedes mandar mañana,
que te empiedren el zaguan,
que al son que los frenos tascan
llevan el compas los pies;
con tanto concierto danzan.

Las armas del Almirante,
las aragonesas barras,
traen bordadas de tela
sobre cubiertas de grana.
Trae un bayo cabos negros,
la clin en cintas de nacar,
que aunque es encarecimiento,
puede envidialle una dama.
Corto de cuello, un rosillo
fuego por los ojos lanza,
y un castaño con bufidos
parece que al toro llama.
Dos rucios son tan iguales,
que no haran en una entrada
en España diferencia,
digo en sus juegos de cañas.
Bizarro muerde un Obero
el bocado con tal gala,
que me obligó á descubrille
por las cubiertas las ancas.
Todos en fin son de suerte,
que en el carro de la fama
perdieron de ir solamente
por ser de colores varias.
Da licencia al que los trae
para que te dé las cartas.

Roberto.

Entre mil veces, Fulgencio.

ESCENA IX.

Dichos y Ramon.

Ramon.

Dádme esos pies.

Roberto.

Mucho errára

á quien los brazos merece;
que son las puertas del alma.
¿Venís bueno?

Ramon.

Y muy honrado
de serviros.

Roberto.

¿Cómo os llaman?

Ramon.

Don Pedro.

Roberto.

Señor don Pedro,
esta es vuestra propia casa.

Ramon.

Esta es del Almirante
mi señor. (1)

Roberto.

Quiero besarla.

Ramon.

Leed mientras voy á dar
un recado á vuestra hermana.
Dadme, señora, los pies.

Diana.

Seais bien venido.

Ramon.

Madama,
yo no sé las cortesias
ni de esta tierra la usanza.
El Almirante me dió
en esta pequeña caja
cierta joya.

Diana.

Celia, escucha;

---

(1) *Le dá una carta.*

escucha, Celia.

Celia.

¿Qué mandas?

Diana.

¿No es este el frances que trujo
los retratos, Celia?

Celia.

Calla,
que te engañan los deseos.

Roberto.

Oye esta carta, Diana.

Lee. *Mientras nos vemos en Nápoles, primo, y señor mio, que ya se queda aprestando el Principe mi señor, envio á V. señoria esos caballos, suplicandole no tenga á servicio el enviárselos, sino el llevárselós don Pedro mi caballerizo, para que se los gobierne; á quien suplico honre en su casa que es hidalgo, que lo merece. = Dios guarde á V. señoria.*

El Almirante de Nápoles y Aragon.
Mucha razon ha tenido
mi primo en encarecer
al que los viene á traer.

Diana.

La mayor merced ha sido.

Ramon.

Soy muy vuestro servidor.

Roberto.

Con tu licencia los quiero
ver.

Diana.

Yo aunque muger espero
el verlos despues mejor.

Roberto.

¿Cómo?

Diana.

Porque irás en ellos.

Roberto.

Favor como tuyo.

Ramon.

Voy

delante.

Roberto.

A fe de quien soy

que he de estar loco con ellos.

ESCENA X.

Diana y Celia.

Diana.

Mientras los caballos mira

Roberto, al fin caballero,

mirar mis diamantes quiero.

¡Ay! ¿qué es esto?

Celia.

¿Qué te admira?

Diana.

Solo aquí viene un papel.

Celia.

¿Papel solo?

Diana.

Abrirle quiero,

que sino me engaño espero

mayores joyas en él.

Lee. *Diana hermosa, las asperezas de tu celoso hermano, mas dirigidas á sustentar su opinion que á procurar tu remedio, me obligan á solicitar con industria lo que fuera imposible de otra suerte; á tu retrato di lugar en el alma, y para hablarte hice que ese astuto criado mio fingiese venir de España con ese*

presente ; dale la orden que te parezca mas á propósito , que yo para ser tuyo , pondré mi vida á tantos peligros como la fortuna quisiere , hasta que seas mia. =
Lisardo.

¡Ay, Celia! bien sospeché
cuando al hombre conocí.

Celia.

Mucho aventura por tí.

Diana.

Amor el primero fué,
que dió principio al engaño;
turbada estoy.

Celia.

Con razon.

Diana.

No nace mi confusion,
Celia, de temer mi daño.

Celia.

¿Pues de qué?

Diana.

De no saber,
si es cierta la voluntad
de Lisardo.

Celia.

El ser verdad
lo dá el peligro á entender.

Diana.

Si nace de una porfia
este amor, no será amor.

Celia.

Mucho ofende tu valor
tal desconfianza.

Diana.

Es mia.

Celia.

¿Tú quiéresle bien?

Diana.

Le adoro.

Celia.

¿Pues cuál tan necia muger,
no sabe hacerse querer,
sin perder de su decoro?
¿No has visto un esgrimidor,
que una herida imaginada
tienta la contraria espada,
para acertarla mejor?
¿Y no has visto al que torea,
no acometer sin mirar
por donde podrá sacar
el caballo, que desea
que salga libre del toro?
Pues tal, señora, ha de ser
con el hombre la muger,
para guardar su decoro.
Tiéntale la voluntad
antes de entregarle el alma,
que mas llana que la palma
conocerás la verdad.

Diana.

¿Luego los hombres no saben
fingir?

Celia.

La muger discreta
no dá lugar á esta treta,
para que despues se alaben.
¿Quién no sabe enamorar?
Tuviera yo tu hermosura,
que yo hiciera á la mas dura
piedra en cera transformar;

que muchos hombres llegaron,
con ánimo de fingir,
que no aciertan á salir,
de donde burlando entraron.

ESCENA XI.

Dichas y Ramon.

Ramon.

¿Puédote seguro hablar?

Diana.

La carta, Ramon, leí;
Lisardo me pide aquí,
por esta invencion, lugar
para verme con secreto;
pero yo confusa estoy.

Ramon.

¿Si yo el remedio te doy,
tendrá su esperanza efecto?

Diana.

¿Qué remedio puedes darme?

Ramon.

¿Ya no estoy en casa?

Diana.

Si.

Ramon.

Yo hallaré puerta.

Diana.

Es así;
mas será para matarme;
que está mi hermano advertido,
y apenas entra criado
sin ser mil veces mirado
y otras mil reconocido.

Ramon.

Pues esa ha de ser la gala,

y esta noche te ha de ver.

Diana.

¿Cómo, si al anochecer,
desde la cuadra á la sala,
está hecho centinela
hasta que me acuesto yo?

Ramon.

¿Es tu hermano lince?

Diana.

No:
pero está avisado, y vela.

Ramon.

¿No hay jardin en esta casa?

Diana.

Y con una hermosa fuente.

Ramon.

Pues haz que en este jardin
contigo esta noche cene,
que yo despues de cenar
haré que conmigo juegue,
ó se entretenga algun rato,
mientras levantarte puedes
á hablar con Lisardo.

Diana.

¿Estas
loco?

Ramon.

Lo que digo entiende,
que yo te pondré á Lisardo
entre yedras ó laureles.

Diana.

La fuente tiene unos arcos
de arrayan en las paredes:
pero es imposible entrar;
que mi hermano mismo tiene

las llaves, ó aquel Fulgencio,
que es su alcaide ó su teniente.

Ramon.

Vestido de ganapan
haré que Lisardo entre
con licencia de Fulgencio,
si la noche lo concede,
con un arca de mi ropa.

Diana.

Si; ¿pero no vés que tiene
de salir luego?

Ramon.

Es verdad;
pero el mismo engaño es ese;
porque dentro de un vestido
han de venir dos, de suerte
que un cuerpo solo parezca;
que el arca forzosamente
los cubrirá desde alto,
y luego que me la dejen
en mi aposento, saldrá
el hombre que con el fuere,
y quedaráse Lisardo,
para que despues le lleve
al jardin donde te hable,
antes que Roberto llegue.

Diana.

¿Dos hombres en uno?

Ramon.

Si.

Diana.

¿Y si sacan luz cuando entren?

Ramon.

Haré yo que con el page,
quien trae el arca tropiece,

porque le mate la luz.

Diana.

¡Qué temor!

Ramon.

No ama quìen teme.

Diana.

Ahora bien, esto es amor;
él de noche se entretiene
con dos criados que cantan.

Ramon.

Pués haz que al jardin los lleve,
que será linda ocasion.

Diana.

Habla á mi Lisardo.

Ramon.

Ténle
por hombre que has de ser suya,
y él tu esclavo eternamente,
ó no ha de haber en el mundo
noche encubridora siempre,
trasformaciones de Ovidio
jardines, yedras y fuentes,
arcas, ganapanes, llaves,
celos, necíos, y alcahuetes.

Diana.

Llévale esta banda.

Ramon.

Muestra.

Diana.

Dí que del color se acuerde.

Ramon.

¡Plega á Dios que á posesion
tales esperanzas lleguen!

ESCENA XII.

DECORACION DE CALLE.

Lisardo y Albano.

Lisardo.

Agravio hiciera á la amistad, Albano,
que los dos profesamos tan estrecha,
sino os dijera la verdad.

Albano.

En váno
vuestro silencio me causo sospecha;
bien sé que amor, dulcísimo tirano,
pasó vuestra alma con dorada flecha,
que siempre esta pasion es conocida,
en la nueva mudanza de la vida.
De los amigos, y aun de sí pretende
quien ama retirarse, y apartado
de quien mas se fiaba se defiende;
consigo solo trata su cuidado,
la compañía y la amistad le ofende
hasta el punto que sabe que es amado;
que entonces el placer mismo le obliga,
á que le aumente, comunique, y diga.

Lisardo.

Albano, yo no amé por accidente,
á Diana amé por eleccion, Albano,
la Reina melancólica, y doliente
autora fué de lo que pierdo ó gano.
Por dalla gusto amé, mas nadie intente
amar, que tiene la ocasion en vano
la puerta abierta, amor para la entrada,
y los sucesos al salir cerrada.
Tal vez al parecer la blanca Aurora

sale serena, y llueve al medio dia,
tal vez que parda, y descontenta llora,
con mas rayos el sol despues envia:
y asi tal vez de burlas se enamora,
quien de su engaño, y libertad confia,
y asi mi engaño, Albano, me parece,
sale con sol, con agua me anochece.

Albano.

De la correspondencia, el amor nace.

Lisardo.

Asi lo dijo á Venus, cierta diosa.

Albano.

Luego si os ama á quien amais no os hace
agravio amor.

Lisardo.

La condicion celosa
de Roberto me mata.

Albano.

Aunque mas trace
guardar su hermana, es imposible cosa;
que del principio que me habeis contado
ya he visto su locura en su cuidado.
Mirad, si con la vida, y con la hacienda
os puedo yo servir.

Lisardo.

Beso os las manos,
la Reina que me manda, que esto emprenda,
hará los pasos al camino llanos;
por lo demas, cuando el peligro entienda
amenazar mis pensamientos vanos,
mi vida fiaré de vuestra espada.

Albano.

No os doy la mía, que os la tengo dada.

ESCENA XIII.

Dichos y Ramon.

Ramon.
¿Habiate de hallar?
Lisardo.
¿Dónde vas, necio?
Ramon.
¿Podréte hablar?
Lisardo.
El alma misma fio
de Albano.
Ramon.
Y con razon.
Lisardo.
No tiene precio
un leal amigo.
Ramon.
Y un señor tan mio.
Los caballos llevé, que harán desprecio
á los del Sol por el invierno frio,
que es cuando sacan por el tiempo iguales
paramentos de granós Orientales:
la carta recibió, dióme aposento,
dí la tuya á Diana y quiere hablarte.
Lisardo.
¿Hablarme?
Ramon.
Aquesta noche.
Lisardo.
Tal contento
á peso de oro intentaré pagarte:
mas paréceme loco atrevimiento
á tan grande peligro aventurarme.

Ramon.

Mas te parecerá despues de visto.

Lisardo.

¡Que manzanas esperidas conquisto,
que reservado vellocino de oro,
que nuevo mar, que nunca sufrió nave,
que dragon fiero, que encantado Toro!

Ramon.

Como Medea tú vencellos sabe.
Mientras guarda el avaro su tesoro,
forja el ladron la cautelosa llave.
Los dos habeis de entrar.

Lisardo.

¿Los dos?

Ramon.

De todo
sabreis despacio en nuestra casa el modo.
Lisardo ha de quedar, y saldrá Albano;
pero no os detengais, que ya la frente
inclina el sol al húmedo Occeano;
y oro, y púrpura baña el Occidente.

Lisardo.

Albano amigo, no hay peligro humano,
que si me ayudas tú mi amor no intente.

Albano.

Mil vidas perderé.

Ramon.

Seguidme.

Lisardo.

¿Donde?

Ramon.

La noche calla, y el callar responde.

ESCENA XIV.

Jardin en casa de Roberto.

Roberto, Diana, Feniso y Músicos.

Roberto.

Pues mi hermana me convida,
bien os puedo convidar,
y porque os pueda obligar,
quiero que lo mismo os pida.

Feniso.

Si de honrarme sois servida,
la cena, señora, aceto.

Diana.

Convidado tan discreto
reciba la voluntad;
que siempre la brevedad
fué causa de algun defeto.

Feniso.

Hallareis tantos en mí;
que solo se echan de ver,
que no tengais que temer.

Diana.

No me respondais así,
sino, entretened aquí
la conversacion un rato,
mientras de serviros trato.

Feniso.

Hacerme merced direis,
á que nunca me hallareis
desobligado, ni ingrato.

Diana.

Yo voy con vuestra licencia.

ESCENA XV.

Dichos menos Diana.

Feniso.

Volved, hermosa Diana,
que luna tan soberana
suplirá del Sol la ausencia,
y mirad que esa presencia
daba tal vida á las flores,
que esforzaban sus colores,
y esta fuente natural,
sobre jaspes de cristal,
cantaba versos de amores.
No será, amigo Roberto,
lisonja aquesta alabanza
si á los méritos alcanza
de su valor claro y cierto,
y del que tiene hoy, advierto
que os ha de hacer muy dichoso.

Roberto.

Antes estoy temeroso
de mi fortuna en tenella,
que cuanto es dichosa, y bella,
estoy yo necio, y dichoso.
Y pues que llega ocasion,
y sois mi mayor amigo,
sabed que son mi castigo
su hermosura y discrecion.
Aquella proposicion,
que hice en la junta pasada,
me tiene el alma turbada,
pues dije que puede ser
el guardar una muger,
aunque esté determinada.

Y no sé si es mi temor,
que en cuidado semejante,
no hay sombra que no me espante;
que es muy medroso el honor.
Pienso que la tiene amor
Lisardo, pero no puedo
hacer mas, que tener miedo
y guardarla neciamente;
pues hasta la vulgar gente
sabe que obligado quedo.

Feniso.

Teneis razon de tener
pena de lo prometido;
que ya la fama ha corrido,
y os han de intentar vencer.
El guardar á una muger
tiene mil peligros claros;
pero quiero aconsejaros
que la caseis, con que cesa
toda la propuesta empresa,
y nadie podrá culparos.

Roberto.

¿Con quien os parece á vos
de los que en la corte están?

Feniso.

Sino muy rico y galan,
yo soy muy noble por Dios,
y siendo amigos los dos
me dareis vuestro cuidado.

Roberto.

Yo lo doy por concertado,
y vos os la guardareis.

Feniso.

La mano.

Roberto.

Aquí la teneis,
que es mas que quedar firmado.

ESCENA XVI.

Dichos y Fulgencio.

Fulgencio

Don Pedro llama á la puerta,
con un hombre, que cargado
viene de un cofre.

Roberto.

¿No ha estado
la puerta hasta ahora abierta?

Fulgencio.

No señor, ni se abrirá
sin tu licencia.

Roberto.

Abrir puedes,
con que asegurado quedes,
y salga el hombre.

Fulgencio.

Si hará;
que hasta que vuelva á salir
me pienso á la puerta estar.

Roberto.

Pues acabad de cerrar,
que no ha de volverse á abrir.

Fulgencio.

Yo voy.

Roberto.

Cuidado, Fulgencio.

Fulgencio.

Ya está todo prevenido. *vase.*

Roberto.

Aun es temprano.

ESCENA XVII.

Roberto, Feniso Diana y Músicos.

Diana.
He querido,
que en este mudo silencio,
las voces de dos criados
ayuden á los cristales
de esta fuente.
Feniso.
Y serán tales,
que puedan ser envidiados
de las aves, que estarán
entre esas ramas oyendo
lo que mañana diciendo
por esas selvas irán.
¿Hay algo nuevo?
Músico.
Una historia
famosa.
Feniso.
¿Es de buena mano?
Músico.
Cierto poeta temprano,
que escribe por vanagloria,
nos la dió por fruta nueva.
Diana.
¿Celia?
Celia.
¿Señora?
Diana.
Ni un punto
te muevas de aquí.

Feniso.

¿Pregunto,
hay amante que se eleva
en alta contemplacion,
hay ojos negros ó verdes?

Músico.

Tiempo en preguntarlo pierdes;
cena y oirás la cancion.

Roberto.

¿Diana?

Diana.

¿Señor?

Roberto.

Escucha.

Diana.

¿Qué quieres?

Roberto.

Que estés con gusto,
que darle á Feniso es justto.

Diana.

¿Por qué razon?

Roberto.

Porque es mucha,
habiendo de ser...

Diana.

¿Qué mas?

Roberto.

¿Diré tu marido?

Diana.

No.

Roberto.

Pues palabra he dado yo
de que su muger serás.

Diana.

¿Tan apriesa?

Roberto.

Esto ha de ser.

Diana.

Entra, Roberto, á cenar,
que te debes de cansar
de guardar una muger.

ESCENA XVIII.

Celia.

Lisardo tarda, no creo,
que ha de ser posible entrar;
que suele amor malograr
de una alma el justo deseo...,
Mas Fulgencio viene aquí.

ESCENA XIX.

Celia, Fulgencio y Albano en hábito de ganapan.

Fulgencio.

¿Dejastes el arca ya?

Albano.

Ya adonde ha de estar, está;
que no fue poco.

Fulgencio.

Es asi

Albano.

¿Como andais con tal cuidado?

Fulgencio.

Tiene Roberto enemigos.

Albano.

¿Hombre de tantos amigos,
se encierra tan recatado?
A la fé, debe de ser
la hermosura de su hermana,

y teme, como es Diana,
que salga al anochecer.
Pues advertidle por mi,
de que os dijo un ganapan,
de los que en la plaza estan
y que un arca trajo aquí,
que no se canse en tener
un cuidado tan terrible;
porque el Mayor imposible
es guardar una muger.

Fulgencio.

Salid noramala allá.
¡ Ved cual anda nuestro honor !

ESCENA XX.

Celia, Lisardo y Ramon.

Lisardo.

¿ Fuese ?

Ramon.

Ya se fué, señor.

Lisardo.

¿ Está aquí Celia ?

Ramon.

Aquí está.

Celia.

Cansada estoy de esperarte.

Lisardo.

De milagro entrado habemos
Albano y yo.

Celia.

Ya le lleva
con gran cuidado Fulgencio.

Lisardo.

¿ Cenan ya ?

Celia.

Cenando estan;
y para entretenimiento,
ó para mayor ruido,
Diana venir ha hecho
dos músicos.

Lisardo

¿Donde dice
qué he de estar?

Celia.

En este hueco
de los arcos de esta fuente.

Lisardo.

Celia, desnudarme quiero;
que no me ha de ver Diana
en el hábito que vengo.
Toma, Ramon, este sayo.

Celia.

¿Qué traes debajo?

Lisardo.

Un peto
de armas, y en un tahalí
dos pistolas.

Celia.

Como cuerdo.

Lisardo.

Dame, Ramon, esa espada;
que pues prevenido vengo,
y enamorado, en tus manos
dejo, fortuna el suceso.
Me escondo. *Escondese.*

Ramon.

Y yo me entretengo
contigo.

Celia.

Temo quererte.

Ramon.

Y yo que me quieras temo.

Celia.

¿ Por qué ?

Ramon.

Porque soy, amando
favorecido , tan tierno ,
que no hay nieve al sol, que forme
tantos puros arroyuelos ;
persona soy que una noche
dije á un gato mil requiebros
porque en un balcon movia
la cola sobre unos t estos.
Para mi cualquier muger ,
como me diga , yo os quiero ,
acabóse, muerto soy.

Celia.

Pues no es bueno amar tan presto.

Ramon.

Yo no puedo mas.

Celia.

Pues yo
loco hombre quiero , y los puercos
gruñidores , y bellacos.

Ramon.

Pues á un artesa por ellos.

ESCENA XXI.

Dichos , Roberto , Diana , Feniso y músicos.

Roberto.

Sacadnos sillas aquí.

Feniso.

Corre aquí mas fresco el viento,
porque estas fuentes le dán
las perlas que va esparciendo.

Diana.

Cantad algo.

Músicos.

Una letrilla,
aunque no es nueva, diremos.

Roberto.

¿Quién está aquí?

Ramon.

Yo, señor.

Roberto.

¿Don Pedro?

Ramon.

El mismo.

Roberto.

¡O don Pedro!
¿Trujistes vuestros vestidos?

Ramon:

En mi aposento los tengo,
que me ha costado, señor,
trabajo, y mucho en traellos.

Roberto.

¿Habeis cenado?

Ramon.

A eso voy.

Roberto.

¿Los caballos están buenos?

Ramon.

Todos están boca abajo.

Roberto.

Creolo.

Ramon.

Es caso muz cierto.

Roberto.

Tiene humor

Ramon.

Y hartos humores.

Roberto.

Va de letra.

Músico.

Estad atento.

Madre la mi madre
guardas me poneis,
que si yo no me guardo
mal me guardareis.

Roberto.

Necia letra.

Diana.

Antes discreta.

Roberto.

¿Por qué?

Diana.

Porque la muger
no puede guarda tener
mas conforme y mas discreta.

Roberto.

¿Pues no la puede guardar
un hombre?

Diana.

Roberto; sí:
mas si ella se guarda á sí
¿quién la puede conquistar?

Roberto.

Yo sé que á cierta muger
pretenden, y que aunque quiera,
no podrá hacer de manera

que llegue á mas de querer.

Diana.

Pues yo sé de otra guardada,
que está gozando su amante
y está el celoso delante.

Roberto.

Toda esta cifra me agrada,
Feniso; porque es por ti.

Feniso.

¿Por mí?

Roberto.

Sí.

Feniso.

¡Dichoso yo!

Diana.

Fuentes, decidles que no,
y á vuestra sombra que sí.

Feniso.

¿Qué, merezco tanto bien?

Diana.

Tanto, que no hay bien mayor.

Feniso.

Fuentes, cantadme favor
en vuestras aguas tambien.

Diana.

Fuentes, que bañais la cara
con vuestro blanco rocio,
de aquel amado bien mio,
mi fe corre á vos mas clara.
Estas nuevas le llevad.

Feniso.

Arboles de este jardin,
decid que aquí puso fin
la mayor felicidad;
porque aquí, como Medoro,

podré escribir mi ventura,
si aquesta corteza dura
es digna de tal tesoro:
con esto, y vuestra licencia,
me voy, que parece tarde.

Roberto.

Yo os acompaño á la puerta,
que es fuerza tomar las llaves.

Feniso.

Por eso os daré lugar:
el cielo señora os guarde.

Diana.

Y á vos os haga dichoso.

ESCENA XXII.

Diana, Celia y despues Lisardo.

Diana.

Ola, dejadme un instante;
cierra la puerta al jardin,
Celia, que quiero bañarme.

Celia.

Ya, señora, está cerrada.

Diana.

Mármoles, pórfidos, y jáspes,
que al cristal de aquesta fuente
le servis de eterno engaste,
dadme el bien que me teneis.

Sale Lisardo.

No pidas, señora, que hablen
las piedras, sino las almas,
que escuchan palabras tales.
Quien te ha dicho, que es porfia,
el venir á enamorarte,
miente, que no es sino amor,

que de tu hermosura nace.
No eres tú para elecciones,
ni para burlas diamante,
sino la cosa mas bella,
mas regalada y suave,
que dió la naturaleza,
con milagro semejante,
dando á un cuerpo cristalino
por alma dichosa un ángel.
Verdad es, Diana hermosa,
como la Reyna lo sabe,
que tu hermano dió en decir,
que tiene por cosa facil
el guardar una muger;
mas que no pudo obligarme
aquesto solo á quererte,
porque muchos años antes
eras tú dueño del alma,
que agora he venido á darte.
La Reyna quiere, Diana,
que te sirva, y esto baste
para saber que no puedo,
cuando quisiera, burlarme.
De veras te adoro, y quiero;
no dudes de que te cases
conmigo, y de que la Reyna
ha de abonar mis verdades,
haciéndonos mil mercedes.
¿Qué respondes?

Diana.

Que me pagues
tan grande amor, señor mio;
pues siendo el alma tan grande,
como sugeto infinito,
á penas en ella cabe;

que aunque de burlas, ó veras,
hables en mi amor, no trates
en que yo tenga otro dueño,
aunque mil vidas me falten.
A grande peligro estás
puesto, que he visto que traes
armas, en defensa tuya.

Lisardo.

Por ser tú Venus, soy Marte.
¿Qué hará tu hermano?

Diana.

No sé;
pienso que querrá encerrarme
luego que cierre las puertas,
y que aguarda que me labe.

Lisardo.

¿Pues dónde podré yo estar,
para que esta noche pase,
larga y pesada sin tí?

Diana.

Si tu quisieses jurarme
que estarás donde yo puedo
ponerte, y donde descanses,
sin dar por dicha ocasion
á que mi hermano nos mate,
bien se yó donde estarás.

Lisardo.

¿Donde?

Diana.

Un dormitorio cae
junto á mi cama, y en él
serás esta noche imagen.

Lisardo.

A lo menos bien podré
decir que de amor soy mártir.

Diana.

Pero no te has de mover;
que sus celos desiguales
han hecho que junto á mí
tenga su cama.

Lisardo.

Si hablarte
puedo cuando esté durmiendo;
pues como en efecto baje
la voz, no hay de que temer
que podamos despertalle.
Mi bien, el partido acepto.

Diana.

Podrás, y podré fiarme;
pues te ha de obligar el miedo
á que hables quedo, ó que calles.

Lisardo.

Tú en efecto ya eres mia.

Diana.

No será la muerte parte
para apartarme de tí.
¿Tú, mi bien, podrás dejarme?

Lisardo.

Primero, el mayor amigo
con una traicion me mate,
ó del enojado cielo
rayos el pecho me pasen,
cuando de sus altos polos
en confusas tempestades
del lazo eterno parece
que procuran desatarse.

Diana.

¿Celia?

Celia.

¿Señora?

Diana.

Detras
de esos verdes arrayanes
te desnuda, que Lisardo
quiero, que seguro pase,
(porque es el mejor remedio)
con tus vestidos, delante
de Roberto.

Lisardo.

¿ Hablas de veras?

Diana.

Como esos enredos hace
una muger á un celoso.

Lisardo.

Al fin no podrá guardarse,
si ella guardarse no quiere.

Diana.

Si ella no quiere guardarse,
no hay imposible mayor;
y al que de guardalla trate,
sobre la puerta le escribe:
necedad de necedades.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE ROBERTO.

Celia y Ramon.

Ramon.
Siete dias ha que está
Lisardo escondido aquí.

Celia.
Mil pudiera estar asi,
mas no si le han visto ya.

Ramon.
¿Quién le ha visto?

Celia.
Una criada.

Ramon.
¡Gran Peligro!

Celia.
Ya es forzoso
salir, haciendo animoso
llave de la misma espada.

Ramon.
Fulgencio con dos criados
guarda la puerta de dia.

Celia.
Dile que mejor seria
echar á parte cuidados;
pues de noche no hay remedio,
ni invencion para salir.

Ramon.
Yo le voy Celia á decir,

que el mas poderoso medio
es salir con un rebozo,
y una pistola en la mano.

Celia.

Dile que es necio su hermano,
celoso, y valiente mozo.

ESCENA II.

Celia, Fulgencio y dos criados.

Fulgencio.

¿Pues, Celia, tan de mañana?
¡Aunque fueras centinela!

Celia.

La noche he pasado en vela,
que no está buena Diana;
¿Mandais otra cosa?

Fulgencio.

No.

Celia.

Pues á Dios.

ESCENA III.

Dichos menos Celia.

Fulgencio.

No sé que os diga.

Criado primero.

Temor á callar me obliga;
mas sombras he visto yo.

Criado segundo.

Sombras, y aun cuerpos dirás.

Fulgencio.

¡Cuerpos! ¿como? Si yo he sido

el que no se ha dividido
de aquesta puerta jamas
un átomo, vive el cielo,
es imposible que entrase.

Criado primero.

¿Pues hay sol que puertas pase
como amor?

Fulgencio.

Tengo recelo,
que este don Pedro es fingido;
mucho priva con Diana.

Criado segundo.

¿Cuál imposible no allana
este amor siempre atrevido?

Criado primero.

Es treta bien empleada
en un celoso cuidado.

Fulgencio.

¿Qué es esto?

Criado primero.

Un hombre embozado,
con una pistola armada.

ESCENA IV.

Dichos y Lisardo rebozado.

Lisardo.

Dejenme libre la puerta;
pues busco la puerta sola.

Fulgencio.

A llave de una pistola
cualquiera hallarás abierta.

Lisardo.

Pónganse á un lado los tres.

ESCENA V.

Dichos menos Lisardo.

Fulgencio.

Salió libre.

Criado primero.

¡Hay tal maldad!

Criado segundo.

¡A un noble tal libertad!

Fulgencio.

Industria fue, no interes;
vive Dios, que en este punto
quisiera que disparára
la pistola y me matara.

ESCENA VI.

Dichos y Roberto.

Roberto.

¿Qué es esto?

Fulgencio.

Yo estoy difunto.

Roberto.

¿Qué es esto? ¿Cómo no hablais?
¿De qué temblais? ¿Qué teneis?
¿Cómo no me respondeis,
y turbados me mirais?
¿En mi casa puede haber
sucesos de tales modos,
que os enmudezcan á todos?
Acabad de enmudecer,
y habladme, que estoy enmedio
de dudas, y confusiones;
mirad que las dilaciones,

quitan la fuerza al remedio;
hablad

Fulgencio.

Es tan desigual,
que la dilacion no es grave,
que el mal que presto se sabe,
mas presto llega á ser mal:
pero él es tan grande en mi,
que hará que los lábios abra;
mas dicho en una palabra,
un hombre salió de aquí.

Roberto.

¡Un hombre! ¿Cómo?

Fulgencio.

Embozado.

Roberto.

¿Pues donde estaba?

Fulgencio.

No sé;
de adentro salió, y se fue,
de dos pistolas armado:
Dejenme sola la puerta;
pues busco la puerta sola,
dijo, alzando una pistola,
con que pudo abrir la puerta;
que no hay tan fuerte petardo
como de la vida el miedo.

Roberto.

¡Muerto de escucharte quedo!
¡Hombre aquí!

Fulgencio.

Fuerte, y gallardo,
bien armado, y bien vestido.

Roberto.

¿Pues por donde, ó cuando entró?

Fulgencio.

Solo he visto que salió.

Roberto.

¡Qué gentil defensa has sido
de esta puerta, y de mi honor!

Fulgencio.

Un dragon, y un bravo toro
tuvo el Vellocino de oro,
y le robaron, señor.
Acrisio tuvo encerrada
su hija, y el oro entró,
donde á Perseo engendró:
ni habrá muger tan guardada
de paredes de diamante,
que si tiene voluntad
no llegue con libertad,
á los brazos de su amante.

Roberto.

Perdí toda la empresa,
perdí la estimacion, perdí la vida,
mi porfia confiesa
que fue de ingenio de muger vencida;
cesar locos desvelos
que harán su gusto, á sombra de los cel os.
Desengaño terrible
de los que tanto por guardallas mueren;
el Mayor imposible
confieso, que es guardallas si ellas quieren;
que como ellas lo sientan
las privaciones su apetito aumentan.
Podrá guardar el oro,
el avaro, entre láminas de hierro,
y el noble su decoro,
si Penélope sufre su destierro;
pero sino es tan buena,

crea que es apretar puño de arena.
Honra, quien te introdujo,
del mundo, en la república primera,
¿por qué á muger redujo
tu santa libertad? que bien pudiera
fiarla mas del hombre,
con que pudiera eternizar su nombre.
¡Que guarde yo su celo
tan loco, y una casa con mil llaves,
y que tenga recelos
del sol, del viento y de las mismas aves,
y que en esta porfia,
un hombre salga en la mitad del dia!
Miente, viven los cielos,
quien dice que muger puede guardarse;
los ojos, y los celos,
mientras que entramos pueden desvelarse;
miente la honra, y miente
quien las aprieta y guarda neciamente.

ESCENA VII.

Dichos y Diana.

Diana.

¿Qué es esto, hermano mio?
¿qué voces son aquestas?

Roberto.

¿No las sabes?
¡Gracioso desvarío!
Han entrado á mi honor con falsas llaves,
que en tí Diana hallaron,
la cera en que las guardas estamparon.
Sino fueras de cera,
segura estaba del honor la llave;
porque no se pudiera

en mármol imprimir.

Diana.

¿ Cosa tan grave
tratas, Roberto, á voces?

Roberto.

¡Qué mal la infamia en el honor conoces!
¿Qué hombre es este embozado,
que acaba de salir de tu aposento
de una pistola armado?

Diana.

¿ Estás loco por dicha?

Roberto.

El sentimiento
podrá volverme loco.

Diana.

Pues no lo estés, para tenerme en poco;
que estoy ya muy cansada
de sufrir tus locuras y recelos;
y una muger honrada,
si aprietan su virtud injustos celos,
es mina que rebienta
por el honor, con polvora de afrenta.
Quejaréme, Roberto,
á la Reina, y al cielo de tu agravio.

Roberto.

El caso descubierto
nunca le llega á averiguar el sabio:
yo he sido en todo necio,
y así merezco, infame, tu desprecio;
estoy porque esta daga
lave mi afrenta.

Fulgencio.

Tente señor, tente,
que no es justo que haga
tu honor oficio de marido.

Diana.

Intente
mi muerte, que bien hace,
que Napoles sabrá de lo que nace;
querrá usurpar mi dote,
querrá gozar mi hacienda ya lo entiendo.

Fulgencio.

Vete no se alborote
la casa, y la ciudad.

Roberto.

Ya mas me ofendo
de que diga y entienda,
que quiero aprovecharme de su hacienda.
Es propio en las mugeres
halladas en delito, un testimonio;
¿ pues di, negarme quieres,
ó sea libertad, ó matrimonio,
que el hombre que ha salido,
tenias donde sabes escondido ?

Diana.

Mira, loco Roberto,
que tienes enemigos, y que alguno
entraría encubierto;
y no hallando despues tiempo oportuno,
salir pretenderia,
como quien ya no respetaba el dia;
que si mi amante fuera
aguardára á la noche.

Fulgencio.

Y está llano,
que de su sombra hiciera
mas segura la capa de su engaño.

Roberto.

¡ Ay hombres engañados,
pues sin honra quedamos y culpados!

¿En fin, que por matarme,
entró aquel hombre? bien asi lo creo;
mal puedo yo engañarme,
Fulgencio, cuando dije, pues lo veo,
que por donde cabia
pintado un hombre, un vivo entrar podia
ya olvidas el retrato
que hallé sobre su cama; ves cumplido
mi temor.

Diana.

Yo no trato
de dar disculpa á un hombre que ha tenido
como por burla y juego,
hacer apuestas de guardar el fuego;
pues monasterios tiene
Napoles, uno elije, en el me guarda.

Roberto.

Eso solo detiene
mi brazo, y de matarte me acobarda:
dadme capa, y salgamos.

Diana.

Hasta la noche, no es razon que vamos.

Roberto.

Pues voy á concertalle.

Diana.

Parte en buen hora.

Roberto.

Y á la noche aguardo.

Celia.

¿Que intentas?

Diana.

Avisalle
de todas estas cosas á Lisardo.

Celia.

Darsela á Dios procura

que solo Dios la guardará segura.

ESCENA VIII.

Salon de Palacio.

La Reyna y Albano.

Reyna.

Por esta carta he sabido
que el Príncipe se embarcó.

Albano.

De Marsella supe yo,
que estuvo el Rey detenido
con las fiestas, que el Francés
le ha hecho, como era justo.

Reyna.

¿Que hay de las nuestras?

Albano.

Que es gusto
general, pues tuyo es;
los arcos se han acabado,
en que el de Trajano ha sido
con mucho esceso vencido,
como se ve retratado;
lo que toca á las libreas,
todas estan acabadas.

Reyna.

Sí, pero no mis cansadas
cuartanas.

Albano.

Quando tu veas
al Rey mi señor aqui
no ha de haber mas accidente.

Reyna.

Ya siento notablemente
recibirle, Albano, asi;

y tengo ya presupuesto
de dar veinte mil ducados,
á quien de aquestos cuidados
saque mi salud mas presto.

Albano.

¿Quieres que se dé un pregon?

Reyna.

Harásme un grande placer;
que el dinero suele hacer
milagros, si estos lo son.

Albano.

Yo voy á hacer pregonar
que á quien te diere salud,
se los darás.

Reyna.

En virtud
del oro, pienso sanar

ESCENA IX.

La Reyna, Feniso y Roberto.

Feniso.

Aqui está su Alteza.

Roberto.

El cielo
te guarde.

Reyna.

¡O Roberto, amigo!
deseaba hablar contigo.
¿Como te va de desvelo?
Triste estas ¿que es lo que tienes?

Roberto.

¿Yo señora?

Reyna.

Y el negar,

quiere tambien confesar
cuan melancólico vienes;
los gustos, y los enojos,
que los corazones toman,
como á ventana se asoman,
Roberto amigo, á los ojos.
¿No te va bien de salud?

Roberto.

Bien de la salud me va.

Reyna.

Suele faltar cuando está
el alma con inquietud.

Roberto.

Parece que te sonries,
y que te burlas de mi.

Reyna.

No quiero yo que de ti,
y de mi amor desconfies
con tan injusta sospecha.

Roberto.

No debe de ser muy vana,
si á las cosas de Diana
encaminas esa flecha;
licencia á pedirte vengo
para casalla.

Reyna.

¿Con quien?

Roberto.

Con Feniso.

Reyna.

Está muy bien.

Feniso.

Si de tu mano la tengo,
nó quiero mayor ventura.

Reyna.

Feniso, dilo de veras,
que en el mundo no pudieras
hallar otra mas segura.
Yo, como quiera Diana,
licencia os doy.

Roberto.

Si querrá,

Reyna.

¿Está prevenida?

Roberto.

Está
un poco esquiva mi hermana.

Reyna.

¿Pues que la quieres casar?
no quieras casar muger.

Roberto.

No es muy dificil de hacer,
mas no la quiero guardar.

Reyna.

Mira aparte.

Roberto.

¿Qué me mandas?

Reyna.

Por vida mia, no sientes
algunos inconveniantes
de estos pasos en que andas?

Roberto.

No es tan fácil de guardar
como pensé; y asi quiero
darla á que este majadero
sustítuya en mi lugar;
y entre tanto este mi hermana
en un monasterio.

Reyna.

Bien.

Roberto.

Beso tus pies.

Feniso.

Yo tambien.

Reyna.

No hay dificultad humana, *ap.*
como la que este intentó.

Feniso.

¿Qué os dijo la Reina allí?

Roberto.

Que erais discreto.

Feniso.

A mí
siempre su Alteza me honró.

ESCENA X.

La Reyna y Lisardo.

Lisardo.

Que se fuesen esperaba:
dame los pies.

Reyna.

¡Oh Lisardo!
¿qué te has hecho tantos dias?
Me has ténido con cuidado,
fuera de hacerme gran falta
en mil forzosos despachos
de la importancia que sabes.

Lisardo.

Señora, pues he faltado,
esté cierta vuestra Alteza,
que no fué mas en mi mano.
Entré en casa de Roberto,

como sabes.

Reyna.

¿Qué has entrado
donde tantos ojos velan?

Lisardo.

Supo mas Mercurio que Argos.
Metidos en un vestido
Albano y yó, al fin entramos;
era un saco y parecimos
honra, y provecho en un saco.
El arca nos encubrió,
mató Ramon en llegando
la luz que sacaba un page,
y al fin el arca dejamos.
Desnudámonos, y yo
me quedé, saliendo Albano;
cenaron en un jardin,
fué Feniso convidado;
salí de una clara fuente
que fué tercera de mármol,
á las palabras de cera
con que los dos la ablandamos;
metióme en un dormitorio.

Reyna.

El que andaba en tales pasos
justo fue mirar por sí.

Lisardo.

Yo no me acuerdo si hablamos;
á la cama de Diana
daba la puerta, su hermano
tenía al lado la suya,
mas no hay que fiar de lados.
Hincábame de rodillas
y toda la noche hablando
estábamos con requiebros

dulces, con secretos brazos.
No porque cosa que sea
contra su honor reservado,
en nuestras bodas sospeches;
que es nuestro amor limpio, y casto.
Salia el alba envidiosa,
y ponia en paz sus rayos,
en nuestras dulces porfias,
con maldiciones de entrambos.
Yo al dormitorio, ella al sueño
ibamos con tristes pasos;
dábame allí de comer
mil nunca vistos regalos.
Al cabo de siete dias
vióme una esclava, y dudando
de su lengua, al fin muger,
temiendo á su loco hermano,
me determiné á salir,
y á un viejo y á dos criados
puse una pistola al pecho,
y con un rebozo salgo;
lo que ha sucedido ignoro:
pero menos daño aguardo,
que si me quedára allí.

Reyna.

Discretamente has andado;
porque con eso ese necio
conozca, que es fuerte caso
el guardar una muger.

Lisardo.

¿Qué te ha dicho? ¿estaba airado?

Reyna.

Disimulaba su pena,
mas ten cuidado, Lisardo,
que me ha pedido licencia,

y en efecto se la he dado,
para casar á Diana,
como ella quiera.

Lisardo.

Tu claro
ingenio, en esa respuesta
conozco.

Reyna.

El suceso estraño
de hallar en su casa un hombre,
debe de haberle incitado
para darsela á Feniso;
puesto que quiere entre tanto
meterla en un monasterio.

Lisardo.

¿En efecto, ha confesado
que guardar una muger
es imposible?

Reyna.

El engaño
que le habeis hecho lo dice,
pues habeis juntos estado
siete dias á sus ojos.

Lisardo.

Feniso vive engañado
en pretender imposibles,
como el de su loco hermano.

ESCENA XI.

Dichos y Ramon muy alborotado.

Ramon.

Déme albricias vuestra Alteza.

Reyna.

¿De qué, Ramon?

Ramon.

Ha llegado
el Rey mi señor, tu esposo,
que de una posta, en palacio
él y el Almirante, agora
se apean solos, dejando
diez leguas de aquí la gente.

Reyna

Sin prevencion me han hallado.
¡Muerta soy! ¡Hay tal traicion!

Lisardo.

Cubrióla un mortal desmayo:
sientese aquí vuestra Aleeza.

Reyna

A mi cama voy, Lisardo;
que estoy indispuesta di,
cuando entre el Rey.

ESCENA XII.

Lisardo y Ramon.

Lisardo.

¡Caso estraño!
No tuvo razon el Rey;
voy á recibirle.

Ramon.

Paso,
que no ha venido, ni agora
se sabe en Nápoles cuando.

Lisardo.

¿No ha venido?

Ramon.

No ha venido;
que el ver que van pregonando,

que á quien la diere salud
darán veinte mil ducados,
me obligó á dalle este susto;
porque con él es muy llano
que se quitan las cuartanas.

Lisardo.

¿Estás sin seso?

Ramon.

¿No es claro
que con un susto se quitan,
y que habiéndosele dado,
ganaré aqueste dinero?

Lisardo.

¿Piensas que bufonizando
se alcanza tanta grandeza?

Ramon.

Mal conoces cortesanos;
¿si no hay búfano hay pecunia?

Lisardo.

¿Qué hay de Roberto?

Ramon.

Que ha estado
para perder el juicio.

Lisardo.

¿En efecto, supo el caso?

Ramon.

Fulgencio se lo contó.

Lisardo.

¿Cómo á su hermana ha tratado?

Ramon.

Sacó la daga, y ha habido
pasito de alzar la mano,
con algo de tate, tate,
que ya Dios te ha perdonado;
y acabose en un concierto.

Lisardo.

¿Cómo?

Ramon.

Que quede entretanto
Diana en un monasterio,
la cual me dijo llorando,
que á sacalla te anticipes.

Lisardo.

Voy.

Ramon.

Escucha, temerario.

Lisardo.

Voy, aunque mate á Fulgencio.

Ramon.

No harás, que tengo trazado
remedio para sacalla.

Lisardo.

Pues yo me pongo en tus manos.

Ramon.

Y yo en las de la fortuna,
si con este susto sano
las cuartanas de la Reyna,
que son veinte mil ducados:
seré luego don Ramon,
don Caballero, don Gazmio,
que con dinero yo he visto
ser doña Angela, don Macho.

ESCENA XIII.

SALA EN CASA DE ROBERTO.

Fulgencio y dos criados.

Fulgencio.

Perdiendo estoy el juicio.

Criado primero.
Todos sin juicio estamos.
Criado segundo.
De ninguna suerte hallamos
señal, Fulgencio, de indicio.
Fulgencio.
¿ Pues por donde pudo entrar ?
Criado primero.
Que era invisible sospecho.
Fulgencio.
Si estas paredes le han hecho,
como á espíritu, lugar,
bien pudo entrar, mas sino
perderé el seso, Florelo.
Criado segundo.
Roberto está sin consuelo.
Fulgencio.
Me admiro que no mató
hoy á alguno de nosotros.
Criado primero.
¿ Donde hallaremos disculpa ?
Fulgencio.
A mi me ha de dar la culpa
con razon, que no á vosotros;
pero mientras que la lleva
al monasterio, he de ser
pilar de esta puerta, y ver
si hay sol que á entrarla se atreva.
Criado primero.
Todos te acompañaremos.
Fulgencio.
Diana viene aquí, ojo alerta;

ESCENA XIV.

Dichos, Diana y Celia.

Celia.
Los tres estan á la puerta.
Diana.
Poco remedio tenemos.
¿Qué hay, Fulgencio?
Fulgencio.
Defender
la entrada á tu deshonor.

ESCENA XV.

Dichos y Ramon.

Ramon.
¿Está en casa mi señor?
Fulgencio.
¿Roberto?
Ramon.
¿Quién ha de ser
Fulgencio.
No está en casa.
Ramon.
Lo que quiero;
á mi señora diré.
Oye aparte.
Diana.
Yo no sé,
Ramon, si vivo, ó si muero.
Ramon.
Lisardo queda en la calle,
que le han dado libertad
la noche y la oscuridad.

Diana.

Dile que se vaya y calle;
que no es posible salir.

Ramon.

¿Como no? Vete á poner
tu manto, que has de poder,
ó aquí tengo de morir.

Diana.

Por armas será imposible;
dí que locuras no intente.

Ramon.

Si yo entretengo esta gente,
¿no saldrás?

Diana.

¿Cómo es posible
sin que ellos me puedan ver?

Ramon.

Cúbrete, y haz como digo.

Diana.

Voy, que por él, y contigo
hoy me tengo de perder.

ESCENA XVI.

Dichos, menos Diana y Celia.

Fulgencio.

¿Qué recado de Roberto
es aqueste que le has dado?

Ramon.

Que el monasterio ha buscado,
y hecho tambien el concierto;
pero dejando esto así,
¿habeis visto una sortija?
que no hay cosa que me aflija
tanto agora.

Fulgencio.

¿ Es de uña ?

Ramon.

Si.

Es de uña de la gran bestia;
porque el mal de corazon,
en la mejor ocasion,
me dá terrible molestia.

Fulgencio.

¿ Qué en fin es esto verdad,
y que hay gran bestia ?

Ramon.

¿ Pues no ?

como esas he visto yo.

Fulgencio.

¿ Pues como son ?

Ramon.

Escuchad;

compónese aquesta uña
de un casado socarron,
que es en casa tomajon,
cuando es su muger garduña.
Hácese tambien de necios,
que sin mirar sus agravios,
de los mas doctos y sabios
hacen notables desprecios.
Hácese de mal nacidos,
que se suben á grandezas
donde sus mismas bagezas,
descalabran sus oidos.
Hácese de pretendientes,
que son de la corte estraños,
y están gastando sus años
en cosas impertinentes.
Hácese de mil pobretes,

que de contar se sustentan
las vanaglorias que cuentan
á los señores discretos.
Hácese del que muy grave
su lengua ignora, y la niega,
hablando la lengua griega,
donde ninguno la sabe.
Hácese de los poetas
que á hurtos, y rempujones
dan á luz cuatro traiciones
adúlteras é imperfectas.
Hácese de algunas viejas,
que con mil años pretenden
muchachos, á quien les venden
mayorazgos por lentejas;. .....
Mas ¡ hay! que me ha dado el mal
tenedme, asidme que muero.

Fulgencio.

¡ Qué espectáculo tan fiero !

Criado primero.

Cayó á tierra.

Criado segundo.

Está mortal.

Criado primero.

¿ Sabes las palabras?

Fulgencio.

Si.

Criado primero.

Llega y dilas al oido. (1)

Ramon.

Arroga.

---

(1) *Bajanse á decirles las palabras.*

ESCENA XVII.

Dichos, Celía y Diana con mantos.

Celia.

Que agora salgas
te avisa.

Diana.

Amor, que me valgas
te tengo bien merecido. (1)

ESCENA XVIII.

Dichos, menos Diana y Celia.

Criado segundo.

Vuélveselas á decir,
¿no ves que brama y patea?

Ramon.

¡Ay!

Criado primero.

¿Habló?

Fulgencio.

No hay mal que sea
tan semejante al morir.
¡Qué santas palabras son
estas, y de gran virtud!

Ramon.

Si quereis darme salud,
alegradme el corazon.

Fulgencio.

¿Quereis algunas tabletas?

Ramon.

No sino cuarenta tragos

(1) *Salen por detras de ellos.*

de vino.

Fulgencio.

Cuatro cuartagos,
ó postas con estafetas,
no beben mas á un pilon.
Pues es de noche cerremos
la puerta, y con vino haremos,
que se alegre el corazon.

ESCENA XIX.

DECORACION DE CALLE.

Lisardo.

Lisardo.

Noche siempre serena, cuyo velo
y silencio tomó el amor por capa,
nema del cielo, de sus ojos tapa,
madre del sueño. el hurto, y el recelo;
Si alguna vez amante, pues del suelo
al cielo, nadie del amor se escapa,
con esa escuridad los ojos tapa,
á las estrellas, que lo son del cielo.
Aunque celos te den sus resplandores,
deja, luna, salir mi luz querida,
que bien sabe de amor quien tuvo amores:
La noche se verá del sol vestida,
tendrá la sombra luz, perlas las flores,
mi pena gloria, y mi esperanza vida.

ESCENA XX.

Lisardo, Diana y Celia.

Diana.

¿Si es aquel que se pasea?

Celia.

Mucho lo parece el talle.

Lisardo.

Gente parece en la calle;
quiera amor que mi luz sea.

Diana.

¡Ah gentil hombre!

Lisardo.

¿Quién vá,
que á mi perdida esperanza,
mi loca desconfianza,
dándole veneno está?
Aunque esa voz, y ese talle,
aseguran mi deseo;
que el sol de mis ojos veo,
en el cielo de esta calle;
¿sois vos mi bien?

Diana.

¿Quién pudiera
sino yo ser tan dichosa?

Lisardo.

Agora si, luz hermosa,
que estoy en mi propia esfera;
pero volved á correr
la cortina de ese manto,
que resplandeciendo tanto,
causareis que os puedan ver.
¿Como habeis, mi bien, hallado
camino al poder salir?

Diana.

Andando os quiero decir
mi fortuna y mi cuidado,
y la invencion de Ramon.

Lisardo.

¿Templó su ingenio mi dicha?

Celia.

No ha sido escrita, ni dicha,
tan ingeniosa invencion.

Lisardo.

¡Ah Celia! todo se acierta,
cuando lo quieren los hados.

Celia.

Tres linces dejó burlados
casi al umbral de la puerta.

Diana.

Ni en los hados hay poder
ni en el ingenio mejor,
sino en tenerte yo amor,
y en querer una muger.

Lisardo.

A tantos favores, calle
mi amor.

ESCENA XXI.

Dichos, Feniso y Roberto.

Feniso.

Que lleves, te aviso;
silencio.

Roberto.

Gente, Feniso,
sale de mi misma calle.

Feniso.

Un hombre con dos mugeres
me parece.

Roberto.

¿Quien va?

Lisardo.

Un hombre
con su muger.

Roberto.

Diga el nombre.

Diana.

¡ Ay Dios !

Celia.

Desdichada eres.

Lisardo.

¿ Sois justicia ?

Roberto.

Ni aun piedad.

Lisardo.

¿ Sois Roberto ?

Roberto.

¿ Sois Lisardo ?

Lisardo.

El mismo.

Diana.

Mi muerte aguardo.

Roberto.

Pues, Lisardo, perdonad,
que el no haberos conocido
medió aqueste atrevimiento.

Feniso.

Con el mismo pensamiento
fuí yo, Lisardo, atrevido.

Lisardo.

Disculpado estais, Feniso.

Roberto.

Ya que tenemos aviso,
y nuestra amistad sabeis,
dad licencia que los dos
os vamos acompañando;
porque no vuelva á topar
otro atrevido con vos.

Lisardo.

Estas damas son casadas,
y voy con algun temor,
que un celoso, aunque es error,
las quiere tener guardadas;
y por si acaso me sigue
gran merced recibiré,
que me acompañeis, que sé
que me busca, y me persigue,
y aun que viene acompañado.

Feniso.

Los dos iremos con vos,
y venga para los dos
todo un escuadron armado.

Roberto.

Señoras, no os receleis;
de Lisardo soy amigo.

Lisardo.

Venid, Roberto, conmigo;
dejadlas, no las hableis,
que temo que este zeloso
me busque en esta ocasion,
y en casa sabreis quien son;
pues vengo á ser tan dichoso,
que vos nos acompañeis.

Roberto.

Serviros, Lisardo, es justo.

Lisardo.

No puedo decir el gusto,
que en esta ocasion me haceis.

Roberto.

Que diferentes que son
las cosas, Feniso amigo,
de lo que piensa consigo
la propia imaginacion:

¿ veis aquí como Lisardo
quiere en otra parte bien?

Feniso.

Pues así se hará mas bien
el casamiento que aguardo.

Roberto.

Vamos.

Feniso.

Adelante pasa.

Lisardo.

Brava amistad.

Roberto.

Justa prueba.

Lisardo.

¡ Víve Dios que me la lleva
el hermanito á mi casa.

ESCENA XXII.

SALON DE PALACIO.

La Reyna, Albano, y despues un soldado.

Reyna.

Sin duda me curó con aquel susto,
pues era hoy de mi accidente el día,
y como todos veis, no me ha venido.

Albano.

El médico sin duda el susto ha sido,
ganó Ramon los veinte mil ducados.

Reyna.

No puedo encarecer lo que le debo,
pues por él con salud espero al Príncicipe.
Ola, buscadle luego.

Albano.

Vaya presto

por Ramon un soldado de la guarda.

Reyna.

Advierte, Albano, que pagarle quiero
burla, con burla, aunque despues es justo
pagalle el bien, pero primero el susto.

Soldado.

Aquí está Ramon en la antecámara.

ESCENA XXIII.

La Reyna, Albano y Ramon.

Ramon.

¿Qué me manda, señora, vuestra Alteza?

Reyna.

Dáme los brazos, alzate del suelo.

Ramon.

Será, Señora, levantarme al cielo.

Reyna.

No he sentido, Ramon, mas accidente.

Ramon.

Gracias á Dios, que tu Avicena he sido,
y que como se ha visto, yo he sabido
mas que todos tus médicos.

Reyna.

Yo creo,
que el médico mejor es el deseo,
y pues del tuyo quedo satisfecha,
ola, dadle la cédula; que es justo,
cobre Ramon los veinte mil ducados.

Ramon.

Veinte mil años viva vuestra Alteza
sirviendo de laureola á su cabeza
las aguilas doradas de su imperio.

Reyna.

Toda está de mi letra, ¿qué la miras?

bien la puedes leer.

Rámon.

Con tu licencia

leeré tanta merced en tu presencia.

Lee. *Por las obligaciones en que Ramon me ha puesto, quitándome las cuartanas, aunque con un susto tan grande que me pudiera costar la vida, mando que se le den y paguen veinte mil ducados, librados en los bancos de Flandes, de lo que hubiere procedido de las naves que alli se pierden.* = La Reyna.

¿A los bancos de Flandes me remites?

Reyna.

¿No te parece buena la libranza?

Ramon.

¿Pues quién la ha de pagar allí? ¿Los peces?

Reyna.

¿Pues quebraron jamas aquellos bancos?

Ramon.

A lindo tesorero me despachas;
pero pues prometer son viejas tachas,
ya que rompes, señora, tu palabra,
manda darme salario por lo menos,
de médico de cámara en tu casa;
que un oficio real es de tal crédito,
que ganaré en un año dos millones,
curando mal de madre, y sabañones.

ESCENA XXIV.

Dichos y Lisardo.

Lisardo.

Agora, si que me darás albricias:
parece que Ramon fué su pronóstico;
porque de una galera que venia
cortando el mar como nevado cisne,

vestida de mil flámulas bordadas
con las armas de Nápoles, y suyas,
con el gran Almirante salió el Príncipe,
y en dos caballos, á Palacio vienen;
tanto deseo de tus brazos tienen.

Reyna.

Ya no tengo accidente que me quites.

R mon.

Mas que Dios te le dé, pues me remites
á los bancos de Flandes mi libranza,
donde será por dicha tesorero
algun lobo marino ó ballenato.

Reyna.

Ya, Lisardo, no puedo recibille.
¡Qué así viniese el Rey, con escribille,
que me hiciese merced de entrar despacio!

Lisardo.

Yo pienso que su Alteza está en Palacio.

ESCENA XXV.

Dichos, el Principe de Aragon, el Almirante y todo el acompañamiento.

Principe.

Déme los pies vuestra Alteza.

Reyna.

¿Señor?

Principe.

Con razon estoy
postrado á vuestra grandeza,
porque seais desde hoy
corona de mi cabeza.

Reyna.

Si el agravio lugar diera,
de aquestos brazos hiciera

á vuestros hombros corona.

Principe.

El amor mi prisa abona;
que despacio, amor no fuera.

Almirante.

Bien dice el Rey, mi señor,
porque vuestra Alteza sabe,
que despacio no hay amor;
aquí el enojo se acabe,
y hacedle aqueste favor.

Reyna.

A vos, Almirante, si;
mis brazos estan aquí.

Almirante.

Eso no, ni vos querreis;
que mientras no se los deis
no se han de emplear en mi.

Reyna.

Ahora bien, Rey y señor,
yo me rindo.

Principe.

Y yo de suerte
á vuestro heróico valor,
que apenas podrá la muerte
desatar mi justo amor.

Reyna.

Siéntese aquí vuestra Alteza,
sabré como viene.

Principe.

Ha sido
un infierno de aspereza,
el camino que he traido,
hasta ver á vuestra Alteza;
no sé que os diga del mar,
que no pudieran llegar

las galeras sé deciros ;
á no ayudar mis suspiros
las velas al navegar :
y todo aquesto crecia ,
escribirme que tenia
poca salud vuestra Alteza.

Reyna.

Desconfianza y tristeza
de su falta me affligía ;
pero quiere amor que os deba
mi salud, pues con el susto
de venir vos , fue la nueva
mi médico , y el mas justo.

Ramon.

Muy bien la paga lo prueba ;
pues los veinte mil ducados
presto serán aceptados.

Albano.

¿ Donde ?

Ramon.

En los bancos de Flandes,
que aunque tienen los pies grandes
ha dias que estan quebrados.

Lisardo.

Este es mucho atrevimiento (*A Roberto*)
para estar aquí su Alteza.

Roberto.

Pues sino estuviera aquí ,
villano, vil ¿no os hubiera
sacado el alma ?

Lisardo.

Mentis.

Reyna.

¿ Que es esto?

Lisardo.
Locas soberbias
de Roberto.
Principe.
¿ Pues aquí
descomponeis la obediencia
y el respeto que debeis
á mi señora la reina ,
ya que no me le tengais ?
Roberto.
A los pies de vuestra Alteza
pido justicia.
Lisardo.
Y yo pido
que juez de los dos seas,
en el caso de que agora
Roberto de mi se queja.
Principe.
Digo que yo lo seré ,
como vos me deis licencia.
Reyna.
Si habeis vos de ser juez,
para que esta audiencia tenga
todas las partes que es justo ,
y el pleito mejor se entienda,
yo quiero ser relator.
Principe.
Pues comience vuestra Alteza.
Reyna.
Los dias que el accidente
de que he estado tan enferma,
señor, me dejaba libres ,
di en hacer una academia ,
escogiendo en mis criados ,
los demas nobleza y ciencia.

Referíanse epigramas,
que hay escelentes poetas;
cantábanse mil canciones,
y en diferentes materias
arguían los mas doctos.
Ofrecióse un dia entre ellas,
tratar de los imposibles;
digeron cosas diversas,
y resolvióse Lisardo,
que el mayor de todos era
el guardar una muger;
nó, señor, mala, ni buena,
sino muger con ámor,
y que guardar no se quiera.
Roberto lo contradijo,
diciendo; que humanas fuerzas
ni todo el poder del oro
de ningun efecto fueran
para muger que él guardara:
no sé si en aquesto acierta.
Tiene Roberto una hermana
hermosa, como discreta
y por todo estremo hermosa;
quiso para hacer la prueba,
enamoralla Lisardo;
lo que ha resultado, queda
agora en sus confesiones.

Roberto.

Señora, no fué ofendellas,
decir que pueden guardarse;
y si fué mi empresa necia,
¿Porque Lisardo tenia
de hacer con tanta insolencia
la prueba en mi propia hermana?

Lisardo.

Porque enamorarme de ella
me podia estar muy bien,
conociendo tu nobleza.
Cuando tú mas la guardabas
Ramon entró á hablar con ella
(que es ese criado mio,
y no el don Pedro que piensas)
y en hábito de francés
la dió mi retrato, en prueba
de mi amor, y trajo el suyo.
Despues, fingiéndose que era
criado del Almirante,
de cuyo deudo te precias,
te llevó los seis caballos,
con su firma contrahecha.
Con esto quedó en tu casa,
y supo meterme en ella,
cuando á Fulgencio tenias
por alcaide de la puerta.
Todo lo demas es cosa,
que mi señora la Reyna
sabe, y que no es para aquí.

Roberto.

Lisardo, de tus quimeras,
fundadas en que yo dije
sola una palabra necia,
ninguna cosa he sentido,
sino que tanto supieras,
què sacáras á Diana
de mi casa con afrenta;
y teniéndola casada
con Feniso, nos hicieras
hasta tu casa una noche
acompañarte con ella,

Y aunque es verdad, que conozco,
que como una muger quiera,
hará que el propio zeloso,
como el ejemplo lo enseña,
acompañe á su galan,
mi sangre, y clara nobleza,
me pide justa venganza:
y así suplico á su Alteza,
me otorgue campo contigo,
y que el Almirante sea,
como deudo, mi padrino.

Almirante.

Y es justo que se conceda
á caballero tan noble;
y que si hay quien lo defienda,
seamos dos para dos.

Albano.

Cuando esto lícito sea,
bien puede, useñoría,
constándole mi nobleza,
medir mi espada en el campo.

Feniso.

Por mucho, Albano, que seas,
no igualas al Almirante;
á mi me toca esta afrenta,
salga Lisardo á Roberto,
y yo á tí.

Albano.

Pues así queda.

Reyna.

No queda muy bien así,
ni con tan sangrientas veras
se han de acabar los principios
de una burla tan discreta.

Roberto.

No trateis, señora, paces,
que hareis que el reyno se pierda,
pues me ha robado á mi hermana
Lisardo, en comun afrenta
del Almirante, y mis deudos.

Lisardo.

No es hurto el que se confiesa,
y deposita en el juez.

Roberto.

¿Como, si á tu casa mesma
me la hiciste acompañar?

Lisardo.

En apartándote de ella,
la traje á palacio, y tiene
el hurto, de que te quejas,
su Alteza, con mucho honor;
á quien pido que la vuelva,
pero casada conmigo,
porque tu amistad merezca.
que por la cruz de mi espada,
que palabra descompuesta,
cuanto mas obra, no ha sido
de su honor, ni el tuyo ofensa.

Roberto.

Con esto estoy satisfecho;
manda que vayan por ella.

Reyna

Vayan luego por Diana.

ESCENA XXVI.

Dichos menos Albano.

Ramon.

Entre tanto es bien que adviertas,

ó generoso español,
que se ha curado la Reyna
con el susto que he contado,
y para que yo le tenga,
me dá en los bancos de Flandes
esta libranza.

Principe.

¿Es su letra?

Ramon.

Si señor.

Principe.

Pues yo la acepto,
que quiero pagar sus deudas.

Ramon.

Vivas mil años.

ESCENA XXVII.

Dichos, Diana y Albano.

Albano.

Aquí
viene Diana.

Lisardo.

Y tan bella
como el sol.

Diana.

Dame tus pies,
para que de hoy mas me tengas,
Rey, mi señor, por tu esclava.

Principe.

Parece que en tu belleza
traes el ramo de la paz,
que tantos pleytos concierta;
ya es tu marido Lisardo,
y yo con la Reyna bella,

tus padrinos.

Diana.

¿Tantas honras,
quién sino vos las hiciera?

Principe.

Abrazénse luego todos,
y en dulce correspondencia
se aumente amor.

Ramon.

Yo, señores,
tengo de abrazar á Celia,
que estoy con ella casado;
porque en el mundo se entienda,
que si no quieren guardarse,
dueñas, doncellas, y viejas,
es imposible guardarlas.

Lisardo.

Y aqui acaba la comedia
del Imposible mayor;
nadie á probarle se atreva.

El Mayor Imposible.

Esta es una de las mejores comedias de Lope; el pensamiento es original, y la fábula está bien combinada, y bien conducida hasta su fin. El enlace, que empieza en la disputa obstinada de Roberto, interesa inmediatamente que la Reyna propone á Lisardo que enamore á Diana. Desde aquel punto desea ya conocer el espectador los medios que va á emplear para conseguirlo; porque han de ser precisamente muy ingeniosos, si han de burlar la vigilancia y el rigor con que Roberto guardará á su hermana, por sostener la opinion que ha defendido

Cuando mi hermana,
por humilde nacimiento,
desobligada naciera,
del hombre de mas ingenio,
de mas valor la guardára;
aunque conquistas y ruegos
batieran su fortaleza
con los tiros del dinero, &c.
. . . .
Vive Dios, que si tuviera
mas Argos que ojos el cielo,
Júpiter, y mas Mercurios
que pluma el pabon soberbio,
que no me engañára á mí
una muger, si su ingenio
el de Semíramis fuera.

La introduccion de Ramon, vestido de Buhonero, en casa de Roberto, es muy ingeniosa y vero-

simil. De este medio dramático se valieron otros poetas, y particularmente Tirso de Molina en la comedia titulada *Por el Sótano y el Torno*, y Montalban en *La Toquera Vizcayna*. En esta escena se escita ya de un modo irresistible la atencion de los espectadores, y se insinúa el desenlace á pesar de los obstáculos que se preveen. Diana sospecha que Ramon no es lo que parece; se queda con el retrato de Lisardo, á quien conoce y tiene inclinacion, y dá el suyo en prenda, sin que Ramon lo solicite. Esta accion pareceria un poco indecorosa en una muger de tanto recogimiento y pundonor, sino estuviera preparada con mucho arte en las escenas anteriores. Fulgencio la declara la cuestion que ha defendido Roberto contra Lisardo, y la vigilancia con que se ha propuesto guardar su honor.

De esto nacen sus tristezas;
tú, bellísima Diana,
podrás guardarte mejor
prevenida y avisada.
Huye de Lisardo siempre,
no piensen su talle y galas
vencer su honor de Roberto
de quien eres noble hermana.

Diana conoce la necedad de su hermano, y la indiscrecion de Fulgencio: se ofende al punto su amor propío, se avivan sus deseos, y se propone no desaprovechar en adelante las ocasiones que se la presenten.

¿Con qué ingenio, con que llave
guardar quiere una muger?
Roberto quiere saber

ciencia que ninguno sabe.
Que es el mayor imposible
verá muy presto por sí;
porque ya me toca á mí
que no parezca posible.
Este otro necio tambien
me alaba el valor de un hombre
de tanta opinion y nombre
y que todos quieren bien,
y avísame que me guarde
de lo mismo que me alaba......
. . . .
Yo he mirado atentamente
á Lisardo, y me pesaba
de ver que no me pagaba
este amoroso accidente.
Pero ya que mi fortuna
me ha traido la ocasion,
aunque fue por ilusion,
no pienso perder ninguna.

El obstáculo que presenta la escena IV. del acto segundo, en que Roberto halla el retrato de Lisardo en la cama de su hermana, es muy oportuno é interesante; y naturalísimo el medio ingenioso que dispone Diana para deslumbrar á su hermano, y desarmar su furia. ¿Cómo habia este de creer sencillamente la relacion de Celia y de su ama? Lisardo es su contrario en opinion, es galan, y temible por el favor que le dispensa la Reina, y no debe dudar de que habrá puesto en práctica todos los arbitrios imaginables para conquistar á Diana, y que habrá conseguido remitirla su retrato. Era preciso, pues, que el poeta inventase otro medio mas eficaz para probar con evidencia que era cierto lo que Celia aseguraba;

y le halló muy verosímil y oportuno. Pregonar por las calles en el momento mas crítico la pérdida del retrato, ofreciendo hallazgo al que le presente; salir Fulgencio y convencerse por las señas de que es el de Lisardo el que se busca, no pueden dejar en el alma de Roberto el menor recelo de su hermana. Esta escena IV y las siguientes son muy bellas por el diálogo animado y vivo, y por la situacion peligrosa en que se encuentra Diana.

Es igualmente muy verosímil el engaño que dispone Ramon para aposentarse en casa de Roberto; y el regalo, y la carta que le presenta, muy á propósito para seducir al celoso é inspirarle la mayor confianza.

No es tan natural, ni tan facil el medio de introducir á Lisardo; pues aunque el poeta, para evitar la inverosimilitud, supone que pasa fuera de la escena, y que Ramon apagó la luz al mismo tiempo, siempre es dificil de creer que dos personas puedan colocarse en un mismo vestido, conducir un cofre, y moverse con él con pasos tan medidos, y movimientos tan acordes, que no lo adviertan por el oido los espias vigilantes de Roberto.

La salida de Lisardo con la pistola armada produce otro nuevo obstáculo: la fuga de Diana y Celia es muy teatral y está bien dispuesta, porque los criados, entretenidos en socorrer á Ramon, dan tiempo suficiente para que huyan sin ser vistas.

El encuentro con Roberto y Feniso, cuando van acompañadas de Lisardo, es igualmente oportuno é interesante, y muy ingenioso el obligarlos Lisardo á que le acompañen á su casa para que tarde Roberto en saber la fuga de su hermana.

El desenlace es natural y está deducido de la accion misma. Es lástima que Lope no suprimiese los personages del Rey y el Almirante de Aragon, que no

solo son absolutamente inútiles y estraños á la accion, sino que la retardan al fin mas de lo que desea el espectador.

Es larga en demasía la escena II del acto primero, y cansada é importuna la mayor parte de ella, hasta que se propone le cuestion en que se funda la intriga.

El susto que da Ramon á la Reyna para curarla de las cuartanas, es tambien inútil y tiene poca gracia.

La versificacion es fluida, fácil y armoniosa, como lo es generalmente la de Lope; y los versos largos mejores que los que empleaba por lo comun en sus comedias. Hay muchos en esta que pudieran citarse, ya por el pensamiento, ya por la armonía, ó por la fuerza de la espresion.

Lisardo muy preciado de discreto,
que se puede ser necio y secretario...
. . . .
Mientras guarda el avaro su tesoro
forja el ladron la *cautelosa* llave.

¡Qué epiteto tan bien colocado!

Si él quiere entrar, será defensa sn vano:
mas agora no toca á tu decoro
este imposible; que en tu casta hermana
reverencio el valor, la sangre adoro:
es de la honestidad Napolitana
el egemplo mayor.
. . . .
¿Casalla no es mejor?
Que lo pretenda
aguardo solamente quien la iguale;
entretanto no quiero que me ofenda
el mismo Sol que por los Cielos sale.

El cuentō de Ramon en la Escena IV. del primer acto: *cuentan que dos se casáron*, es gracioso y está referido con una brevedad epigramática.

Finalmente, esta comedia tiene ademas el mérito de haber sido el original de donde tomó don Agustin Moreto la suya tituláda: *No puede ser guardar una Muger*. Las variaciones que hizo en esta para mejorar la de Lope, asi como los pasages en que se quedó inferior á su modelo, los examinaremos con la debida imparcialidad cuando la insertemos en nuestra Coleccion.

ÍNDICE

De las comedias contenidas en este tomo.

LISTA

De los señores Suscritores.

MADRID.

El Serenísimo Señor Infante don Carlos María.
El Serenísimo Señor Infante don Francisco de Paula.
La Escelentísima Señora Duquesa de Berwik y Alba, *por fino*
El Escelentísimo Señor Duque de Berwik y Alba, *por fino*
Don Julian Muñoz, *por 2 egemplares finos.*
Don Agustin Duran.
Don Alberto Lista.
Don Felix María Reynoso.
Don Manuel Casal y Aguado.
Don Blas Llanos.
Don Antonio Gonzalez
Don Ventura Aguado.
Don Joaquin Remaña.
Don Frutos Martinez, *por fino.*
Don Luis Mendoza.
Don Francisco Puig.
Don Ramon Varela.
Don Pedro Vautró, *por fino.*
Señora Marquesa de Gamoneda, *por fino.*
Doña María Magdalena.
Don Rafael Castillejos.
Don Lorenzo Aspiroz, *por fino.*
Dr. F. J. Y. de Y.
Don Antonio Estevan.
Don Pedro Alcántara.
Doña Antera Baus.

Don José García Luna.
Don Francisco Martin.
Don Francisco Javier Caro, *por fino.*
Don Dionisio de las Cuevas.
Don Benito de la Peña.
Don Juan Eugenio Hartemburck.
Señor Marques de Villasante
Don Juan José del Valle, *por fino.*
Don José Fernandez de Haro.
Don José Musó, *por fino.*
Don Juan Osorio y Vargas.
Don Gregorio de la Iglesia.
Don P. de V.
Don Bernardo Gil.
Señora Condesa de Mansilla.
Don Felipe de la Iglesia, *por fino.*
Don Narciso Cano.
Don Florentino Delgado.
Don Manuel Ramirez, *por fino.*
Don Francisco Solano.
Don Ramon de Parada.
Don Manuel Gonzalez Salmon.
Don Francisco de Iturralde.
Don Juan Rodriguez.
Don Manuel Breton.
Don Antonio Perez.
Don Cristóbal Frias.
Don Manuel Gil.
Don Benito Alvarez.
Don José Alcalá Galiano.
Don Carlos de la Torre.
Don Alejandro Lopez.
Don Rafael Navarro.
El Escelentísimo Señor don Javier Castaños.
Señora Marquesa de Bondad Real, *por fino.*

Don Pedro Bernardo de Quirós.
Señora Viuda de San Roman.
Don Francisco María Cardenas.
Don Mariano Cubels, *por fino.*
Don Mariano Gonzalez.
Don Eusebio Hernandez.
Señor Conde de Gausa.
Don Pedro María Cano.
Don Santiago Alvarado.
Don Ramon Castilla, *por 2 egemplares finos.*
Don Camilo Balmaseda, *por fino.*
Escelentísima Señora Marquesa de Alcañizes.
Don Laureano Jado.
Don Ramon Patiño.
El Escelentísimo Señor Marques de Malpica, *por fino.*
El Señor Barón de Liewerman.
El Señor Conde de Douesso.
Don Tadeo Tellez.
Don Joaquin Bardaji.
Don Diego Pedraza.
Don Juan Vila Cedron.
Don Ventura Alvarado.
Don Antonío Siles.
Don Lucas Buado.
Don Pedro Lamañer.
Don Benito Mata.
Señor Marques de San Felices.
Don Ignacio Millana, *por fino.*
Don Francisco Estrada, *por fino.*
Don Tomás Sancha.
Don Juan Caneda.
Don José Marc Dalbousg, *por fino,*
Don Manuel Baamonde, *por fino.*
Don Jacínto Romero.
Don Juan Sahun.

Don Clemente Gonzalez.
Don Carlos Vander Ulord
Don Joaquin Suarez.
Don Mariano Amadori, *por fino.*
Señora Marquesa de Caballero.
Don Manuel Andres, *por fino.*
Doña Agueda Bouligni, *por fino.*
Don Santiago Gomez, *por fino.*
Don Manuel García Parra.
Señor Conde de Clavijo, *por fino.*
Don Pedro Carancio.
Don Eduardo Bayo.
Doña María Gutierrez, *por 2 egemplares.*
Don José Aracíl y Robira.
Don Juan Manuel Gonzalez.
El Señor Abad de San Juan de la Peña.
Don Miguel Gutierrez.
Don Ventura de la Vega.
D. P de B.
Doña Antonia Drigues, *por fino.*
Don Francisco Illas, *por fino.*
Don Alberto Macias, *por fino.*
Don José Chacon, *por fino.*
Don Pedro Fernandez.
Don Antonio Feijoo, *por cuatro egemplares.*
Don Bernardo Barril,
Don Gerónimo Escosura, *por fino.*
Don Diego Wisman, *por fino.*
Doña Juana Calvo.
Don Agustin Santos.
Don J. H. C.
Don José Calvo.
Don A L *por fino.*
Don Manuel Araoz.
A. de Stuffugen, *por fino.*

Don Pedro Leónmaría.
Señor Marqués de la Torrecilla.
Don Matias Tomás Rubio.
Don José Muñoz.
Don Juan de la Pezuela.
Don Estevan Míro.
Señora Viuda de Collado.
Don José Madrazo, *por fino.*
Don A. T. G.
Don José Diez.
Don Carlos Sexti, *por fino.*
Señor Baron de Biguizal.
Don Diego Sanchez Jijon.
Don Antonio Corbatos.
Don Pedro García.
Don Manuel Villarías.
Don José María Peñaranda, *por fino.*
El Escelentísimo Señor Marqués de Santa Cruz.
Don José Francisco de Arana.
Señora Condesa de Isla, *por fino.*
Señora Marquesa de Monsalud.
Don Manuel Cordoba.
Señores Hortal y compañía, *por doce egemplares.*
Don José de la Hera.
Don Juan Fernandez del Pino.
F. Plácido Trevijano.
Don José Cuesta, *por dos egemplares.*
Don Victor Gordo.
Don Manuel Muñoz.
Don Roman Anselmo, *por fino.*
Don Vicente Ortega.
Señor Conde de Pani, *por fino.*
Don Mauricio Forcada.
Real Biblioteca de Santiago, *por fino.*
El Escelentísimo Señor Marques de San Martin, *por fino.*

El Escelentísimo Señor de Verther.
Don Domingo Antonio Lopez.
Don Antonio Diaz.
Don Joaquin Medilla.
Madama Ebrez, *por fino.*
Don Nicanor Pellicer.
Don Antonio Fernandez.
Don José de Rojas.
Don Francisco Febrer.
Don G. P. F.
Don Luis de las Hanas, *por fino.*
Don Ramon Estevez.
Don Manuel Granados.
Don José Tordesillas, *por fino.*
Don Juan Mendoza
Don Francisco Martinez de Aguilar.
Don M. G J., *por fino.*
Don José Hernandez, *por fino.*
Don Enrique Francisco Huerta.
Don Miguel Lopez.
Doña Dolores de Berguizas, *por fino.*
Don Antonio Garay, *por fino.*
Don Vicente García.
Le Prince Dolgazcumi, *por fino.*
Don Joaquin Fontas, *por fino.*
Don José Gomez.
El Baron de Meyender.
Don Andres Larreta, *por fino.*
Don Manuel Cárdenas.
Don Narciso Rubio, *por fino,*
Don V. O.
Doña Catalina Posce.
Don Apolinar Saez.
Don Casimiro Leon.

Se continuará.

